



DARTH VADER. EL SEÑOR OSCURO

JAMES LUCENO

Un temible espectro negro se ha alzado del lugar donde cayó Anakin Skywalker, en la fundida superficie del planeta Mustafar.

Quien una vez fue el Caballero Jedi más poderoso que había conocido nunca la Orden Jedi es ahora un discípulo del Lado Oscuro, un señor de los temidos Sith y la vengativa mano derecha del implacable nuevo Emperador de la galaxia.

Se alza Darth Vader.



James Luceno

Darth Vader. El señor oscuro

ePub r1.0
Ronstad 20.10.2013

Título original: *Dark Lord. The rise of Darth Vader*
James Luceno, 2005
Traducción: Lorenzo F. Díaz
Diseño de portada: David Stevenson

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0

Para Abel Lucero Lima, el gran guía en Tikal
(también conocida como Yavin 4),
con quien dejé las huellas de mis botas
por todo el Mundo Maya.

AGRADECIMIENTOS

Gracias de todo corazón a Shelly Saphiro, Sue Rostoni, Howard Roffman, Amy Gary, Leland Chee, Pablo Hidalgo, Matt Stover, Troy Denning y Karen Traviss. Gracias especiales a Ryan Kaufman, que estuvo en LucasArt, y que me describió lo que se siente al llevar el traje.

PRIMERA PARTE

Los asedios del Borde Exterior

CAPÍTULO 1

MURKHANA. HORAS FINALES DE LAS GUERRAS CLON

Al descender por entre las arremolinadas nubes provocadas por las estaciones climáticas de Murkhana, Roan Shryne recordó las sesiones de meditación por las que le había guiado su antiguo Maestro. Por mucho que Shryne se concentrara en tocar la Fuerza, el ojo de su mente apenas le ofreció entonces poco más que un torbellino de blancura. Años después, cuando fue más capaz de alcanzar el pensamiento silencioso y de penetrar en la luz, del vacío incoloro emergieron fragmentos visuales, partes de un puzle que se unían gradualmente hasta definir algo. Con frecuencia, pero no de forma consciente, eso le decía que sus actos en el mundo eran acordes con la voluntad de la Fuerza.

Con frecuencia, pero no siempre.

Cuando se desviaba del camino designado por la Fuerza, esa blancura familiar se agitaba como movida por poderosas corrientes, a veces manchadas de rojo, como si abriera al brillante sol de mediodía sus ojos cerrados.

Un blanco moteado de rojo era lo que veía ahora al hundirse más y más en la atmósfera de Murkhana. Acompañado por una partitura de truenos reverberantes, del zumbido del viento, de un caos de voces apagadas…

Estaba junto a la puerta deslizante que normalmente cerraba la bodega de carga para tropas de una fragata republicana, que momentos antes había abandonado el hangar delantero del *Galante*, un destructor imperial clase Victoria asediado por tricazas androides y cazas buitre mientras esperaba una orden del Alto Mando para iniciar su propio descenso a través del techo artificial de Murkhana. Junto a Shryne, y detrás de él, había un pelotón de soldados clon, con el casco ajustado en la cabeza, el rifle láser acunado en los brazos y cargadores de munición colgando de los cinturones, y hablando entre ellos tal y como suelen hacerlo los guerreros veteranos antes de entrar en combate. Aligerando dudas con bromas privadas, haciendo referencias a cosas que Shryne no podía comprender, aunque fuera por encima, fuera del hecho de que eran desagradables.

Los compensadores de inercia de la fragata les permitían estar de pie en la bodega sin verse zarandeados por las explosiones antiaéreas o sacudidos por las maniobras evasivas de los pilotos que conducían la nave entre misiles y tormentas de metralla al rojo vivo. Y tenían que ser misiles porque los mismos separatistas que habían creado las nubes habían sembrado el aire de Murkhana con aerosoles antiláser.

El atestado espacio se llenó de un olor acre, del rugido de los motores de proa y del ligero rateo del motor de estribor; la fragata estaba siendo tan castigada como los soldados y la tripulación que la conducían al combate.

La capa de nubes seguía siendo densa pese a la altitud de 400 metros sobre el nivel del mar. Shryne no se sorprendió por no poder distinguir ni su mano ante la cara. Después de todo, seguían estando en una guerra, y llevaba tres años acostumbrándose a no ver ni saber por dónde se desplazaban.

Nat-Sem, su antiguo Maestro, solía decirle que el objetivo de los ejercicios de meditación era poder mirar con claridad entre el remolino de blancura para ver más allá, que Shryne estaba viendo la zona en sombras que lo separaba del pleno contacto con la Fuerza. Que debía aprender a ignorar las nubes, por así decirlo. Cuando aprendiera a hacer eso, mirar más allá y ver la radiante imagen que había al otro lado, sería un Maestro.

La reacción de Shryne, pesimista por naturaleza, fue pensar: *En esta vida, no*.

Aunque no se lo dijo a Nat-Sem, el Maestro Jedi había visto a través de él tan fácilmente como él lo hacía ahora a través de las nubes.

Shryne sintió que los soldados clon veían esa guerra con más claridad que él, y que esa visión tenía poco que ver con los sistemas visores de sus cascos, con los filtros que amortiguaban el agudo olor del aire, con los auriculares que apagaban los sonidos de las explosiones. Habían sido criados para la guerra y probablemente a él lo consideraban un loco por entrar de ese modo en combate, vestido sólo con túnica y capucha, con un sable láser por única arma. Muchos de ellos eran lo bastante listos como para hacer comparaciones entre la Fuerza y sus propias corazas plastoides, pero había muy pocos que pudieran distinguir entre un Jedi acorazado y otro que no lo estuviera, entre los que tenían una alianza con la Fuerza y quienes por un motivo u otro habían perdido su reconfortante abrazo.

Las capas de nubes de Murkhana ralearon por fin, hasta limitarse a velar el arrugado paisaje y el espumeante mar del planeta. Un repentino estallido de brillante luz hizo que Shryne prestara atención al cielo. Lo que le pareció una fragata estallando era ahora el nacimiento de una estrella y, por un momento, el mundo perdió el equilibrio para recuperarlo con la misma brusquedad. Entre las nubes se formó un círculo de claridad, el velo de la realidad se rasgó y Shryne contempló un bosque de verdor tan profundo que casi llegó a saborearlo. Por entre los troncos corrían valientes combatientes y esbeltas naves sobrevolaban las copas de los árboles. En medio de todo ello se alzaba una única figura, alargando una mano para rasgar un telón negro como la noche…

Shryne sabía que había dado un paso fuera del tiempo, a una verdad más allá de toda comprensión.

Podía ser una visión del final de la guerra, o del mismo tiempo.

Fuese lo que fuese, tuvo el efecto de tranquilizar sus ánimos, pues le decía que estaba donde se suponía que debía estar. Por mucho que la guerra lo hubiera obligado a presenciar muerte y destrucción, seguía atado a la Fuerza y ésta le servía a su limitada manera.

Entonces, las escasas nubes conspiraron para ocultar lo que le había sido revelado, para cerrar el portal que había abierto una corriente errante, como si buscaran frustrarlo. Y Shryne volvió a verse donde estaba antes, con ráfagas de aire recalentado tirando de las mangas y la capucha de su túnica parda.

—Koorivar ha hecho un buen trabajo con sus máquinas climáticas —le dijo una voz en el oído izquierdo—. Han creado un cielo impresionante. Empleamos la misma táctica en Parrin Menor. Obligamos a los separatistas a fabricar nubes y después acabamos con ellos.

Shryne rió sin alegría.

—Me alegra ver que aún es capaz de apreciar las pequeñas alegrías de la vida, comandante.

—¿Qué otra cosa nos queda, general?

Shryne no podía distinguir su expresión tras el visor tintado, pero conocía ese rostro compartido tan bien como cualquier otro que hubiera luchado en esa guerra. El comandante clon al cargo de la 32ª fuerza aérea de combate había adquirido en algún momento el nombre de Munición, y el apodo le sentaba muy bien.

Las suelas de alta tracción de sus botas de salto le proporcionaban la suficiente altura añadida para estar hombro con hombro con Shryne, y tenía la armadura marcada por óxido marrón allí donde no estaba mellada y abollada. De su cadera pendían pistolas láser enfundadas en cartucheras y, por motivos que Shryne no podía adivinar, vestía una variante de la túnica de mando con capa que estaba haciendo furor en ese tercer año de guerra. El lema «¡Vivir para servir!» estaba grabado con láser en el lado izquierdo de su casco hollado por la metralla.

Las marcas del torso decían que Munición había participado en las campañas de muchos mundos, y tenía la actitud endurecida de un CRA —un Comando de Reconocimiento Avanzado— aunque no lo fuera, por no decir que tenía la misma actitud de Jango Fett, modelo de todos los clones, cuyo cuerpo sin cabeza vio en el circo geonosiano poco antes de que el Maestro Nat-Sem cayera bajo fuego enemigo.

—Las armas de la Alianza deben tenernos ya en su mira —dijo, mientras la fragata continuaba el descenso.

Las otras naves de asalto que atravesaban la cubierta de nubes también eran recibidas por ráfagas de misiles. Los impactos directos derribaron dos, cuatro y cinco naves, cuyos llameantes fuselajes y soldados destrozados se precipitaron a las revueltas olas escarlata de Bahía Murkhana. Del morro de una fragata brotó una cápsula que transportó al piloto y al copiloto hasta escasos metros del agua antes de ser destripada por un misil buscador de calor.

Había otros tres Jedi en una de las cincuenta y tantas fragatas que descendían hacia el grueso del combate, y entre ellos estaba el Maestro Saras. Shryne buscó con la Fuerza y los encontró, débiles ecos que confirmaban que seguían con vida.

Cuando los pilotos arrojaron su pesada carga en la orilla, evitando por poco una pareja de misiles de metralla, los artilleros de las torretas blindadas de la fragata respondieron al fuego con disparos láser mientras enjambres de interceptores mankvim llegaban en oleadas al encuentro de las fuerzas de la República. Los aerosoles antiláser del aire dispersaron los disparos, pero aun así docenas de naves separatistas sucumbieron a los misiles en masa escupidos por los lanzacohetes montados en la cubierta superior de las fragatas.

—El Alto Mando debió concedernos la petición de bombardearlos desde la órbita —dijo Munición, con voz amplificada.

—La idea es tomar la ciudad, comandante, no vaporizarla —repuso Shryne alzando la voz. Habían ofrecido a Murkhana varias semanas para rendirse, pero el ultimátum de la República terminó expirando—. Puede que el deseo de Palpatine de ganarse el corazón y la mente de las poblaciones separatistas no tenga mucho sentido militar, pero sí político.

Munición le miró desde detrás de su visor.

—No nos interesa la política.

—Tampoco a los Jedi.

—¿Por qué lucháis si no se os crió para ello?

—Para servir a lo que queda de la República. —La breve visión verde del final de la guerra volvió a él, y sonrió con pena—. Dooku ha muerto. Estamos a punto de encontrar a Grievous. Si eso significa algo, es que el final está cerca.

—¿El de la guerra o el de que luchemos codo con codo?

—El de la guerra, comandante.

—¿Qué será entonces de los Jedi?

—Haremos lo que siempre hicimos: seguir a la Fuerza.

—¿Y el Gran Ejército?

Shryne le miró fijamente.

—Nos ayudará a preservar la paz.

CAPÍTULO 2

Ya podían ver la ciudad de Murkhana, que trepaba en un largo *crescendo* por las escarpadas montañas que se alzaban desde la costa, el brillo de los superpuestos escudos de partículas apagado por el gris de la parte inferior de las nubes. Antes de que la fragata descendiera hacia las crestas de espumeantes olas, alteró el rumbo para apuntar con el morro achatado a la apelotonada línea del cielo de la ciudad, zigzagueando entre cabezas nucleares disparadas desde los emplazamientos de artillería que bordeaban la costa.

Murkhana era un mundo como Mygeeto, Muunilinst y Neimoidia, pero no era un planeta conquistado, sino un mundo anfitrión, cuartel general de la Alianza Corporativa y residencia de Passel Argente, antiguo senador y miembro del Consejo Separatista. Los mediadores y litigantes de Murkhana, atendidos por ejércitos de androides domésticos y guardias de seguridad privados, habían levantado un dominio hedonista de enormes edificios de oficinas, lujosos complejos de apartamentos, centros médicos exclusivos y elegantes áreas comerciales, casinos y clubes nocturnos. Sólo los deslizadores más caros se paseaban por su vertical paisaje urbano de edificios altos y elegantes que parecían haber crecido del coral del océano más que haber sido construidos por el hombre.

Murkhana también albergaba el mejor centro de comunicaciones de esa parte del Borde Exterior, y era la principal fuente de las «emisiones sombra» que difundían propaganda separatista por los mundos de la República y de la Confederación.

Cuatro puentes de diez kilómetros de largo dispuestos como los radios de una rueda unían la ciudad con una enorme plataforma de aterrizaje construida sobre el mar. La plataforma tenía forma hexagonal, estaba sostenida por gruesas columnas ancladas en el lecho marino y era lo que necesitaba la República para poder iniciar la invasión a gran escala del resto del planeta. Para que eso sucediera, el Gran Ejército tendría que atravesar los paraguas defensivos y acabar con los generadores. Pero casi todas las techumbres y plataformas de aterrizaje estaban protegidas con rayos repulsores y el único lugar en el que las fragatas podían desembarcar ahora sus cargas de soldados clon y Jedi era la playa de arena negra de Murkhana.

Shryne miraba la plataforma de aterrizaje cuando sintió que alguien se situaba entre el comandante Munición y él, tratando de ver mejor por la abierta escotilla. Supo que era Olee Starstone antes incluso de ver su cabeza de negros rizos. Plantó con firmeza la mano izquierda en la nuca de la chica y la devolvió de un tirón al interior.

—Si tan decidida estás a ser un blanco, padawan, espera al menos a que estemos en la playa.

La pequeña joven de ojos azules se frotó la cabeza mientras miraba por encima del hombro a la alta mujer Jedi que tenía detrás.

—¿Lo ves, Maestra? Sí le importa —dijo la padawan Starstone.

—Pese a toda evidencia de lo contrario —dijo la mujer Jedi.

—Sólo quise decir que así me sería más fácil enterrarte en la arena —repuso Shryne.

Starstone frunció el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho y se alejó de los dos.

Bol Chatak clavó en Shryne una mirada recriminadora. Llevaba alzada la capucha de su túnica negra ocultando así sus cortos cuernos. Era una zabrak iridoniana, tan tolerante que nunca había reprochado a Shryne su conducta irascible ni interferido en la relación burlona que mantenía con Starstone, la cual se había convertido en su padawan apenas una semana estándar antes, cuando llegó con el Maestro Loorne y otros dos Caballeros Jedi. Las necesidades de los Asedios del Borde Exterior habían alejado de Coruscant a tantos Jedi que el Templo estaba prácticamente desierto.

Hacía poco que Shryne también tuvo un aprendiz padawan…

Para bien del Jedi, el piloto de la fragata anunció que se acercaban al punto de salto.

—¡Comprobad las armas! —le dijo Munición al pelotón—. ¡Gases y cargadores!

Mientras la bodega se llenaba del ruido de armas activándose, Chatak posó la mano en el tembloroso hombro de Starstone.

—Utiliza tu incomodidad para aguzar tus sentidos, padawan.

—Lo haré, Maestra.

—La Fuerza te acompañará.

—Todos moriremos —le dijo Munición a los soldados—. ¡Prometeos ser los últimos en hacerlo!

En el techo se abrieron paneles de accesos, liberando más de una docena de cables de poliplástico que quedaron al alcance de los soldados.

—¡Enganchaos a los cables! —dijo Munición—. Hay sitio para tres más, general —añadió, mientras manos enguantadas y blindadas se agarraban a los cables.

Shryne calculó que el salto no superaba los diez metros y negó con la cabeza a Munición.

—No hay necesidad. Lo veremos abajo.

La fragata ganó altitud inesperadamente al acercarse a la costa y se paró junto a la playa, como frenada en seco. Los rayos repulsores se conectaron y la nave flotó sobre la arena. En ese momento, centenares de androides bélicos separatistas llegaron a la playa disparando simultáneamente las armas láser.

El intercomunicador chirrió y el piloto dijo:

—¡Lanzamos el anulador de androides!

El anulador de androides, un arma emisora de ondas de impacto, detonó a cinco metros del punto cero, tumbando a todos los androides en un radio de cincuenta metros. Explosiones semejantes subrayaron la llegada de una docena de fragatas más.

—¿Dónde estaban estas armas hace tres años? —preguntó a Munición uno de los soldados.

—Es el progreso —repuso el comandante—. De pronto parecemos estar ganando la guerra en una semana.

La fragata descendió un poco más y Shryne saltó al aire, usando la Fuerza para controlar su caída y aterrizar agazapado en la arena compacta, como hicieron a continuación Chatak y Starstone, si bien de forma menos experta.

Les siguieron Munición y los soldados clon, que descendían agarrados con una mano a cables individuales, mientras con la otra disparaban los rifles a medida que bajaban a la playa. Cuando el último soldado estuvo en suelo firme, la fragata elevó el morro y empezó a alejarse. La misma escena se repetía a lo largo de toda la playa. Algunas fragatas no consiguieron escapar al fuego de artillería y se estrellaron envueltas en llamas antes de poder dar media vuelta.

Otras saltaron en pedazos antes de poder descargar a sus hombres.

Jedi y soldados avanzaron mientras proyectiles y disparos láser silbaban en sus oídos y les obligaban a agacharse tras el protector de la autopista que discurría entre la playa y los riscos verticales de la ciudad. El encargado de comunicaciones de Munición solicitó apoyo aéreo contra las baterías que más les castigaban.

Por una abertura del muro aparecieron cuatro hombres pertenecientes a un comando que llevaba a un cautivo con ellos. Los comandos se distinguían de los soldados porque llevaban armadura gris clase Katarn y empleaban armas más pesadas. Sus trajes reforzados contra las pulsaciones magnéticas les permitían atravesar los campos defensivos.

El combatiente enemigo capturado vestía una túnica larga y una capucha con borla, pero carecía de la complexión enjuta, los tatuajes horizontales en la cara y los cuernos craneales característicos de los koorivar. La especie de Passel Argente, al igual que le ocurría a sus compañeros separatistas neimoidianos, no sentía ninguna afición bélica, pero no le acomplejaba contratar a los mejores mercenarios que podían comprarse con créditos.

El grueso jefe del comando se dirigió inmediatamente a Munición.

—Equipo Ion, comandante, adscrito al veintidós de Boz Pity.

Se volvió ligeramente en dirección a Shryne y asintió con la cabeza.

—Bienvenido a Murkhana, general Shryne.

Las oscuras cejas de Shryne se agitaron.

—La voz me resulta familiar… —empezó a decir.

—Y la cara más aún —terminó el comando.

El chiste se había hecho viejo tres años antes, pero seguía siendo habitual entre los soldados clon, y entre ellos y los Jedi.

—Trepador —dijo el comando, llamándole por su apodo—. Luchamos juntos en Deko Neimoidia.

Shryne agarró al comando por el hombro.

—Me alegra volver a verte, Trepador… aunque sea aquí.

—Como ya te dije —le comentó Chatak a Starstone—, el Maestro Shryne tiene amigos en todas partes.

—Igual no le conocen tan bien como yo, Maestra —gruñó Starstone.

Trepador alzó el visor de su casco hacia el cielo gris.

—Es un buen día para luchar, general.

—Aceptaré tu sugerencia —dijo Shryne.

—Tu informe, jefe de escuadrón —interrumpió Munición.

Trepador se volvió hacia el comandante.

—Los koorivar están evacuando la ciudad, pero están tomándose su tiempo. Han depositado en esos escudos de energía más fe de la que deberían. —Empujó al cautivo hacia delante y le hizo volverse para ponerlo de cara a Munición—. Le presento a Idis; es un humano bajo estos ropajes de koorivar. Un distinguido miembro de la Brigada Vibrocuchilla.

—Una banda de mercenarios —explicó Chatak a Starstone.

—Lo cogimos… con los pantalones bajados, y lo convencimos para que nos contase todo lo que sabe sobre las defensas de la costa. Ha sido tan amable como para proporcionarnos la localización del generador de campo de la plataforma de aterrizaje. —El comando señaló un edificio alto situado playa abajo—. Al norte del primer puente, cerca del puerto deportivo. Instalaron el generador a dos pisos de profundidad. Igual debemos tomar el edificio entero para llegar a él.

Munición le hizo una seña a su encargado de comunicaciones.

—Transmite las coordenadas del edificio a la artillería del *Galante*…

—Un momento —dijo Shryne con rapidez—. Disparar contra el edificio pondrá en peligro los puentes. Los necesitamos intactos si queremos hacer entrar vehículos en la ciudad.

Munición lo meditó brevemente.

—Un ataque quirúrgico, entonces.

Shryne negó con la cabeza.

—Hay otra razón para un ataque comedido. El edificio es un centro médico. O al menos lo era la última vez que estuve aquí.

Munición miró a Trepador buscando confirmación.

—El general tiene razón, comandante. Sigue siendo un centro médico.

Munición volvió a mirar a Shryne.

—Un centro médico enemigo, general.

Shryne apretó los labios y asintió.

—Los pacientes siguen considerándose no combatientes, incluso a estas alturas de la guerra. Recuerde lo que le dije de ganarse las mentes y los corazones, comandante. —Miró al mercenario—. ¿Se puede llegar desde la calle al generador de escudo?

—Eso depende de su habilidad.

Shryne miró a Trepador.

—No será problema —dijo el comando.

Munición profirió un sonido de desagrado.

—¿Confías en la palabra de un mercenario?

Trepador presionó el cañón de su rifle DC-17 contra la nuca del mercenario.

—Ahora Idis está de nuestro lado, ¿a que sí?

La cabeza del mercenario se bamboleó.

—Y sin cargo alguno.

Shryne volvió a mirar a Trepador.

—¿Lleváis suficientes cargas térmicas para el trabajo?

—Sí, señor.

A Munición seguía sin gustarle.

—Recomiendo encarecidamente que dejemos esto al *Galante*.

Shryne le miró fijo.

—¿Qué pasa, comandante? ¿Es que no estamos matando a los separatistas en la cantidad suficiente?

—En cantidad suficiente, general. Sólo que no con suficiente rapidez.

—El *Galante* no dejará de estar a cincuenta kilómetros de distancia —dijo Chatak en tono conciliador—. Hay tiempo para reconocer el edificio.

Munición mostró su desagrado con un encogimiento de hombros.

—Si se equivocan será su funeral.

—No lo será ni aquí ni allí —dijo Shryne—. Nos encontraremos con usted en el punto de reunión de Aurek-Bacta. Si no aparecemos para cuando llegue el *Galante*, envíe las coordenadas del edificio.

—Puede contar con ello, señor.

CAPÍTULO 3

Murkhana ya era un mundo peligroso mucho antes de convertirse en un mundo traidor. El magistrado Passel Argente había permitido que el crimen floreciera en él, siempre y cuando la Alianza Corporativa y su principal empresa subsidiaria, Mercadotecnia Lethe, recibieran buena parte de sus beneficios. Para cuando Argente se unió al movimiento secesionista del Conde Dooku, haciendo que Murkhana entrase en la Confederación de Sistemas Independientes, ya no había forma de distinguir entre las tácticas extorsionistas de la Alianza Corporativa y las de Sol Negro u otros sindicatos gangsteriles semejantes, salvo por el hecho de que la Alianza se interesaba más por las adquisiciones corporativas que por el juego, el negocio de la protección y el contrabando de especias.

Cuando la Alianza Corporativa no sabía ser lo bastante persuasiva, empleaba tanques androides para convencer a los dueños de las compañías de lo sabio que era aceptar sus ofertas de adquisición, y ahora había docenas de esas máquinas bélicas posicionadas en las inclinadas calles de la ciudad para rechazar a las fuerzas invasoras republicanas.

Shryne conocía el lugar tan bien como cualquiera habitante de la ciudad, pero dejó que los comandos fueran en vanguardia. Los tres Jedi siguieron a los cuatro soldados de operaciones especiales a lo largo de un sinuoso recorrido por las entrecruzadas calles, esquivando los disparos láser de androides bélicos y de bandas de mercenarios y confiando en que el mercenario cautivo fuera consciente de que no le convenía engañarlos. En las alturas, descargas láser y proyectiles de iones chocaban contra los convexos campos de energía, al igual que las naves androides y los cazas derribados en los furiosos combates aéreos que tenían lugar en las nubes.

El grupo de aliados no tardó en llegar a las avenidas del puente situado más al sur, del cuarteto de puentes que unía la ciudad con las plataformas de aterrizaje. Al no encontrar resistencia en el centro médico, se infiltraron en el amplio atrio del edificio. Una luz apagada se filtraba por los altos ventanales de permaplex; el polvo y los cascotes se depositaban en un suelo de mosaico mientras el edificio temblaba al ritmo del creciente bombardeo republicano.

El aire lleno de partículas zumbaba con la corriente del generador del escudo y erizaba el vello de la nuca de Shryne. El lugar parecía y se sentía desierto, pero aun así Shryne envió a Chatak, Starstone y dos de los comandos a reconocer los niveles superiores, por si acaso. Confiando todavía en la información del cautivo, Shryne, Trepador y el explorador tres del Equipo Ion cruzaron un laberinto de pasillos débilmente iluminados hasta un turboascensor que, según decía, les llevaría a la sala del generador de escudo.

—Señor, no quise decir nada ante el general Chatak —dijo Trepador mientras descendían—, pero no es normal que un Jedi y un comandante tengan criterios distintos sobre estrategia.

Shryne sabía que era cierto.

—El comandante Munición tiene un gran instinto. De lo que carece es de paciencia. —Se volvió por completo para mirar de frente al comando—. La guerra nos habrá cambiado a algunos, Trepador. Pero el mandato Jedi siempre ha sido mantener la paz sin matar a todos los que se interpongan en su camino.

Trepador asintió en señal de comprensión.

—Conozco a unos cuantos comandantes que fueron devueltos a Kamino para recuperación.

—Y yo conozco a unos Jedi a los que eso les vendría muy bien. Porque todos queremos que esta guerra se acabe de una vez. —Tocó a Trepador en el brazo cuando el turboascensor se detuvo—. Me disculpo de entrada si esta misión acaba siendo una pérdida de tiempo.

—No hay problema, señor. Lo consideraremos un permiso del trabajo.

Al otro lado del ascensor antigravitatorio, el ensordecedor murmullo del generador hacía casi imposible hablar sin depender de los comunicadores. Shryne sacó el suyo de una bolsita de su cinturón de utilidades y lo sintonizó en la frecuencia que Trepador y su hombre utilizaban para comunicarse con los enlaces de su casco.

Los tres hombres descendieron con cuidado por un pasillo sin luz hasta llegar a un tembloroso pórtico que asomaba a la sala del generador. La mayor parte del cavernoso espacio estaba ocupada por la pirámide truncada de duracero que proporcionaba energía al bosque de proyectores de escudo con forma de platillo que había en la plataforma de aterrizaje.

Trepador hizo descender unos macrobinoculares sobre su visor tintado y examinó el lugar.

—Cuento doce centinelas —le dijo a Shryne por el comunicador.

—Añade tres técnicos koorivar en el otro extremo del generador —dijo el explorador tres desde su posición.

Shryne podía ver hasta sin macrobinoculares que la mayoría de los guardias eran mercenarios, humanos y humanoides, armados con rifles láser y vibrocuchillas, el arma que definía a la brigada. Unos cuernos craneales, símbolo de posición sobre todo entre los miembros de la élite de Murkhana, identificaban al koorivar del grupo. Tres androides de combate de la Federación de Comercio completaban el contingente.

—El generador está demasiado bien protegido para destruirlo de forma encubierta —dijo Trepador—. Disculpe por decirlo, pero puede que el comandante Munición tuviera razón al desear que el *Galante* se ocupara de esto.

—Ya dije que tenía buen instinto.

—Señor, que los guardias no estén aquí para recibir cuidados médicos no quiere decir que no podamos convertirlos en pacientes.

—Bien pensado —dijo Shryne—, pero seguimos siendo tres contra doce.

—Usted vale al menos por seis de ellos, ¿no, señor?

Shryne sonrió al comando con los ojos entrecerrados.

—Eso en un día bueno.

—Al final, tanto Munición como usted tendrán razón. Y, lo que es mejor, le ahorraremos al *Galante* unas cuantas descargas láser.

Shryne soltó una risotada.

—Si lo ve de ese modo, Trepador.

Éste hizo unas cuantas señas al tercer explorador y, a continuación, los tres iniciaron el descenso hacia el suelo grasiento.

Renunciando a pensamiento y emoción, Shryne se sumió en la Fuerza, confiando en que ésta supervisara sus actos mientras los ejecutaba con determinación, que no con ira.

Eliminar a los guardias sólo era algo que debía hacerse.

Ante una señal de Trepador, tanto su hombre como él derribaron a cuatro centinelas con disparos láser cuidadosamente colocados, pasando a continuación a devolver el fuego de los que aún seguían en pie.

Por tenue que pudiera ser a veces su contacto con la Fuerza, Shryne seguía siendo un maestro con la espada, y casi treinta años de entrenamiento habían templado sus instintos y convertido su cuerpo en un instrumento de tremendas fuerza y velocidad. La Fuerza lo guió hasta las zonas de mayor peligro, con la hoja azul de su sable láser cortando el espeso aire, desviando disparos, cercenando miembros. El tiempo se dilató, lo que le permitió percibir cada rayo individual de energía, cada lengua de vibrocuchilla. Tenía tiempo sobrado para ver cada peligro y realizar su tarea.

Sus contrincantes caían ante la limpieza de sus mandobles, incluido uno de los androides, de cuyo circuito fundido emanó una peste a ozono. Un mercenario

lanzó un gemido al caer hacia atrás, el aire abriéndose paso por un agujero en su pecho, la sangre brotando por venas que no habían sido cauterizadas por el paso de la cuchilla.

A otro se vio forzado a decapitarlo.

Sintió a Trepador y a su hombre a cada lado, y captó el sibilante sonido de sus armas traspasando el incesante zumbido del generador de campo.

Un androide se hizo pedazos, proyectando metralla.

Shryne evadió el diluvio de aleación caliente que dio de lleno a un koorivar acribillando su rostro enjuto y su torso.

Apartándose del alcance de una vibrocuchilla arrojada contra él, notó que dos de los técnicos huían para salvar la vida. Estaba dispuesto a dejarlos marchar, pero el hombre de Trepador los vio también, no les dio cuartel alguno y acabó con ellos antes de que pudieran alcanzar la seguridad del principal turboascensor de la sala.

Después de eso la lucha empezó a decaer.

Shryne oía su propia respiración y sus latidos en sus oídos, y los notaba controlados. Pero el pensamiento se introdujo en su dinámica y bajó la guardia antes de lo debido.

La temblorosa hoja de la cuchilla de un mercenario le esquivó por poco. Giró sobre los talones, buscó los pies del atacante y le cortó el izquierdo. El mercenario aulló, sus ojos se desorbitaron ante esa visión y cayó hacia delante agitando ambas manos y arrancando por casualidad el sable láser de las manos de Shryne, que salió rodando por el suelo.

A cierta distancia de él, Trepador combatía con un androide y dos mercenarios. Tras acabar con el androide, la chisporroteante carcasa de éste le había caído encima, bloqueándole la mano derecha y el rifle láser, de modo que la pareja de mercenarios se disponía a rematarlo.

Trepador consiguió contener a uno de sus presuntos asesinos con patadas bien colocadas, esquivando incluso un disparo láser que rebotó en el suelo y en el generador. El hombre de Trepador acudió en su ayuda y se enfrentó cuerpo a cuerpo con el mercenario que su jefe había apartado de una patada, pero éste se quedaba sin trucos para librarse de su segundo atacante.

El luchador enemigo saltó contra él, sujetando la vibrocuchilla con ambas manos.

Shryne se movió, no para desplazarse hasta donde estaba Trepador, pues sabía que nunca podría llegar a tiempo hasta él, sino en dirección al pomo del sable láser que seguía girando en el suelo y que lanzó de una patada hacia la enguantada y alargada mano izquierda de Trepador. En el mismo instante en que el mercenario se disponía a descargar lo que habría sido un golpe fatal, el pulgar del comando presionó el botón activador del sable láser. Una columna de energía azul brotó del pomo, a través del pecho del separatista, empalándolo.

Shryne acudió al lado de Trepador mientras el otro comando recorría la sala asegurándose de que no había más sorpresas.

Yoda, o cualquier otro Maestro Jedi, habría liberado a Trepador del androide caído con un empujón de la Fuerza, pero Shryne necesitó la ayuda de Trepador para mover la chisporroteante carcasa. Años antes, habría podido hacerlo solo, pero ya no. No estaba seguro de si esa debilidad era propia de él o si la guerra estaba haciendo desaparecer la Fuerza del universo con la muerte de cada Jedi.

Trepador apartó el cuerpo del mercenario y se sentó.

—Gracias por el salvamento, general.

—No quería que acabase como su modelo.

Trepador se le quedó mirando.

—Sin cabeza, quiero decir.

Trepador asintió.

—Pensé que quería decir a manos de un Jedi.

Shryne alargó la mano para recibir el sable láser, que Trepador miraba como si lo viera por primera vez. Entonces, sintiendo la mirada de Shryne clavada en él, dijo:

—Perdone, señor —y depositó el mango en la mano del Jedi.

Éste se enganchó el arma en el cinturón y ayudó al comando a ponerse en pie mientras clavaba la mirada en Chatak, Starstone y los otros dos comandos del Equipo Ion, que en ese momento llegaban a la sala armas en mano.

Shryne les hizo un gesto indicando que todo estaba bajo control.

—¿Encontrasteis pacientes? —preguntó a Chatak cuando ésta pudo oírlo.

—Ninguno. Pero no habíamos registrado todo el edificio cuando oímos los disparos.

Shryne se volvió hacia Trepador.

—Prepare las cargas térmicas, y luego llame al comandante Munición. Dígale que alerte al mando aéreo de que el campo de energía de la plataforma de aterrizaje va a apagarse, pero alguien tendrá que acabar con las baterías costeras del puente para que puedan desembarcar la artillería y las tropas. La general Chatak y yo acabaremos de registrar el edificio y nos reuniremos contigo en el punto de encuentro.

—Afirmativo, señor.

Shryne empezó a andar, pero se detuvo en seco.

—Trepador.

—Dígale de mi parte al comandante Munición que probablemente debimos hacerlo a su manera.

—¿Seguro que quiere que se lo diga?

—¿Por qué no?

—Porque sólo conseguiría darle más ánimos, señor.

CAPÍTULO 4

Ras dice que mataste a alguien con el sable láser del general Shryne —le dijo a Trepador uno de los comandos que acompañaron a Bol Chatak mientras los cuatro miembros del Equipo Ion colocaban los detonadores térmicos en los paneles de control del generador de campo.

—Así es. Y como sabía que querrías verlo, saqué una holo con la cámara de mi casco.

El sarcasmo de Trepador no fue captado por el experto en armas pequeñas, el explorador dos llamado Rastro.

—¿Qué tal se maneja?

Trepador se quedó un momento quieto.

—Más como una herramienta que como un arma.

—Una buena herramienta para destripar mercenarios —dijo Ras cerca de ellos.

—No lo discuto —dijo Trepador, asintiendo con la cabeza—. Pero prefiero una 17.

—Shryne es de fiar —dijo Rastro al reanudar la tarea de colocar las cargas.

—En los combates cuerpo a cuerpo, prefiero tenerlo a él conmigo a tener a Munición —comentó Trepador—, pero no en un campo de batalla. A Shryne le preocupan demasiado los daños colaterales.

Tras completar su tarea, caminó decidido por la sala de control, comprobando la labor de todos. El encargado de comunicaciones del Equipo Ion corrió hasta él cuando ajustaba la localización de uno de los detonadores.

—¿Está el comandante Munición informado? —preguntó Trepador.

—Tengo al Comandante en la línea. Desea hablar personalmente con usted.

Trepador se distanció del resto del equipo y manipuló el dial del comunicador a una frecuencia codificada.

—El especialista Trepador por línea segura, Comandante.

—¿Está el Jedi contigo? —replicó bruscamente Munición.

—No, señor. Está registrando el resto del edificio por si nos dejamos a alguien.

—¿Cuál es la situación, jefe de escuadrón?

—Saldremos de aquí en cuanto las demás térmicas estén colocadas. T-5, como mucho.

—Conserva alguna de esas térmicas. Su equipo tiene que reunirse con nosotros cuanto antes. Nos han modificado las prioridades.

—¿Modificadas en qué?

—Hay que matar a los Jedi.

Trepador guardó silencio por un largo momento.

—Repite eso, comandante.

—Debemos acabar con los Jedi.

—¿Quién lo ordena?

—¿Estás cuestionando mi autoridad?

—No, señor. Sólo hago mi trabajo.

—Tu trabajo es obedecer a tus superiores.

Trepador recordó las acciones de Shryne en la sala del generador; su velocidad y puntería, su habilidad con el sable láser.

—Sí, señor. Es que no me entusiasma mucho enfrentarme a tres Jedi.

—A ninguno nos entusiasma, Trepador. Por eso necesitamos a tu equipo. Quiero preparar una emboscada cerca del punto de encuentro.

—Entendido, comandante. Obedeceremos. Fuera.

Trepador volvió con sus tres compañeros, los cuales lo miraban atentamente.

—¿A qué venía eso? —preguntó Rastro.

Trepador se sentó en cuclillas.

—Nos han ordenado preparar una emboscada a los Jedi.

Ras gruñó.

—Extraño momento para un ejercicio con fuego real, ¿no?

—No es un ejercicio —contestó Trepador mirándolo.

Ras no movió ni un músculo.

—Creía que los Jedi estaban de nuestro lado.

Trepador asintió.

—Yo también.

—¿Qué han hecho?

—Munición no lo dijo —repuso, meneando la cabeza—. Y se supone que no debemos hacer esa pregunta, ¿está claro?

Los tres especialistas se miraron unos a otros.

—¿Cómo quiere que lo hagamos? —dijo por fin Ras.

—El comandante quiere que preparemos una emboscada —dijo Trepador con voz decidida—. Y yo digo que le demos lo que nos pide.

CAPÍTULO 5

Shryne, Chatak y Starstone contemplaron desde las alturas del centro médico cómo los enormes edificios temblaban al explotar el generador de campo enterrado en su base. Nubes de humo se alzaron al caótico cielo, y el edificio se tambaleó precariamente. Afortunadamente, no se derrumbó, como Shryne temía que hiciera, así que los puentes que cubrían la bahía no sufrieron daño alguno. A diez kilómetros de allí, el titilante campo de energía que cubría la plataforma de aterrizaje parpadeó y desapareció, dejando el enorme hexágono al alcance de cualquier ataque.

No pasó ni un momento antes de que escuadrones de cazas Ala-V y bombarderos ARC-170 de la República descendieran de las arremolinadas nubes y dispararon sus cañones. Las baterías antiaéreas del campo de aterrizaje y de los puentes abrieron fuego, llenando el cielo con renglones de energía cruda.

Más al sur, el *Galante* flotaba inmóvil a quinientos metros de las turbulentas aguas de la bahía. Los cazas republicanos brotaban de las compuertas del destructor estelar dirigiéndose a la costa en medio de tormentas de fuego intenso.

—Ahora empieza de verdad —dijo Shryne.

Los tres Jedi se dirigieron al oeste, internándose en la ciudad antes de doblar al sur rumbo al punto de encuentro. Evitaron siempre que podían las escaramuzas con androides de combate y con mercenarios, y ganaban las peleas cuando no tenían la opción de escapar a ellas. Shryne sintió alivio al ver que la padawan de pelo rizado de Chatak demostraba un valor notable y era tan diestra con el sable láser como muchos Caballeros Jedi hechos y derechos. Sospechaba que tenía una conexión con la Fuerza mucho mayor de la que él había tenido hasta en sus mejores años de ávido estudioso.

Cuando no buscaba el modo de evitar enfrentamientos, se obsesionaba con su error respecto al centro médico.

—Habría sido preferible un bombardeo quirúrgico —confesó a Chatak mientras pasaban por un callejón oscuro que conocía de una visita anterior a Murkhana.

—No te preocupes por eso, Roan —le respondió ella—. El generador estaba ahí precisamente porque la Alianza Corporativa sabía que perdonaríamos al centro médico. Y, lo que es más, la opinión que tenga el comandante Munición de ti importa muy poco en el esquema general de las cosas. Si no estuvierais tan inmersos en estrategias militares, podríais estar en alguna otra parte compartiendo tragos de brandy.

—Si alguno de los dos bebiera.

—Nunca es tarde para empezar, Roan.

Starstone lanzó un sonoro suspiro.

—¿Ésta es la sabiduría que impartes a tu padawan, que nunca es tarde para empezar a beber?

—¿He oído una voz? —dijo Shryne, mirando a su alrededor con preocupación exagerada.

—No era una voz importante —le aseguró Chatak.

Starstone negaba con la cabeza.

—Éste no es el aprendizaje que esperaba.

Shryne la miró fijamente.

—Cuando volvamos a Coruscant, procuraré meter en el buzón de sugerencias del Templo que Olee Starstone ha expresado decepción por la forma en que se la entrena.

Starstone hizo una mueca.

—Tenía la impresión de que las chanzas acabarían una vez me convirtiera en padawan.

—Es entonces cuando las chanzas empiezan —dijo Chatak, conteniendo una sonrisa—. Espera a ver lo que tendrás que soportar durante las pruebas.

—No sabía que las pruebas incluyeran torturas psicológicas.

—En el fondo, padawan, todo se reduce a eso —repuso Chatak mirándola fijamente.

—La guerra ya es prueba suficiente para cualquiera —dijo Shryne mirando por encima de su hombro—. Yo voto por que todos los padawan sean ascendidos automáticamente al rango de Caballeros Jedi.

—¿Te importa si le repito eso a Yoda? —dijo Starstone.

—Maestro Yoda para ti, padawan —le regañó Chatak.

—Me disculpo, Maestra.

—Aunque Yoda y los demás miembros del Sumo Consejo tengan la cabeza en las nubes —murmuró Shryne.

Starstone se mordió el labio.

—Simularé no haber oído eso.

—Más te vale haberlo oído —repuso Shryne, volviéndose hacia ella.

Siguieron caminando hacia el suroeste.

La lucha a lo largo de la costa se recrudecía. Cazas y naves androides que volaban muy por debajo de sus altitudes óptimas desaparecían envueltas en bolas de fuego. Los escudos de energía de toda la ciudad, sobrecargados por el fuego continuado de los cañones de iones del *Galante*, empezaban a ceder y estaba teniendo lugar un éxodo en masa, de modo que las multitudes asustadas de koovares huían de refugios, casas y empresas. Brigadas de mercenarios, reforzadas por androides de combate y tanques, fortificaban sus posiciones en las montañas. Shryne supuso que la lucha para ocupar Murkhana sería larga y brutal, quizá con un precio en vidas sin precedentes.

A escasos doscientos metros de la ciudad, se sintió sacudido por una repentina inquietud que no tenía nada que ver con la batalla que se estaba desarrollando. Se sentía como si hubiera situado sin querer a su compañera Jedi en la mira de un francotirador enemigo. Hizo que Chatak y Starstone se detuvieran, para guiarlas luego sin explicación alguna al refugio de una tienda abandonada.

—Creí que era la única que lo sentía —dijo Chatak en voz queda.

A Shryne no le sorprendió. Al igual que Starstone, la Jedi zabrak tenía una profunda conexión con la Fuerza.

—¿Puedes llegar al fondo de esto? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No con claridad.

Starstone clavó los ojos en un Jedi y en el otro.

—¿Qué pasa? Yo no siento nada.

—Exacto —dijo Shryne.

—Estamos cerca del lugar de encuentro, padawan —dijo Chatak con su mejor voz de mentora—. Así que, ¿dónde están todos? ¿Por qué no han dispuesto los soldados un perímetro?

Starstone lo meditó.

—Igual sólo esperan a que lleguemos.

El comentario casual de la joven dio en el centro de lo que sentían Shryne y Chatak. Intercambiaron miradas de alarma, soltaron los sables láser del cinto y activaron las hojas.

Shryne percibía más adelante, en un cruce de sinuosas calles, al comandante Munición y a un pelotón de soldados en formación de semicírculo cerrado. Pero no para proporcionar cobertura a los Jedi en caso de ser necesario. El anterior sentimiento de recelo floreció en uno de alarma y gritó a Chatak y Starstone que se tiraran al suelo.

Apenas lo hicieron cuando una serie de detonaciones hizo temblar la calle. Pero las descargas estaban preparadas para reventar la posición de Munición y no la de los Jedi.

Shryne comprendió al instante que las explosiones sin llama eran producidas por DCEs, detonadores de carga electrostática. Los DCEs se utilizaban para inutilizar androides y eran una versión táctica del arma de pulsación magnética que emplearon las fragatas al llegar a la playa. Munición y sus hombres, atrapados en el radio indiscriminado de las explosiones, gritaron de sorpresa cuando los sistemas de sus cascos y armas reaccionaron al ataque desconectándose. Momentáneamente cegados por los resplandores, los soldados lucharon para quitarse los cascos y echar mano a los cuchillos de combate que llevaban en el cinto.

Pero, para entonces, el capitán Trepador y el resto del Equipo Ion habían salido de su escondrijo, y dos de los comandos corrían hacia los soldados temporalmente cegados.

—¡Quitadles las armas! —ordenó Trepador—. ¡Nada de disparos!

Trepador avanzó despacio hacia los tres Jedi, con la pistola láser en la mano y el casco bajo el brazo.

—Nada de trucos mentales, general —avisó.

Shryne no estaba seguro de que esa técnica Jedi estuviera siquiera incluida en su repertorio, pero se cuidó de decirlo.

—Mis especialistas tienen conectados sus sistemas de ruido blanco —siguió diciendo Trepador—. Tienen órdenes de acribillarlo si me oyen repetir aunque sólo sea una frase de lo que usted me diga. ¿Entendido?

Shryne no desactivó el sable láser, pero se permitió bajarlo para que apuntara al suelo. Chatak y Starstone le imitaron, pero sin abandonar la posición defensiva.

—¿A qué viene esto, Trepador?

—Nos han dado órdenes de matarlos.

Shryne lo miró incrédulo.

—¿Quién dio la orden?

Trepador movió la mandíbula, como señalando con ella detrás de él.

—Tendrá que preguntárselo al comandante Munición, señor.

—Trepador, ¿dónde estás? —gritó Munición mientras el comando dos de Trepador escoltaba al comandante hacia delante. Tenía el casco quitado y se presionaba los ojos con las enguantadas manos.

—¿Fuiste tú quien puso esas DCEs?

—Sí, señor. Para llegar al fondo de esto.

Munición alzó los puños acorazados al sentir que Shryne se acercaba.

—Tranquilo, comandante —le dijo Shryne.

Munición se relajó un poco.

—¿Es que somos tus prisioneros?

—¿Ha dado orden de matarnos?

—No contestaré a eso —dijo Munición.

—Comandante, si esto tiene algo que ver con nuestra anterior discusión…

—No se adule tanto, general. Esto está por encima de nosotros.

Shryne estaba confuso.

—Entonces la orden no procedía de usted. ¿Solicitó una verificación?

Munición negó con la cabeza.

—No era necesario.

—¿Trepador? —preguntó Shryne.

—Sé tanto como usted, general. Y dudo que se pueda convencer al comandante Munición para que comparta con nosotros su información tan fácilmente como nuestro mercenario cautivo.

—General Shryne —le interrumpió el comando uno, golpeándose el casco con el dedo índice—. Una comunicación del centro de operaciones. Vienen pelotones de refuerzo.

Trepador miró a Shryne a los ojos.

—Señor, no podremos detenerlos a todos, y si hay lucha, no podremos ayudarle más de lo que ya lo hemos hecho. No mataremos a los nuestros.

—Lo comprendo, Trepador.

—Esto debe de ser un error, señor.

—Estoy de acuerdo.

—Le voy a dar una posibilidad de escapar, por los buenos tiempos. Pero órdenes son órdenes. Si volvemos a encontrarlo, lucharemos. —Trepador afrontó la mirada de Shryne—. Por supuesto, también puede matarnos ahora a todos, y así aumentar sus posibilidades de supervivencia.

Munición y el comando dos hicieron un movimiento nervioso.

—Como ha dicho usted —dijo Shryne—, nosotros no disparamos contra los nuestros.

Trepador asintió con alivio.

—Es justo lo que esperaba que dijera, general. Hace que me sienta bien por desobedecer una orden directa, y que pueda aceptar cualquier castigo que se nos imponga por ello.

—Esperemos que no se llegue a eso, Trepador.

—La esperanza no es algo que esté incluido en nuestro equipo, general.

Shryne le tocó en el brazo.

—Puede que un día necesite incluirla.

—Sí, señor. Ahora póngase en marcha antes de que se vea obligado a poner a prueba esos sables láser.

CAPÍTULO 6

Un coro de tonos de aviso anunció que los sistemas visuales del casco, los comunicadores y las armas se habían recuperado de los efectos de la pulsación magnética de las DCEs y volvían a estar conectados.

Los soldados, también recuperados, no perdieron ni un momento en armar los rifles y apuntarlos contra los cuatro comandos, que a su vez ya habían alzado sus DC-17 esperando un enfrentamiento así.

El comandante Munición se apresuró a posicionarse entre los dos grupos con los brazos extendidos, antes de que pudiera hacerse un solo disparo.

—¡Atrás todos! ¡Es una orden! —Miró amenazador a Trepador—. Más te vale que esta vez obedezcas.

Cuando se bajaron las armas y llegó el primer pelotón de refuerzo, con los soldados claramente confusos ante la situación que tenía lugar ante ellos, Munición apartó a un lado al jefe de escuadrón.

—¿Es que te han borrado la programación? —preguntó Munición—. Nuestras órdenes procedían de lo más alto de la cadena de mando.

—Creía que los Jedi estaban en lo más alto.

—Del comandante en jefe, Trepador. ¿Lo entiendes?

—¿Del Canciller Supremo Palpatine?

Munición asintió.

—Resulta evidente que tu grupo y tú necesitáis recordar que servimos al Canciller y no a los Jedi.

Trepador lo meditó.

—¿Se te ha informado de lo que han hecho los Jedi para provocar una orden de ejecución?

Munición frunció el labio superior.

—Eso no me concierne, Trepador, y no debería concernirte a ti.

—Tienes razón, comandante. Debieron de programarme mal. Todo este tiempo he dado por supuesto que el Gran Ejército y los Caballeros Jedi servían a la República. Nadie me dijo que estaba sirviendo primero, y por encima de todo, a Palpatine.

—Palpatine es la República, Trepador.

—¿Palpatine emitió personalmente las órdenes?

—Ordenó ejecutar una orden prevista desde antes de la guerra.

Trepador se tomó un momento para considerarlo.

—Esto es lo que yo opino, comandante. Todo se reduce a servir a los que luchan a tu lado, te protegen la espalda y te ponen un arma en la mano cuando más lo necesitas.

Munición aguzó su tono de voz.

—Ahora no vamos a discutir eso. Pero sí te prometo algo: si no los cogemos, tú y todo tu grupo pagaréis por esta traición.

Trepador asintió.

—Lo sabíamos al actuar.

Munición respiró hondo y movió la cabeza pesaroso.

—No deberías pensar por ti mismo, hermano. Es más peligroso de lo que crees.

Se volvió hacia los miembros de su pelotón y los recién llegados.

—Jefes de pelotón, pasad los comunicadores a la frecuencia de mando codificada 004. Dispersad a vuestros hombres. Búsqueda en rejilla. Cada edificio, cada rincón y cada agujero. Ya sabéis a lo que os enfrentáis, así que manteneos alerta.

—¿Ha visto alguna vez correr a un Jedi, comandante? —preguntó un jefe de pelotón—. Calculo que ya estarán a unos diez klicks de distancia.

Munición se volvió hacia su encargado de comunicaciones.

—Contacta con el *Galante*. Informa al mando de que tenemos un problema y necesitaremos todos los androides rastreadores y los destacamentos BARC que puedan enviarnos.

—Comandante —dijo el mismo jefe de pelotón—, a no ser que los separatistas participen en esta cacería, vamos a estar muy ocupados. ¿Hemos venido a controlar Murkhana o a los Jedi?

—No empeores las cosas intentando confundirlo, teniente —repuso Trepador con una sonrisa.

—Ruega por que no escapen —dijo Munición señalándolo con el dedo índice.

* * *

Shryne se sabía de memoria la ciudad de Murkhana.

—Por aquí… bajemos… Subamos —indicaba a medida que huían, empleando la velocidad que les proporcionaba la Fuerza para poner kilómetros entre ellos y su nuevo enemigo.

La ciudad estaba ahora abierta a los bombardeos, con los escudos de energía apagados y los aerosoles antiláser disipados. Dos destructores estelares flotaban sobre la bahía, pero las fuerzas de la República seguían conteniéndose. La mayor parte de la lucha seguía teniendo lugar alrededor de la plataforma de aterrizaje, que no en el campo hexagonal, puesto que tanto éste como los tres puentes que permanecían en pie eran esenciales para desplazar soldados y material a la ciudad. Shryne supuso que en cuanto tomaran la plataforma de aterrizaje, los separatistas volarían los demás puentes, aunque sólo fuera para retrasar la inevitable ocupación, mientras los residentes continuaban huyendo para salvar la vida.

En las calles, los tiroteos cambiaron de forma notable ahora que los soldados clon tenían nuevas prioridades. Mercenarios separatistas y androides de combate provocaban buena parte de la confusión. Shryne, Chatak y Starstone habían presenciado varios casos en que pelotones de clones abandonaban la lucha, presuntamente para continuar con la búsqueda de Jedi.

Cuando Shryne sintió que disponían de un momento de respiro, condujo a sus amigos hasta un edificio desierto y allí sacaron el comunicador de su cinturón.

—Los soldados han cambiado sus frecuencias para impedir que los oigamos —dijo.

—Eso no afecta al hecho de que conocemos sus métodos de búsqueda —dijo Chatak.

—Podemos evitarlos todo el tiempo que haga falta para aclarar esto. Y en el peor de los casos, tengo contactos en la ciudad que podrían ayudarnos a escapar.

—¿Qué vidas estamos protegiendo aquí? —preguntó Starstone con voz cortante—. ¿Las nuestras o las de los soldados? ¿Es que no fuimos nosotros quienes

ordenamos que los clonaran?
Shryne y Chatak intercambiaron miradas secretas.
—No pienso empezar a matar soldados —dijo Shryne enfáticamente.
Chatak miró a su padawan.
—Para eso se crearon los androides de combate.
Starstone se mordisqueó el labio inferior.
—¿Qué habrá sido del Maestro Loorne y los demás?
Shryne se ajustó el comunicador.
—Sigue sin haber respuesta de ninguno de ellos. Y no porque estén interfiriendo la señal.
Buscó con la Fuerza, sabiendo que también lo estaba haciendo Chatak, pero ninguna reverberación atendió su llamada.
Los hombros de Chatak se hundieron.
—Los han matado.
Starstone suspiró y bajó la cabeza.
—Usa tu entrenamiento, padawan —dijo Chatak al punto—. Están con la Fuerza.
Están muertos, pensó Shryne.
—¿Por qué se han vuelto contra nosotros? —preguntó Starstone, mirándolo.
—Munición sugirió que la orden venía de muy arriba.
—Eso sólo puede significar la oficina del Canciller Supremo —dijo Chatak.
Shryne negó con la cabeza.
—Eso no tiene sentido. Palpatine les debe la vida a Skywalker y al Maestro Kenobi.
—Entonces será un error de comunicación —intervino Starstone—. Puede que la Alianza Corporativa descifrara los códigos del Alto Mando y haya enviado órdenes falsas a los comandantes de nuestra compañía.
—En este momento, ésa sería la mejor de las posibles explicaciones —dijo Shryne—. Si nuestros comunicadores fueran lo bastante potentes para contactar con el Templo…
—Pero el Templo puede contactar con nosotros —dijo Starstone.
—Y todavía puede que lo haga —dijo Chatak.
—¿Y si Passel Argente ha hecho un trato con el Canciller Supremo para perdonar a Murkhana? —dijo Starstone.
Shryne la miró fijamente.
—¿Cuántas teorías más piensas ofrecernos? —repuso, con más dureza de la que pretendía.
—Perdón, Maestro.
—Paciencia, padawan —repuso Chatak, con voz consoladora.
Shryne devolvió el comunicador a su bolsillo.
—Tenemos que evitar los enfrentamientos con androides o mercenarios. Las heridas de sable láser son fáciles de identificar. No queremos dejar rastro.
Salieron del edificio y reanudaron su cuidadoso ascenso montaña arriba.
Mirasen donde mirasen, las calles estaban abarrotadas de soldados clon, androides de combate y masas de koorivares fugitivos. Antes de que pudieran recorrer un kilómetro, Shryne volvió a detenerlos.
—No llegaremos a ninguna parte con la rapidez necesaria. Si nos quitáramos las túnicas, podríamos mezclarnos mejor con la multitud.
Chatak lo miró dubitativa.
—¿Qué tienes en mente, Roan?
—Buscad un par de mercenarios y quitadles la ropa y las capuchas. —Miró por turnos a Chatak y a Starstone—. Si los soldados pueden cambiar de bando, nosotros también.

CAPÍTULO 7

Munición cerró el canal de comunicaciones del casco tras hablar con los comandantes que luchaban en Murkhana y se unió a Trepador en lo que era ahora la base de mando de los soldados. Los otros tres comandos estaban buscando a los Jedi escapados, pero Munición no quería perder de vista al jefe de escuadrón.

—El general Loorne y los dos Caballeros Jedi con los que llegó han sido emboscados y ejecutados —le dijo a Trepador—. Parece ser que ningún soldado del 22 tuvo problemas morales.

Trepador dejó pasar el comentario.

—¿Has informado de nuestros actos al Alto Mando?

Munición negó con la cabeza.

—Pero no creas que no lo haré. Como te dije antes, eso dependerá de si los podemos matar o no. Ahora mismo no quiero que tus actos proyecten una luz negativa sobre mi mando.

—¿Has sabido qué motivó la orden de ejecución?

Munición dedicó un momento a discutir consigo mismo lo que podía revelar o no.

—El mando central informa de que cuatro Maestros Jedi intentaron asesinar al Canciller Supremo Palpatine en sus aposentos de Coruscant. El motivo no está claro, pero parece ser que los Jedi pretendían desde el principio asumir el control de la República, y que provocaron esta guerra para alcanzar ese objetivo.

Trepador estaba desconcertado.

—¿Así que Palpatine formuló esa orden porque suponía que los Jedi podían llegar a intentar algo?

—No es raro tener un plan de emergencia, Trepador. Deberías saberlo mejor que nadie.

Trepador lo pensó atentamente.

—¿Cómo te sientes ante esto, comandante…? Ante lo que han hecho los Jedi, quiero decir.

Munición se tomó un momento para contestar.

—En lo que a mí se refiere, su traición sólo añade más enemigos a nuestra lista. Aparte de eso, no siento nada ni en un sentido ni en el otro.

Trepador estudió a Munición.

—Entre los soldados se dice que los Jedi tuvieron un papel importante en la creación del Gran Ejército. ¿Es que esperaban que nos pusiéramos de su parte una vez asumieran el control o habrían acabado volviéndose contra nosotros?

—No hay forma de saberlo.

—Sólo sabemos que actuaron demasiado pronto.

—En este mismo momento, soldados y Jedi luchan dentro del Templo de Coruscant. Se dice que han muerto a miles.

—Nunca he estado en Coruscant —dijo Trepador, rompiendo un breve silencio—. Lo más cerca que he estado de allí fue cuando me entrené en uno de los mundos interiores de ese sistema. ¿Has estado tú?

—Una vez. Antes de los Asedios del Borde Exterior.

—¿A quién preferiría servir, comandante…? ¿A Palpatine o a los Jedi?

—Eso está muy al margen del papel que se nos encomendó en nuestra creación. Cuando esta guerra se acabe, estaremos en una posición ventajosa. Hace doce horas ni se me habría ocurrido esto, pero ahora que los Jedi no están, sospecho que nos espera un ascenso.

Trepador miró al cielo.

—Oscurecerá pronto. Los equipos de búsqueda correrán más peligro de ser embocados por separatistas.

Munición se encogió de hombros.

—Hemos desplegado más de cien androides rastreadores. No será difícil encontrar a tres Jedi.

Trepador resopló con burla.

—Sabes tan bien como yo que son demasiado listos para que los cojan.

—Cierto. En estos momentos ya estarán vistiendo monos de piloto y armadura.

CAPÍTULO 8

Come —dijo Shryne, entregando a la fuerza a una distraída Olee Starstone algunas de las raciones que había sacado de su cinturón—. No sabemos cuándo tendremos otra oportunidad de hacerlo.

Habían pasado varias horas desde que huyeron del lugar de la emboscada, atravesando toda la ciudad para llegar a ese almacén vacío cerca de las rampas que daban al puente norte de la plataforma de aterrizaje. Era medianoche y vestían el atuendo de tres mercenarios que cogieron por sorpresa junto a la Torre Argente.

—Puede llegar un momento en que debamos librarnos de nuestros comunicadores, transpondedores y sables láser —continuó Shryne—. Puede que la mejor forma de salir de Murkhana sea como prisioneros.

—¿Deberíamos usar la influencia de la Fuerza? —dijo Starstone.

—Eso podría funcionar con un par de soldados cada vez, pero no con todo un pelotón, y mucho menos con una compañía entera.

Chatak miró a su padawan con evidente intención.

—Sólo es cuestión de sobrevivir hasta que la República acabe victoriosa.

Shryne se llevó a la boca una ración cuando su transpondedor empezó a vibrar. Pescó el aparato de los hondos bolsillos de la túnica koorivar y lo miró silencioso.

—Podrían ser soldados que están interviniendo nuestras frecuencias —dijo Chatak.

Shryne estudió la pequeña pantalla del radiofaro.

—Es una transmisión codificada del Templo.

Chatak se apresuró a ponerse a su lado para mirar sobre su hombro.

—¿Puedes descifrarla?

—No es una simple 9-13 —dijo Shryne, refiriéndose al código empleado por los Jedi para localizarse unos a otros en caso de emergencia—. Espera un momento. —Cuando la transmisión empezó a repetirse, se volvió hacia Chatak con clara incredulidad—. El Sumo Consejo ordena a todos los Jedi que vuelvan a Coruscant.

Chatak estaba desconcertado.

—Sin explicaciones —añadió Shryne.

Chatak se levantó y empezó a caminar dando vueltas.

—¿Qué ha podido pasar?

Él lo pensó un momento.

—¿Un ataque a Coruscant por parte de Grievous?

—Quizá —dijo Chatak—. Pero eso no explica la deslealtad de los soldados clon.

—Igual ha habido una revuelta universal de soldados clon —sugirió Starstone—. Puede que los kaminoanos nos hayan traicionado, y que todos estos años fueran aliados del Conde Dooku. Podrían haber programado a los soldados para rebelarse en un momento determinado.

Shryne miraba fijamente a Chatak.

—¿Se calla alguna vez?

—No he conseguido encontrarle el interruptor de desconexión.

Shryne se desplazó hasta la ventana más cercana y contempló el cielo nocturno.

—Mañana por la mañana empezarán a llegar cazas republicanos a la plataforma de aterrizaje.

Chatak se unió a él ante la ventana.

—Entonces, se ha tomado Murkhana.

Shryne se volvió para mirarla.

—Tenemos que llegar a la plataforma. Los soldados tienen sus órdenes, y nosotros tenemos ahora las nuestras. Igual podemos volver a Coruscant si nos apoderamos de un transporte o de unos cazas.

* * *

Una luz explosiva brilló intermitentemente al otro lado de los ventanales del almacén durante toda la larga noche y la mañana, a medida que fuerzas republicanas y separatistas luchaban por mar y por aire. La lucha por la plataforma de aterrizaje rugió hasta bien entrada la tarde. Pero finalmente, las fuerzas separatistas empezaron a retirarse por los dos puentes que aún quedaban intactos, dejando la defensa de la plataforma a cargo de androides araña, unidades de artillería y tanques.

Para cuando los Jedi consiguieron llegar al puente situado más al norte, la ancha avenida estaba tan atestada de mercenarios y demás luchadores separatistas huyendo que apenas pudieron avanzar contra la corriente. Un recorrido que debía haber requerido una hora necesitó más de tres, y el sol estaba bajo en el horizonte para cuando finalmente llegaron al final del puente.

Estaban a punto de entrar en la plataforma en sí cuando una sucesión de potentes explosiones acabó con los cien metros finales del recorrido, dividiendo al enorme hexágono en tres y arrojando a las revueltas aguas a centenares de soldados clon, mercenarios y androides separatistas.

Shryne sabía que los responsables de las explosiones eran separatistas. Y no pasaría mucho tiempo antes de que también detonaran cargas colocadas bajo el último puente. Pero, para entonces, ya no habría forma de detener el embate de la República.

Los mercenarios pasaban por su lado corriendo frenéticos, mientras él examinaba el bosque de pilones del puente que habían quedado expuestos por las explosiones, calculando la distancia que separaba a unos de otros y las posibilidades de realizar lo que tenía en mente.

—O saltamos hasta la plataforma o volvemos a la ciudad —dijo por fin. Miró a Starstone—. Tú decides.

Los ojos azules de la padawan brillaron y puso expresión decidida.

—No es problema, Maestro. Saltaremos.

Shryne casi sonrió.

—Bien. Pilón a pilón.

—Esperemos que no haya soldados clon mirando —repuso Chatak, rodeando con un brazo los hombros de su padawan.

Shryne hizo un gesto hacia su túnica y su capucha robadas.

—Sólo somos unos mercenarios muy ágiles.

Chatak fue delante, con Starstone pisándole los talones. Shryne esperó a que estuvieran a medio camino antes de seguirlas a su vez. Los primeros saltos resultaron sencillos, pero cuanto más cerca estaban de la plataforma, mayor era la distancia entre pilones, muchos de los cuales habían quedado con una superficie mellada. En el penúltimo salto estuvo a punto de perder el equilibrio, y en el último sus manos llegaron muy por delante de sus pies.

Starstone le agarró en el último momento, salvándolo de caer a las olas.

—Recuérdame que mencione esto al Consejo, padawan —le dijo.

La plataforma estaba muy castigada, pero no hasta el punto de quedar inservible. Las fragatas empezaban a aterrizar en una zona agrietada, junto con varios transportes de tropas. En otro lugar, androides de combate eran destrozados por cañones de pulsaciones magnéticas, y Ala-V y ARC-170 hacían pasadas a la velocidad del rayo, rematándolos antes de que pudieran reactivarse.

Durante el anochecer, los Jedi se movieron entre tiroteos y explosiones, y se defendieron de los soldados clon y los comandos que encontraban, empleando para ello pistolas láser capturadas en vez de sables láser, pero procurando no matar a nadie.

Se detuvieron en un tramo destrozado de permeocemento, al final del cual aterrizaba en ese momento un escuadrón de cazas.

—¿Puedes pilotar una nave? —le preguntó Shryne a Starstone.

—Sólo un interceptor, Maestro. Pero dudo que pueda pilotarlo hasta Coruscant sin un androide astromecánico. Y nunca he visto la carlinga de un Ala-V.

Shryne lo meditó un momento.

—Entonces, tendrá que ser un ARC-170 —dijo, señalando a un bombardero que aterrizaba en ese momento, probablemente para repostar combustible—. Ésa es nuestra nave. Es la mejor apuesta. Tiene asientos para los tres y capacidad hiperespacial.

Chatak estudió un momento a la tripulación.

—Igual debemos noquear al copiloto y al artillero de cola.

Shryne estaba a punto de moverse cuando sintió que el transpondedor vibraba de nuevo, y lo sacó del profundo bolsillo de la túnica.

—¿Qué pasa, Roan? —preguntó cuando él miraba estupefacto el aparato—. ¿Qué?

—Otra orden en código —dijo sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿La misma orden?

—Todo lo contrario. —Miró con ojos desorbitados a Chatak y Starstone—. Se ordena a todos los Jedi que eviten Coruscant pase lo que pase. Debemos abandonar las misiones en las que podamos estar implicados y ocultarnos.

Chatak se quedó boquiabierta.

Shryne apretó los labios en una fina línea.

—Seguimos teniendo que salir de Murkhana.

Comprobaron las pistolas láser, y estaban a punto de asaltar la nave cuando todos los androides separatistas y máquinas bélicas que había en la plataforma empezaron a apagarse de golpe. Al principio, Shryne supuso que habían lanzado otra salva antiandroides sin que él lo advirtiera. Pero entonces se dio cuenta de su error.

Esto era diferente.

Los androides no estaban sólo aturdidos. También se habían desactivado los antiaéreos y los tanques. Los fotorreceptores rojos perdían el brillo, las extremidades y antenas se relajaban; todos los soldados y máquinas bélicas estaban inmóviles.

En ese momento descendió del cielo de mediodía una escuadrilla completa de fragatas que escupió a casi mil soldados clon que bajaron en cables de poliplástico hasta la destrozada superficie de la plataforma.

Shryne, Chatak y Starstone contemplaron indefensos cómo eran rodeados casi instantáneamente.

—La captura es infinitamente preferible a la ejecución —dijo Shryne—. Sigue siendo una posibilidad para abandonar el planeta.

Al estar cerca del mellado borde de la plataforma, dejó que pistola, comunicador, transpondedor y sable láser resbalaran de sus manos para caer a las oscuras aguas de abajo.

SEGUNDA PARTE

El emisario del Emperador

CAPÍTULO 9

El destructor estelar *Exactor*, segundo en una línea de recientes naves clase Imperator, salió del hiperespacio para situarse en órbita, apuntando con su afilada proa al antiguo mundo separatista de Murkhana. El *Exactor*, de 1600 metros de eslora, a diferencia de sus predecesores de la clase Venator, era un producto de Astilleros Kuat, y exhibía abiertas plataformas de lanzamiento ventrales en vez de una cubierta de vuelo dorsal.

Las carcasas de las naves de guerra del Clan Bancario y el Gremio de Comercio que flotaban en el espacio se desplazaban más por la gravedad que por sus impulsores de iones y suponían un triste recordatorio de la invasión iniciada por la República en las últimas semanas de la guerra. A pesar de ello, a Murkhana le había ido mucho mejor que a algunos mundos en disputa, y la élite de la Alianza Corporativa pudo huir a los remotos sistemas del Brazo de Tingel llevándose consigo buena parte de las riquezas del planeta.

Darth Vader estaba en sus aposentos de la nave capitana que mandaba, cerrando su enguantada mano derecha artificial sobre el pomo de su nuevo sable láser, y arrodillado ante un gran holograma del Emperador Palpatine. Sólo habían transcurrido cuatro semanas estándar desde que acabó la guerra y Palpatine se proclamó Emperador de la antigua República ante la adulación de los gobernantes de los incontables mundos que se vieron arrastrados al conflicto y ante el aplauso continuado de casi todo el Senado.

Palpatine vestía una voluminosa túnica bordada en ricas telas y llevaba puesta la capucha para ocultar en la sombra las cicatrices sufridas a manos de los cuatro traicioneros Maestros Jedi que intentaron arrestarlo en sus habitaciones del Edificio Administrativo del Senado, junto a las deformaciones sufridas en su feroz combate con el Maestro Yoda en la misma Rotonda del Senado.

—Éste es un momento importante para ti, Lord Vader —le decía Palpatine—. Por fin eres libre para hacer uso completo de tus poderes. De no ser por nosotros, nunca habría vuelto el orden a la galaxia. Ahora podrás valorar el sacrificio que realizaste para hacer esto realidad, y disfrutar por fin de tu destino cumplido. Ahora todo puede ser tuyo, mi joven aprendiz, todo lo que desees. Sólo necesitas la determinación de tomarlo, al margen de lo que le cueste a quien se interponga en tu camino.

El rostro desfigurado de Palpatine no era nuevo para él, como no lo era su tono de voz, deliberado y vagamente desdeñoso. El Emperador había empleado esa misma voz para reclutar a su primer aprendiz, engañar a Nute Gunray, virrey de la Federación de Comercio, y persuadir al Conde Dooku de que desatara una guerra. Y, finalmente, para conducir al Lado Oscuro a Darth Vader, el antiguo Caballero Jedi Anakin Skywalker, con la promesa de que así impediría la muerte de su esposa.

Muy pocos de los trillones de seres de la galaxia eran conscientes de que Palpatine también era un Señor Sith conocido con el título de Darth Sidious, o de que había manipulado la guerra para derrocar a la República, aplastar a los Jedi y adquirir el control de toda la galaxia. Menos seres aún conocían el papel crucial que había desempeñado en esos acontecimientos el actual aprendiz de Sidious, pues lo había ayudado contra los Jedi que pretendían arrestarlo, había dirigido el ataque al Templo Jedi de Coruscant y había matado luego a sangre fría a la media docena de miembros del Consejo Separatista que quedaban vivos en la fortaleza escondida en el volcánico planeta Mustafar.

Y allí había sufrido heridas todavía más graves que las de Palpatine.

El alto y temible Vader, que hincaba una rodilla en el suelo mientras alzaba su rostro enmascarado hacia el holograma, llevaba un traje, un casco, una armadura, unas botas y una capa que ocultaban su transformación al tiempo que lo mantenían con vida.

Sin revelar su incomodidad por ser incapaz de mantener una postura arrodillada, Vader dijo:

—¿Cuales son sus órdenes, Maestro?

Y se preguntó a sí mismo: *¿Será este traje mal diseñado lo que me provoca esta incomodidad, o acaso es algo más?*

—¿Recuerdas lo que te dije sobre la relación entre el poder y la comprensión, Lord Vader?

—Sí, Maestro. Allí donde los Jedi obtenían el poder mediante la comprensión los Sith obtienen comprensión mediante el poder.

Palpatine sonrió fugazmente.

—Eso se hará más claro para ti a medida que progreses en tu entrenamiento, Lord Vader. Con ese fin, te proporcionaré medios para aumentar tu poder, y también tu comprensión. Cuando llegue el momento oportuno, el poder llenará el vacío creado por las decisiones que tomaste, por los actos que cometiste. Una vez casado con la Orden de los Sith, no necesitarás más compañero que el reverso tenebroso de la Fuerza…

El comentario removió algo en Vader, pero éste fue incapaz de comprender del todo los sentimientos que le invadían: una mezcolanza de ira y decepción, de pena y pesar…

Los acontecimientos que tuvieron lugar en la vida de Anakin Skywalker pudieron haber sucedido hacía toda una vida, o haberle pasado a otra persona, pero, aun así, seguía habiendo cierto residuo de Anakin que atormentaba a Vader, como el dolor de un miembro fantasma.

—Ha llegado a mis oídos —decía Palpatine— que un grupo de soldados clon destinados a Murkhana pudo negarse deliberadamente a aceptar la Orden Sesenta y Seis.

Vader aferró con más fuerza el sable láser.

—No me había enterado, Maestro.

Sabía que los kaminoanos que produjeron los clones no habían incluido en su programación la Orden Sesenta y Seis. Los soldados, y sobre todo los comandantes, habían sido programados para mostrar una lealtad inquebrantable hacia el Canciller Supremo en su papel de comandante en jefe del Gran Ejército de la República. Cuando los Jedi descubrieron sus planes de sedición, convirtiéndose así en una amenaza para Palpatine, fueron sentenciados a muerte.

La Orden Sesenta y Seis se ejecutó sin dificultades en una miríada de mundos, en Mygeeto, Saleucami, Felucia y muchos otros. Miles de Jedi fueron asesinados a traición por soldados que durante tres años les habían obedecido casi exclusivamente a ellos. Se sabía de unos cuantos Jedi que lograron escapar a la muerte de forma casual o debido a su gran habilidad, pero parecía ser que en Murkhana tuvieron lugar acontecimientos únicos potencialmente más peligrosos para el Imperio que los pocos Jedi supervivientes.

—¿Cuál fue la causa de la insubordinación de los soldados, Maestro?

—Contaminación —respondió Palpatine con una sonrisa—. Contaminación adquirida al luchar al lado de los Jedi durante tantos años. Se sea clon o no, hay cosas que no se pueden programar en un individuo. Tarde o temprano hasta un simple soldado se convierte en la suma de todas sus experiencias.

A años luz de distancia, Palpatine se inclinó hacia la cámara del holotransmisor.

—Pero tú les demostrarás el peligro que radica en el pensamiento independiente, Lord Vader, y en no obedecer una orden.

—En no obedecerle, Maestro.

—En no obedecernos, aprendiz. No lo olvides.

—Sí, Maestro. —Hizo una pausa intencionada—. Es posible, entonces, que sobreviviera algún Jedi.

Palpatine puso expresión de sumo desagrado.

—No me preocupan tus patéticos antiguos amigos, Lord Vader. Quiero que se castigue a esos soldados clon, para que eso sirva de ejemplo a todos ellos y así

tengan presente el resto de sus breves vidas a quién sirven de verdad. —Ocultó el rostro en la capucha de su túnica y siguió hablando en tono colérico—. Es hora de mostrarte como representante de mi autoridad. Dejo en tus manos que esto quede bien claro.

—¿Y los Jedi huidos, Maestro?

Palpatine guardó silencio por un momento, como si escogiera sus palabras con cuidado.

—Los Jedi huidos… sí. Puedes matar a los que encuentres en el transcurso de tu misión.

CAPÍTULO 10

Vader no se levantó hasta que la holoimagen del Emperador se desvaneció por completo. Entonces permaneció allí parado un largo momento, con los brazos enfundados colgando a los costados, la pesarosa cabeza inclinada. Finalmente se volvió y se dirigió a la escotilla que daba a la sala de control del *Exactor*.

Toda la galaxia creía que el Caballero Jedi Anakin Skywalker —símbolo del esfuerzo bélico, el Héroe Sin Miedo, el Elegido— había muerto en Coruscant durante el ataque al Templo Jedi.

Y en cierto modo era así.

Anakin está muerto, se dijo Vader.

Pero, de no ser por lo sucedido en Mustafar, Anakin estaría ahora sentado en el trono de Coruscant, con su mujer a un lado y su hijo en brazos… En vez de eso, el plan de Palpatine se había ejecutado de forma más precisa. Lo había ganado todo: la guerra, la República, la fidelidad del Caballero Jedi, en quien la Orden había depositado todas sus esperanzas. La venganza del autoexiliado Sith había sido completa, y Darth Vader era un simple peón, un recadero, un supuesto aprendiz, el rostro público del Lado Oscuro de la Fuerza.

Aún conservaba sus conocimientos de las artes Jedi, pero estaba inseguro sobre cuál era su lugar en la Fuerza; y pese a dar ya los primeros pasos para despertar el poder del Lado Oscuro, desconocía su capacidad para usar ese poder. ¡Lo lejos que habría llegado de no mediar el destino para desposeerlo de casi todo lo que tenía, y rehacerlo por completo!

O para humillarlo, tal y como Darth Maul y Tyranus fueron humillados antes que él; como de hecho se humilló a la propia Orden Jedi.

Allí donde Darth Sidious lo había ganado todo, Vader lo había perdido todo, incluyendo, al menos por un momento, la confianza y la habilidad desatada que había demostrado como Anakin Skywalker.

Vader se volvió y se dirigió a la escotilla.

Pero esto no es caminar, pensó.

Acostumbrado a construir y reconstruir androides, a manipular motores de deslizadores y cazas, a mejorar los mecanismos que controlaban la primera de sus extremidades artificiales, le asombraba la incompetencia de los androides médicos responsables de su resurrección en el laboratorio de Sidious.

La parte inferior de sus piernas metálicas estaba abultada por tiras de armadura similares a las que llenaban y daban forma al largo guante que Anakin llevó sobre la prótesis de su brazo derecho. Lo que quedaba de sus extremidades reales acababa en muñones de carne insertados en máquinas que disparaban movimientos empleando módulos interconectados con sus dañadas terminaciones nerviosas. Pero los androides médicos habían empleado una aleación inferior, en vez de duracero, sin supervisar adecuadamente el aislante de las corrientes electromotoras. En consecuencia, el cableado interno del traje presurizado se atascaba continuamente en lugares donde las tiras se sujetaban a rodillas y tobillos.

Las botas altas no eran las adecuadas para sus pies artificiales, cuyos dedos engarfiados carecían de la sensibilidad electrostática de sus dedos igualmente falsos. El molesto calzado, con alzas en el talón, le inclinaba ligeramente hacia delante y lo obligaba a moverse con precaución exagerada si no quería tropezar o caerse. Y lo peor era que pesaban tanto que a menudo se sentía anclado al suelo, o moviéndose en alta gravedad.

¿De qué le servía poder moverse, si debía recurrir a la Fuerza hasta para caminar de un lado a otro? Para el caso, podía haberse resignado a usar una silla repulsora y a abandonar cualquier esperanza de movimiento.

Los defectos de sus brazos protésicos reflejaban los de sus piernas.

Sólo sentía natural el brazo derecho, aunque también fuera artificial y los mecanismos neumáticos que le proporcionaban articulación y apoyo respondieran a veces con lentitud. La pesada capa y la placa pectoral limitaban tanto sus movimientos que difícilmente podía alzar los brazos sobre la cabeza, y ya se había visto forzado a adaptar su técnica con el sable láser para compensarlo.

Probablemente podría ajustar los servomotores y los pistones de los antebrazos de modo que dotaran a sus manos de fuerza sobrada para aplastar el pomo de su nuevo sable láser. Sólo con la fuerza de sus brazos podía alzar a un ser adulto del suelo. Pero la Fuerza siempre le había proporcionado la capacidad de hacer eso, sobre todo en momentos de ira, tal y como había demostrado en Tatooine y otros lugares. Y, lo que era más, las mangas del traje no envolvían las prótesis como deberían, y los guantes hasta el codo colgaban flojos y formaban numerosas arrugas en sus muñecas.

Mirándose los guantes pensó: *Esto no es ver*.

La máscara presurizada tenía ojos saltones, boca de pez, ninguna nariz y resultaba innecesariamente angulosa en las mejillas. Todo ello, combinado con un casco liso, le proporcionaba el aspecto prohibido de un antiguo androide bélico Sith. Los oscuros hemisferios que le cubrían los ojos filtraban la luz que podía dañar aún más sus lesionadas córneas y retinas, pero en el mejor de los casos las semiesferas enrojecían la luz y le impedían verse los dedos de las botas sin inclinar la cabeza casi noventa grados.

Escuchando los servomotores que movían sus extremidades, pensó: *Esto no es oír*.

Los androides médicos reconstruyeron el cartílago de sus pabellones auditivos, pero los tímpanos, derretidos en el calor de Mustafar, eran irreparables. Ahora la sondas de sonido eran transmitidas directamente a implantes en su oído interno, y todo el sonido parecía proceder de debajo del agua. Y, lo que era peor, los sensores implantados eran poco discriminadores, por lo que captaban demasiados sonidos de ambiente, de manera que resultaba difícil determinar su distancia y dirección. A veces, los sensores le asaeteaban con retroalimentación, o ecos y efectos de vibrato del ruido más mínimo.

Permitiendo que sus pulmones se llenaran de aire, pensó: *Esto no es respirar*.

Aquí sí que habían fallado de verdad los androides médicos.

Un grueso cable nacía en la caja de control que llevaba sujeta al torso, conectado a un aparato respirador y a un regulador de pulso. Tenía el ventilador implantado en el pecho horriblemente deformado, junto con tubos que desembocaban en sus dañados pulmones o se introducían en su garganta de modo que pudiera respirar por un tiempo limitado en caso de una avería en la placa pectoral o el cinturón de control.

Pero el panel de control pitaba con frecuencia y sin motivo, y la constelación de luces sólo servía de constante recordatorio de su vulnerabilidad.

La incesante ronquera de su respiración interfería con su capacidad de descanso, por no hablar del sueño. Y cuando dormía, en las raras ocasiones en que lo conseguía, lo hacía sumido en una pesadillesca mezcolanza de recuerdos recurrentes y retorcidos acompañados de dolorosos sonidos.

Al menos los androides médicos habían insertado los tubos respiratorios redundantes lo bastante a fondo como para que sus abrasadas cuerdas vocales pudieran formar sonidos y palabras con la ayuda de un vocalizador, con un tono grave sintético, ya que su propia voz apenas era un susurro.

También podía comer por la boca, pero sólo dentro de una cámara hiperbárica, dado que para ello debía quitarse el respirador triangular, rasgo más prominente de la máscara. Por tanto, le resultaba más fácil nutrirse mediante líquidos, intravenosos o de otro tipo, y recurrir a catéteres, bolsas colectoras y recicladores para los desechos líquidos y sólidos.

Y todos estos aparatos le dificultaban aún más el poder moverse con facilidad, por no decir que con gracia. La armadura pectoral que protegía el pulmón artificial le pesaba en exceso, al igual que el collarín atestado de electrodos que sostenía su enorme casco y que servía para proteger los sistemas cibernéticos que reemplazaban a las vértebras superiores, los delicados sistemas de la máscara, y las cicatrices de su cabeza sin pelo, debidas tanto a lo sufrido en Mustafar como a

los intentos de trepanación de urgencia padecidos durante su viaje de vuelta a Coruscant en la lanzadera de Sidious.

La sintopiel que sustituía a la arrancada de sus huesos le picaba cada vez más, y su cuerpo necesitaba que lo limpiaran y arrancaran con regularidad la carne necrosada.

Y experimentaba algunos momentos de claustrofobia, momentos de desesperación en los que deseaba librarse del traje, salir de esa concha. Necesitaba construir, o hacer que le construyeran, una cámara en la que pudiera volver a sentirse humano…

Si es que eso era posible.

Con todo, pensó: *Esto no es vivir*.

Esto era confinamiento en solitario. Una prisión de la peor especie. Una tortura continua. Sólo era una ruina. Poder sin finalidad clara…

Un suspiro melancólico se escapó por la rejilla de la boca.

Rehaciéndose, cruzó la escotilla.

* * *

El comandante Appo le esperaba en la sala de reuniones. Era el oficial de operaciones especiales que había dirigido a la Legión 501 contra el Templo Jedi.

—Tiene la nave preparada, Lord Vader —dijo Appo.

Por motivos que iban más allá de la armadura y el casco, de los sistemas sensores y de las botas, Vader se sentía más a gusto rodeado por soldados que por otros seres de carne y hueso.

Y Appo y el resto del escuadrón de soldados de Vader parecían a gusto con su nuevo superior. Para ellos era lógico que Vader llevara armadura corporal. Algunos se habían preguntado siempre cómo es que los Jedi iban tan al descubierto, como si quisieran probar así alguna cosa.

Vader miró a Appo y asintió.

—Venga conmigo, comandante. El Emperador tiene una misión para nosotros en Murkhana.

CAPÍTULO 11

Shryne pestañeó contra el baño dorado de la estrella primaria de Murkhana, que acababa de asomar tras las colinas de densos bosques que vallaban la ciudad por el este. Según sus cálculos, había pasado unas cuatro semanas confinado con cientos de cautivos en un almacén sin ventanas en alguna parte de la ciudad. Unas horas antes, habían desfilado todos en la oscuridad hasta un campo de aterrizaje de arcilla roja excavado en una de las laderas y que, en ese momento, estaba lleno de enjambres de soldados de la República.

Había un transporte militar estacionado que Shryne supuso los llevaría a una prisión de algún planeta olvidado del Borde Exterior. Pero, de momento, ninguno de los prisioneros había recibido órdenes de subir a bordo. En vez de ello, se realizó un recuento. Y, lo que era más importante, resultaba evidente que los soldados clon esperaban la llegada de algo o de alguien.

Cuando sus ojos se ajustaron por completo a la luz, Shryne examinó a los prisioneros que le rodeaban y sintió alivio al descubrir a Bol Chatak y su padawan a cincuenta metros de él, mezcladas con un grupo de combatientes indígenas de Koorivar y diversos mercenarios separatistas. Las llamó mediante la Fuerza, suponiendo que Chatak sería la primera en responder, pero fue Starstone quien se volvió ligeramente en su dirección y sonrió débilmente. Sólo entonces le miró Chatak, moviendo rápidamente la cabeza.

Los habían separado tras su captura en la plataforma de aterrizaje. El hecho de que Chatak se las hubiera arreglado para conservar la capucha explicaba por qué sus cortos cuernos craneales no la habían delatado como zabrak, lo que habría alertado a sus captores.

Un descuido muy lógico, si las condiciones de su cautiverio habían sido semejantes a las de él. Tras la desconcertante desactivación de los androides de combate de Murkhana, fue conducido junto a centenares de combatientes enemigos para ser registrado, maltratado y encerrado en el oscuro edificio que sería su residencia durante cuatro semanas, en un tormento especial reservado para los mercenarios. Quien no entregó voluntariamente las armas fue ejecutado, y docenas más murieron en las feroces luchas que estallaban por las pocas migajas de comida que les proporcionaban.

Shryne no tardó en comprender que para el Canciller Palpatine había dejado de ser una prioridad el ganarse el corazón y la mente de los combatientes separatistas.

Y no tardó en dejar de preocuparse por ser descubierto, ya que lo pusieron bajo la custodia de soldados clon de poco rango, cuyas insignias los identificaban como pertenecientes a compañías diferentes de las del comandante Munición. Los soldados rara vez hablaban con los prisioneros, por lo que no tuvo noticias sobre la guerra ni sobre los acontecimientos que pudieron inducir al Sumo Consejo a ordenar a los Jedi que se escondieran. Shryne sólo sabía que la lucha en Murkhana había cesado, y que la República había ganado.

Estaba meditando en la posibilidad de acercarse más a Chatak y Starstone cuando llegó al lugar un convoy de deslizadores militares y de blindados sobre grandes ruedas. El comandante Munición y algunos de sus oficiales descendieron de uno de los deslizadores; de los blindados bajaron el jefe de comando Trepador y el resto del Equipo Ion.

Shryne se extrañó ante la llegada del comandante. Igual estaba decidido a mirar de cerca a todos los prisioneros antes de embarcarlos en el transporte. Y daba igual que Shryne estuviera más alejado del borde de la multitud que Chatak y Starstone. Dada la cantidad de tiempo que habían pasado con Munición, éste no tendría ningún problema en identificarlos.

Lo extraño era que el comandante no prestaba mucha atención a los prisioneros. Su visor en forma de T miraba la lanzadera de la República que en ese momento descendía en el campo de aterrizaje.

—Una nave de clase Theta —dijo en voz baja uno de los prisioneros al mercenario que tenía al lado.

—No suelen verse muchas —dijo el segundo humano.

—Será uno de los gobernadores regionales de Palpatine.

El primer hombre bufó.

—Cuando se preocupan tanto como para enviar al mejor…

La lanzadera había iniciado la secuencia de aterrizaje. La nave apagó el motor iónico y conectó los repulsores, plegando hacia arriba las largas alas, proporcionando así acceso a la bodega principal y posándose suavemente en el suelo. Un escuadrón de soldados de élite salió apenas se extendió la rampa: las enseñas rojas de su armadura los identificaban como soldados de asalto de Coruscant.

Les siguió una figura mucho más alta, ataviada de negro de pies a cabeza.

—Por las lunas de Bogden…

—¿Es un nuevo tipo de soldado?

—Sólo si se ha proporcionado a los clonadores un donante mucho más alto que el original.

Munición y sus oficiales se apresuraron hacia la figura de negro.

—Bienvenido, Lord Vader.

—¿Vader? —dijo el mercenario más cercano a Shryne.

Lord, pensó Shryne.

—Ése no es un clon —dijo el primer humano.

Shryne no sabía qué pensar de Vader, aunque la reacción de Munición y sus oficiales dejaba muy claro que esperaban a alguien de alto rango. Con su enorme casco y su ondeante capa negra, Vader parecía algo salido de las filas separatistas: un grotesco Grievous, mitad humano y mitad máquina.

—Lord Vader —repitió Shryne entre dientes.

¿Algo como el Conde Dooku?

Munición hizo una seña a Trepador y los otros comandos que se habían quedado junto al blindado. Del interior del enorme vehículo salió flotando una gran cápsula antigravitatoria con una tapa transparente, que dos de los comandos guiaron hacia la lanzadera de Vader. Cuando la cápsula pasó cerca de Shryne, éste pudo atisbar unas ropas marrones, y el estómago se le subió a la garganta.

Cuando la cápsula llegó por fin al lado de Munición, el comandante abrió un panel de acceso en la base y sacó tres brillantes cilindros que procedió a entregar a Vader.

Sables láser.

Vader asintió en dirección al comandante de sus soldados de asalto para que los cogiera, y luego, con voz grave y sintetizada, se dirigió a Munición:

—¿Para qué ha guardado los cuerpos, comandante…? ¿Para la posteridad?

Munición negó con la cabeza.

—No nos proporcionaron instrucciones…

La diestra enguantada de Vader lo hizo callar.

—Disponga de ellos de la manera que considere apropiada.

Munición le hacía una seña a Trepador para que se llevara el ataúd antigravitatorio cuando Vader le interrumpió.
—¿No ha olvidado a alguien, comandante? —preguntó Vader.
—¿Olvidado, Lord Vader? —repuso Munición mirándolo.
Vader cruzó los brazos sobre el enorme pecho.
—Se asignaron seis Jedi a Murkhana, no tres.
Shryne intercambió miradas con Chatak, también lo bastante cerca de Vader como para oír su comentario.
—Siento informarle de que los otros tres consiguieron escapar, Lord Vader —dijo Munición.
Vader asintió.
—Eso ya lo sé, comandante. Pero no he cruzado media galaxia para darles caza. —Se irguió con aire arrogante—. He venido a ocuparme de los que les permitieron escapar.
Trepador dio inmediatamente un paso al frente.
—Ése fui yo.
—Y nosotros —anunció al unísono el resto del Equipo Ion.
Vader miró a los comandos.
—Desobedecieron una orden directa del Alto Mando.
—En aquel momento, la orden carecía de sentido —respondió Trepador por todos—. Pensamos que podía ser un truco separatista.
—Lo que pensaron carece de importancia —dijo Vader, señalando a Trepador—. Se espera que cumplan órdenes.
—Y acatamos todas las órdenes razonables. Matar a los nuestros no lo parecía.
Vader continuó señalando con el índice al pecho de Trepador.
—No eran sus aliados, jefe de escuadrón. Eran traidores, y usted se puso de su lado.
Trepador aguantó donde estaba.
—¿Traidores en qué? ¿Porque unos cuantos intentaron arrestar a Palpatine? Sigo sin entender que eso signifique la pena de muerte para todos ellos.
—Me aseguraré de notificar al Emperador sus preocupaciones —dijo Vader.
—Hágalo.
Shryne cerró la boca y tragó saliva. *Los Jedi intentaron arrestar a Palpatine*. ¡La República tenía ahora un Emperador!
—Desgraciadamente, no estará vivo para oír su respuesta —decía Vader.
Se apartó la capa con gesto rápido y sacó un sable láser del cinto. El mango proyectó con un siseo una hoja carmesí.
Si antes Shryne estaba confundido, ahora estaba superado.
¿Un sable Sith?
Los cuatro comandos retrocedieron, alzando sus armas.
—Aceptamos ser ejecutados por nuestros actos —dijo Trepador—. Pero no por un perro faldero del Emperador.
Munición y sus oficiales dieron un paso adelante, pero Vader se limitó a mostrarles la palma de la mano.
—No, comandante. Déjeme esto a mí.
Y se movió hacia los comandos.
Éstos se separaron y dispararon, pero ni uno solo de los disparos fue más allá de la hoja de Vader. Los rayos desviados atravesaron directamente los visores del casco de dos de los comandos, traspasándolos de hombros a cadera en dos furiosos embates, como si fueran frágiles contenedores de raciones. Trepador y el tercer comando aprovecharon el momento para precipitarse hacia los árboles más cercanos, disparando mientras corrían. Un disparo desviado por Vader alcanzó a Trepador en la pierna izquierda, pero eso apenas lo retrasó.
Vader los siguió, y después hizo un gesto a su grupo de soldados.
—Los quiero vivos, comandante Appo.
—Sí, Lord Vader.
Los soldados de asalto de Appo salieron en persecución de los comandos. Ni uno solo de los oficiales de Munición había disparado, pero todos miraban ahora a Vader inseguros, con los rifles medio levantados.
—No dejen que mi arma les confunda —les dijo Vader, como leyendo sus pensamientos—. No soy un Jedi.
—¡Pero yo sí lo soy! —gritó una voz familiar a la izquierda de Shryne.
Bol Chatak se había bajado la capucha, revelando sus cuernos, y conectado el sable láser que Shryne creyó que había tirado cuando fueron capturados.
Vader dio media vuelta, mirando a Chatak mientras ésta se le acercaba, y soldados y prisioneros por igual se apartaron para dejarles sitio.
—Me alegro de que sobreviviera uno de vosotros —dijo, agitando el sable láser ante él—. Los comandos te salvaron la vida, y ahora tú esperas salvar la de ellos, ¿no es eso?
Chatak mantuvo la hoja azul a la altura del hombro.
—Mi única intención es eliminarte de la caza.
Vader inclinó su hoja para que apuntase al suelo.
—No serás el primer Jedi al que mate.
Sus hojas chocaron con una explosión de luz.
Temiendo que los prisioneros aprovecharan la distracción para escapar, los hombres de Munición se apresuraron a formar un cordón alrededor de ellos. Arrastrado por los demás, Shryne perdió de vista a Chatak y a Vader, pero los furiosos chasquidos de sus hojas le decían que el duelo era rápido y furioso. Momentáneamente inmovilizado, se dejó llevar por el empuje de la multitud para que así lo alzaran sobre las cabezas de los que tenía delante.
Y, por un momento, lo alzaron.
Lo suficiente para ver a Chatak, todo gracia y velocidad, abriéndose paso en el espacio de su contrincante. Sus movimientos eran amplios y circulares, y el sable láser parecía una prolongación de su cuerpo. Vader, en cambio, era torpe, y sus golpes eran sobre todo verticales. Aun así, era una cabeza más alto que Chatak e increíblemente poderoso. Sus poses y técnicas recordaban a veces las del ataro y el suretsu, pero Vader parecía carecer de estilo propio y ejecutaba sus movimientos con rigidez.
Con un veloz movimiento, Chatak consiguió penetrar la guardia de Vader lo suficiente como para herirle el antebrazo. Pero Vader apenas reaccionó a la estocada, y Shryne vio chispas y humo brotando del cortado guante de Vader, en vez de carne cauterizada.
Y entonces volvió a perderlos de vista.
Atrapado entre la multitud, se preguntó si debía usar la Fuerza para llamar a uno de los rifles láser hasta él. Al mismo tiempo, deseó que Starstone hubiera tirado su sable láser y que no intentase unirse a su Maestra contra Vader.
Necesitamos saber lo que les ha pasado a los Jedi, intentó comunicarle mentalmente. *Ya llegará el momento de enfrentarse a Vader. Ten paciencia*.
Se preguntó si tenía razón en eso. Igual debía intentar llegar hasta Chatak, estuviera desarmado o no. Puede que su vida estuviera destinada a terminar allí, en Murkhana.
Buscó guía en la Fuerza, y la Fuerza lo contuvo.

Un grito de dolor atravesó el caos, y la multitud de prisioneros se separó lo bastante como para dejarle ver a Chatak caída de rodillas ante Vader, con el brazo de la espada amputado a la altura del codo. Vader se había limitado a vencerla, y entonces, con un movimiento de su hoja color sangre, la decapitó.

La pena traspasó el corazón de Shryne.

Inescrutable tras la máscara, Vader miró el cuerpo caído de Chatak.

Los soldados clon aflojaron el cordón, permitiendo que los prisioneros se apartaran unos de otros. En cuanto lo hicieron, Vader empezó a buscar rostros entre la gente.

Había técnicas para ocultar las habilidades en la Fuerza, y Shryne las empleó. También se preparó para la posibilidad de ser descubierto. Pero la negra mirada de Vader pasó por su lado, pareciendo centrarse en Olee Starstone.

Vader dio un paso en su dirección.

Esta vez no tengo elección, pensó Shryne.

Estaba dispuesto a saltar cuando un soldado de asalto se presentó ante Vader para informarle de que habían capturado a los comandos. Vader se detuvo en seco, mirando en dirección a Starstone antes de volverse a Munición.

—Comandante, encárguese de que lleven a los prisioneros al transporte. —Vader volvió a examinar a la multitud—. En Agon Nueve les espera un calabozo menos cómodo.

CAPÍTULO 12

En cuanto Vader dio la espalda a los prisioneros, Shryne empezó a moverse, empujando, dando codazos, abriéndose paso entre la multitud hasta llegar junto a Starstone, cuyos estrechos hombros se agitaban en un esfuerzo por contener la pena por la muerte de su Maestra. Al darse cuenta de que tenía a Shryne a su lado, se volvió para recibir su consolador pero breve abrazo.

—Tu Maestra está con la Fuerza —le dijo—. Alégrate por eso.

—¿Por qué no la ayudaste? —repuso ella, entrecerrando los ojos.

—Creí que habíamos acordado deshacernos de los sables láser.

Ella asintió.

—Yo me deshice del mío. Pero tú podías haber hecho algo.

—Tienes razón. Igual debí desafiar a Lord Vader a una pelea a puñetazos. Tu Maestra reaccionó movida por la rabia y la venganza. Nos habría sido más útil estando viva.

Starstone reaccionó como si la hubieran abofeteado.

—Ése es un comentario cruel.

—No confundas la emoción con la verdad. Bol Chatak habría muerto aunque hubiese derrotado a Vader.

Starstone hizo un gesto vago en dirección a Vader.

—Pero ese monstruo estaría muerto.

Shryne sostuvo su mirada acusadora.

—La venganza no es propia de un Jedi, padawan. Tu Maestra murió por nada.

Los prisioneros se pusieron en marcha, conducidos por los soldados hacia la rampa del transporte militar.

—Retrocede —le dijo Shryne a Starstone al oído.

Los dos se quedaron atrás, permitiendo que otros cautivos pasaran a su alrededor.

—¿Quién es Vader? —preguntó Starstone al cabo de un momento.

Shryne meneó la cabeza en gesto de ignorancia.

—Eso es algo que igual podemos descubrir si permanecemos con vida.

Starstone se mordió el labio inferior.

—Siento lo que dije, Maestro.

—No te preocupes por eso. Dime cómo consiguió Bol Chatak ocultar el sable láser a los guardias.

—Con la persuasión de la Fuerza —dijo en voz baja Starstone—. Al principio creímos que podríamos escapar, pero mi Maestra quiso esperar a saber lo que te había pasado. Nos encerraron en un edificio y nos dejaron para que nos las arregláramos solas. Muy poca comida y soldados por todas partes. Aunque mi Maestra hubiera usado entonces el sable láser, no sé hasta dónde habríamos llegado sin que nos encontraran los soldados.

—¿Has usado la persuasión de la Fuerza en algún momento?

Ella asintió.

—Así fue como pude esconder el transpondedor de mi Maestra.

Shryne la miró sorprendida.

—¿Lo llevas encima?

—La Maestra Chatak me dijo que lo llevara.

—Imprudente. ¿Conseguiste averiguar algo sobre la guerra?

—Nada. —Starstone mostró su decepción—. ¿Oíste decir a Vader que se lo diría al Emperador?

—Lo oí.

—¿Podría el Senado nombrar Emperador a Palpatine?

—Parece algo que sí haría el Senado.

—Pero, ¿Emperador de qué imperio?

—Me lo he estado preguntando. —La miró fijamente—. Creo que la guerra ha terminado.

Ella lo pensó por un momento.

—Entonces ¿por qué ordenaron a los soldados que nos mataran?

—Los Jedi que había en Coruscant debieron de intentar arrestar a Palpatine antes de que lo ascendieran, o igual debería decir que lo coronaran.

—Por eso debieron de ordenarnos que nos escondiéramos.

—Es una buena teoría, para variar.

Ya estaban cerca del borde de la rampa de abordaje, casi al final de la cola. La mayoría de los prisioneros, aceptando lo inevitable, demostraban una disciplina notable, y debido a ello los soldados relajaban su vigilancia. Había dos soldados estacionados en lo alto de la rampa, uno a cada lado de la escotilla triangular, y tres más se movían más o menos a la altura de los dos Jedi.

—Vader es un Sith, Maestro —dijo Starstone.

Shryne le dirigió una larga mirada de resignación.

—¿Tú qué sabes de los Sith?

—Antes de que la Maestra Chatak me eligiera como padawan, me entrenaba con la Maestra Jocasta Nu en los archivos del Templo. Elegí para mi prueba el tema de la historia Sith.

—Felicidades. Entonces, no necesito recordarte que una hoja carmesí no garantiza que su portador sea un Sith, del mismo modo que no todas las personas con gran intensidad en la Fuerza son Jedi. Asajj Ventress era una simple aprendiz de Dooku, no una verdadera Sith. Una hoja carmesí puede deberse a que usa un cristal de poder sintético. El carmesí es sólo un color, como el amatista de la hoja del Maestro Windu.

—Sí, pero los Jedi no suelen usar hojas carmesí, aunque sólo sea porque se asocian a los Sith. Pero, suponiendo que Vader fuera sólo otro aprendiz del Conde Dooku, ¿por qué es ahora el verdugo de Palpatine, del Emperador Palpatine?

—Supones demasiado. Pero si tuvieras razón, ¿por qué te cuesta tanto creerlo? Dooku hizo todo lo contrario, y pasó de servir a la Orden Jedi a servir a los Sith.

Starstone negó con la cabeza.

—Supongo que no debería costarme creerlo, Maestro. Pero me cuesta.

Él la miró.

—Lo que importa ahora es que Vader sospecha que hay dos Jedi a bordo del transporte de prisioneros. Con el tiempo, nos identificará y moriremos, a no ser que nos arriesguemos aquí y ahora.

—¿Cómo, Maestro?

—Rezágate conmigo hasta el final de la cola. Voy a intentar algo, y espero que la Fuerza esté conmigo. Si fallo, subiremos como nos han dicho. ¿Entendido?

—Entendido.

El último de los mercenarios cautivos pasó ante los dos reticentes Jedi, subió por la rampa de la nave y cruzó la escotilla. En lo alto, Shryne hizo un gesto con la mano a uno de los soldados.

—No hay motivo para retenernos —dijo.

El soldado le miró desde el interior del casco.

—No hay motivo para retenerlos —le dijo a sus camaradas.

—Somos libres para volver a nuestras casas.

—Son libres para volver a sus casas.

—Todo va bien. Ya es hora de que entréis en la nave.

—Todo va bien. Ya es hora de que entremos en la nave.

Shryne y Starstone esperaron a que entrase el último soldado; después saltaron de la rampa a la pista de arcilla y se ocultaron tras una de las vainas del tren de aterrizaje.

A la primera oportunidad que se presentó, salieron de detrás de la nave y escaparon a la espesa vegetación, dirigiéndose a lo que quedaba de la ciudad de Murkhana.

CAPÍTULO 13

En sus aposentos personales a bordo del *Exactor*, Vader examinó el daño que le había causado el sable láser de la Jedi zabrak a su antebrazo izquierdo. Tras asegurarse de que el traje de presión se había sellado sobre la quemadura, se despojó del largo guante y empleó un cortador láser de punta fina para arrancar los restos de tejido blindado que se habían fundido a la aleación que había debajo. El sable láser Jedi había cortado la protección que abultaba el guante, fundiendo algunos de los ligamentos artificiales que hacían girar su mano. Tendría que volver a Coruscant para hacerse una reparación más permanente. Hasta entonces, debería confiar la mano al cuidado de uno de los androides médicos del destructor estelar.

Tenía cerca su propio sable láser, pero cuanto más lo miraba y más miraba el ennegrecido agujero del brazo, más descorazonado se sentía. Si la mano hubiera sido de carne y hueso, ahora mismo estaría temblando. Sólo Dooku, Asajj Ventress y Obi-Wan habían sido lo bastante buenos con el sable como para herirlo; ¿cómo había podido hacerlo un Caballero Jedi del montón?

¿Acaso he perdido presencia en la Fuerza al perder mis extremidades?

Vader reconoció al fantasma de Anakin en la voz de quien había hecho esa pregunta. Anakin diciéndole que no era tan poderoso como creía. El pequeño niño esclavo, asustado por no ser dueño de su propio destino, por ser una simple herramienta propiedad de otro, vendido a otro.

¡Que ahora volvía a estar esclavizado!

Alzó el rostro enmascarado hacia el techo del camarote y gruñó atormentado. ¡Eso se lo habían hecho los ineptos androides médicos de Sidious! Le habían ralentizado los reflejos, sobrecargado con blindajes y acolchados. Se alegraba de haberlos destruido.

¿Y si… Sidious había creado deliberadamente esa prisión?

Volvía a preguntar Anakin, ese pequeño nódulo de miedo en el corazón de Vader.

¿Sería esto un castigo por su fracaso en Mustafar? ¿O es que Mustafar sólo había proporcionado a Sidious una excusa para debilitarlo?

Puede que la promesa de convertirlo en su aprendiz fuera un truco desde el principio, y que en realidad Sidious sólo necesitase a alguien para dirigir su ejército de soldados.

Alguien que hiciera el papel de Grievous, mientras Sidious disfrutaba de las recompensas del poder, seguro de que su nuevo esbirro no representaba ningún peligro para su mando.

Vader se demoró en esta idea, temiendo que le volviera loco, y finalmente llegó a una conclusión aún más descorazonadora. Grievous había sido engañado para servir a los Sith. Pero Sidious había enviado a Anakin a Mustafar por un único motivo: el de matar al Consejo Separatista.

Padmé y Obi-Wan fueron quienes lo sentenciaron a la prisión de este traje negro.

Sentenciado por su esposa y por su teórico mejor amigo, que sentían por él un amor que cambió ante lo que consideraban una traición. Obi-Wan tenía el cerebro demasiado lavado por los Jedi como para reconocer el poder del Lado Oscuro, y Padmé estaba demasiado esclavizada por la República para comprender que las maquinaciones de Palpatine y la deserción de Anakin al bando Sith eran necesarias para traer la paz a la galaxia. Era esencial que el poder recayera en quienes tenían los recursos necesarios para usarlos de forma adecuada y salvar de sí mismas a la miríada de especies de la galaxia, acabar con la incompetencia del Senado, y disolver la orgullosa y arrogante Orden Jedi, cuyos Maestros eran ciegos a la podredumbre que habían engendrado.

Pero si el Elegido de la Orden se había dado cuenta de ello, ¿por qué no habían seguido su ejemplo y abrazado el Lado Oscuro?

Porque estaban demasiado paralizados por sus costumbres, porque eran demasiado inflexibles para adaptarse.

Vader meditó en esto.

Anakin Skywalker había muerto en Coruscant.

Pero el Elegido había muerto en Mustafar.

Una rabia ardiente como los ríos de lava de Mustafar bulló en él, licuando su autocompasión. Todo esto era como lo que veía tras los modificadores visuales del casco: lava burbujeante, calor rojo, carne quemada…

¡Él sólo había querido salvarlos a todos! A Padmé de la muerte, a Obi-Wan de la ignorancia. Y al final no supieron reconocer su poder, no quisieron ceder ante él, aceptar por fe que él sabía que era lo mejor para ellos, ¡para todos!

En vez de eso, Padmé estaba muerta y Obi-Wan huía para salvar la vida, tan desposeído de todo como Vader. Sin amigos, sin familia, sin objetivos…

Cerró la mano derecha, maldiciendo a la Fuerza. ¿Qué le había proporcionado sino dolor? Torturándolo con profecías, con visiones que era incapaz de impedir. Haciéndole creer que poseía un gran poder cuando en realidad era poco más que su sirviente.

Pero eso se acabó, se prometió Vader. El poder del Lado Oscuro le permitiría dominar a la Fuerza y convertirla en sirviente en vez de en su aliada.

Alargó la mano derecha, cogió el sable láser y lo giró. Sólo tenía tres semanas de antigüedad y, por deseo de Sidious, lo había montado a la sombra del arma de terror del tamaño de una luna que había mandado construir. Acababa de probar la primera sangre.

Sidious le había proporcionado el sintocristal generador de la hoja carmesí, junto a su propio sable láser para que lo usara de modelo. Pero Vader no sentía cariño por las antigüedades. Aunque apreciaba la artesanía inherente al pomo curvado y suave del sable láser de Sidious, prefería un arma con más peso. Decidido a complacer a su Maestro, había intentado crear algo novedoso, pero acabó creando una versión negra del sable láser que había empuñado durante más de una década, con un asa gruesa y dentada, una célula de energía de diatio de alto rendimiento, cristal de fase dual y guardas inclinadas hacia delante. Imitaba el sable láser de Anakin hasta en la cazoleta biselada del emisor.

Pero tenía un problema.

Sus nuevas manos eran demasiado grandes para reproducir la ligera forma de agarrar que prefería Anakin y rodear el mango y el cilindro que albergaba el cristal con la mano derecha, cerca de la hoja en sí. Las manos de Vader necesitaban un asidero más grueso y largo, y el resultado era un arma poco elegante, al borde de la ineficacia.

Otro motivo por el que había recibido la herida en su brazo izquierdo.

Los Sith dejaron atrás el uso de los sables láser, le había dicho Sidious. *Pero seguimos utilizándolos, aunque sólo sea para humillar a los Jedi.*

Vader ansiaba el momento en que los recuerdos de Anakin se desvanecieran como la luz al ser absorbida por un agujero negro. Hasta entonces, seguiría resintiéndose de su traje sostenedor de vida. Por muy apropiado que fuera para la oscuridad de su corazón invulnerable…

* * *

El comunicador sonó.

—¿Qué sucede, comandante Appo?

—Lord Vader, me han informado de una discrepancia en el número de prisioneros. Faltan dos, contando a la Jedi que mató en Murkhana.

—Los otros que sobrevivieron a la Orden Sesenta y Seis —dijo Vader.

—¿Debo instruir al comandante Munición para que inicie su búsqueda?

—Esta vez, no, comandante. Yo mismo me encargaré de ello.

CAPÍTULO 14

Por ahí abajo? —dijo Starstone, deteniéndose en lo alto de la siniestra escalera por la que descendía Shryne. Las escaleras llevaban al sótano de un edificio destartalado que había quedado incólume en la batalla, típico entre los que coronaban las verdes colinas del sur de la ciudad de Murkhana. Tenía un mal presentimiento.

—No te preocupes, es la forma que tiene Cash de alejar a la chusma.

—Pues no parece detenerte a ti —dijo ella, siguiéndolo por el oscuro pozo de la escalera.

—Me alegra ver que has recuperado el sentido del humor. Debías de ser la alegría del calabozo.

Y Shryne lo decía en serio; no quería que la chica pensase en la muerte de Bol Chatak. En las largas horas que habían tardado en llegar al cuartel general de Cash Garrulan, Starstone parecía haber hecho las paces con lo sucedido.

—¿Cómo es que conoces a esta persona? —preguntó mirando por encima del hombro.

—Garrulan es el motivo por el que vine por primera vez a Murkhana. Es un antiguo virrey de Sol Negro. Vine para acabar con sus negocios, pero resultó ser una gran fuente de información sobre las actividades separatistas en este cuadrante. Mucho antes de lo que pasó en Geonosis, ya nos avisaba sobre el alcance de los proyectos militares de Dooku, pero nadie en el Consejo o el Senado pareció tomarse en serio la amenaza.

—Y le permitiste continuar con su negocio a cambio de información.

—No es un hutt. Digamos que trafica en comodidades.

—Así que no sólo somos fugitivos, sino que pedimos ayuda a gángsters.

—¿Acaso tienes una idea mejor?

—No, Maestro, no la tengo.

—Suponía que no. Y deja de llamarme Maestro. Alguien podría relacionarlo con los Jedi, o tener la impresión de que eres mi criada.

—La Fuerza no lo quiera —musitó Starstone.

—Soy Roan. A secas.

—Intentaré recordarlo… Roan. —Se rió ante la forma en que sonaba—. Lo siento, no me suena real.

—Ya te acostumbrarás.

Al pie de las escaleras había una puerta sin adornos. Shryne tamborileó en la jamba con los nudillos, y al androide que apareció por una abertura circular le dijo algo en lo que Starstone supuso que sería koorivar. Un momento después, la puerta se deslizó para mostrar a un varón humano ampliamente tatuado, acunando un rifle láser DC-17. Sonrió a Shryne y los hizo pasar a un recibidor asombrosamente opulento.

—Sigues colándote en casa de la gente, ¿eh, Shryne?

—Es una vieja costumbre.

El hombre asintió comprensivo e hizo pasar con un gesto a Shryne y Starstone.

—¿A qué viene esa ropa? Parece que habéis pasado un mes en un compactador de basura.

—Eso habría sido una mejora —dijo Starstone.

Shryne miró hacia el cuarto del fondo.

—¿Está aquí, Jally?

—Está aquí, pero no por mucho tiempo. Sólo está empacando lo que no pudimos trasladar antes de la invasión. Lo avisaré…

—Hagamos que sea una sorpresa.

Jally soltó una risita.

—Oh, desde luego que se sorprenderá.

Shryne le hizo una seña a Starstone para que le siguiera. Al otro lado de una cortina de cuentas, un grupo de humanos, alienígenas y androides trabajadores cargaban cajas en un amplio turboascensor. La sala estaba todavía mejor decorada que el vestíbulo, atestada de muebles, almacenadores de datos y consolas de comunicaciones, armas y otras cosas. El humanoide que estaba en el centro de todo ello, dando órdenes a sus servidores, era un twi'leko con un lekku muy grueso y una panza prominente. Se volvió al sentir a alguien detrás de él y miró boquiabierto a Shryne.

—Me dijeron que te habían matado.

—Más quisieras.

—Puede que sí —repuso Cash Garrulan meneando la cabeza de un lado a otro. Alargó los gordos brazos y le sacudió las manos a Shryne, haciendo luego un gesto hacia la túnica sucia del Jedi—. Me gusta el nuevo aspecto.

—Me cansé de ir de marrón.

—¿Quién es tu nueva amiga, Roan?

—Olee —respondió sin pensar. Miró a las cajas—. ¿De liquidación, Cash?

—Digamos que la paz ha sido mala para el negocio.

—Entonces, ¿se acabó? —preguntó Shryne solemne.

Garrulan inclinó la gran cabeza.

—¿No te has enterado? Está por toda la HoloRed, Roan.

—Olee y yo hemos estado desconectados.

—Eso parece.

El twi'leko se volvió para ladrar unas instrucciones a dos de sus empleados y luego condujo a Shryne y Starstone hasta un despacho pequeño y ordenado, donde se sentó.

—¿Queréis comprar láseres? —preguntó Garrulan—. Tengo Blas techs, Merr-Sonns, Tenloss DXs, lo que quieras. Te los dejo baratos. —Shryne negó con la cabeza—. ¿Qué tal unos comunicadores? ¿Vibrocuchillas? ¿Alfombras de Tatooine tejidas a mano…?

—Infórmanos de cómo terminó la guerra.

—¿Cómo terminó? —Garrulan chasqueó los dedos—. Así. El Canciller Palpatine es secuestrado por el general Grievous y al rato Dooku y Grievous están muertos, los Jedi son traidores, los androides de combate se apagan y volvemos a ser una gran galaxia feliz y más unida que nunca. Ni más ni menos que un imperio. Sin rendición formal de la Confederación de Sistemas Independientes, sin burocracia del Senado, sin embargos comerciales. Y todo lo que el Emperador quiere el Emperador lo consigue.

—¿Alguna noticia sobre los miembros del Consejo Separatista?

—Ni pío. Aunque hay rumores de todo. El Emperador los hizo matar. Siguen huyendo. Se han escondido en el Brazo de Tingel, están con los amigos de Passel

Argente…

Shryne alargó el brazo para impedir que Starstone siguiera dando vueltas por el despacho.

—Siéntate —dijo—. Y deja de morderte el labio.

—Sí, Maes… Roan.

—Debo decir que nunca supuse que considerarían responsables a los Jedi —comentó Garrulan.

—De intentar arrestar a Palpatine, quieres decir.

—No… de la guerra. —Garrulan miró a Shryne durante un largo instante—. De verdad no sabéis lo que ha pasado, ¿eh? Igual debéis beber algo.

Garrulan estaba medio levantándose cuando Shryne le interrumpió.

—Nada de bebidas. Cuéntanoslo.

El twi'leko parecía apesadumbrado de verdad.

—Siento ser portador de malas noticias, Roan, y más para ti, pero han culpado de la guerra a los Jedi. Todo fue una charada manipulada por vosotros, con los soldados clon por un lado y el Maestro Dooku por otro, para así intentar derrocar la República y asumir el poder. Por eso ordenó Palpatine vuestra ejecución, y por eso se arrasó el Templo Jedi.

Shryne y Starstone intercambiaron miradas temerosas.

El jefe del crimen asumió un tono más sombrío al ver sus expresiones.

—Por lo que tengo entendido, han matado a casi todos los Jedi, tanto en el Templo como en cualquier otro mundo.

Shryne rodeó con un brazo los temblorosos hombros de Starstone.

—Calma, chica —dijo, tanto para sí mismo como para Olee.

De pronto tenía sentido la segunda señal que ordenaba a los Jedi que se escondieran. El Templo, indefenso ante la ausencia de tantos Caballeros Jedi, había sido atacado y saqueado; profesores y alumnos masacrados por las tropas de asalto de Coruscant. *¿Cuántos Jedi habrían vuelto al Núcleo para ser asesinados nada más llegar?*, se preguntó Shryne.

La Orden estaba acabada. No sólo ya no había nada para Shryne y Starstone en Coruscant, sino que no lo había en ninguna parte.

—Por si os sirve de algo —dijo Garrulan—, no creo ni una palabra de todo eso. Palpatine está detrás de todo. Lo ha estado desde el principio.

Starstone agitaba la cabeza adelante y atrás sumida en la incredulidad.

—No es posible que hayan matado a todos los Jedi. Había Jedi que no estaban con soldados clon, Maestro. Y pudo haber otros comandos que se negaran a obedecer la orden de ejecución del Alto Mando.

—Tienes razón —dijo Shryne, intentando sonar consolador.

—Encontraremos a otros supervivientes.

—Seguro que sí.

—La Orden se reconstruirá.

—Por supuesto.

Garrulan esperó a que se callaran antes de continuar.

—Somos muchos más a los que se les ha quitado la alfombra de debajo de los pies; nos ha pasado hasta a los que estamos al final de la cadena alimenticia. —Se rió con pesar—. Siempre nos ha ido mejor en la guerra que en la paz. Al menos la Alianza Corporativa estaba dispuesta a tolerarnos a cambio de una parte de los beneficios. Pero los gobernadores regionales que ha nombrado el Emperador ya nos han calificado de enemigos. Y, que quede entre nosotros, antes que eso, preferiría tratar con los hutt.

Shryne lo estudió.

—¿Dónde te deja eso a ti, Cash?

—En Murkhana, no, eso seguro. Mis rivales en el crimen de Koorivar tienen mi bendición, y mi compasión. —Garrulan le devolvió la mirada a Shryne—. ¿Y qué hay de ti, Roan? ¿Alguna idea?

—Ahora mismo, no.

—Igual deberías pensarte el trabajar para mí. Podría venirme bien gente con vuestros talentos especiales, y más ahora. De todos modos, te debo un favor.

Starstone le miró fijamente.

—No hemos caído tan bajo como para… —empezó a decir cuando Shryne le tapó la boca con la mano.

—Igual me lo pienso. Pero antes tienes que sacarnos de Murkhana.

Garrulan mostró a Shryne las palmas de las manos.

—No te debo tanto.

—Ayúdame en eso, y seré yo quien esté en deuda contigo.

Starstone pasó la mirada de Shryne a Garrulan.

—¿Así eras antes de la guerra? ¿Hacías tratos con quien te apetecía?

—No le hagas caso —dijo Shryne—. ¿Qué me dices, Cash?

Garrulan se retrepó en el enorme sillón.

—No creo que sea muy difícil proporcionaros identidades falsas y torear a los soldados de la guarnición local.

—Normalmente, estaría de acuerdo —le interrumpió Shryne—. Pero esta vez hay un ingrediente nuevo en el puchero. Un tal Lord Vader. —Al ver que Garrulan no reaccionaba ante ese nombre, continuó—. Una especie de Grievous con armadura negra, sólo que más peligroso y parece que encargado de hacerle el trabajo sucio a Palpatine.

—La verdad es que no he oído nada de él —dijo Garrulan, evidentemente interesado.

—Oirás hablar. Y podría ser un problema para abandonar esta roca.

Garrulan se acarició el lekku.

—Bueno, entonces tengo que replantear mi oferta para evitar complicaciones imperiales. O quizá sólo haya que tomar precauciones adicionales.

CAPÍTULO 15

El tejido blindado negro y una gran fuerza no eran las únicas cosas que distinguían a Darth Vader de Anakin Skywalker. Si Anakin tenía limitado el acceso a la sala de datos del Templo Jedi, Vader podía examinar cualquier dato que deseara, incluso estando a años luz de Coruscant, aunque fueran grabaciones archivadas, textos antiguos y holocrones creados por antiguos Maestros. De este modo pudo descubrir la identidad de los seis Jedi asignados a Murkhana al final de la guerra; los cuatro que habían muerto —los Maestros Loorne y Bol Chatak, y dos Caballeros Jedi— y los dos que seguían en libertad: Roan Shryne y Olee Starstone, padawan de Chatak, ahora presumiblemente al cuidado del más sabio y experimentado Shryne.

Starstone era una jovencita de oscuros rizos y atractiva sonrisa que hasta hacía poco parecía destinada a convertirse en una acólita del Templo, al ser seleccionada por la Maestra Jocasta Nu para servir de aprendiz en la sala de archivos. Poco antes de que empezase la guerra, y buscando ampliar su comprensión del resto de la galaxia, Starstone solicitó hacer trabajo de campo y acabó llamando la atención de Bol Chatak durante una breve visita a Eriadu.

Pero Chatak no la había aceptado como estudiante hasta el segundo año de la guerra, y sólo a petición del Sumo Consejo. Con tantos Caballeros Jedi participando en campañas militares en mundos apartados, el Templo no era lugar para una Jedi joven y capaz, que podía rendir mayores servicios a la República como guerrera que como bibliotecaria.

Starstone era prometedora en todos los aspectos. Era cándida, rápida como un vibrolátigo y una brillante investigadora a la que, en otras circunstancias, probablemente no se le habría permitido dejar el Templo. Pero entonces habría muerto allí, víctima de la hoja de Darth Vader o de los disparos láser de las tropas de asalto del comandante Appo.

Roan Shryne era algo muy distinto, y era su holoimagen la que ahora estudiaba Vader, a medida que la información sobre el Caballero Jedi de largos cabellos aparecía en un campo holoproyector aparte.

Habían reclutado a Shryne en el Borde Exterior, en el mundo de Weytta, que resultaba estar en la misma región que Murkhana. Su archivo contenía referencias de pasada a un «incidente» sucedido en su reclutamiento, pero Vader no había conseguido encontrar un relato detallado de lo acontecido.

En el Templo había demostrado tener talento para sentir la presencia de la Fuerza en los demás, y se le había animado a seguir un rumbo que lo habría llevado a la División de Adquisiciones del Templo. Pero, cuando fue lo bastante mayor como para darse cuenta de lo que implicaba la adquisición, rechazó con firmeza cualquier nuevo tutelaje, por motivos que los expedientes tampoco dejaban claro.

El asunto se llevó ante el Sumo Consejo, que acabó decidiendo que se permitiese a Shryne buscar su propio camino en vez de imponérsele ese servicio. El camino que acabó siguiendo Shryne fue el estudio de las armas bélicas, tanto antiguas como modernas, del cual había surgido un gran interés por el papel que desempeñaban los sindicatos del crimen en el tráfico de armas ilegales.

Lo que le llevó inicialmente a Murkhana, poco antes de que estallara la guerra, fue la condena que hizo Shryne de los agujeros legales existentes en las leyes de la República, que permitían a la Federación de Comercio y otros grupos similares amasar ejércitos de androides. Allí había tenido tratos con un jefe del crimen con cierta reputación local, que acabó convirtiéndose en informador de Shryne sobre los recursos militares separatistas. Debido a esto, Shryne había realizado frecuentes viajes a Murkhana, incluso durante la guerra, tanto en solitario como con un aprendiz padawan.

Era un par de años mayor que Obi-Wan Kenobi y, al igual que éste, fue miembro periférico de lo que algunos Jedi habían dado en llamar la «vieja guardia», un grupo selecto en el que estaban incluidos Dooku, Qui-Gon Jinn, Sifo-Dyas, Mace Windu y otros más, muchos de los cuales habían sido parte o serían llamados a sentarse en el Sumo Consejo. Pero, a diferencia de Obi-Wan, nunca había estado al tanto de las discusiones o decisiones del Consejo.

Era interesante que estuviera entre los Jedi enviados a Geonosis en la misión de rescate que fue la chispa que empezó la guerra. Durante aquella batalla, mataron a su antiguo Maestro, Nat-Sem, y al primer padawan de Shryne.

Y luego, a los dos años y medio de guerra, Shryne perdió a un segundo aprendiz en la Batalla de Manari.

En su expediente constaba que sus compañeros Jedi habían notado un cambio en él tras lo ocurrido en Manari, no sólo respecto a la guerra, sino al papel que los Jedi se habían visto obligados a representar —que habían sido manipulados para que los representara, se daba cuenta Vader ahora—, y muchos Jedi esperaban que abandonase la Orden, tal y como habían hecho otros muchos, ya fuera para acabar en el bando separatista o sencillamente para desaparecer.

Mientras estudiaba la imagen fantasmal de Shryne, Vader activó el comunicador de la cabina.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó.

—Seguimos sin indicios de ningún Jedi, Lord Vader —dijo Appo—. Pero hemos localizado al jefe del crimen twi'leko.

—Buen trabajo, comandante. Resultará ser la pista que necesitamos.

* * *

Cash Garrulan buscaba el modo de descargar cuanto antes ochocientos electrobinoculares Neuro-Saav cuando Jally entró en el despacho para atraer su atención hacia los monitores de seguridad.

Garrulan miró con creciente irritación cómo veinte soldados clon descendían de un transporte rodante y tomaban posiciones alrededor de la vieja estructura que era su cuartel general.

—Y además son soldados de asalto —dijo Garrulan—. Los habrá enviado el gobernador regional para llevarse todo lo que puedan antes de irse. —Se puso en pie, barrió con la mano un puñado de tarjetas de datos de su mesa y las metió en un maletín abierto—. Dale a los soldados nuestro sobrante de municiones. Hagas lo que hagas, no te enfrentes a ellos. Si las cosas se ponen difíciles, ofréceles más. Los electrobinoculares, por ejemplo. —Cogió la capa y se la echó a los hombros —. Pero no estoy dispuesto a pasar por la indignidad de un arresto. Cogeré la escalera de atrás y me reuniré contigo en el muelle.

—Buena idea. Nosotros nos ocuparemos de los clones.

Salió del despacho a toda prisa, cruzando el almacén y empujando el manillar de la puerta trasera, para encontrarse ante una enorme figura que llenaba el umbral. La figura enmascarada iba vestida de negro desde el enorme casco hasta las botas de caña, y apoyaba los puños en la cadera de una forma que le abría la capa.

—¿Va a alguna parte, virrey?

La voz ligeramente grave estaba aumentada por un vocalizador de algún tipo y subrayada por una respiración rítmica y profunda, obviamente regulada por la caja de control sujeta al amplio pecho acorazado de la figura.

Vader, se dijo Garrulan. La monstruosidad tipo Grievous que Shryne llamó «un ingrediente nuevo en el puchero».

—¿Puedo preguntar quién desea saberlo?

—Es libre de preguntar —dijo Vader, pero lo dejó así.

Garrulan intentó ordenar sus pensamientos. Vader y sus soldados no habían ido a por sobornos. Iban tras la pista de Shryne. Aun así, pensó que todavía podía ganarse a Vader.

—No soy ni nunca he sido un separatista. Sólo resulta que vivo en un mundo que lo es.

—Tus antiguas alianzas no me conciernen —dijo Vader, que, tras alargar la mano y levantar en el aire a Garrulan, cargó con él hasta el despacho, donde lo depositó en una silla con ruedas que rodó hacia atrás y chocó contra la pared—. Póngase cómodo —dijo Vader.

Garrulan se frotó la nuca.

—Va a ser todo así, ¿verdad?

—Sí. Algo parecido.

Garrulan se obligó a respirar.

—Bueno, yo también le ofrecería asiento, pero no creo tener uno lo bastante grande.

El comandante de las tropas de Vader entró en la sala mientras éste examinaba los lujos del lugar.

—Le ha ido bien, virrey.

—Me las arreglo —dijo Garrulan.

Vader se inclinó sobre él.

—Busco a dos Jedi que escaparon de un transporte que debía llevarlos a Agon Nueve.

—Un lugar encantador. Pero ¿qué le hace pensar…?

—Antes de que diga otra palabra —le interrumpió Vader—, le aviso de que sé que conoce a uno de esos Jedi desde hace mucho tiempo.

Garrulan revisó sus planes de inmediato.

—Se refiere a Roan Shryne y la chica.

—Entonces, vinieron aquí.

Garrulan asintió.

—Me pidieron ayuda para salir de Murkhana.

—¿Qué arreglos hizo?

—¿Arreglos? —Garrulan gesticuló abarcando el despacho—. Yo no conseguí todo esto por accidente. Me sorprendió ver a Shryne con vida. Le dije que yo no ayudo a traidores. De hecho, informé de su visita a las autoridades locales.

Vader se volvió al comandante, que asintió y entró en al almacén.

—No me mentirá, virrey —Vader no preguntaba.

—No sin conocerlo antes mejor.

El comandante volvió.

—Sí llamó a la guarnición local, Lord Vader.

Era imposible determinar si Vader estaba o no satisfecho.

—¿Sabe adónde fue Shryne desde aquí? —dijo Vader.

Garrulan negó con la cabeza.

—No lo dijo. Pero conoce bien Murkhana, y yo sólo soy uno de sus contactos locales. Claro que eso ya lo sabrá usted.

—Quería oírlo de usted.

Garrulan sonrió para sus adentros. Vader se había tragado el anzuelo.

—Encantado de ayudarle… Lord Vader.

—Si usted fuera Shryne, ¿cuál sería su próximo movimiento?

—Bueno, eso sería especular, ¿no? —respondió, relajándose un poco—. Da la impresión de que me pide mi opinión profesional sobre el asunto.

—¿Y si es así?

—Sólo pensaba que igual podía ganar algo con esto.

—¿Qué quiere, virrey? Parece tener ya más de lo que necesita.

Garrulan adoptó un tono más serio.

—Eso son cosas materiales —dijo, con gesto displicente—. Necesito que hable bien de mí al gobernador regional.

Vader asintió.

—Eso puede arreglarse, siempre que su opinión profesional sirva para algo.

Garrulan se inclinó hacia delante.

—Hay un koorivar llamado Bioto que se dedica al contrabando y otros negocios. Posee una nave muy rápida llamada *Gemelo*. —Hizo una pausa mientras el comandante volvía a desaparecer, sin duda para hablar con Control de Tráfico Espacial—. Si yo tuviera prisa por saltar al espacio con las menores dificultades posibles, recurriría a Bioto.

—Lord Vader —dijo de pronto el comandante—. El CTE informa de que el *Gemelo* despegó hace poco de la plataforma de Murkhana. Tenemos la ruta de vuelo prevista.

Vader se volvió, su capa ondeó.

—Llame al *Exactor*, comandante. Ordene que la intercepten. —Salió a la sala principal sin decir otra palabra, para detenerse tras dar unas zancadas—. Es muy listo, virrey —dijo, medio volviéndose hacia Garrulan—. No olvidaré esto.

Garrulan inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Tampoco yo, Lord Vader.

Un momento después de que se fuera Vader, volvió Jally, resoplando de alivio.

—No es alguien con quien me gustaría enfrentarme, jefe.

—Tiene su propio estilo —dijo Garrulan, poniéndose en pie—. Olvida el resto de esta basura. Prepara la nave para el despegue. Hemos acabado en Murkhana.

CAPÍTULO 16

La nave de Vader entró en la bodega principal del *Exactor* con las alas plegadas sobre el fuselaje, apagando las luces al posarse en la brillante cubierta. No lejos de allí, rodeado por soldados clon, estaba aparcado el *Gemelo*, un transporte de mercancías un tanto voluminoso, fuertemente armado con cañones turboláser y un hipermotor de última generación. Los soldados también vigilaban a la tripulación de siete hombres, la mayoría de Koorivar, que tenían las manos en la cornuda cabeza mientras los soldados completaban el registro de la nave. Los contenedores que ya se habían bajado de ella eran amontonados a estribor del *Gemelo*, a la espera de ser examinados por escáner.

Vader y Appo descendieron por la rampa de la lanzadera y se dirigieron hacia donde estaba la tripulación. Un soldado señaló al capitán, y Vader se le acercó.

—¿Cuál es su cargamento, capitán?

El koorivar le miró fijamente.

—Exijo hablar con el oficial al cargo.

—Está hablando con él.

El capitán pestañeó sorprendido, pero se las arregló para contener su tono furioso.

—No sé quién es usted, pero le prevengo de que si mi nave tiene daños por culpa de su rayo tractor, presentaré una queja formal ante el gobernador regional.

—Tomo nota, capitán —dijo Vader—. Y estoy seguro de que el gobernador regional se interesará por usted en cuanto sepa que transporta armas prohibidas. —Se volvió hacia el oficial al cargo de los soldados—. ¡Escóltelos al calabozo!

—Lord Vader —dijo Appo cuando se llevaban a la tripulación—, seguridad informa de que han encontrado dos humanos en un compartimento secreto bajo la cocina de la nave.

Vader se volvió en dirección al transporte.

—Interesante. Veamos lo que ha descubierto seguridad.

Para cuando Vader y Appo llegaron al lado de babor de la nave, un grupo de soldados salía ya de la nave llevando a dos humanos bajo custodia. El hombre era alto y de pelo largo, muy protector de la joven que iba a su lado. La pareja iba vestida de forma similar con túnicas y turbantes típicos de la brigada de mercenarios que había luchado por los separatistas de Murkhana.

Sus ojos se abrieron mucho al ver a Vader.

—Están desarmados, Lord Vader —anunció uno de los soldados.

—Nos metimos de polizones sin que lo supiera el capitán —dijo el hombre—. Sólo queríamos llegar a Ord Mantell.

—No sois polizones —dijo Vader—. Pagaron muy bien al capitán para que os llevara a bordo de la nave, y también prometieron pagaros a vosotros.

La chica empezó a temblar de miedo.

—No sabíamos que hacíamos algo ilegal. No somos contrabandistas ni criminales. Le digo la verdad. ¡Sólo lo hicimos por los créditos!

Vader la estudió.

—Quizá me piense el perdonaros la vida si me decís quién os contrató para realizar este engaño.

El hombre apretó los labios y tragó saliva antes de hablar.

—Hombres de Cash Garrulan.

Vader asintió.

—Tal y como sospechaba. —Se volvió hacia Appo—. Comandante, ¿han detectado ya algo los escáneres del *Exactor*?

—Todavía nada.

—Lo detectarán, muy pronto.

Vader se volvió al jefe de pelotón de los soldados.

—Encierre a esos dos con la tripulación.

El color abandonó el rostro de la chica.

—Pero, usted dijo…

—Que me pensaría el perdonaros —la interrumpió Vader.

—Lord Vader, nuestros sensores han encontrado algo —dijo de pronto Appo—. La nave es sólo un caza planeador que ha despegado de las afueras de la ciudad de Murkhana. Pero su rumbo la hará pasar cerca de la anterior posición del *Exactor*, e intenta evadir nuestros escáneres.

—Los Jedi van a bordo de esa nave. ¿Podemos interceptarlos desde nuestra actual posición, comandante?

—No. El caza planeador está fuera del alcance del rayo tractor.

Vader gruñó molesto.

—Tenemos que remediar eso. ¿Está preparado mi caza?

—En la bodega tres, listo para despegar.

—Busque a dos pilotos para que sean mis compañeros. Dígales que se reúnan conmigo en la bodega. —Vader se echó atrás la capa con un encogimiento de hombros—. Y, comandante, el virrey intentará huir de Murkhana. No se moleste en capturarlo. Dispare contra su nave y asegúrese de que mueran todos los que vayan a bordo.

* * *

El caza planeador, una nave de anchas alas con una aleta transversal, había sido modificada para volar por el espacio. La carlinga se había agrandado para acomodar a un piloto y un copiloto, y se había añadido una carlinga de artillero a la sección de cola. Shryne iba sentado delante, Starstone a popa, y en el asiento del piloto iba Brudi Gayn, que solía hacer trabajos ocasionales para Cash Garrulan. Era un humano larguirucho, de pelo oscuro y unos cuantos años más viejo que Shryne, que hablaba básico con fuerte acento del Borde Exterior.

Shryne tenía claro que era el piloto más despreocupado con el que había volado nunca. De separarse un poco más del panel de instrumentos acabaría al lado de Starstone. Su forma de coger el manillar era negligente, pero controlaba la nave con maestría y no se le escapaba nada.

—Vaya, nos tienen bien localizados —le dijo a Shryne y Starstone a través del comunicador del casco—. Parece que en algún momento del futuro habrá que mejorar nuestras contramedidas.

Muy a estribor se veía la enorme nave de guerra de Vader, visible sólo a través de la ventana triangular de transpariacero del caza planeador.

—No me gusta nada el aspecto de esos nuevos destructores clase Imperator fabricados en cadena —continuó Gayn—. Carecen del toque artístico de los viejos Acclamators y Venators, incluso de los Victoria Dos. —Negó decepcionado con la cabeza—. Carecen de elegancia.

—Consecuencias de la guerra —dijo Shryne por el comunicador.

La consola emitió un tintineo de alarma, y Gayn se inclinó un poco hacia delante para estudiar uno de los monitores.

—Por la cola se acercan tres naves. Sus signaturas los identifican como dos Ala-V y lo que podía ser un interceptor Jedi modificado. ¿Será el tal Vader?

—Es una buena posibilidad.

—Parece que el Imperio es tan poco exquisito utilizando maquinaria Jedi como cacharros separatistas.

—Es evidente que, a nuestra manera, seguimos sirviendo a Palpatine.

—¿Sois conscientes de que esos tres cazas vienen a por nosotros? —interrumpió Starstone.

—Gracias por la información, dulzura, pero estamos al tanto —dijo Gayn.

—Aquí tienes otra información, pilotito. Nos ganan terreno. ¿No puedes acelerar algo más esta chatarra? Es tan letárgica como tú.

Gayn soltó una risita.

—Siempre podemos expulsar al artillero de cola. Seguro que eso nos aligera.

—Mejor suelta algo del aire caliente que llena tu persona —replicó Starstone.

—Uf. ¿Siempre es así, Shryne?

—Era bibliotecaria. Ya sabes cómo son.

—Una bibliotecaria con la Fuerza… Peligrosa combinación. —Rió para sus adentros—. ¿Qué pasará ahora con la Fuerza? Sin la Orden Jedi, quiero decir.

—No lo sé —dijo Shryne—. Igual entra en hibernación.

Gayn meneó la cabeza de lado a lado.

—Pues ahí viene algo para enseñarte que la Fuerza no es lo único que está ahora en juego.

Shryne miró en la dirección indicada por la diestra enguantada de Brudi Gayn y vio un veloz esquife espacial acercándose en rumbo de intercepción al caza planeador.

—Espero que esté de nuestro lado.

Gayn volvió a reírse.

—Es nuestro billete de salida.

* * *

Vader estaba dentro de la carlinga de su interceptor negro, en pleno control de la situación. Había puesto al mínimo el compensador de inercia del caza y se sentía revitalizado por la experiencia de sentirse casi sin peso. En otra vida había volado sin casco o traje de vuelo, y ahora, al liberarse del dominio de la gravedad, se sentía libre pese a cargar con esos accesorios necesarios.

Ésta no era la nave que Anakin Skywalker había pilotado hasta Mustafar, y el androide astromecánico del caza tenía la cúpula negra. Tampoco era la nave que habría elegido él. Pero le serviría, al menos hasta que Sistemas Sienar completara el caza encargado según sus especificaciones.

Después de todo, y a pesar de lo que había perdido, seguía siendo el mejor piloto de la galaxia.

La ventaja del caza planeador se evaporaba a medida que hacía ajustes y aumentaba la velocidad. El vehículo elegido por los Jedi para escapar reflejaba la desesperación que debían de sentir, puesto que carecía de hipermotores de alguna clase. Pero Vader se daba cuenta de lo que tenían en mente. Esperaban reunirse con el esquife sorosuub que ahora mismo se dirigía hacia ellos. Y el plan habría funcionado si hubiera creído al gángster twi'leko. Pero como no había sido así, los Jedi no tendrían tiempo para abordar la nave más grande. Para entonces, tanto el caza planeador como el esquife estarían al alcance de sus torpedos de protones.

—En formación conmigo —dijo a los pilotos clon de los Ala-V de escolta—, y disparen a mi señal. No hay necesidad de capturarlos con vida.

—Lord Vader, hemos identificado la nave sorosuub —respondió uno de los pilotos—. Está registrada en Murkhana. Su dueño es Cash Garrulan.

—Bueno, esto se ha acabado —dijo Vader, sobre todo para sí mismo.

—Pero hay algo más, Lord Vader. El caza planeador parece equipado con anillos adaptadores externos.

Vader miró al monitor centrado en el caza planeador y ordenó al androide astromecánico que mostrara al esquife en un monitor secundario.

Lo comprendió al momento.

—A toda velocidad —ordenó a los pilotos clon—. Esto no es una cita. Disparen los torpedos de protones en cuanto los objetivos estén a nuestro alcance.

Iba a ir muy justo, comprendió Vader.

Armó el cañón láser del caza. El caza planeador volaba más rápido de lo que habría creído posible. El piloto era bueno y hábil. A esa distancia le sería muy difícil ponerlo en la mira del láser.

El astromecánico envió una actualización al monitor de la carlinga, al tiempo que la voz de un piloto de la escolta brotaba de la consola del comunicador.

—Lord Vader, el esquife está posicionando un acelerador de hiperimpulso en el camino del caza planeador.

Los filtros de visión de la máscara de Vader le proporcionaron un primer plano del anillo rojiblanco de hipermateria. Apretó rápidamente los disparadores del manillar y una salva de rayos carmesí brotó de los cañones láser del interceptor. Pero era improbable que los rayos llegaran a alcanzar sus objetivos, porque éstos se habrían marchado ya.

Aun así, dio plena potencia al impulsor iónico, mientras veía cómo el caza planeador encajaba limpiamente en el anillo acelerador y daba el salto a la velocidad de la luz. Una fracción de segundo después, el esquife de Cash Garrulan conectaba su hiperimpulso y desaparecía.

Vader permitió que su caza redujera la velocidad y miró derrotado al distante firmamento estrellado.

Tenía mucho que hacer si quería volver a sentirse entero.

Uno de los pilotos llamó.

—Estamos calculando los vectores de escape, Lord Vader.

—Borre los cálculos, piloto. Si los Jedi están tan decididos a desaparecer, que lo hagan.

TERCERA PARTE

Centro imperial

CAPÍTULO 17

Puedo asegurarles que no pienso deshacer el Senado —dijo el Emperador al pequeño grupo que había citado en sus nuevos aposentos—. Y, lo que es más, no quiero que se consideren ustedes simples accesorios que sólo sirven para ratificar leyes y facilitar las tareas de gobierno. Necesitaré su consejo para crear leyes que ayuden al progreso y la integridad de nuestro imperio.

Guardó silencio por un momento, antes de dejar caer la bomba.

—La diferencia consistirá en que una vez haya considerado sus aportaciones y las de mis consejeros, mi decisión será definitiva. No habrá debate alguno, ni citas de precedentes constitucionales, ni capacidad de veto, ni procedimientos o demoras en los tribunales. Mis decretos se emitirán simultáneamente en todos los mundos constituyentes, y tendrán un efecto inmediato.

El Emperador se inclinó hacia delante en el sillón de respaldo alto que era su trono temporal, pero no tanto como para que su rostro desfigurado asomara a la luz.

—Compréndalo; ya no sólo representan a sus mundos. Coruscant, Alderaan, Chandrila… y esos miles de mundos alejados del Núcleo Galáctico son como células de un mismo imperio, y lo que afecta a uno nos afecta a todos. No se tolerará ningún altercado. Las trifulcas interplanetarias o las amenazas de secesión serán objeto de duras represalias. No he dirigido nuestros destinos durante tres años de guerra galáctica para permitir que ahora resurjan viejos hábitos. La República está extinta.

Bail Organa apenas conseguía no removerse en su asiento, como ya hacían otros de los invitados del Emperador, sobre todo los senadores Mon Mothma y Garm Bel, en lo que casi era abierto desafío. Pero el Emperador se fijaba en todo, y lo hacía sin que la mayoría de sus invitados fuera consciente de ello.

Los nuevos aposentos del Emperador, la sala del trono a efectos prácticos, ocupaban el piso superior del edificio más alto de Coruscant, y estaban diseñados para parecerse más al despacho que Palpatine tenía bajo la Rotonda del Senado que a sus antiguas habitaciones en el Edificio Administrativo del Senado.

La sala aséptica estaba dividida en dos niveles unidos por una escalera corta y ancha, con grandes ventanales de permeoplástico cubriendo el tercio superior. Dos cabinas con forma de cono flanqueaban la bruñida escalera, con un Guardia Rojo, un guardia imperial, apostado en cada una, y tras ellos, los consejeros del Emperador. El centro de las brillantes tarimas estaba ocupado por el trono, cuyo respaldo se elevaba en un arco sobre la cabeza de Palpatine, sumiéndolo en perpetua sombra, del mismo modo que la capucha de su capa escondía su rostro enjuto y profundamente arrugado. En los anchos reposabrazos había sencillos paneles de controles en los que tecleaba de vez en cuando con sus delgados dedos.

En los pasillos del Senado corrían rumores de que el Emperador tenía una segunda suite más privada en la cima del edificio, junto con alguna clase de instalación médica.

—Si Su Majestad me lo permite —dijo el senador humano de Commenor con un tono apropiadamente deferente—. Quizá pueda usted arrojar alguna luz sobre la forma en que nos traicionaron los Jedi. Ya será usted consciente de que la HoloRed parece reticente a proporcionar detalles al respecto.

El Emperador emitió un sonido burlón, al estar más allá de la necesidad de emplear la diplomacia o el engaño para conseguir sus fines.

—La Orden se merecía lo que le pasó por engañarnos haciéndonos creer que me servían a mí al serviros a vosotros. La complejidad de su nefando plan sigue asombrándome. Nunca llegaré a comprender por qué no intentaron matarme hace tres años, cuando no habría podido enfrentarme a ellos. Y esta vez habría muerto de no ser por la actuación de mis guardias y de nuestros soldados.

Los ojos incoloros de Palpatine se nublaron de odio.

—De hecho, los Jedi creían poder controlar la galaxia mejor que nosotros, y estaban dispuestos a prologar una guerra sólo para mantenernos indefensos y a merced de su traición. Su famoso Templo era un fuerte, una base de operaciones. Acudieron a mí diciéndome que habían matado al general Grievous, afirmando que era un ciborg, y decidieron arrestarme porque me negué a aceptar su palabra de que la guerra había acabado de pronto y que los separatistas habían sido derrotados.

»Cuando envié una legión de soldados a razonar con ellos, desenvainaron los sables láser y plantaron batalla. Hay que agradecer nuestra victoria al Gran Ejército. Nuestros nobles comandantes advirtieron la traición de los Jedi y ejecutaron mis órdenes enérgicamente. El mero hecho de que lo hicieran, sin preguntas, sin dudas, me dice que los soldados ya tenían alguna sospecha de que los Jedi estaban manipulando la situación.

»Después de todas estas semanas, seguimos sin una confirmación de la muerte del virrey Gunray y sus poderosos aliados. El hecho de que sus androides de combate y sus máquinas de guerra permanezcan inmóviles en cientos de mundos podría considerarse un indicio de su rendición. Pero no por ello hay que dejar de centrar nuestra atención en asentar el Imperio mundo a mundo.

Palpatine se retrepó en su asiento.

—La Orden Jedi es un ejemplo de que no podemos permitir que nadie se haga lo bastante poderoso como para representar una amenaza a nuestros designios, o a las libertades de que disfrutamos. Por eso es esencial que aumentemos y centralicemos los ejércitos, tanto para preservar la paz como para proteger al Imperio de los inevitables intentos de insurrección que se sucederán con toda seguridad. Con este fin, he ordenado la producción de nuevas clases de cazas y naves capitales, apropiadas para ser dirigidas por oficiales y tripulación no clon, salidos de academias imperiales integrados por candidatos procedentes de las escuelas de pilotaje de los sistemas estelares ya existentes.

»Y no olvidemos que el actual ejército de soldados clon envejece a un ritmo acelerado y debe ser reforzado, y gradualmente reemplazado, por nuevas hornadas de clones. Sospecho que los Jedi hicieron que se creara un ejército de corta vida confiando en dejar de necesitar soldados una vez derrocada la República e instituida su teocracia basada en la Fuerza.

»Pero dejemos de preocuparnos por eso.

»Al unir a todos los mundos conocidos de la galaxia bajo una sola ley, un solo lenguaje, bajo la guía ilustrada de un solo individuo, difícilmente arraigará así una corrupción semejante a la que azotó a la antigua República, y los gobernadores regionales que ya he destacado impedirán el nacimiento de cualquier otro movimiento separatista.

Cuando todos los que estaban en la sala se convencieron de que Palpatine había terminado de hablar, lo hizo el senador por Rodia.

—Entonces ¿las especies no humanas no tienen por qué temer discriminación o parcialidad alguna?

Palpatine extendió en gesto de apaciguamiento las deformes manos de largas uñas.

—¿Cuándo me he mostrado yo intolerante con las diferencias entre especies? Sí, nuestro ejército es humano, yo soy humano, y la mayoría de mis consejeros y oficiales militares son humanos. Pero eso sólo se debe a las circunstancias.

* * *

—La guerra continúa —dijo Mon Mothma a Bail.

—Palpatine utilizará su desfiguración para distanciarse aún más del Senado. Puede que nunca volvamos a estar tan cerca de él —respondió Bail, convencido de que estaban fuera del alcance de los diversos aparatos de escucha del edificio y lo bastante lejos de cualquier posible espía del Despacho de Seguridad Interior.

Mon Mothma inclinó la cabeza con tristeza mientras seguía caminando.

Coruscant ya se estaba adaptando a su nuevo título de Centro Imperial. Los soldados de asalto con insignias rojas eran más habituales que durante la guerra, y rostros desconocidos y personal uniformado abarrotaba los pasillos del edificio. Oficiales militares, gobernadores regionales, agentes de seguridad… los nuevos esbirros del Emperador.

—Cuando miro esa horrible cara o examino el daño sufrido por la Rotonda, no puedo dejar de pensar que la República y la Constitución se han convertido en esto —dijo Mon Mothma.

—Afirma no tener planes para desbandar el Senado o castigar a las diversas especies que estaban tras la Confederación —empezó Bail.

—Por el momento —le interrumpió Mon Mothma—. Además, los mundos natales de esas especies ya han sido castigados. Son zonas catastróficas.

—Ahora mismo no puedo permitirme actuar contra nadie. Demasiados mundos siguen demasiado bien armados. Sí, se estarán creando nuevos soldados clon y de las fábricas saldrán nuevas naves capitales, pero no lo bastante rápido como para que él se arriesgue a meterse en otra guerra.

Ella le miró con escepticismo.

—Te encuentro muy confiado de pronto, Bail. ¿O es que te has vuelto reservado?

Bail se hizo la misma pregunta.

En la sala del trono había intentado desentrañar cuál de sus consejeros, humano o no, sabría que Palpatine era un Señor Sith que había manipulado la guerra y erradicado a sus enemigos jurados, los Jedi, como parte de un plan para obtener poder absoluto sobre la galaxia.

Desde luego, Mas Amedda lo sabía, igual que Sage Pestage, y quizá Sly Moore. Bail dudaba que Armand Isard o cualquier otro de los consejeros militares de Palpatine estuviera al tanto de ello. Y, de todos modos, ¿cambiaría algo el que lo supieran? Para los pocos seres que pudieran estar al tanto o a los que les importase, los Sith sólo eran una secta cuasirreligiosa desaparecida mil años antes. Lo que importaba era que Palpatine era ahora el Emperador Palpatine, y que gozaba del apoyo entusiasta de la mayoría del Senado y de la inmutable alianza del Gran Ejército.

Sólo Palpatine conocía toda la historia de la guerra y su brusca conclusión. Pero Bail sabía unas cuantas cosas que Palpatine desconocía, empezando por el hecho de que los hijos de Anakin Skywalker y Padmé Amidala no habían muerto con ella en el asteroide llamado Polis Massa, y que los Maestros Jedi Obi-Wan Kenobi y Yoda depositaban en ellos su fe en la hipotética derrota del Lado Oscuro. En este momento, el pequeño Luke estaba en Tatooine al cuidado de sus tíos y vigilado por Obi-Wan. Y la pequeña Leia —Bail sonrió con sólo pensar en ella—, la pequeña Leia estaba en Alderaan, probablemente en brazos de Breha, esposa de Bail.

Durante el breve secuestro de Palpatine por el general Grievous, Bail había prometido a Padmé proteger a sus seres queridos si a ella le pasaba algo. El embarazo de Padmé era entonces casi un secreto, y Bail se refería entonces a Anakin, sin saber que los acontecimientos le harían conspirar con Obi-Wan y Yoda para acabar asumiendo la custodia de Leia.

Bail y Breha sólo habían necesitado unos días para cogerle cariño a la niña, si bien Bail se preocupó al principio por si la tarea acababa siendo excesiva. Sabiendo quién era el padre, había muchas probabilidades de que los mellizos Skywalker fueran poderosos en la Fuerza. *¿Qué pasaría si Leia mostraba indicio de seguir los oscuros pasos de su padre?*, se preguntó Bail.

Yoda le tranquilizó.

Anakin no había nacido en el Lado Oscuro, sino que llegó a él por las experiencias sufridas en su corta vida, por sus momentos de sufrimiento, miedo, ira y odio. Si los Jedi hubieran encontrado antes a Anakin, esos estados de ánimo nunca habrían salido a la luz. Y lo que era más importante, Yoda parecía haber cambiado de opinión a la hora de considerar el Templo como el mejor crisol posible para seres sensibles a la Fuerza. El cariño continuado de una familia amorosa podía resultar igual de bueno, cuando no mejor.

Pero la adopción de Leia sólo era otra de las preocupaciones de Bail.

Durante las semanas siguientes al decreto de Palpatine que convirtió a la República en un imperio, había estado muy preocupado por su seguridad, y por la de Alderaan. Su nombre estaba incluido en la Petición de los Dos Mil, que solicitaba a Palpatine la renuncia de algunos de los poderes de emergencia que le otorgó el Senado. Y, lo que era peor, Bail fue el primero en llegar al Templo Jedi al final de la masacre que tuvo lugar allí, además de rescatar a Yoda del Senado tras la feroz batalla que éste libró con Sidious en la Rotonda.

Las holocámaras del Templo o las del antiguo edificio de la República bien podían haber grabado a su deslizador, y esas imágenes podían llegar a Palpatine o a sus consejeros de seguridad. Podía haberse filtrado que fue Bail quien organizó el envío del cuerpo de Padmé a Naboo para su funeral. Si Palpatine se enteraba de ello, podría empezar a preguntarse si Obi-Wan, que se había llevado a Padmé de la distante Mustafar, no habría informado a Bail de la verdadera identidad de Palpatine, o de los horrores cometidos en Coruscant por Anakin, al que el señor Sith rebautizó como Darth Vader y al que Obi-Wan dio por muerto en el mundo volcánico.

Y entonces, Palpatine podría empezar a preguntarse si de verdad habían muerto con Padmé su hijo, o hijos…

Bail y Mon Mothma no se veían desde el funeral de Padmé, y ésta no sabía nada del papel que desempeñó Bail en los últimos días de la guerra. Pero estaba al tanto de su adopción de una niña, e impaciente por conocer a la pequeña Leia.

El problema era que Mon Mothma también estaba impaciente por derrocar a Palpatine.

—En el Senado se habla de construir un palacio donde residirían Palpatine, sus consejeros y la guardia imperial —dijo mientras se acercaban a las plataformas de aterrizaje flotantes ancladas a lo que se había convertido en el Edificio Palpatine.

Bail lo había oído.

—Y estatuas —dijo.

—El hecho de que Palpatine no se fíe por completo de su nuevo orden lo hace aún más peligroso. —Se detuvo bruscamente cuando llegaron a la rampa que daba a la plataforma de aterrizaje y se volvió hacia él—. Todos los firmantes de la Petición de los 2000 son sospechosos. ¿Sabes que Fang Zar ha huido de Coruscant?

—Lo sé —dijo Bail, consiguiendo a duras penas sostener la mirada de Mon Mothma.

—Con ejército clon o sin él, no pienso abandonar la lucha. Tenemos que actuar mientras aún podamos, mientras Sern Prime, Enisca, Kashyyyk y otros mundos estén dispuestos a unirse a nosotros.

Bail se obligó a hablar.

—Es demasiado pronto para actuar. Hay que esperar el momento adecuado —dijo, repitiendo lo que le dijo Padmé en la Rotonda del Senado el día del anuncio histórico de Palpatine—. Debemos tener fe en el futuro, y en la Fuerza.

Mon Mothma lo miró con escepticismo.

—En este momento hay miembros del ejército que se pondrían de nuestro lado, que saben que los Jedi nunca traicionaron a la República.

—Lo que cuenta es que los soldados clon creen que los Jedi sí traicionaron a la República —dijo Bail, bajando la voz—. Lo arriesgamos todo si nos ponemos ahora bajo la mira de Palpatine.

Se reservó su preocupación por Leia.

Mon Mothma no dijo otra palabra hasta llegar a la plataforma de aterrizaje, donde soldados de asalto y una figura alta e impresionante, vestida de negro, descendía por la rampa de una lanzadera clase Theta que acababa de aterrizar.

—Algún Jedi tuvo que sobrevivir a la orden de ejecución —dijo por fin Mon Mothma.

Por motivos que no podía comprender del todo, la atención de Bail se centró en la figura enmascarada que parecía estar al mando de los clones y que parecía mirarle con toda intención. El grupo pasó lo bastante cerca de ellos como para que Bail oyera decir a uno de los soldados:

—El Emperador le espera en la instalación, Lord Vader.

Bail sintió que le dejaban sin aire.

Las piernas empezaron a temblarle, y se agarró a la barandilla de la plataforma para sostenerse, consiguiendo de algún modo quitar toda aprensión de su voz.

—Tienes razón. Ha sobrevivido algún Jedi.

CAPÍTULO 18

En las capaces manos de Brudi Gayn, el caza planeador modificado y el anillo acelerador que le permitió entrar en el hiperespacio completaron tres cortos saltos en otras tantas horas hasta acabar emergiendo en una zona remota del Cúmulo de Tion, lejos de cualquier mundo habitado. Allí les esperaba un carguero corelliano de veinte años de antigüedad, tan grande como una corbeta clase Tantive pero con un módulo de mando circular.

Shryne sabía por Brudi que el *Bailarín Borracho* contaba con motores subluz y con un hiperimpulsor más apropiado para una nave el doble de grande; contó cinco torretas de artillería.

Brudi soltó el anillo acelerador mientras aún estaban a cierta distancia del carguero y se tomó luego su tiempo para maniobrar entre el escudo de contención magnética situado a estribor del *Bailarín Borracho* y entrar en una espaciosa bodega de atraque. En los discos de aterrizaje estaban aparcadas una pequeña nave de descenso y una veloz Incom Relay de ala bífida, no mucho más grande que el caza planeador.

Brudi abrió la carlinga y Shryne y Starstone bajaron de la nave, quitándose los cascos y trajes de vuelo al llegar al final de la escalerilla. Los dos Jedi vestían los sencillos trajes espaciales que les proporcionó Cash Garrulan. Acostumbrado a realizar misiones encubiertas, Shryne no se sentía desplazado sin túnica y capa, ni sin sable láser. Sabía muy bien que no debían creerse a salvo sólo por escapar de Murkhana. Había sufrido persecución en bastantes ocasiones, tanto durante la guerra como antes de ella, pero lo de esconderse era algo nuevo.

Más nuevo aún era para Olee Starstone, a quien ya empezaban a afectarle los acontecimientos de las últimas semanas, sobre todo los de las últimas treinta y seis horas. En sus gestos inseguros notó que Starstone no debía de haber vestido nada que no fueran túnicas del Templo o ropa de campo, y que aún se estaba haciendo a sus nuevas circunstancias.

Shryne resistió la tentación de consolarla. El futuro de los dos estaba más nublado que el descenso en fragata a la ciudad de Murkhana, y cuanto antes aprendiera ella a ser responsable de sí misma, mejor.

En la bodega de atraque les esperaban varios miembros de la tripulación del *Bailarín Borracho* alertados de su llegada. Shryne había visto antes a miembros de su propia raza, sobre todo en los sistemas exteriores que se pusieron al servicio del Conde Dooku antes de que el movimiento separatista se formalizase como Confederación de Sistemas Independientes. Con sólo mirarlos resultaba evidente que carecían de la disciplina de las tripulaciones de Sol Negro o los sindicatos hutt, por mucho que Brudi dijera que hacían trabajos ocasionales para diversos cárteles del crimen.

Iban vestidos con accesorios y piezas obtenidas en docenas de mundos y conformaban una banda dispareja de contrabandistas independientes, carentes de cualquier filiación política o planetaria, o de conflictos con cualquiera. Estaban decididos a mantener su anonimato, y habían aprendido que los contrabandistas no se hacen ricos trabajando para los demás.

En la bodega de atraque, Shryne y Starstone fueron presentados al primer oficial, Skeck Draggle, y al jefe de seguridad Archyr Beil. Los dos eran humanoides y de extremidades tan largas como Brudi Gayn, con manos de seis dedos y severos rasgos faciales que contradecían su alegre disposición.

En el camarote principal de la nave conocieron a Filli Bitters, un rebanador humano, alto y de pelo blanco, que enseguida mostró interés por Starstone, y a la especialista en comunicaciones, Eyl Dix, de cuya calva cabeza verde oscuro brotaban dos pares de rizadas antenas, además de unas orejas puntiagudas.

No pasó mucho tiempo sin que todo el mundo, incluyendo una pareja de androides inquisitivos, se reuniera en el camarote para oír cómo se fugaron Shryne y Starstone de Murkhana. El hecho de que nadie mencionase la caza a los Jedi hizo que Shryne se sintiera incómodo, pero no lo bastante como para abordar la cuestión, al menos hasta que supiese con certeza la opinión que tenían los contrabandistas de ellos.

—Cash nos pidió que os trajéramos a Mossak —dijo Skeck Draggle una vez terminaron los Jedi de entretenerlos con detalles de su osado escape—. Mossak está al otro lado de Felucia. Y desde allí se puede saltar al Brazo de Tingel o a cualquier otra parte de la Ruta Comercial Perlemian. —Miró a los ojos a Shryne—. Normalmente no ofrecemos transporte gratis, pero esto nos lo pidió Cash, y teniendo en cuenta todo lo que habéis pasado, nosotros correremos con los gastos.

—Os lo agradecemos —dijo Shryne, sintiendo que Skeck había dejado algo por sobreentendido.

—¿El twi'leko os ha preparado nuevos identichips? —preguntó Archyr, con lo que parecía genuina preocupación.

Shryne asintió.

—Lo bastante buenos como para engañar a los agentes del CTE de Murkhana.

—Entonces también podrán pasar en Mossak —dijo el enjuto jefe de seguridad—. No deberíais tener problemas para encontrar algún trabajo temporal, si ése es tu plan. ¿Tenéis algún contacto de confianza?

Las cejas de Shryne se agitaron.

—Buena pregunta.

Cuando la tripulación allí reunida se sumió en una conversación diferente, Starstone se acercó a Shryne.

—¿Y cuál es nuestro plan, Maes…?

El dedo alzado de Shryne la interrumpió a media frase.

—No hay Orden, no hay rango.

—Eso no lo sabes —dijo ella, imitando el tono de él—. Estabas de acuerdo en que seguramente habrían sobrevivido otros Jedi.

—Mira, niña —dijo, mirándola para mayor énfasis—, los trepadores de esta galaxia son escasos e infrecuentes.

—Podrían haber sobrevivido por otros medios. Nuestro deber es localizarlos.

—¿Nuestro deber?

—Para con nosotros. Para con la Fuerza.

Shryne respiró hondo.

—¿Y cómo propones que hagamos eso?

Ella se mordisqueó el labio inferior mientras lo pensaba, y luego le miró decidida.

—Tenemos el transpondedor de la Maestra Chatak. Si lo conectamos al sistema de comunicaciones del *Bailarín Borracho*, podremos enviar un código 913 en una frecuencia codificada.

Shryne se rió a pesar de sí mismo.

—¿Sabes?, eso podría llegar a funcionar. —Miró a los miembros de la tripulación—. Aun así, yo en tu lugar no depositaría muchas esperanzas en eso.

—Pero tú no eres yo —repuso ella, devolviéndole la sonrisa.

Cuando Shryne se volvió hacia los tripulantes, se encontró con que Skeck le miraba.

—Parece que falló vuestro plan, ¿eh?

—¿Qué plan era ése, jefe?

Skeck miró de reojo a sus compañeros antes de responder.

—Derrocar a Palpatine. Librar la guerra tal y como debió librarse desde el principio.

—Estabas mal informado —dijo Shryne con tono neutro.

Skeck se retrepó en el asiento con aire despreocupado.

—¿De verdad? Todos hemos oído las grabaciones de lo que pasó en los aposentos de Palpatine.

Los otros tripulantes asintieron sombríos.

—No me interpretes mal —continuó el primer oficial antes de que Shryne pudiera responder—. Personalmente, no tengo nada contra ti. Pero debes admitir que la forma en que algunos de los tuyos se comportaban cuando estaban en juego los intereses de la República… El prestigio de que disfrutabais… Las riquezas que amasasteis.

—Yo concedo a los Jedi el crédito de intentarlo —intervino Filli Bitters, el rebanador—. Pero no debisteis quedaros con tan pocos hombres en Coruscant. No habiendo allí tantos soldados acuartelados.

Shryne rió sin alegría.

—Nos necesitaban en los asedios del Borde Exterior.

—¿Es que no lo entiendes? —dijo Eyl Dix—. Los Jedi fuisteis manipulados. —Sus antenas gemelas se balancearon cuando encogió los estrechos hombros—. Al menos eso piensa Cash.

Skeck rió burlonamente.

—Desde mi punto de vista, que te manipulen es peor que perder.

—En Mossak estaréis a salvo del Imperio —dijo Bitters con rapidez, en un intento evidente de mostrar alegría.

El repentino silencio reveló a Shryne que ninguno de los tripulantes de la nave creía en el optimismo del rebanador.

—Me doy cuenta de que ya estamos en deuda con vosotros —dijo por fin—, pero queremos haceros una propuesta.

Los ojos verdes de Skeck se agrandaron con el interés.

—Exponla. Veamos qué pinta tiene.

Shryne se volvió hacia Starstone.

—Cuéntasela.

—¿Yo?

—La idea es tuya, niña.

—Bueno —empezó a decir insegura—. Vale. —Se aclaró la garganta—. Queremos contactar con cualquier Jedi que pueda haber sobrevivido a las órdenes de ejecución de Palpatine. Cualquier Jedi superviviente estará haciendo lo mismo que nosotros, o estará a la escucha de posibles transmisiones. Y el caso es que necesitamos usar el sistema de comunicaciones del *Bailarín Borracho*.

—Eso es un poco como silbar a los vientos estelares, ¿no crees? —dijo Dix—. Por lo que sabemos, los clones acabaron con todos vosotros.

—Con casi todos nosotros —dijo Starstone.

Bitters meneaba inseguro la cabeza adelante y atrás, pero Shryne notaba que el canoso experto en ordenadores estaba excitado ante esa idea, y quizá agradecido por la oportunidad de ganar puntos ante Olee.

—Podría ser peligroso —dijo, a pesar de todo—. El Imperio podría estar controlando esas frecuencias.

—No si hemos muerto tantos como parecéis pensar —contrarrestó Shryne.

Bitters, Dix y Archyr esperaron a que Skeck hablase.

—Bueno, naturalmente, necesitamos la decisión de la capitana —dijo por fin—. Pero aún no he oído el resto de la propuesta, la parte en la que eso merece la pena para nosotros.

Todo el mundo miró a Shryne.

—Los Jedi tienen forma de acceder a fondos de emergencia —dijo con un gesto disimulado de la mano—. No tenéis que preocuparos por cobrar vuestros servicios.

Skeck asintió satisfecho.

—Entonces, no tenemos que preocuparnos por cobrar nuestros servicios.

Mientras Starstone miraba a Shryne con horrorizada incredulidad y los tripulantes hablaban entre ellos sobre la mejor forma de conectar el transpondedor Jedi al sistema de comunicaciones, en el camarote entraron Brudi Gayn y una mujer humana, procedentes de la bulbosa carlinga de la nave. El pelo negro de la mujer estaba veteado de gris, y su edad era evidente tanto ahí como en su rostro, aunque no en su forma de moverse.

—Capitana —dijo Skeck, poniéndose en pie, pero ella lo ignoró, clavando sus ojos grises en Shryne.

—¿Roan Shryne? —dijo ella.

—La última vez que miré —repuso Shryne.

Ella se obligó a respirar y meneó la cabeza con incredulidad.

—Por las estrellas, eres tú de verdad. —Se sentó ante él, sin dejar de mirarlo—. Eres el vivo retrato de Jen.

—¿La conozco? —dijo Shryne, desconcertado.

Ella asintió y rió.

—Al menos a nivel celular. —Se tocó en el pecho—. Yo te di a luz. Soy tu madre, Jedi.

CAPÍTULO 19

El laboratorio de rehabilitación médica del Emperador ocupaba la cima del edificio más alto de Coruscant. La antecámara del laboratorio era una sala de tamaño modesto, muy semejante a los aposentos que había tenido en el Edificio Administrativo del Senado, amueblada con un sofá acolchado semicircular, tres sillas rotatorias con respaldo en forma de concha y un trío de holoproyectores con forma de cono truncado.

Palpatine estaba sentado en la silla central, con las manos posadas en las rodillas y las luces de Coruscant brillando tras él en un largo arco de ventanales. Llevaba bajada la capucha de la túnica, y las parpadeantes luces de una serie de aparatos y paneles de control iluminaban su rostro de profundas arrugas, un rostro que mantenía oculto a sus consejeros e invitados senatoriales.

Pues aquí no era sólo el emperador Palpatine, sino Darth Sidious, Señor Oscuro de los Sith.

Al otro extremo de los gruesos paneles de transpariacero que separaban la antecámara de una sala de operaciones estaba Vader, sentado al borde de la mesa de operaciones donde se le había devuelto a la vida, transformándolo luego. Brazos servomecánicos que se extendían del techo del laboratorio le habían retirado de la cabeza el lustroso casco negro, revelando la complexión pastosa de su rostro de sintocarne y las heridas abiertas de su cabeza que quizá nunca se curarían del todo.

Los androides médicos responsables de reparar lo que quedaba de las extremidades amputadas y el cuerpo incinerado de Vader, algunos de los cuales habían presenciado y participado una década antes en la transformación en ciborg del general Grievous, habían sido reducidos a chatarra por el grito que Vader arrancó a su quemada garganta al conocer la muerte de su esposa. Ahora, un androide 2-1B que respondía a las instrucciones vocales de Vader atendía la avería de la prótesis del brazo izquierdo, cuya causa aún debía explicar.

—La última vez que estuviste en estas instalaciones no estabas en condiciones de supervisar tu propia convalecencia, Lord Vader —dijo Sidious, cuya voz era transmitida al laboratorio presurizada a través de los sensibles enunciadores de la antecámara.

—A partir de ahora, seré yo mismo quien vele por mí —dijo Vader a través del sistema intercomunicador.

—Velarás por ti —repitió Sidious con el tono exacto.

—A la hora de supervisar las modificaciones a este… cascarón, Maestro —aclaró Vader.

—Ah. Así debe ser.

El humaniforme 2-1B obedecía las instrucciones de Vader cuando un chorro de chispas brotó del antebrazo izquierdo de su paciente y electricidad azul empezó a recorrerle el pecho. Vader profirió un gruñido furioso, alzó el brazo herido y arrojó al androide médico a través de medio laboratorio.

—¡Máquina inútil! —gritó—. ¡Inútil! ¡Inútil!

Sidious contempló a su aprendiz con preocupación creciente.

—¿Qué te turba tanto, hijo? Soy consciente de las limitaciones del traje, y de la irritación que debes de sentir. Pero malgastas esa ira en el androide. Debes reservarte la rabia para cuando puedas sacarle provecho. —Volvió a alabar a Vader—. Creo que empiezo a comprender el motivo de tu frustración… Tu rabia no se debe al traje o a la ineptitud del androide. Algo preocupante ocurrió en Murkhana. Algún suceso que has decidido no contarme. No sé si por tu bien o por el mío.

Vader se tomó un largo momento para responder.

—Maestro, encontré a los tres Jedi que escaparon a la Orden Sesenta y Seis.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los daños de mi brazo fueron obra de uno de ellos, aunque ahora yace muerta por mi hoja.

—¿Y los otros dos?

—Escaparon de mí. —Alzó el destrozado rostro para mirar a Sidious—. ¡Pero no habrían podido hacerlo de no restringir este traje mis movimientos hasta casi sumirme en la inmovilidad! ¡Si el destructor estelar que tenía bajo mi mando hubiera estado equipado de forma adecuada! ¡Si Sienar hubiera completado el caza que he diseñado!

Sidious esperó a que Vader hubiera acabado, se levantó y caminó hasta situarse a un metro de los paneles transparentes de la sala.

—Así que dos Jedi escaparon de entre tus manos, mi joven aprendiz, y tú dispersas la culpa como hojas arrastradas por una tormenta.

—Maestro, si hubiera estado allí…

—No sigas —le interrumpió Sidious—, antes de que te perjudiques todavía más. —Concedió a Vader un momento para recuperarse—. Primero, deja que te reitere que los Jedi no significan nada para nosotros. Yoda y Obi-Wan, al sobrevivir, sólo se convirtieron en la excepción a la norma. Estoy seguro de que docenas de Jedi habrán escapado con vida, y con el tiempo tendrás el placer de matar a muchos de ellos. Lo que de verdad importa es que su Orden ha sido destruida. Aplastada, Lord Vader. ¿Me he explicado bien?

—Sí, Maestro —musitó Vader.

—Los Jedi supervivientes se humillan ante los Sith al enterrar la cabeza en las arenas y nieves de mundos remotos. Así que déjalos: que expíen sus mil años de arrogancia y orgullo.

Sidious miró a Vader con desagrado.

—Una vez más te traicionan tus pensamientos. Veo que sigues sin estar convencido del todo.

Vader lo miró fijamente, e hizo un gesto hacia su cara y su cuerpo vestido de negro, gesticulando luego en forma similar hacia Sidious.

—Mírenos. ¿Son éstos los rostros de la victoria?

Sidious puso mucho cuidado en no enfurecerse en exceso, o en asquearse ante la autocompasión de su pupilo.

—No somos esto, Lord Vader. ¿No te lo he dicho ya?

—Sí —dijo Vader—. Sí, ya me lo ha dicho. Demasiado a menudo.

—Pero de mi boca aprenderás la verdad que ello encierra.

Vader alzó el rostro.

—¿Del mismo modo en que me dijo la verdad sobre salvar a Padmé?

Sidious no se sintió afectado. Llevaba todo el mes esperando oír semejante acusación de Vader.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Padmé Amidala. Ella murió a consecuencia de tu ira ante su traición, mi joven aprendiz.

Vader miró al suelo.

—Tiene razón, Maestro. Yo mismo le causé lo que temía que le pasara. Yo soy el culpable.

Sidious adoptó un tono más compasivo.

—A veces la Fuerza tiene otros planes para nosotros, hijo mío. Por fortuna, llegué a Mustafar a tiempo de salvarte.

—De salvarme —dijo Vader sin emoción—. Sí, claro que me salvó, Maestro. Y supongo que debería estar agradecido.

Se levantó de la mesa y se dirigió al panel para situarse ante Sidious.

—Pero ¿de qué sirve el poder sin recompensa? ¿De qué sirve el poder sin alegría?

Sidious no se movió.

—Con el tiempo acabarás descubriendo que el poder es alegría. El camino al Lado Oscuro no carece de riesgos terribles, pero es el único camino que vale la pena seguir. En cualquier caso, nuestro aspecto no importa, o a quién se sacrifica por el camino. Hemos ganado, y la galaxia es nuestra.

Los ojos de Vader exploraron el rostro de Sidious.

—¿Al Conde Dooku le prometió lo mismo?

Sidious enseñó los dientes, pero sólo por un momento.

—Darth Tyranus sabía lo que arriesgaba. Si hubiera sido más fuerte en el Lado Oscuro, serías tú el muerto, y él mi mano derecha.

—¿Y si llegara a encontrar a alguien más fuerte que yo?

Sidious casi sonrió.

—No lo hay, hijo mío, aunque tu cuerpo haya quedado tullido. Éste es tu destino. Nos hemos ocupado de que lo sea. Juntos somos inconquistables.

—No fui lo bastante fuerte como para derrotar a Obi-Wan.

Sidious ya había tenido bastante.

—No, no lo fuiste. Así que imagina lo que podría haberte hecho Yoda. —Desgranaba las palabras con honestidad brutal—. Obi-Wan te ganó porque fue a Mustafar con una única intención en la mente: matar a Darth Vader. Si la Orden Jedi hubiera mostrado una decisión semejante, si se hubiera concentrado en lo que debía hacerse en vez de en su temor al Lado Oscuro, habría sido mucho más difícil derribarla y erradicarla. Y tú y yo lo habríamos perdido todo. ¿Lo entiendes?

Vader le miró, respirando hondo.

—Entonces, supongo que debería sentirme agradecido por lo poco a lo que puedo aferrarme.

—Sí, deberías hacerlo —repuso Sidious cortante.

CAPÍTULO 20

La tripulación del *Bailarín Borracho* quedó tan sorprendida como Shryne por la revelación de su capitana. Pero, para la mayoría de ellos, eso sólo explicaba por qué habían llegado a confiar tanto en el juicio y la intuición de Jula.

Shryne y la mujer que afirmaba ser su madre estaban sentados en un rincón apartado del camarote principal, separados por platos de comida sin tocar y holoimágenes de tinte azul que teóricamente mostraban a un Roan de nueve meses dando sus primeros pasos fuera de la modesta morada que fue su hogar durante poco más de tres años. A él nunca le había gustado ver imágenes de sí mismo, y las imágenes sólo consiguieron aumentar la vergüenza que sentía ante la situación.

El Maestro Nat-Sem le había dicho una vez que el motivo de su incomodidad era la vanidad, y le ordenó pasarse una semana entera mirando su reflejo en el espejo, en un intento de enseñarle que lo que veía ante sí era tan él como un mapa de un lugar podía considerarse ese mismo territorio.

Al otro lado de la sala, Eyl Dix, Filli Bitters y Starstone se amontonaban alrededor de la consola de comunicaciones de la nave, a la que Filli había conseguido conectar el transpondedor de Bol Chatak y que ahora transmitía en las frecuencias que buscaría un Jedi en caso de apuro o de querer establecer contacto con otros Jedi. El joven rebanador, de rostro casi tan incoloro como su corto pelo de punta, seguía esforzándose por llamar la atención de Starstone, pero o ella ignoraba sus avances o sencillamente estaba demasiado concentrada esperando una señal de respuesta como para ser consciente de ellos.

Formaban una pareja de aspecto interesante, dada la complexión oscura y los rizos negros de ella, y Shryne se preguntó si Starstone no habría encontrado sin querer un nuevo sendero en su vida.

En otra parte del camarote, Brudi, Archyr y Skeck jugaban a las cartas en una mesa circular, y androides de trabajo zumbaban limpiando los aperitivos caídos y las bebidas derramadas. Shryne decidió que era una imagen agradable. Casi como la sala de estar de una familia, con los niños jugando, los adultos viendo deportes de competición en la HoloRed y los criados en la cocina ayudando a preparar un gran almuerzo para todos.

Al ser un Jedi, no estaba muy familiarizado con todo eso. El Templo había sido más bien como un enorme dormitorio, y siempre fue consciente de estar al servicio de una causa más importante que su familia o que uno mismo. Solía haber clases o reuniones a las que atender, tareas que necesitaban completarse como parte de su entrenamiento y largas sesiones de meditación o de combate a base de sable láser con Maestros o compañeros, exceptuando los escasos días en que a uno se le permitía pasear por Coruscant, recogiendo muestras de una realidad diferente.

En algunos sentidos, los Jedi llevaban una vida de realeza.

La orden había sido rica, privilegiada, con poder.

Y por eso no lo vimos venir, pensó Shryne.

Por eso eran tantos los Jedi que no habían visto la trampa tendida por Palpatine. Se habían negado a aceptar que su poder había llegado a su fin, que su mundo se desplomaría a su alrededor. Pero ni siquiera quienes negaron esa posibilidad habrían creído nunca que matarían a miles de Jedi de golpe, o que la Orden podría acabarse de un solo envite, como si le hubieran traspasado el corazón.

Nos manipularon, se dijo.

Y Skeck tenía razón: saber que te habían manipulado era peor que perder.

Pero Roan Shryne, que había sobrevivido por un capricho del destino, por las circunstancias y por voluntad de la Fuerza, había acabado sentado ante su madre, y ahora no sabía qué hacer al respecto.

Había visto una buena cantidad de madres interactuando con sus hijos, y comprendía lo que se suponía que debía sentir un niño, cómo se suponía que debía sentirse. Pero lo único que sentía por la mujer que tenía ante él era una conexión poco específica en la Fuerza.

Shryne no era el primer Jedi que se había encontrado con un pariente de sangre sin quererlo. A lo largo de los años había oído historias sobre padawan, Caballeros Jedi y hasta Maestros que conocieron a sus padres, hermanos, primos…

Desgraciadamente, nunca había oído cómo acababan esas historias.

—Nunca quise que te reclutaran —dijo Jula, tras desactivar el holoproyector—. Nunca comprendí cómo pudo entregarte tu padre a los Jedi. Cuando supe que había llamado al Templo, y que había agentes Jedi en camino para recogerte, intenté convencer a tu padre para que te ocultara.

—Eso pasa raras veces —dijo Shryne—. La mayoría de los niños sensibles a la Fuerza son entregados voluntariamente al Templo.

—¿De verdad? Pues a mí me pasó.

Shryne la miró con sus ojos, y a través de la Fuerza.

—¿De quién crees que heredaste tus habilidades? —preguntó Jula.

—La consciencia no es siempre cosa de familia. —Sonrió débilmente—. Pero sentí la Fuerza en ti en el momento en que entraste en la sala.

—Y yo sé que la sentiste.

Shryne exhaló aire y se retrepó en la silla.

—Así que tus padres eligieron que no te unieras a la Orden.

Ella asintió.

—Y les estoy agradecida por ello. Nunca habría podido acatar sus reglas. Y nunca quise que tú tuvieras que acatarlas, Roan. —Reflexionó un momento—. Tengo que confesarte algo: he sabido toda mi vida que en algún momento me encontraría contigo. Creo que en parte fue por eso por lo que me convertí en piloto cuando tu padre y yo nos separamos. Esperaba, bueno, tropezarme contigo. Fue por nuestra conexión con la Fuerza por lo que traje el *Bailarín* a este sector. Yo te sentí, Roan.

Muchos Jedi creen que no existen la suerte y la coincidencia, pero Shryne no era uno de ellos.

—¿Qué pasó entre tu marido y tú? —preguntó por fin.

Jula rió brevemente.

—Tú. De verdad. Jen, tu padre, no estaba de acuerdo conmigo y no creía que debíamos protegerte, esconderte. Discutimos amargamente al respecto, pero él era un creyente. Sentía que yo no debía esconderme, que básicamente le daba la espalda a lo que habría acabado siendo una vida más satisfactoria. Y, por supuesto, que tú te beneficiarías al criarte en el Templo.

»Jen tenía la capacidad necesaria para olvidarse de ti una vez te entregó a los Jedi. No, eso es demasiado cruel. Estaba lo bastante seguro de su decisión como para creer que había hecho lo que debía hacer, y que te iría muy bien. —Jula negó con la cabeza—. Yo nunca pude llegar a creerlo. Te echaba de menos. Me rompió el corazón ver cómo te llevaban lejos de mí, y saber que no volvería a verte. Eso fue lo que acabó estropeando nuestra relación.

Shryne lo meditó.

—Jen parece un Jedi sin título.

—¿Y eso?

—Comprendía que se debe aceptar aquello que el destino deposita ante ti. Que uno debe elegir y escoger sus batallas.

Los ojos grises de ella estudiaron su rostro.

—¿Y en qué me convierte eso, Roan?

—En una víctima del apego.

—¿Sabes una cosa? Puedo vivir con eso —repuso ella, sonriendo débilmente.

Shryne apartó los ojos de ella y captó una mirada de Starstone antes de que ésta volviera la cara para concentrarse en la consola de comunicaciones. Estaba escuchando su conversación, preocupada por si de pronto socavaban los esfuerzos que había hecho ella por mantenerlo en el buen camino. Notaba los deseos que sentía ella de apartarse de la consola antes de que fuera tarde y perdiese a Shryne para la causa.

Volvió a mirar a Jula.

—A cambio de eso, te proporcionaré una confesión propia. Rechacé un puesto en la División de Adquisiciones del Templo. Aún no sé muy bien por qué, aparte de estar convencido en cierto modo de que no me gustaba la idea de separar a los niños de sus familias. —Hizo una breve pausa—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Ella entendió lo que quería decir.

—Mucho tiempo en años, quizá. Pero creo que sigues sintiéndote como si te lo hubieras perdido.

—¿El qué?

—El vivir, Roan. El deseo, el romance, el amor, la risa, la diversión… Todas esas cosas que te negaron. Y los hijos. ¿Qué me dices de eso? ¿De un niño sensible en la Fuerza al que poder criar y del que aprender?

La mirada de él se apagó.

—No sé lo sensible a la Fuerza que sería un hijo mío.

—¿Cómo es eso?

Él negó vigorosamente con la cabeza.

—Por nada.

Jula estaba dispuesta a no insistir sobre el tema, pero tenía más cosas que decir.

—Roan, escúchame. Por lo que sé, la Orden Jedi está acabada. Debe de haber muerto el 90% de la Orden Jedi. Así que tampoco es que puedas elegir mucho. Te guste o no, ahora estás en el mundo real. Lo que significa que puedes conocer a tu padre, a tus tíos y tías. Todos ellos siguen hablando de ti. En algunos lugares, es muy importante tener un Jedi en la familia. O al menos lo era. —Guardó silencio un instante—. Cuando supe lo que había pasado, por un momento pensé… —Se rió como para desechar un pensamiento—. No quiero entrar en eso. Algún día me dirás la verdad de lo que pasó en Coruscant, y de por qué os traicionó Palpatine.

—Si alguna vez sabemos la verdad —repuso él, estrechando los ojos.

De la consola de comunicaciones brotó una exclamación de alegría y un momento después Starstone atravesaba corriendo el camarote hasta ellos.

—¡Roan, tenemos a alguien! ¡Un grupo de Jedi huyendo! —Se volvió hacia Jula—. Capitana, con su permiso quisiera organizar una cita con su nave.

Filli apareció junto a Starstone para explicar más la situación.

—Habrá que desviarse de nuestro rumbo a Mossak. Pero no nos desviaremos demasiado del camino.

Shryne sintió los ojos de Jula clavados en él.

—No intentaré convencerte. Es tu nave, y estoy seguro de que tienes asuntos importantes en algún otro lugar.

Jula se tomó un largo momento para responder.

—Te diré por qué lo haré: para poder pasar más tiempo contigo. Con suerte, el tiempo necesario para que nos conozcas mejor y al final convencerte de que te quedes con nosotros. —Desvió la mirada hacia Starstone—. También hay sitio para ti, Olee.

Starstone pestañeó indignada.

—¿Sitio para mí? No pienso traicionar a mi juramento Jedi sólo para vagabundear por la galaxia con una banda de contrabandistas. Y menos ahora que sé que han sobrevivido más Jedi. —Miró con dureza a Shryne—. Tenemos un contacto, Roan. No puedes pensarte en serio su oferta.

Shryne se rió en voz alta.

—Normalmente, los padawan no se dirigen de este modo a los Maestros —le dijo a Jula—. Ya ves lo rápido que cambian las cosas.

Starstone cruzó los brazos sobre el pecho.

—Dijiste que no debía llamarte Maestro.

—Eso no significa que no debas respetar a tus mayores.

—Te respeto. Son tus decisiones las que no respeto.

—Muchos Jedi han abandonado el Templo para llevar vidas normales —señaló Jula—. Algunos hasta se han casado y tenido hijos.

—No —dijo Starstone, negando con la cabeza—. Aprendices, quizá, pero no Caballeros Jedi.

—Eso no puede ser cierto —dijo Jula.

—Lo es —dijo Starstone, antes de que Shryne pudiera decir algo—. Sólo veinte Jedi han dejado alguna vez la Orden.

—No intentes discutir con ella —le aconsejó Shryne a Jula—. Se pasó la mitad de su vida en la biblioteca del Templo puliendo los bustos de esos Veinte Perdidos.

Starstone lo miró cortante.

—Ni se te ocurra convertirte en el veintiuno.

Shryne se permitió mostrarse serio.

—Pese a lo que dices de mí, yo no soy un Maestro, y ya no existe la Orden. ¿Cuántas veces tendrán que decírtelo para que aceptes la verdad?

Ella apretó los labios.

—Esto no tiene nada que ver con ser un Jedi. Y no se puede ser un Jedi y servir a la Fuerza si tu atención está dividida, o si se está emocionalmente implicado con otras personas. El amor conduce al apego; el apego, a la avaricia.

Ahí se esfuma la posible relación entre Olee y Filli Bitters, pensó Shryne.

Mientras tanto, Jula miraba a Starstone como si la joven Jedi hubiera perdido la cabeza.

—Desde luego hicieron un trabajo de primera contigo, ¿eh? Olee, el amor es lo único que nos queda.

—¿Va a ayudarnos o no? —dijo Starstone, en vez de reaccionar al comentario.

—Ya dije que lo haría. —Jula se levantó y clavó la mirada en Shryne—. Pero, sólo para dejar las cosas claras… Roan, tú y yo sabemos que no tenéis acceso a ningún «fondo secreto». Vuelve a intentar persuadir con la Fuerza a algún miembro de mi tripulación, y puede que olvide que soy tu madre.

CAPÍTULO 21

Darth Sidious había ordenado que la mayoría de sus queridas estatuas y antiguos bajorrelieves Sith se sacaran de sus destrozados aposentos en el Edificio Administrativo del Senado, donde cuatro Jedi habían perdido la vida y uno se convirtió al Lado Oscuro. Una vez trasladados a la sala del trono, los bajorrelieves se montaron en las amplias paredes y las estatuas se colocaron en pedestales.

Sidious giró sobre su trono y los contemplaba ahora.

Tal y como había temido algún Jedi desde el principio, Anakin estaba maduro para su conversión desde el momento en que Qui-Gon Jinn lo llevó al Templo por primera vez, y los planes de Sidious se habían desarrollado a lo largo de más de una década sin incidente alguno. Pero ni siquiera Sidious podía prever la derrota de Anakin a manos de Obi-Wan Kenobi en Mustafar. En aquel momento, Anakin aún estaba entre dos mundos y era vulnerable. El que no hubiera podido vencer a su antiguo Maestro había prolongado esa vulnerabilidad.

Sidious recordaba el desesperado regreso a Coruscant; recordaba cómo usó todos sus poderes, y todas las pócimas y aparatos de su botiquín, para aliviar las extremidades cortadas y el cuerpo desesperadamente ampollado de Anakin.

Se recordaba pensando: *¿Y si Anakin debía morir?*

Cuántos años tendría que dedicar entonces a buscar otro aprendiz aunque sólo fuera la mitad de poderoso en la Fuerza, por no decir uno creado por la misma Fuerza para restaurar el equilibrio roto y permitir así que el Lado Oscuro saliera por completo a la superficie tras un milenio de contención.

No encontraría ninguno.

Entonces, Sidious tendría que buscar el modo de obligar a los midiclorianos a someterse a su voluntad, y que creasen a alguien tan poderoso como Anakin. En vez de eso, tanto él como un grupo de androides médicos se limitaron a devolverle la vida, que, si bien no era una hazaña pequeña, estaba muy lejos de resucitar a alguien de la muerte. La habilidad para sobrevivir a la muerte era algo que habían buscado por igual tanto los Sith como los Jedi durante miles de años, y ninguno había sido capaz de descubrir el secreto. Se podía impedir que la gente muriera, pero nadie había conseguido engañar a la muerte. El más poderoso de los antiguos Señores Sith había conocido ese secreto, pero se había perdido o, más bien, extraviado. Y ahora que la galaxia toda estaba bajo su mando, nada podía interponerse en su camino de descifrar el misterio.

Entonces tanto él como su tullido discípulo podrían controlar la galaxia durante diez mil años, y vivir eternamente.

Si no se mataban antes el uno al otro.

Y eso se debía en buena parte a la muerte de Padmé Amidala.

Sidious los había unido deliberadamente años antes, tanto para impedir que ella votase en el Senado contra el Acta de Creación Militar como para poner en su camino la tentación. Anakin, tras el asesinato de su madre, se había casado en secreto con Padmé. Cuando supo del matrimonio, Sidious estuvo seguro de que el apego psicológico del muchacho a ella acabaría proporcionándole los medios necesarios para completar su conversión al Lado Oscuro.

Los temores que Anakin sentía por ella, tanto reales como presentes en sus visiones, y más desde que Padmé quedó embarazada, se habían acrecentado al mantenerlos separados. Luego sólo necesitó desenmascarar a los Jedi y revelarlos como los hipócritas que eran, sacrificando a Dooku a la ira de Anakin y prometiendo a éste salvar a Padmé de la muerte…

Lo último había sido una exageración necesaria para despejarle la mente de modo que viera clara su verdadera vocación. Pero así era el camino de la Fuerza. Te proporcionaba la oportunidad; sólo había que estar preparado para aferrarse a ella.

Se preguntó, no por primera vez, qué habría pasado si Anakin no hubiera matado a Padmé en Mustafar. Por mucho que ella lo amara, nunca habría podido comprender o perdonar los actos de su marido en el Templo Jedi. De hecho, ése fue uno de los motivos por los que lo envió allí. Los soldados clon podrían haberse encargado solos de los instructores y los niños, pero la presencia de Anakin era esencial para cimentar su alianza con los Sith y, lo que era más importante, para sellar el destino de Padmé. Incluso de haber sobrevivido Padmé en Mustafar, su amor habría muerto, ella habría perdido el deseo de vivir y su hijo habría sido educado por Sidious y Vader.

¿Habría sido ese hijo el primero de una nueva Orden Sith de miles de millones de miembros? La misma idea de una Orden Sith era una corrupción de las intenciones de los antiguos Señores Oscuros. Por fortuna, Darth Bane lo había entendido así, y había insistido en que, salvo en momentos muy concretos, no debían existir al mismo tiempo más de dos Señores Sith, un Maestro y un aprendiz.

Porque se necesitaban dos para perpetuar la Orden Sith.

Por tanto, a Sidious le correspondía completar la convalecencia de Vader.

Como emperador Palpatine, no necesitaba revelar a nadie su entrenamiento y su maestría Sith, y, por el momento, Vader era su propio sable carmesí. Que la galaxia pensara de Vader lo que quisiera: Jedi caído, Sith renacido, matón político… Eso apenas importaba, ya que el miedo seguiría imponiéndose, manteniéndolos a todos a raya.

Sí, Vader no era precisamente lo que andaba buscando. Sus brazos y piernas eran artificiales, y nunca sería capaz de invocar al rayo o de saltar, como tanto les gustaba saltar a los Jedi. Su entrenamiento en el Lado Oscuro sólo acababa de empezar. Pero el poder Sith no residía en la carne, sino en la voluntad. La contención era aplaudida por los Jedi sólo porque no conocían el poder del Lado Oscuro. El verdadero punto débil de Vader era psicológico, que no físico, y para que éste pudiera superarlo tendría que sumirse más y más en sí mismo, afrontando todas sus decisiones y decepciones.

La relación maestro-aprendiz de los Sith tenía una dinámica de traición y siempre era un juego peligroso. Se alentaba su confianza al tiempo que se la saboteaba, se exigía lealtad mientras se recompensaba la traición y se infundía sospecha cuando se alababa la honestidad.

En cierto sentido, era la supervivencia del más apto.

Lo básico para que Vader creciera era su deseo de derrocar a su Maestro.

Si hubiera matado a Obi-Wan en Mustafar, también habría intentado matar a Sidious. De hecho, a Sidious le habría sorprendido que no lo hubiera intentado. Pero ahora Vader, incapaz hasta de respirar por su cuenta, no estaba a la altura de ese reto, y comprendía que tendría que hacer todo lo que estuviera en su mano para arrancarle de su desesperación y despertar el increíble poder de su interior.

Incluso a costa de su propia seguridad…

Alertado por una ligera turbación en la Fuerza, se volvió hacia el holoproyector de la sala del trono un momento antes de que se materializara en el aire una imagen de Mas Amedda a medio tamaño.

—Mi señor, pido disculpas por interrumpir su meditación —dijo el chagriano—, pero se ha captado una transmisión codificada Jedi y ha sido localizada en el Cúmulo de Tion.

—Más supervivientes de la Orden Sesenta y Seis —dijo Sidious.

—Eso parece, mi señor. ¿Debo llamar a Lord Vader?

Sidious lo meditó un momento. ¿Bastarían nuevas muertes de Jedi para que Vader curase sus heridas? Quizá sí, quizá no.

Pero, en todo caso, todavía no.

—No —dijo finalmente—. Necesito a Lord Vader en Coruscant.

CAPÍTULO 22

Ahora… mismo —oyó Shryne que le decía Filli a Starstone.

La consola de comunicaciones tintineó y Filli, Starstone y Eyl Dix se inclinaron hacia delante para estudiar un monitor.

—La nave Jedi ha salido al espacio real —dijo Dix, casi con adoración, agitando las antenas.

Filli estaba erguido en toda su altura, estirando los brazos por encima de su cabeza en un gesto teatral de despreocupación.

—Me encanta cuando tengo razón.

—Me doy cuenta —repuso Starstone mirándolo.

—Nada de quejas en la cabina principal —respondió él, frunciendo el ceño de forma exagerada.

—No es una crítica —se apresuró a explicar Starstone—. Lo que quiero decir es que yo era igual en la biblioteca del Templo Jedi. Alguien acudía buscando alguna información y yo casi siempre podía dirigirlo a los archivos que buscaba. Tenía habilidad para ello. —La voz se le quebró por un momento, antes de continuar en tono confiado—. Creo que uno debe enorgullecerse de lo que hace bien, en vez de ocultarse tras la falsa humildad —dirigió a Shryne una mirada furtiva— o de permitir que la desilusión le convenza de que necesita una nueva vida.

Shryne se levantó de su asiento.

—Consideraré eso mi señal para hacer mutis.

Un androide le indicó el pasillo que llevaba a la amplia carlinga del *Bailarín Borracho*, donde Jula y Brudi Gayn estaban en asientos adyacentes tras una consola de brillante instrumental. Un planeta rojo en fase creciente pendía en el mirador delantero, y el espacio local estaba salpicado con restos de combate.

Shryne golpeó con los nudillos la abierta escotilla de la carlinga.

—¿Permiso para entrar, capitana?

Jula le miró por encima del hombro.

—Sólo si prometes no decirme cómo debo pilotar.

—Mantendré la boca cerrada.

Ella dio unas palmaditas en el cojín de la silla de aceleración que tenía detrás.

—Entonces, relájate aquí.

Brudi gesticuló hacia un punto de luz reflejada a babor.

—Son ellos. A la hora prevista.

Shryne estudió la pantalla de amigo-o-enemigo de la consola, donde rotaba un plano de una nave chata y de alas anchas.

—Transporte de tropas SX de la República —dijo—. Me pregunto cómo consiguieron apoderarse de él.

—Seguro que es una buena historia —dijo Brudi.

Shryne alzó los ojos hacia los miradores y los restos que había al otro lado.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Los separatistas emplearon este sistema como zona de preparativos para reforzar Felucia —dijo Jula—. La República los pilló durmiendo y los barrió. —Hizo un gesto hacia lo que Shryne había tomado por boyas de posición—. Minas. Se detonan a distancia, pero siguen siendo un riesgo potencial. Más vale avisar al transporte para que se aparte de ellas, Brudi.

Él giró sobre su silla hacia la unidad de comunicaciones.

—Estoy en ello.

Shryne continuó mirando los restos. Eso es un brazo atracador de un Lucrehulk de la Federación de Comercio. O lo que queda de él.

—Algo no va bien —dijo al final Jula.

Brudi se volvió ligeramente hacia ella.

—El transporte proporciona la signatura que transmitió antes de la cita.

Ella negó insegura con la cabeza.

—Lo sé, pero…

—Hay Jedi a bordo del transporte —dijo Shryne.

Ella le miró por el rabillo del ojo.

—Hasta yo puedo decir eso. No, es otra cosa…

La interrumpió un pitido de la consola de peligro, y Brudi volvió a girar sobre el asiento.

—Cuento seis… no, ocho, objetos saliendo del hiperespacio —dijo tensamente—. Se dirigen hacia el transporte.

Shryne examinó el transpondedor.

—Son ARC-170.

—Afirmativo —dijo Brudi—. Cazas de agresión y reconocimiento (ARC).

Los escáneres visuales captaron la nave cuando sus alas transversales se desplegaron para el combate aumentando su estabilidad térmica. La mano izquierda de Jula hizo unos ajustes en los instrumentos mientras mantenía la derecha firme en el manillar.

—¿El transporte se ha dado cuenta de su presencia?

—Yo diría que sí —contestó Shryne—. Ha iniciado maniobras evasivas.

Brudi se apretó el auricular contra el oído.

—El transporte nos pide que nos alejemos.

—Eso hace que me caigan bien —dijo Jula—. Oculta nuestra signatura antes de que los ARC puedan identificarnos.

—Igual no puedes engañarlos —dijo Shryne—. No son Ala-V. Y golpean con más fuerza.

—Inténtalo de todos modos, Brudi —dijo Jula—. Lo último que quiero es que el Imperio nos dé caza por toda la galaxia. Y no pienso comprarme otra nave. —Accionó un interruptor—. Skeck, Archyr, ¿estáis ahí?

La voz de Skeck brotó por el altavoz de la carlinga.

—Las armas se están cargando, capitana. En cuanto nos dé la orden.

Jula miró a Shryne.

—¿Alguna idea, Jedi?

Shryne paseó la mirada por las pantallas.

—Los ARC mantienen una formación de cuña. Esperarán a estar a tiro del transporte, luego romperán la formación y atacarán por los flancos.

—Skeck —dijo Jula hacia el micrófono—, ¿me recibes?
—Alto y claro.
—¿Están los ARC al alcance de tus turboláseres? —preguntó Shryne.
—Casi.
—Anticípate a la ruptura de formación. Acércate a ellos y abre fuego.
Brudi hizo un cálculo rápido sobre el ritmo al que ganaban terreno los cazas imperiales.
—Ya podéis disparar.
—¡Disparando! —anunció Skeck.
Densos paquetes de luz escarlata brotaron de las baterías delanteras del *Bailarín Borracho*, convergiendo en sus distantes objetivos. Un cuarteto de ardientes flores iluminaron el espacio local.
—¡El escuadrón perseguidor quedó reducido a la mitad! —exclamó Archyr.
—Muy bonito —dijo Jula, sonriendo a Shryne—. ¿Qué más trucos tienes en la manga?
Shryne no contestó. En Murkhana, y pese a lo sucedido, había procurado no matar a los soldados clon. Y ahora estaba allí, colocándolos en fila india para hacerlos pedazos.
—Roan —dijo Jula cortante.
—Los ARC que queden se reagruparán y formarán tras el jefe de escuadrón —dijo por fin. Dio a Brudi un golpecito en el hombro y añadió—: Dile al transporte que ascienda sobre su elíptica. Skeck y Archyr tendrán un blanco fácil cuando los ARC le sigan.
—Entendido —dijo Brudi.
Jula estudiaba uno de los monitores.
—El transporte está ascendiendo. Los ARC le siguen deprisa.
—¡Disparando! —informó Skeck.
Una quinta explosión floreció sobre el polo norte del planeta rojo. Otros rayos láser fallaron su blanco por mucho.
—Han adivinado lo que hacemos —dijo Shryne—. Ahora se dispersarán.
—El transporte se dirige a las minas —comunicó Brudi.
—Justo lo que haría yo —dijo Jula.
El monitor de peligro lanzó otra alerta.
Brudi golpeteó con el dedo el monitor del escáner de larga distancia.
—Seis cazas más salen del hiperespacio.
Jula se forzó a respirar hondo.
—Dile a quien sea que pilote el transporte que vaya a plena potencia. Puede que no haya visto a los recién llegados.
—Esto sí que lo verá —repuso Brudi sombrío.
Shryne se levantó del asiento para mirar por encima del hombro de Brudi.
—¿El qué?
—Un crucero ligero de la República —repuso Jula—. Pero no te preocupes. Corremos más.
Los escáneres formaron en la pantalla central de la consola un facsímil de la nave bélica con forma de reloj de arena, resaltando las docenas de turboláseres y cañones de iones.
—No corres más que esos cañones —dijo Shryne.
Jula lo pensó.
—Brudi, desvía potencia a los deflectores delanteros. Voy a intentar situarnos tras el brazo del Lucrehulk. —Se tomó un momento para mirar a Shryne—. Parece que los Jedi sois más importantes de lo que creíamos, para que el Imperio envíe cruceros a por vosotros.
—El crucero nos dispara —dijo Skeck por el altavoz.
—Agarraos bien —advirtió Jula.
Una luz cegadora salpicó los miradores. El *Bailarín Borracho* se agitó, perdió energía momentáneamente y luego volvió a la vida.
—Nosotros estamos bien —confirmó Brudi—, pero el transporte tiene problemas.
—Diles que alcen los escudos de popa y se reúnan con nosotros tras el brazo del Lucrehulk. Diles que nosotros mantendremos a raya al crucero y a los ARC hasta que consigan huir.
Brudi transmitió las instrucciones y esperó la respuesta.
—Lo intentarán. Pero los escudos del transporte están muy dañados. Un impacto más del crucero y estarán acabados.
Jula musitó una maldición. El *Bailarín Borracho* ya casi estaba detrás del fragmento curvado del brazo de atraque cuando dijo finalmente:
—Vamos a salir al descubierto. Preparados para el impacto de los iones. Probemos a darles un susto.
La nave contrabandista encajó dos potentes impactos en el momento en que salía de su refugio, pero no bastaron para incapacitarla.
—Toma sorpresa iónica —dijo Archyr.
—Toma escupitajo láser —canturreó Skeck.
En la distancia relampagueó una luz blanca, y una corriente azul se retorció sobre el oscuro casco del crucero.
Brudi se inclinó hacia una de las pantallas.
—Un impacto de lleno. Y desde luego no se lo esperaban. Tienen los escudos cegados.
—Nos llevo otra vez a cubierto —dijo Jula—. ¿Dónde está el transporte?
—Sorteando la última mina —respondió Brudi.
—¡Archyr, aparta esos cazas de la cola del transporte!
—Enseguida, capitana.
De la nave volvió a brotar luz pulsante, y Shryne contempló cómo se desintegraba otro caza. Pero los ARC restantes le ganaban terreno al transporte con rapidez.
—Encuentro previsto en cinco-punto-cinco —dijo Brudi—. El crucero se ha recuperado y devuelve el fuego.
Jula apretó los labios.
—No estamos lo bastante a cubierto. Esto va a ser malo.
Shryne se agarró a los brazos del sillón. El brazo de ataque se vaporizó al encajar la mayor parte de la andanada del crucero. El *Bailarín Borracho* hizo honor a su nombre y se agitó bajo la descarga. Por toda la nave sonaron las bocinas de alarma, y la consola de instrumentos aulló.
—El transporte sigue acercándose —dijo Brudi en cuanto pudo.
Jula golpeó con la mano el pulsador del intercomunicador.
—¡Preparad la bodega para un atraque de emergencia! —Giró la silla para mirar a Brudi—. Dile al transporte que no vamos a seguir pegándonos con el crucero. O se mueven ahora o nos largamos. —Y a Skeck le dijo—: Toda la energía a las baterías delanteras. Fuego a discreción.

La nave tembló mientras la luz coherente brotaba de las torretas de sus cañones.
—El transporte está alineado para el atraque —dijo Brudi.
La mano derecha de Jula tecleó datos en el navegador de la nave.
—Calculando el salto a la velocidad de la luz.
Luz explosiva brilló ante los miradores, mientras la nave temblaba a medida que el fuego enemigo se acercaba más y más.
Brudi suspiró decepcionado.
—El transporte falló en su primera aproximación. Lo están reorientando para otro intento.
—Ya tengo las coordenadas del salto —le dijo Jula—. Iniciando la cuenta atrás. —Se volvió para mirar a Shryne—. Lo siento, Roan.
Él asintió comprensivo.
—Hiciste lo que pudiste.
La nave volvió a temblar.
—El transporte está a bordo —dijo de pronto Brudi.
Jula cerró las manos sobre el manillar.
—Desvía energía a los motores subluz. Proporciónanos toda la distancia que puedas.
—Se nos va a quemar la popa —le avisó Brudi.
—Es un pequeño precio.
—Motores hiperespaciales conectados.
Jula agarró la palanca de control.
—¡Ahora!
Y las distantes estrellas se convirtieron en rayas de luz.

CAPÍTULO 23

Brudi no había dicho que el transporte hubiera atracado sin problemas, y Shryne supo por qué en cuanto llegó con Starstone a la bodega de atraque. La nave en forma de cuña había entrado de lado, destripando la cubierta, destruyendo luces de aterrizaje y reduciendo a dos androides de trabajo a partes de repuesto, aplanando finalmente su morro puntiagudo contra el mamparo interior.

Pero ninguno de los que iba dentro quedó herido en el choque.

No más de lo que ya lo estaban.

Los seis Jedi desaliñados que se tambalearon al bajar por la arrugada rampa de descenso del transporte eran una mezcolanza de alienígenas, humanos y humanoides. Ni Shryne ni Starstone los conocían de vista, nombre o reputación. Siadem Forte era un humano bajo y grueso, con rostro y brazos quemados por un disparo láser; era más viejo que Shryne pero seguía siendo sólo Caballero. Su padawan era un joven togruta llamado Deran Nalual, cegado en el mismo tiroteo en el que Forte había resultado herido. Klossi Anno, una chalactan, también era estudiante, y su Maestro había muerto para salvarle la vida. Justo lo contrario le sucedió a Iwo Kulka, un Caballero de raza ho'din, herido y cojo. Los Jedi humanos sin rango eran Jambe Lu y Nam Poorf, especialistas agricultores que volvían a Coruscant de una misión en Bonadan.

También iba a bordo un séptimo Jedi, muerto durante el salto que dio el transporte al hiperespacio para acudir a la cita.

Los androides médicos atendían las heridas de los recién llegados. Luego, una vez los Jedi descansaron y se alimentaron, todos se reunieron en el camarote principal, donde Shryne, Starstone y algunos de los contrabandistas escucharon los relatos de salvajes encuentros y escapes en el último momento de media docena de mundos.

Como Shryne había supuesto, no había noticias de ningún otro soldado clon que hubiera desobedecido la orden de ejecutar a los Jedi supuestamente dada por Palpatine. Dos de los Jedi habían conseguido matar a los soldados que se volvieron contra ellos. Otro había escapado y sobrevivido gracias a que se vistió con la armadura de un clon. Los dos Jedi de los Cuerpos Agrícolas no habían estado en compañía de soldados, pero les dispararon y persiguieron cuando la lanzadera en la que viajaban paró en una instalación orbital de la República.

Eran diez cuando se reunieron en Dellalt al recibir un código 913 transmitido por Forte, el más anciano de ellos. Fue en ese mundo donde se apoderaron del transporte en una batalla en la que murieron dos y resultaron heridos algunos de los otros, y parecía ser que de ese mundo procedían también el crucero ligero y los ARC-170 que los perseguían.

Para cuando se contaron y discutieron incesantemente las respectivas historias, el *Bailarín Borracho* emergió del hiperespacio en un sistema remoto de planetas desérticos que Jula y su tripulación usaban de escondrijo. Ésta, descargada de sus tareas de pilotaje, entró en el camarote principal y se sentó junto a Shryne justo cuando la conversación derivaba a las versiones de la HoloRed sobre lo sucedido en Coruscant a raíz del decreto de Palpatine sobre la victoria del Gran Ejército, y a que la República era ahora un imperio.

—Parte de la información que se ha difundido debe de ser falsa o exagerada —dijo el agrónomo Jambe Lu—. Las holimágenes que hemos visto muestran que el Templo sí fue atacado. Pero me niego a aceptar que mataran a todo el mundo. Palpatine debió de ordenar a los soldados que perdonasen a los niños. Y puede que también a algunos instructores y administradores.

—Estoy de acuerdo —dijo Nam Poorf, el compañero de Lu—. Si el emperador Palpatine hubiera querido exterminar por el motivo que fuera a toda la Orden Jedi, podría haberlo hecho al principio de la guerra.

Forte ridiculizó la idea.

—¿Y quién habría liderado entonces el Gran Ejército? ¿Los senadores? Y lo que es más, si tienes razón sobre lo del Templo, lo mejor que podría pasar es que hubiera un número desconocido de Jedi aprisionados en alguna parte. Lo único que sabemos que sí pasó es que los Maestros Windu, Tiin, Fisto y Kolar murieron al querer arrestar a Palpatine, y que se ha informado que Ki-Adi-Mundi, Plo Koon y otros miembros del Sumo Consejo fueron asesinados en diversos mundos separatistas.

—¿Alguna noticia de Yoda o de Obi-Wan? —preguntó Shryne a Forte.

—Nada fuera de las especulaciones de la HoloRed.

—Tampoco hay nada sobre Skywalker —dijo Nam Poorf—. Aunque, en Dellalt, los rumores apuntaban a que murió en Coruscant.

El ho'din miró a Shryne significativamente.

—Si Skywalker ha muerto, ¿significa eso que la profecía murió con él?

—¿Qué profecía? —preguntó el padawan invidente de Forte.

Una vez más, Iwo Kulka miró a Shryne.

—No veo motivo para mantener el secreto, Roan Shryne.

—Un antigua profecía dice que en los tiempos oscuros nacerá un Elegido que devolverá el equilibrio a la Fuerza —explicó Shryne para Nalual, Klossi Anno y los dos agrónomos.

—¿Y se creía que Anakin Skywalker era ese Elegido? —dijo Lu sorprendido.

—Algunos miembros del Sumo Consejo consideraban que había motivos para creerlo así —repuso Shryne, mirando a Iwo Kulka—. Así que, en respuesta a tu pregunta, diré que no sé dónde encaja la profecía en lo sucedido. La presciencia nunca fue mi fuerte.

Le salió más bruscamente de lo que había querido. Pero le exasperaba que todos hablaran esquivando lo verdaderamente importante: los Jedi se habían quedado sin casa y sin rumbo, y había que tomar decisiones importantes.

—Lo que importa ahora —dijo en el silencio que siguió a su sarcasmo— es que nosotros, todos los Jedi, hemos pasado a ser objetivos. Puede que los primeros actos de Palpatine no fueran premeditados, pero eso dejémoslo en manos de los historiadores. En este momento parece decidido a eliminarnos, y probablemente correremos más peligro si nos movemos en grupo.

—Pero eso es justo lo que debemos hacer —argumentó Starstone—. Todo lo que se ha dicho aquí es justificación suficiente para seguir unidos. Jedi prisioneros. Los niños. El destino desconocido de los Maestros Yoda y Kenobi…

—¿Con qué fin, padawan? —dijo Forte.

—Aunque sólo sea para impedir que se apague la llama de los Jedi. —Starstone miró su alrededor, buscando un rostro que estuviera de acuerdo con ella. No la disuadió no encontrar ninguno—. Ésta no es la primera vez que la Orden Jedi está al borde de la extinción. Hace cinco mil años los Sith creyeron poder destruir a los Jedi, pero fracasaron en sus intentos y acabaron matándose unos a otros. Puede que Palpatine no sea un Sith, pero, con el tiempo, su ambición y su sed de poder acabarán siendo su perdición.

—Es una actitud muy esperanzada —dijo Forte—, pero no sé cómo puede ayudarnos ahora.

—Vuestra mejor posibilidad de sobrevivir está en el Brazo de Tingel —dijo de pronto Jula—, mientras el control de Palpatine siga limitado a los sistemas interiores.

—Supongamos que vamos allí —dijo Starstone, mientras daban inicio conversaciones separadas—. Sí, podemos asumir nuevas identidades y encontrar mundos remotos donde escondernos. Podemos ocultar nuestras habilidades en la Fuerza a los demás, y hasta a otros individuos sensibles a la Fuerza. Pero, ¿es eso lo que queréis hacer? ¿Es eso lo que la Fuerza quiere de nosotros?

Shryne intervino mientras los Jedi meditaban en sus palabras.

—¿Alguno ha oído el nombre de «Lord Vader»?

—¿Quién es Vader? —preguntó Lu por todos.

—El Sith que mató a mi Maestra en Murkhana —dijo Starstone antes de que Shryne pudiera hablar.

Iwo Kulka miró a Shryne con dureza.

—¿Un Sith?

Shryne alzó los ojos al cielo, y luego miró a Starstone.

—Creí que estábamos de acuerdo…

—Vader luchó con un sable láser carmesí —le interrumpió ella.

Shryne respiró para calmarse y volvió a empezar.

—Vader le dijo a los soldados de Murkhana que él no era un Jedi. Yyo no sé lo que es. Puede que sea humanoide, pero no es orgánico del todo.

—Como Grievous —supuso Forte.

—Es posible… otra vez. El traje negro que lleva parecía mantenerlo con vida. Aparte de eso, no sé en qué grado es un ciborg.

Poorf meneaba la cabeza confundido.

—No lo entiendo. ¿Ese Vader es un comandante imperial?

—Es superior a los comandantes. Los soldados le mostraban la clase de respeto que reservan para alguien de rango o estatus muy elevado. Mi suposición es que sólo responde ante Palpatine. —Shryne notó que la exasperación volvía a aflorar en él—. A lo que quiero llegar es a que quien tiene que preocuparnos es Vader. Será él quien nos busque y nos encuentre.

—¿Y si antes vamos nosotros a por él? —dijo Forte.

Shryne hizo un gesto amplio.

—Somos ocho contra alguien que puede ser un Sith y contra uno de los ejércitos más grandes que ha habido nunca. ¿Qué os dice eso?

—Que por ahora no vayamos a por él —dijo Starstone, retomando rápidamente la pregunta de Forte—. No todos quieren a Palpatine. —Miró a Jula—. Tú misma dijiste que su alcance se limita a los sistemas interiores. Eso significa que podemos trabajar de forma encubierta y persuadir a otros senadores y jefes militares del Borde Exterior para unirse a nuestra causa.

—Olvidas el hecho de que, ahora, la mayoría de las especies cree que fuimos responsables de empezar y perpetuar la guerra —dijo Shryne con serenidad—. Y muchos de los que no lo creen arriesgarían mucho al ayudarnos, aunque sólo fuera proporcionándonos santuario.

Starstone no se rendía.

—Ayer éramos dos y hoy somos ocho. Mañana igual somos veinte, incluso cincuenta. Podemos seguir transmitiendo…

—Eso no puedo consentirlo —la interrumpió Jula—. Al menos, no desde mi nave. —Miró a Forte y a los demás—. Dijisteis que os siguieron desde Dellalt. Pero, ¿y si el Imperio vigila todas las frecuencias Jedi buscando transmisiones 913? Lo único que necesitaría hacer Palpatine sería esperar a que estuvierais todos en un mismo sitio, y enviar a los clones. Incluso a ese tal Vader.

El silencio de Starstone sólo duró un momento.

—Hay otra manera. Si podemos descubrir a qué mundo fue asignado cada Jedi, podríamos buscar supervivientes de forma activa.

Lu lo pensó un momento.

—La única forma de saber eso sería accediendo a los bancos de datos del Templo.

—No, no lo haréis desde el *Bailarín Borracho* —dijo Jula.

—No se podría aunque quisiéramos, capitana —dio Eyl Dix—. Para acceder a los bancos de datos se necesitaría un transceptor de hiperonda mucho más potente que el nuestro, y será muy difícil conseguirlo.

Dix miró a Filli, buscando corroboración.

—Eyl tiene razón —dijo Filli. Y luego añadió con una amplia sonrisa—: Pero sé dónde podemos encontrar uno.

CAPÍTULO 24

La lluvia era rara en el clima controlado de Coruscant, pero de vez en cuando se formaban en el atorbellinado cielo tormentas microclimáticas que barrían el tecnopaisaje. La de hoy se había formado en Los Talleres, se había desplazado hacia el éste con gran velocidad y había azotado el abandonado Templo Jedi con una fuerza sin precedentes.

El oído aumentado de Vader podía captar el sonido de las gruesas gotas arrastradas por el viento hasta golpear las elegantes torres y el tejado plano del Templo, en fantasmal contrapunto al sonido de sus tacones golpeando el suelo adamantino reverberando en los pasillos desiertos y oscuros. Sidious lo había enviado al Templo con una misión: buscar en los archivos ciertos holocrones Sith que se rumoreaba fueron llevados al Templo siglos antes.

Pero Vader sabía la verdad.

Sidious quiere restregarme en mi rostro enmascarado la masacre que yo mismo dirigí.

Aunque soldados y androides habían retirado los cadáveres y lavado la mayor parte de la sangre, el ataque por sorpresa seguía reflejado en las marcas de quemaduras en paredes y techo. Había columnas derribadas, tapices que colgaban hechos harapos, habitaciones que apestaban a carnicería.

Pero también existía una clase de evidencia menos tangible.

El Templo estaba lleno a rebosar de fantasmas.

Lo que podía ser el viento silbando por pasillos agujereados en los que nunca antes había penetrado parecía el clamor funerario de espíritus esperando a ser vengados. Lo que podía ser el eco de las pisadas de los soldados del comandante Appo asemejaba el batir de distantes tambores de guerra. Lo que podía ser humo de fuegos que debieron de apagarse semanas antes parecían espectros retorciéndose en su tormento.

El Emperador Palpatine aún no había anunciado sus planes para ese triste cascarón. Podía ser arrasado y convertido en su palacio, algo que a Vader le parecía una broma cruel, o podía dejarse tal como estaba, para ser un mausoleo a la vista de todo Coruscant, un recordatorio de lo que le pasaría a todo el que se granjeara el desagrado de Palpatine.

La mayoría de los recuerdos de Anakin que aún tenía Vader se debilitaban día a día, pero no así los recuerdos de Anakin sobre lo sucedido allí. Estaban tan frescos como el amanecer de esa mañana, visto desde la sala del tejado en la que Vader descansaba cada día. El verdadero sueño seguía fuera de su alcance, era algo que buscaba en vano en su inquieto dormitar. También había dejado de tener visiones. Esa habilidad, esa habilidad de doble filo, parecía haberse consumido en Mustafar.

Pero Vader recordaba.

Recordaba estar dominado por lo sucedido en el despacho de Palpatine: ver al anciano suplicar por su vida, escuchar al anciano asegurándole que sólo él tenía poder para salvar a Padmé, correr en su defensa. El relámpago Sith arrojando a un asombrado Mace Windu a través de lo que antes fue una ventana…

Anakin arrodillándose ante Sidious y siendo bautizado como Vader.

Ve al Templo Jedi, le había dicho Sidious. *Los cogeremos desprevenidos. Haz lo que debe hacerse, Lord Vader. No titubees. No muestres piedad. Sólo entonces serás lo bastante fuerte en el Lado Oscuro como para salvar a Padmé.*

Así que fue al Templo.

Como instrumento de la misma resolución que había llevado a Obi-Wan a Mustafar con un único objetivo en mente: matar al enemigo.

Vader veía en el ojo de su mente su marcha hasta las puertas del Templo al mando del Regimiento 501, su ataque lleno de ira, los momentos enloquecidos de sed de sangre, el Lado Oscuro desatado en toda su furia carmesí. Algunos momentos los recordaba con más claridad que otros. Enfrentar su hoja a la del Maestro espadachín Cin Drallig, decapitar a algunos de los Maestros que lo habían instruido en los caminos de la Fuerza y, por supuesto, su fría exterminación de los niños, llevándose con ellos el futuro de la Orden Jedi.

Antes de entrar en el Templo, se había preguntado si podría hacerlo. ¿Podría invocar el poder del Lado Oscuro para que guiara su mano y su sable láser, pese a lo reciente de su conversión? El Lado Oscuro le había susurrado una respuesta: *Son huérfanos. Carecen de familia o amigos. No se puede hacer nada por ellos. Están mejor muertos*.

Pero recordar esto, semanas más tarde, le helaba la sangre en las venas.

¡Este lugar nunca debió construirse!

De hecho, no había matado a los Jedi para servir a Sidious, aunque éste debía creerlo así. Sidious, en su arrogancia, no se había dado cuenta de que Anakin le había interpretado bien. ¿Acaso el Señor Sith creía que se limitaría a ignorar el hecho de que había manipulado a Anakin y la guerra desde el principio?

No, no había matado a los Jedi por servir a Sidious, o, ya puestos, para demostrar su lealtad a la Orden Sith.

Había cumplido su orden porque los Jedi nunca habrían comprendido la decisión de Anakin de sacrificar a Mace y a los demás para que así Padmé sobreviviera a la trágica muerte que sufría en las visiones de Anakin. Y, lo que era más importante, los Jedi habrían intentado interponerse en las decisiones que habrían necesitado tomar Padmé y él respecto al destino de la galaxia.

Empezando por el asesinato de Sidious.

Ah, pero en Mustafar ella se alteró mucho por lo que había hecho en el Templo, tanto que se negó a oír lo que él tenía que decirle. En vez de eso, se había convencido de que a él le importaba más el poder que el amor de ella.

¿Acaso importaba una cosa sin la otra?

Y entonces apareció el maldito Obi-Wan, interrumpiéndole antes de que pudiera explicar que todos sus actos, tanto los del despacho de Palpatine como los del Templo, los había cometido por el bien de ella, y por el bien de su hijo nonato. Si Obi-Wan no hubiera llegado, habría conseguido hacerle comprender, la habría obligado a comprender y, juntos, habrían actuado contra el Señor Sith…

La ronquera de la respiración de Vader se volvió más audible.

Flexionar las manos artificiales no contribuyó en nada a apagar su rabia, así que encogió los anchos hombros bajo el peto y la pesada capa de la armadura y se estremeció.

¿Por qué no me escuchó? ¿Por qué no me escuchó ninguno *de ellos?*

Su rabia siguió acumulándose a medida que se acercaba a la sala de archivos del Templo, donde se separó del comandante Appo y de sus soldados, así como de los miembros del Despacho de Seguridad Interna que, según dijeron a Vader, tenían una misión propia que realizar.

Se detuvo ante la entrada del enorme y elevado vestíbulo principal de la biblioteca, conmovido no por los recuerdos, sino por el efecto que éstos tenían en su corazón y sus pulmones todavía sin curar. Los hemisferios ópticos de la máscara dotaban de oscuridad al vestíbulo normalmente bien iluminado que una vez ofreció hilera tras hilera de hololibros y discos de almacenaje pulcramente alineados y catalogados.

Aquí la sangre seguía viéndose en constelaciones marrones que manchaban grandes extensiones de suelo y salpicaban algunas de las pocas esculturas sobre peanas que aún quedaban en pie, alineadas a ambos lados del largo vestíbulo.

Y en el supuesto de que hubiera matado a Sidious, de que él solo hubiera ganado la guerra para la República, los Jedi lo habrían combatido hasta su triste final.

Puede que hasta insistieran en asumir la custodia de su hijo, pues su retoño habría sido muy poderoso en la Fuerza. ¡Puede que de forma incalculable! Si los Maestros del Sumo Consejo no hubieran estado tan atrasados en sus costumbres, tan engañados por su propio orgullo, se habrían dado cuenta de que era necesario acabar con los Jedi. Su Orden, al igual que la República, se había estancado, sólo se servía a sí misma, estaba corrupta.

Aun así, si el Sumo Consejo hubiera sabido reconocer su poder, otorgarle el rango de Maestro, quizá le habría permitido seguir existiendo. Pero eso de llamarlo el Elegido para luego reprimirlo, de mentirle y luego esperar que mintiera por ellos… ¿Cuál creían que iba a ser el resultado?

Viejos idiotas.

Ahora comprendía por qué no alentaban el uso del Lado Oscuro. Porque temían perder la base del poder de que disfrutaban, ¡aunque lo que contribuyó a la caída de los Sith fue la esclavización y el apego! Los Jedi habían sido conspiradores de su propia caída, cómplices en la reemergencia del Lado Oscuro, y tan importantes para su propia derrota como el propio Sidious.

Sidious, aliado de los Jedi.

El apego al poder era la perdición de los demás, porque la mayoría de los seres es incapaz de controlar el poder, y éste acababa controlándolos. Ésa había sido también la causa por la que la galaxia se había sumido en el desorden, el motivo que explicaba el fácil ascenso de Sidious a la cumbre.

El corazón le latía en el pecho, y el respirador alimentaba las necesidades de su corazón con respiraciones rápidas. Se dio cuenta de que su salud y su cordura requerían que evitara los lugares que azuzaban su ira hasta volverla frenética.

El reconocimiento de que probablemente nunca podría volver a pisar Naboo o Tatooine le arrancó un gemido de angustia que derribó el resto de las peanas como si fueran fichas de dominó, y los bustos de broncio resbalaron y rodaron por el suelo pulido y manchado de sangre.

Sintiéndose vacío por su desahogo emocional, se apoyó contra una columna rota durante lo que le pareció una eternidad.

El gorjeo del comunicador de su cinto lo devolvió al presente, y lo activó tras una larga pausa.

Del pequeño altavoz del aparato surgió la voz apresurada de Armand Isard, jefe del Despacho de Seguridad Interna, que lo llamaba desde el camarote de datos del Templo.

Alguien intentaba acceder a distancia a las bases de datos del radiofaro Jedi, le informó Isard.

CAPÍTULO 25

Shryne apartó la mirada de uno de los nichos con estatuas que se alineaban en las dos paredes de un pasillo escasamente iluminado de una base separatista al otro lado de las estrellas.

La estatua, de seis metros de alto y exquisitamente tallada en el recoveco, era a partes iguales humanoide y bestia alada. Aunque podía estar esculpida para reflejar una criatura real, la indefinición deliberada de sus rasgos faciales sugería alguna criatura mítica de la antigüedad. El rostro indefinido estaba parcialmente oculto por la capucha de una túnica que le caía hasta sus pies con garras. Hasta donde alcanzaba la vista en esa escasa luz, en todos los nichos había estatuas idénticas a ésa.

El complejo de antiguas estructuras geométricas que los separatistas habían convertido en una base de comunicaciones existía en la luna de Jaguada desde hacía miles de años estándar, puede que hasta decenas de miles. Los escáneres clasificaban el metal empleado en la construcción en el apartado de «inidentificable», y las grietas en los cimientos de los edificios más grandes indicaban que el complejo había padecido el efecto de los temblores tectónicos y los impactos de meteoros sufridos por el pequeño satélite.

La luz de la linterna de Shryne revelaba detalles de las alas intrincadamente esculpidas. La piedra trabajada era de origen local y exacta a la roca estriada de la muralla que vallaba el complejo por dos lados, donde se habían esculpido estatuas cuyo rostro hollado por el tiempo miraba no al estrecho valle sobre el que hacían silenciosa guardia, sino hacia el horizonte oriental de la luna.

Basándose en las semejanzas con holoimágenes de estatuas de Ziost y Korriban, Starstone afirmó que el lugar podía datar de la época de los antiguos Sith, y que la ocupación del complejo por los separatistas era debida a que el Conde Dooku se había convertido en un Señor Sith.

La luna era la única compañera que tenía el árido planeta Jaguada en ese desolado sistema esclavo de una estrella moribunda, apartado de las hiperrutas principales. Para Shryne era un misterio que el único centro modestamente poblado del planeta desértico albergase una guarnición de soldados clon. Pero la presencia de soldados podía deberse a algún plan para recuperar las máquinas bélicas separatistas abandonadas en la luna, una operación similar a otras muchas que se llevaban a cabo en numerosos sistemas del Borde Exterior.

Ésta no era la primera vez que Jula y su banda de contrabandistas visitaban la luna, pero el secretismo que presidía su reciente llegada tenía menos que ver con su conocimiento previo del terreno que con los recursos interferidores del *Bailarín Borracho*. La nave había entrado en órbita estacionaria en el Lado Oscuro de la luna, sin ser detectada por las tropas imperiales de Jaguada, con lo que Shryne, Starstone y Jula, junto a algunos Jedi y miembros de la tripulación, descendieron en la nave de desembarco entrando en la fina atmósfera de la luna como una carta de sabacc en la manga de un jugador tramposo.

La arena arrastrada por el viento se amontonaba en la plataforma de aterrizaje retromodificada que parecía llevar varios años en desuso. Shryne deducía esto de que los centenares de robots desactivados que acogieron a la nave de desembarco pertenecían a las primeras generaciones de androides de infantería de la Federación de Comercio, a la clase controlada por un ordenador central, en vez de ser superandroides de combate con cerebros autónomos. Por si el exceso de silenciosas máquinas bélicas no hiciera por sí solo que el lugar fuera lo bastante fantasmal, ahí estaban las tallas con colmillos en el dintel de cada puerta y los kilómetros de pasillos agrietados y atestados de repugnantes estatuas.

El acceso al edificio que albergaba el centro de comunicaciones no había supuesto ningún problema, ya que la transmisión remota que había desactivado a los androides también había silenciado la instalación. No obstante, los generadores de energía seguían funcionando, y Filli Bitters y Eyl Dix se las habían arreglado para sortear los códigos de desactivación y devolver a la vida algunas luces, además del transmisor de hiperonda que los Jedi pretendían emplear para entrar en la base de datos del radiofaro del Templo.

Shryne había dejado que los rebanadores, Starstone y algunos de los Jedi se ocuparan de lo que él consideraba ya sus asuntos, y desde entonces recorría los antiguos pasillos reflexionando sobre su dilema personal.

Por muy profundamente que se internara en el complejo, los suelos de ceramicento estaban cubiertos de arena y restos de basura inorgánica arrastrada por los constantes y enervantes vientos de la luna. A Shryne le parecía que esa combinación de viento y oscuridad no podía ser más adecuada para reflejar el enigma que le atormentaba: si su estancia en Jaguada obedecía a la voluntad de la Fuerza o si sólo era un síntoma más de la negación de la verdad. Es decir, otro intento de convencerse a sí mismo de que sus actos tenían alguna relevancia.

Puede que de no haber visto en Starstone y los demás Jedi la imperiosa necesidad de creer, la necesidad de tener algo a lo que aferrarse tras haberlo perdido todo, se habría esforzado más por desanimarlos. Pero la necesidad que sentían ellos no bastaba para que él dejase de preguntarse si quería pasar así el resto de sus días, aferrado al sueño de volver a reunir la Orden Jedi, de que un puñado de Jedi podía encabezar una rebelión contra un enemigo tan formidable como el Emperador Palpatine. No conseguía quitarse la sensación de que la Fuerza había vuelto a lanzarle una curiosa pelota curva. Justo cuando creía haber acabado con los asuntos Jedi, y que la Fuerza lo había abandonado, volvía a estar tan metido como antes.

Roan Shryne, que en la guerra había perdido no uno, sino dos aprendices.

No dejaba de oír las palabras de Jula sobre volver a relacionarse con su familia. Igual aún no había ido tan lejos como para no beneficiarse del apego, aunque sólo fuese para volverse más humano. Pero el no volver a usar la Fuerza… Ahí estaba la cuestión. Su capacidad de sentir la Fuerza en los demás era una parte tan esencial de su propio ser que dudaba que pudiera limitarse a ignorarla, como había hecho con su túnica y su sable láser.

Sospechaba que siempre se sentiría como un bicho raro entre los humanos normales, y la idea de exiliarse con alienígenas con talentos similares a los suyos tampoco le ofrecía muchos atractivos.

De momento estaba dispuesto a seguir con Starstone, cuando no a ser su mentor. Lo cual entrañaba un problema completamente diferente: Starstone y los demás buscaban en él un liderazgo que no podía proporcionar, en parte porque el liderazgo nunca había sido su punto fuerte. Pero, sobre todo, era porque cualquier medida de confianza en sí mismo que hubiera tenido alguna vez había resultado erosionada por la guerra. Con suerte, los intentos de localizar a más Jedi supervivientes los conducirían a un Jedi con más maestría que Shryne al que poder entregar el mando para así renunciar a él con elegancia.

O igual no había respuesta de la base de datos del Templo.

El archivo de imágenes de la HoloRed al que accedió a bordo del *Bailarín Borracho* mostraba humo procedente del Templo Jedi tras el ataque de los soldados. Así que era muy concebible que hubiera quedado dañado o destruido o que las bases de datos se hubieran corrompido irremediablemente.

Lo cual acabaría bruscamente con la búsqueda.

Y con su soñar despierto.

Se internaba aún más en el pasillo cuando Jula salió de entre la oscuridad, linterna en mano, y se puso detrás de él.

—¿Dónde están los guías cuando los necesitas? —dijo ella.

—Justo lo que pensaba ahora mismo.

Llevaba la cazadora doblada sobre el brazo y una pistola láser enfundada en la cadera. Shryne se preguntó por un momento cómo habría sido su vida de quedarse a su cuidado. ¿Habría durado el matrimonio con su padre, o lo que parecía una sed de aventuras insaciable habría llevado a Jula adonde estaba ahora, con Roan convertido en miembro de su tripulación, en su compañero en el delito?

—¿Cómo les va a ésos? —preguntó, moviendo el mentón en dirección a la sala de comunicaciones.
—Bueno, Filli ya ha entrado en el radiofaro. Lo cual tampoco es de extrañar. Supongo que sólo le queda abrirse paso hasta la base de datos en sí. —Miró a Shryne mientras caminaba—. ¿No quieres estar allí cuando empiecen a descargar los nombres y posibles paraderos de tus dispersos compañeros?
Shryne negó con la cabeza.
—Starstone y Forte se ocuparán de eso. De todos modos, no apuesto por su éxito.
Jula se rió.
—Pues no cuentes conmigo para respaldar esa apuesta. —Le miró de lado—. Olee y Filli están hechos el uno para el otro, ¿no crees?
—Lo pensé por un momento. Pero creo que ella ha encontrado ya al compañero de su vida.
—Te refieres a la Fuerza. Ése es un tipo de dedicación muy siniestra.
Shryne se paró en seco y se volvió hacia ella.
—¿Por qué aceptaste traernos aquí, Jula?
Ella sonrió ligeramente.
—Creía haberlo dejado claro. Sigo esperando convencerte para que te unas a nosotros. ¿Algún cambio en ese frente?
—No sé qué pensar.
—¿Pero me mantendrás informada?
—Desde luego.
Poco después llegaron al final del pasillo de estatuas aladas y doblaron la esquina para internarse en el corredor que lo cruzaba lleno de esculturas más pequeñas.
—¿De qué conoce Filli este sitio? —preguntó Shryne a la oscilante luz de las linternas.
—Hace cosa de seis años realizamos un par de trabajos para este sitio. Hardware de comunicaciones para su transceptor de hiperonda. Y, antes de que te pongas patriótico conmigo, te diré que no imaginamos que pudieran utilizarlo para espiar las transmisiones de la República.
—¿Y te habría detenido saber que preparaban una guerra contra la República?
—Igual sí. Pero tienes que comprender que entonces nos estábamos abriendo camino, al igual que otros muchos mercenarios de los sistemas adyacentes. Sigue sorprendiéndome que Coruscant no supiera nada de lo que pasaba aquí, habiendo formado Dooku el movimiento separatista. La carrera de armamento, los Talleres Baktoides construyendo fundiciones en docenas de mundos… Por aquel entonces todo era tráfico libre y sin restricciones.
—Suponía que eso era malo para tus negocios.
—Sí y no. El comercio libre invita a la competencia, pero también significa que no hay que preocuparse porque nos den caza las fuerzas defensoras de cada sistema local, o los Caballeros Jedi.
—¿Quién os contrató para traer el hardware de comunicaciones?
—Alguien llamado Tyrannus, aunque ninguno de nosotros trató con él cara a cara.
—Tyrannus —repitió Shryne, inseguro.
—¿Te suena?
—Quizá. Tendré que preguntárselo a la bibliotecaria, a Olee. ¿Y cuando los separatistas acabaron con el comercio libre?
—Poco después de la Batalla de Geonosis…
Shryne se paró de repente ante una estatua alta y con capa que llevaba una máscara de grandes ojos saltones.
—Asqueroso —afirmó Jula; y en ese momento las luces del pasillo situadas a intervalos regulares inundaron de pronto la zona con luz—. Creí que la idea era procurar no llamar mucho la atención —añadió, pestañeando.
Un rumor distante apagó la respuesta de Shryne. Con un solo movimiento, sacó y conectó el sable láser que colgaba de su cinto.
Jula enarcó las cejas por la sorpresa.
—¿De dónde has sacado eso?
—Perteneció al Maestro de uno de los padawan.
Giró sobre los talones y empezó a correr de vuelta al camarote de comunicaciones, con Jula pisándole los talones.
Shryne se dio cuenta de que el rumor lo formaban puertas y escotillas abriéndose y cerrándose. Apresuró el paso, zigzagueando entre hileras de androides de combate desactivados.
En el camarote de control, Filli, con el pelo pegado al cráneo, tecleaba furioso ante una consola, mientras Eyl Dix y Starstone paseaban por el camarote de un lado a otro, esta última mordiéndose el labio inferior. A unos metros de distancia, los Caballeros Jedi Forte e Iwo Kulka parecían tener dudas sobre lo que habían iniciado.
—¿Qué pasa, Filli? —gritó Jula.
La mano derecha del rebanador señaló a Starstone, mientras su izquierda volaba por el teclado.
—¡Ella me dijo que lo hiciera!
—¿Hacer qué? —dijo Shryne, paseando la mirada de Starstone a Filli y de vuelta a ésta.
—Acelerar el transceptor conectándolo al generador de energía —respondió Dix por Filli.
—No teníamos energía suficiente para descargar la base de datos —dijo Starstone—. Pensé que sería buena idea.
La frente de Shryne se arrugó por la confusión.
—¿Y cuál es el problema?
—El generador quiere reactivar el complejo entero —dijo Filli con palabras atropelladas—. ¡No consigo apagarlo!
Golpes y siseos empezaron a reemplazar el rumor de puertas deslizándose.
Jula miró fijamente a Shryne.
—Todo el lugar se está cerrando.
Una serie de chasquidos y pitidos puntuaron el alboroto provocado por las escotillas al moverse. Todos los androides de combate del camarote de control se activaron a la vez.
El androide de combate más cercano a Shryne giró la cabeza hacia él y alzó el rifle láser al tiempo que decía:
—Intrusos.

CAPÍTULO 26

Vader cruzaba los brazos sobre el pecho mientras miraba detrás de Armand Isard y los dos técnicos del Departamento de Seguridad Interna sentados ante la consola de control del transmisor del Templo. Tenía al comandante Appo a su derecha.

—Quiero saber cómo accedieron al transmisor —dijo Vader.

—Mediante un transpondedor Jedi, Lord Vader —dijo el técnico más cercano a Armand.

—Crucen el código del transpondedor con la base de datos de identidades —dijo el jefe del DSI, adelantándose a Vader.

—El nombre aparecerá en un momento —dijo el otro, con los ojos clavados en el texto que se deslizaba rápidamente en una de las pantallas—. Chatak —añadió un momento después—. Bol Chatak.

El sonido de la respiración de Vader llenó el silencio subsiguiente.

Shryne y Starstone, pensó. Era obvio que debían estar en posesión del transpondedor de Chatak cuando se le escaparon en Murkhana. Y ahora intentaban encontrar el paradero de otros Jedi cuando se emitió la Orden Sesenta y Seis. Era evidente que esperaban establecer contacto con los supervivientes, con la esperanza de recoger los pedazos de su destrozada Orden.

Y… ¿Qué?

¿Planear su venganza? Improbable, ya que eso implicaría tentar al Lado Oscuro. ¿Trazar un plan para matar al Emperador? Quizá. Aunque, al ignorar que Palpatine era un Sith, no planearían un asesinato personalizado. ¿Estarían, entonces, pensando en atacar al hombre fuerte del Emperador?

Vader pensó en llegar a Shryne a través de la Fuerza, pero rechazó la idea.

—¿Cuál es el origen de la transmisión? —preguntó finalmente.

—El sistema Jaguada, Lord Vader —dijo el primer técnico—. Concretamente, la luna del único mundo habitado del sistema.

Del holoproyector de la consola emergió un gran holomapa de la galaxia. El mapa, conectado a una miríada de bases de datos situadas por todo el Templo, utilizaba colores para resaltar los lugares conflictivos. Pero ahora mostraba el momento en que se había ejecutado la Orden Sesenta y Seis, y más de doscientos mundos brillaban con el rojo de la sangre.

Puede que esto explicase por qué Sidious no había mandado desmantelar el Templo, supuso Vader. Para poder contemplarlo desde su elevada nueva sala del trono y regocijarse.

El holomapa empezó a centrarse más y más en una zona remota del Borde Exterior. Cuando el sistema Jaguada pendió por fin en el aire, Vader entró en él.

—Esta luna —dijo, gesticulando con el índice de su mano enguantada de negro.

—Sí, Lord Vader —dijo el técnico.

Vader miró a Appo, que ya estaba en comunicación con la central de operaciones de Coruscant.

—En la luna hay una instalación de comunicaciones separatista abandonada —dijo Appo—. Quien sea que esté en posesión del transpondedor Jedi ha debido conectar las comunicaciones hiperespaciales del lugar.

—¿Tenemos alguna nave en el sector, comandante?

—Ninguna, Lord Vader —dijo Appo—. Pero en Jaguada hay una pequeña guarnición imperial.

—Ordene al comandante de la guarnición que despliegue de inmediato sus tropas.

—¿Capturar o matar, Lord Vader?

—Cualquiera de ambas cosas me complacería.

—Entendido.

Vader rodeó con la mano la holoimagen de la pequeña luna.

—Ya te tengo —dijo en voz baja, y formó un puño.

* * *

Shryne sentía raro el sable láser que Klossi Anno le había dado, pero estaba muy bien hecho, y su densa hoja azul era perfecta para desviar la andanada de disparos láser desatada por los androides de combate. A su lado, Jula disparaba con una puntería impresionante, derribando los androides que no caían bajo los disparos láser desviados por Shryne. Tras la consola de control se acurrucaban Filli y Dix, arreglándoselas de algún modo para seguir tecleando órdenes mientras los relampagueantes sables láser de Starstone, Forte y Kulka los mantenían a cubierto.

Tanto en el camarote de control como en el resto del complejo las sirenas de alarma aullaban, las luces centelleaban y las escotillas se cerraban.

—¡Sea lo que sea lo que hayas hecho, deshazlo! —le dijo Shryne a Filli sin perdonar un solo disparo—. ¡Desactiva a los androides!

Un vistazo a los monitores que momentos antes estaban apagados mostró las decenas de androides de infantería y droidekas que se dirigían al centro de control desde todas las zonas del complejo.

—¡Deprisa, Filli! —añadió Jula con énfasis—. ¡Vienen más hacia aquí!

Shryne se tomó un momento para examinar la sala de control. La puerta por la que había entrado con Jula era una de las tres que había allí, cada una situada a 120 grados de la otra.

—Filli, ¿puedes encerrarnos aquí? —gritó.

—Probablemente —respondió el rebanador con un grito—. Pero igual tenemos problemas mayores.

—Podemos ocuparnos de los droidekas —le aseguró Forte.

Filli alzó la cabeza por encima de la consola y la meneó negativamente.

—¡Alguien en el Templo sabe que hemos entrado!

Starstone se volvió hacia él.

—¿Cómo puedes…?

—Recibimos un eco del radiofaro —explicó Eyl Dix.

Shryne redirigió una serie de disparos y redujo a metralla seis androides.

—¿Cuánto tardarán en localizarnos?

—Eso depende de quién esté al otro lado —dijo Filli.

—¡Pues cancela el enlace! —dijo Jula.

—Aún estamos descargando —dijo Starstone—. Necesitamos toda la información que podamos conseguir.

Shryne la miró fijamente.

—¿De qué nos sirven todos los datos del Templo si no vivimos para utilizarlo?

Ella estrechó los ojos.

—Sabía que dirías eso. Hazlo, Filli —dijo por encima del hombro—. Corta el enlace. —Dirigió a Forte y a Kulka una mirada de disculpa y añadió—: Haremos lo que podamos con lo que ya tenemos.

—Hecho —anunció Filli.

Otro disparo desviado por Shryne desmanteló otro androide.

—¡Y ahora desconecta la energía antes de que nos maten a tiros o acabemos enterrados en vida!

Un momento después, los androides volvieron a su estado inerte, y el camarote de control se sumió en la oscuridad. Cinco linternas proporcionaron luz suficiente para ver.

—Confío en que alguien sepa cómo se sale de aquí —dijo Forte.

—Yo lo sé —dijo Dix, con las antenas rígidas.

—Entonces, esperemos que la salida siga abierta —dijo Shryne.

—Lo está —dijo Filli, asintiendo—. Eché un vistazo a la pantalla de seguridad antes de cortar la energía.

—Buen trabajo —empezó a decir Shryne, cuando el ruido de los disparos láser estalló en algún lugar fuera de la sala de control.

—Dijiste que lo habías apagado —exclamó Jula.

Él abrió las manos en señal de confusión.

—¡Y lo apagué!

Shryne escuchó atentamente las distantes descargas.

—No son armas de androides —dijo al cabo de un momento—. Son DC-15.

Starstone se le quedó mirando.

—¿Soldados? ¿Aquí?

Se oyó el comunicador de Jula y ella lo cogió.

—Archyr —dijo para que todos supieran quién llamaba.

—Capitana, tenemos compañía —dijo Archyr desde la nave de desembarco—. Soldados de la guarnición de Jaguada.

Shryne intercambió una mirada con Starstone.

—El que estaba en el Templo no perdió el tiempo —dijo ella.

Shryne asintió.

—Debieron de localizarnos desde el principio.

—¿Cuántos soldados? —le preguntaba Jula a Archyr.

—Un par de escuadrones. Skeck y yo estamos atrapados en la plataforma de aterrizaje. Pero la mayoría de los soldados se ha dirigido al interior.

—Puedo intentar cerrar las entradas… —dijo Filli.

—No, no lo hagas —lo interrumpió Shryne—. ¿Crees que podrías programar un retraso en el encendido del generador de energía?

Filli se sujetó la linterna con los dientes mientras rebuscaba en su bolsa de herramientas.

—Creo que podré improvisar alguna cosa —dijo.

Shryne se volvió hacia Jula.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la entrada frontal, la que está más cerca de los riscos?

Ella le lanzó una mirada inquisitiva.

—Eso nos dejará valle abajo, a un buen kilómetro de distancia de la nave de desembarco.

—Pero evitaremos encuentros con los soldados al salir.

Ella continuó frunciendo el entrecejo.

—¿Y por qué quieres que…? —Sonrió cuando se dio cuenta de repente y se volvió hacia Filli—. Gradúalo para que se encienda en un cuarto de hora estándar.

—Eso es dejarnos el tiempo muy justo, capitana.

—Cuanto más justo, mejor —dijo ella.

* * *

Para cuando la holotransmisión del comandante de la guarnición de Jaguada llegó a la sala del radiofaro del Templo, Vader ya sabía que algo había salido mal.

—Lo siento, Lord Vader —decía el soldado con el casco puesto—, pero estamos atrapados dentro del complejo con varios centenares de androides de infantería y destructores reactivados. —El comandante esquivó unos disparos y devolvió el fuego contra algo fuera del encuadre de la holocámara de transmisión—. Todos los accesos se cerraron cuando el lugar se conectó.

—¿Dónde están los Jedi? —preguntó Vader.

—Salieron antes de que se conectara el complejo. Estamos atrapados aquí hasta que encontremos la forma de volar una de las puertas.

—¿Destruyeron la nave en la que llegaron los Jedi?

—Negativo —dijo el comandante mientras los rayos lanceaban el aire a su alrededor—. Los contrabandistas detonaron una carga electrostática cuando avanzaba el segundo escuadrón. Mis soldados lo esperaban, pero los Jedi consiguieron elevar la nave antes de que nuestro equipo se reiniciara.

—Las posiciones dos y tres han cedido, comandante —dijo un soldado fuera de cámara—. Habrá que hacerse fuertes aquí.

—¡Son demasiados! —dijo el comandante mientras interferencias diagonales empezaron a interrumpir la transmisión.

De pronto, se cortó de golpe.

Armand Isard y los técnicos del DSI se afanaron con los controles del radiofaro, aunque sólo fuera para no tener que mirar a Vader.

—Lord Vader —dijo Appo—. La base de Jaguada informa de que los puntos de salto al hiperespacio desde ese sistema son limitados, y que están buscando la estela de la nave Jedi. Podrían llegar a calcular su posible vector de huida.

Vader asintió.

Dio media vuelta furioso y salió de la sala, deseando tener el poder de alargar la mano y arrancar a los Jedi del cielo.

De concluir su exterminio.

Sidious se equivoca, se dijo mientras se alejaba por los pasillos vacíos.

Son una amenaza.

CAPÍTULO 27

El *Bailarín Borracho* atravesó el moteado hiperespacio, dejando el desolado sistema Jaguada a años luz de distancia. Skeck tenía una fea quemadura de láser en el brazo derecho cortesía de los soldados que intentaron inutilizar la nave de desembarco, pero nadie más había salido herido. Shryne y los demás salieron del complejo momentos antes de que el retraso temporal de Filli pusiera en marcha los generadores y corrieron valle arriba hasta la plataforma de aterrizaje llegando a tiempo de pillar en fuego cruzado a un escuadrón de soldados imperiales.

Los escuadrones restantes, encerrados en la instalación, estaban hasta sus visores en forma de T de androides de combate reactivados.

Una vez vendada la herida de Skeck, Shryne se retiró al camarote dormitorio que Jula había otorgado a los Jedi. Siempre le había gustado el viaje por el hiperespacio, sobre todo por la sensación que tenía de estar al margen del tiempo, y estaba arrodillado en meditación cuando sintió que Starstone se acercaba al camarote. Se puso en pie al tiempo que ella entraba excitada, con los ojos clavados en las páginas de plastifino impreso que llevaba en la mano.

—Tenemos información sobre cientos de Jedi —dijo, agitando las hojas—. Sabemos dónde estaban más de setenta Maestros al final de la guerra, cuando los comandantes clon recibieron sus órdenes.

Shryne aceptó las plastifinas y las ojeó, antes de mirar a Starstone.

—¿Cuántos de estos cientos de Jedi crees que sobrevivieron a los ataques?

Ella meneó la cabeza.

—No pienso ni intentar adivinarlo. Empezaremos a buscar por los sistemas más cercanos a Mossak, y desde allí iremos a Mygeeto, Saleucami y Kashyyyk.

Shryne agitó las hojas.

—¿Se te ha ocurrido pensar que si nosotros tenemos esta información, también la tiene el Imperio? ¿Qué crees que hacían nuestros enemigos en la sala de comunicaciones del Templo? ¿Jugar al escondite?

Starstone hizo una mueca ante la dureza de su tono de voz, pero se recuperó enseguida.

—¿Se te ha ocurrido pensar que nuestros enemigos, tal como tú los llamas, estaban allí precisamente porque sobrevivió una buena cantidad de Jedi? Es vital que encontremos a esos supervivientes antes de que les den caza. ¿O quieres que se los dejemos al Imperio, a Vader y sus soldados?

Shryne empezó a responder, pero se tragó las palabras e hizo un gesto hacia el borde del catre más cercano.

—Siéntate y, por un momento, intenta dejar de pensar como un héroe de HoloRed.

Cuando Starstone se sentó por fin en el catre, Shryne lo hizo a su vez ante ella.

—No me interpretes mal —empezó—. Tu objetivo no puede ser más noble. Y, por lo que sé, puede haber quinientos Jedi dispersos por todo el Borde necesitados de rescate. Pero yo no quiero ver cómo se añade tu nombre a la lista de bajas. Lo que pasó en Jaguada sólo es un anticipo de lo que nos espera si continuamos queriendo agruparnos.

—Pero…

Shryne la calló antes de que pudiera seguir.

—Piensa en el último mensaje que recibimos en Murkhana. El mensaje no decía que nos reuniéramos y organizáramos un ataque contra Coruscant, o contra Palpatine, ni siquiera contra los soldados. Nos ordenaba, a todos los que lo recibiéramos, que nos escondiésemos. Yoda o quien fuese que enviara esa transmisión sabía que los Jedi estaban metidos en una lucha que no puede ganarse. El mensaje era una forma de decir eso, que la Orden estaba liquidada para siempre. Que los Jedi están acabados.

Ocultó su tristeza y siguió hablando.

—¿Significa eso que debes dejar de honrar a la Fuerza? Claro que no. Todos nos pasaremos la vida honrando a la Fuerza. Pero no con el sable láser en la mano, Olee. Sino actuando con cuidado, pensando con cuidado.

—Prefiero morir honrando a la Fuerza con mi sable láser —dijo ella.

Él esperaba algo así.

—¿Por qué morir honrando a la Fuerza cuando puedes vivir haciendo buenas obras, transmitiendo a los demás todo lo que has aprendido sobre la Fuerza?

—¿Es eso lo que piensas hacer…? ¿Dedicarte a las buenas obras?

Shryne sonrió.

—Ahora mismo sólo sé lo que no voy a hacer, y eso es ayudarte a precipitarte a una tumba en algún mundo remoto. —Sostuvo la mirada de ella—. Lo siento. Ya he perdido a dos padawan en esta asquerosa guerra, y no quiero perderte también a ti.

—¿Aunque yo no sea tu aprendiz?

Él asintió.

—Aun así.

Ella suspiró significativamente.

—Aprecio tu preocupación por mí, Maestro, y te llamaré así porque ahora mismo eres el único Maestro que tenemos. Pero la Fuerza me dice que podemos marcar una diferencia, y no puedo darle la espalda a eso. La Maestra Chatak me inculcó que debía aceptar la guía de la Fuerza, y eso es lo que voy a hacer.

Adoptó una actitud aún más seria y continuó.

—Jula cree que tú puedes darle la espalda a todo. La Fuerza está con ella, sí, pero no es una Jedi, Maestro. No puedes desaprender décadas de enseñanza y entrenamiento de la noche a la mañana. Y de conseguirlo, acabarías lamentándolo.

Shryne apretó los labios y volvió a asentir.

—Entonces, tú y yo nos separaremos en Mossak.

—Ojalá no tuviera que ser así, Maestro —dijo ella, con la tristeza tirando hacia abajo de las comisuras de su boca.

—No podría expresar cómo me siento yo al respecto.

Se levantaron y él la abrazó con ternura.

—Se lo dirás a los demás —dijo él, mientras ella recogía los plastifinos.

—Lo saben ya.

Shryne no la vio salir. Pero Jula entró apenas dejó ella el camarote.

—¿Asuntos de Jedi?

Shryne la miró.

—Creo que puedes adivinarlos.

Jula apartó la mirada.

—Olee es una gran joven… Todas son personas decentes. Pero están engañadas, Roan. Se ha acabado. Tienen que comprenderlo y seguir adelante con sus

vidas. Me dijiste que el apego es la raíz de muchos de nuestros problemas. Bueno, pues eso incluye sentir tanto apego a la Orden Jedi como para no abandonarla. Si ser un Jedi significa ser capaz de aceptar lo sucedido y seguir adelante, honrarían mejor a la Orden dejándola atrás. —Ahora sí que le miró fijamente—. Para algunos de ellos, esto es una cuestión de prestigio, y la capacidad de decidir lo que está bien o está mal. De creer que todo lo que haces nace de la Fuerza, y que siempre tendrás a la Fuerza de tu lado. Pero las cosas no son siempre así. No siento ningún cariño por la Orden, y lo sabes. A veces los Jedi causaban tantos problemas como los que resolvían. Y ahora, por el motivo que sea, por Palpatine o porque los Jedi fueron incapaces de aceptar la idea de ser los segundones de la República, la Fuerza no tiene por qué ser forzosamente vuestro mejor aliado.

Ella le cogió las manos.

—Te apartaron de mi lado una vez. No dejaré que pase por segunda vez sin luchar. —Se rió con alegría—. Y con esto, damas y caballeros, termino mi pequeño discurso. —Le miró fijamente y añadió—: Únete a nosotros.

—En una vida de criminal, quieres decir.

El fuego ardió en los ojos de ella.

—No somos criminales. De acuerdo, hemos hecho algunas cosas cuestionables, pero también las hiciste tú, y todo eso fue en el pasado. Si vienes con nosotros, te prometo que sólo aceptaremos aquellos contratos que te permitan seguir haciendo buenas obras, si no queda más remedio.

—¿Como, por ejemplo…?

—Bueno, resulta que ya tenemos una buena obra en cartera. Un contrato para transportar a su sistema natal a un antiguo senador del Núcleo.

Shryne permitió que asomara su escepticismo.

—¿Y por qué tendría que viajar en secreto a su sistema natal un antiguo senador?

—No tengo todos los detalles. Pero ¿quieres una conjetura? El senador no comparte los ideales del nuevo régimen.

—¿Es un contrato con Cash Garrulan?

Jula asintió.

—Y puede que ése sea otro motivo para que aceptes la oferta. Porque se lo debes por organizar tu escape de Murkhana.

Shryne simuló desdén.

—No le debo ningún favor a Cash.

—Muy bien. Entonces, hazlo en su memoria.

Shryne la miró fijamente.

—Los soldados imperiales lo cogieron apenas salisteis de Murkhana. Cash ha muerto.

CAPÍTULO 28

Sidious contempló desde la silla de respaldo alto que era su asiento en el poder cómo Darth Vader daba media vuelta y se iba de la sala del trono, con la larga capa negra revoloteando detrás, el casco negro reflejando las luces, su ira palpable.

Los holocrones que pidió a su aprendiz que buscara y recuperase de la sala de archivos Jedi se encontraban colocados en un pedestal. Eran depósitos de conocimiento grabado con forma piramidal, contrariamente a la versión geodésica de los Jedi, y sólo accesibles a los muy evolucionados en el uso de la Fuerza. La escritura arcana grabada en los holocrones decía a Sidious que habían sido grabados por Siths en la era de Darth Bane, unos mil años estándar antes. Sidious no necesitaba imaginarse su contenido, pues su propio Maestro, Darth Plagueis, le concedió una vez acceso a los holocrones reales. Los almacenados en la sala de archivos del Templo sólo eran unas buenas falsificaciones, como una desinformación Sith.

Por supuesto, Vader no se había dado cuenta de que eran falsificaciones, aunque fuese lo bastante inteligente para advertir que los holocrones no eran el motivo por el que Sidious le había ordenado volver al Templo. Pero la evidente ira de su discípulo le decía que había sucedido algo inesperado. Su visita, en vez de ayudarle a asimilar las decisiones tomadas, le había confundido aún más las emociones, y quizá empeorado la situación.

¿Qué puede hacerse con él?, pensó Sidious.

Igual debería enviarlo también a Mustafar.

Meditó por un momento algún posible plan y luego, presionando un botón del panel de control situado en el brazo del sillón, llamó a Mas Amedda a la sala.

El alto y cornudo chagriano, actual intermediario del Emperador con los diversos grupos senatoriales, se movió precavidamente entre los guardias imperiales que flanqueaban la puerta, inclinando la cabeza en respetuosa reverencia a medida que se acercaba a Sidious.

Éste atisbó por la puerta abierta una cara familiar en el camarote de espera.

—¿El que está fuera es Isard?

—Sí, mi señor.

—¿Por qué está aquí?

—Ha pedido que le informe de un incidente que tuvo lugar cuando Lord Vader y él estaban en el Templo.

—¿De verdad?

—Me ha hecho entender que alguien desconocido accedió a unas bases de datos concretas empleando el radiofaro.

—Jedi —dijo Sidious, arrastrando la palabra.

—No puede ser nadie más, mi señor.

—¿Y Lord Vader estaba presente para presenciar esta infiltración remota?

—Estaba, mi señor. En cuanto se localizó la transmisión, Lord Vader ordenó que una guarnición local de soldados acabara con el Jedi responsable.

—Los soldados fracasaron —dijo Sidious, inclinándose hacia delante, interesado.

Mas Amedda asintió con gesto grave.

Más de su Jedi fugitivo, pensó Sidious. *Se niega a dejar atrás ese asunto*.

—No importa —dijo por fin—. ¿Qué asunto te traía ante mí?

—El senador Fang Zar, mi señor.

Sidious entrecruzó los dedos de sus gordas manos y se retrepó en el asiento.

—Uno de los senadores más combativos de los dos mil ilustres que desean verme fuera de mi cargo. ¿Es que ha tenido un repentino cambio de opinión?

—Algo así. Recordará, mi señor, que a raíz de vuestro anuncio de que se había ganado la guerra, Fang Zar y otros firmantes de la Petición de los Dos Mil fueron retenidos para ser interrogados por oficiales del Departamento de Seguridad Interna.

—Al grano —saltó.

—Se dijo a Fang Zar que no abandonara Coruscant, pero se ha ido y ha conseguido llegar a Alderaan, en cuyo palacio de Aldera ha residido desde entonces. Pero ahora ha finalizado el conflicto que consumía a su sistema natal y parece ser que Fang Zar está decidido a volver a Sern Prime sin llamar la atención del DSI ni de nadie.

Sidious lo meditó un momento.

—Continúa.

Mas Amedda abrió sus enormes manos azules.

—Nos preocupa que su regreso repentino a Sern Prime provoque la disensión en ciertos sistemas fronterizos.

Sidious sonrió tolerante.

—Hay disensiones que merecen alentarse. Es preferible que vociferen e insulten al descubierto a que conspiren a mis espaldas. Pero, dime, ¿sabe el senador Organa que Zar fue interrogado antes de huir de Coruscant?

—Puede que ahora sí sepa, pero es improbable que lo supiera al conceder a Fang Zar condición de refugiado.

Sidious volvió a mostrarse interesado.

—¿Cómo piensa llegar a Sern Prime sin, como tú dices, llamar la atención?

—Sabemos que contactó con un criminal de Murkhana…

—¿De Murkhana?

—Sí, mi señor. Igual no desea implicar al senador Organa en su situación.

Sidious guardó silencio por un largo rato, sintonizando con las corrientes de la Fuerza. Corrientes que relacionaban a Vader con Murkhana, y ahora a Zar con Murkhana. Y puede que al Jedi fugitivo con Murkhana…

A su mente acudieron las palabras de Darth Plagueis.

Dime qué consideras tu mayor fuerza, y sabré cuál es la mejor forma de vencerte; dime cuál es tu mayor miedo, que yo sabré cuál debo obligarte a afrontar; dime qué es lo que más quieres, y sabré qué debo quitarte; y dime qué ansías, para que pueda negártelo…

—Quizá lo más prudente para Fang Zar sea que permanezca más tiempo en Alderaan —dijo por fin.

Mas Amedda inclinó la cabeza.

—¿Debo informar al senador Organa de sus deseos?

—No. Lord Vader se ocupará de la situación.

—Para desviar su ansia por el Jedi —se arriesgó a decir el chagriano.

Sidious lo miró fijamente.

—Para aguzarla.

CAPÍTULO 29

Quizá fuera la agradable imagen que presentaba Alderaan desde el espacio lo que le había permitido disfrutar de una historia tan larga de paz, prosperidad y tolerancia.

Y cuando uno se adentraba en su intoxicante atmósfera y se iba acercando a ese montaje de nubes de alabastros, mares azules y verdes llanuras, la imagen seguía manteniéndose. El planeta vecino de Coruscant en el Núcleo era una joya sin igual.

La impresión de paz empezaba a desvanecerse sólo al llegar a las calles de la ciudad-isla de Aldera, y sólo debido a la actividad reinante aquel día, prueba de que la única forma en que puede perdurar la tolerancia es dando voz a todos, incluso cuando la libre expresión desafía la perpetuación de la paz.

Bail Organa comprendía eso, como lo comprendieron sus predecesores en el Senado Galáctico. Pero la compasión que sentía Bail por quienes habían tomado las estrechas calles de Aldera para manifestarse no era simple cuestión de *noblesse oblige*, pues compartía sus preocupaciones y sentía una gran simpatía por su causa. Como decían muchos, de no ser por la genética, Bail habría podido ser un gran Jedi. Y, de hecho, fue considerado un valioso amigo de la Orden durante la mayor parte de su vida adulta.

Se mantuvo a la vista de las multitudes, en un balcón del palacio real, en el corazón de Aldera, que a su vez yacía al abrazo de verdes montañas cuyas suaves cumbres brillaban por la nieve recién caída. Bajo él desfilaban cientos de miles de manifestantes, refugiados de cientos de especies desplazadas a la fuerza por la guerra, vestidos con ropas de colores que los protegían de las frígidas corrientes de aire descendente de las montañas. Muchos de los refugiados llevaban en Alderaan desde los inicios del movimiento separatista, viviendo en refugios proporcionados por el planeta, y otros muchos habían llegado recientemente para mostrarles su apoyo. Ahora que la guerra había acabado, casi todos estaban impacientes por volver a su sistema natal, recuperar lo que quedaba de su destrozada vida y reunirse con los miembros de sus dispersadas familias.

Pero el Imperio intentaba frustrar sus deseos.

Los paneles brillaban y las holoimágenes brotaban de aparatos sostenidos por manos y tentáculos a medida que la multitud pasaba junto a la posición privilegiada de Bail en la torre norte, tras las blancas murallas del palacio y los estanques que mucho tiempo antes sirvieron de fosos defensivos.

«¡Marioneta de Palpatine!», se leía en un holograma.

«¡Rechazar el impuesto!», se leía en otro.

«¡Resistencia a la imperialización!», ponía en un tercero.

El primero era una referencia al gobernador regional que el Emperador Palpatine había enviado a esa parte del Núcleo, el cual había decretado que todos los refugiados de los antiguos mundos de la Confederación debían someterse a rigurosos controles de identidad antes de recibir los documentos de tránsito.

El «impuesto» era el peaje que se cobraba a cualquiera que viajase a los sistemas fronterizos.

El tercer eslogan era ya una frase de uso común e iba dirigida a todo el que temiese los intentos del Emperador de someter a todos los sistemas planetarios, autónomos o no, al mando de Coruscant.

Aunque muy pocos de los enfurecidos cánticos iban dirigidos contra el gobernador de Alderaan, o contra la reina Breha, esposa de Bail, muchos esperaban que Bail intercediera por ellos ante Palpatine. Alderaan sólo era el lugar donde los manifestantes habían decidido reunirse a raíz de que los organizadores optaran por no celebrarla en Coruscant, bajo la vigilante mirada de los soldados, y con el recuerdo de lo sucedido en el Templo Jedi fresco en la mente de todos.

En cualquier caso, las manifestaciones no eran algo nuevo en el planeta. Los alderaanos eran conocidos por toda la galaxia por sus misiones humanitarias y por su constante apoyo a las minorías oprimidas. Y, lo que era más importante, Alderaan siempre había sido fuente de disensión política durante toda la guerra gracias a un movimiento liderado por los Estudiantes de Collus de la Universidad de Aldera, que habían tomado su nombre de un aplaudido filósofo alderaano.

Con su mundo natal tan politizado, Bail se había visto obligado a moverse con mucho cuidado en la capital galáctica, mostrándose tanto como defensor de las poblaciones de refugiados que como miembro del Comité de Lealistas; es decir, de los leales a la Constitución y a la República que la representaba.

Bail era un hombre razonable, uno más del puñado de delegados que se habían visto divididos entre apoyar a Palpatine o no hacer nada en absoluto, consciente de que la lucha política era la única forma de introducir algún cambio en la sociedad. Por tanto, Palpatine y él se habían enzarzado en numerosas disputas, tanto públicas como privadas, sobre cuestiones relacionadas con el rápido ascenso del Canciller a posiciones de incontestable poder y la subsiguiente erosión lenta pero segura de las libertades individuales.

Sólo con el repentino y sorpresivo final de la guerra había comprendido finalmente que lo que consideró maniobras políticas de Palpatine no eran sino parte de una maquinación meditada, el desarrollo de un plan diabólico para prolongar la guerra y acabar con los Jedi en el momento en que éstos le acusaran de negarse a proclamar el final de la contienda con la muerte del Conde Dooku y del general Grievous, pudiendo declararlos así no sólo traidores a la República, sino culpables de fomentar la guerra para servir a sus propios fines y, por tanto, merecedores de ser ejecutados.

Desde entonces, Bail se había visto obligado a llevar en Coruscant, Centro Imperial, un juego mucho más arriesgado, pues sabía que Palpatine era un adversario mucho más peligroso de lo que sospechaba nadie, de hecho más peligroso de lo que la mayoría apenas podía empezar a adivinar. Aunque senadores como Mon Mothma o Garm Bel Iblis esperaban que Bail se uniera a su intento de organizar una rebelión secreta, había una circunstancia que lo obligaba a ser discreto y a mostrar públicamente una lealtad por Palpatine muy superior a la que había mostrado nunca.

Esa circunstancia era Leia. Y el miedo que sentía por su seguridad había aumentado desde su encuentro con Darth Vader en Coruscant.

Sólo le había mencionado el encuentro a Raymus Antilles, capitán de la nave consular *Tantive IV*. Antilles estaba encargado de la custodia de C-3PO y R2-D2, los androides de protocolo y astromecánico de Anakin. El primero había pasado por un borrado de memoria para salvaguardar la verdad todo el tiempo que fuera necesario, y así garantizar la protección de los mellizos Skywalker.

¿Podía ser Vader en realidad Anakin Skywalker?, se preguntaban los dos hombres.

La supervivencia de Anakin no parecía posible, dado el relato de Obi-Wan de lo sucedido en Mustafar. Pero puede que Obi-Wan subestimase a su discípulo. Puede que la gran sintonía con la Fuerza que tenía Anakin le hubiera permitido sobrevivir.

¿Acaso Bail estaba criando a la hija de un hombre que seguía vivo?

¿Qué otra posibilidad había? ¿Que Palpatine, o Sidious, hubiera bautizado a otro aprendiz como Darth Vader? ¿Que la monstruosidad negra que Bail había visto en la plataforma de aterrizaje no fuera más que una versión androide de Anakin, tal y como el general Grievous era una versión ciborg de su antiguo yo?

De ser eso cierto, ¿consentirían los soldados en ser dirigidos por un ser así, por mucho que se lo ordenara Sidious?

Estas cuestiones carcomían a Bail sin proporcionarle respuestas, y acontecimientos como la manifestación de refugiados sólo servían para que peligrase aún más su posición en Coruscant y aumentase su preocupación por Leia.

Palpatine era capaz de aplastar sin ayuda a todo el que se opusiera a él. Y aun así, continuaba permitiendo que otros le hicieran el trabajo sucio, para conservar su imagen de dictador benévolo. Palpatine utilizaba a sus gobernadores regionales para emitir los decretos más duros, y a sus soldados para imponerlos.

Los organizadores de la marcha habían prometido a Bail que sería pacífica, pero Bail sospechaba que Palpatine había infiltrado en ella espías y agitadores profesionales. Los gobernadores regionales podrían utilizar los disturbios como excusa para arrestar a disidentes y a teóricos alborotadores y anunciar nuevos

edictos que harían que viajar fuera aún más difícil y costoso para los refugiados.

Con la llegada de tantas naves procedentes de sistemas cercanos, había sido imposible controlar a la gente y encontrar entre ella a agentes y saboteadores imperiales. Y de haber alguna forma de identificarlos y emitir órdenes restrictivas, Bail sólo le habría hecho el juego a Palpatine, alienando así tanto a los refugiados como a sus ardientes defensores, que consideraban Alderaan uno de los últimos bastiones de la liberad.

De momento, los agentes de la ley estaban haciendo un buen trabajo confinando a los manifestantes al circuito preasignado por palacio, y el cielo estaba lleno de flotadores policiales y naves de vigilancia asegurándose de que la situación seguía bajo control. Sólo se tomarían medidas activas si Bail daba la orden, y sólo como último recurso.

Bail, parado en el balcón, era blanco de gritos, llamadas, cánticos y baterías de puños alzados. Se pasó la mano por la boca, rogando porque la Fuerza lo acompañara.

—¡Senador! —dijo alguien detrás de él.

Bail se volvió para ver al capitán Antilles, que se dirigía hacia él procedente de la Sala de Grandes Recepciones del palacio. Venía acompañado de Sheltray Retrac y Celana Aldrete, dos ayudantes de Bail.

Antilles dirigió la atención de Bail a un holoproyector cercano.

—No le va a gustar esto —dijo el capitán de nave espacial, a modo de aviso.

En el campo azul del proyector apareció la holoimagen de una enorme nave bélica.

El ceño de Bail se arrugó por la confusión.

—Un destructor estelar clase Imperator —explicó Antilles—. No ha comunicado nada, y ahora está en órbita estacionaria sobre Aldera.

—Esto es insultante —dijo Celana Aldrete—. Ni siquiera Palpatine puede tener el descaro de venir a interferir en nuestros asuntos.

—No te engañes —dijo Bail—. Lo tiene y lo ha hecho. —Se volvió hacia Antilles—. Llama a la nave —ordenó, mientras el visir de Aldera y otros consejeros corrían hacia el balcón para quedarse boquiabiertos ante la holoimagen proyectada.

Antes de que Antilles pudiera activar el comunicador, la imagen del holoproyector se desvaneció y fue reemplazada por el rostro enjuto y afeitado del principal esbirro de Palpatine: Sate Pestage.

—Senador Organa —dijo éste—. Espero que reciba este mensaje.

De todos los consejeros de Palpatine, Pestage era quien más cerca estaba de ser el archinémesis de Bail. Era un matón sin comprensión alguna del proceso legislativo y no debía de estar en una posición de autoridad. Pero había sido uno de los principales consejeros de Palpatine desde su llegada a Coruscant como senador por Naboo.

Bail se situó en la rejilla transmisora del proyector e hizo una seña a Antilles para que abriera un enlace con Pestage.

—Ah, está ahí —dijo Pestage al cabo de un momento—. ¿Nos concede permiso para aterrizar nuestra lanzadera, senador?

—Qué impropio de usted otorgarnos la cortesía de avisarnos, Sate. ¿Qué le trae por esta parte del Núcleo Galáctico, y además en un destructor estelar?

Pestage sonrió sin mostrar los dientes.

—Yo soy un simple pasajero a bordo del *Exactor*, senador. En cuanto a lo que nos trae aquí… Bueno, deje que le diga cuánto he disfrutado presenciando por la HoloRed imágenes de su… cumbre política.

—Es una manifestación pacífica, Sate —contraatacó Bail—. Y probablemente seguirá siéndolo. A no ser que sus agitadores consigan hacer lo que saben hacer mejor.

Pestage asumió una expresión de sorpresa.

—¿Mis agitadores? No puede hablar en serio.

—Muy en serio. Pero mejor volvamos a los motivos de su visita.

Pestage se tironeó el labio inferior.

—Ahora que lo pienso, senador, igual sería más prudente por mi parte dejarle esa explicación al emisario del Emperador.

Bail permaneció con los brazos en jarras.

—Ése siempre ha sido su cargo, Sate.

—Ya no, senador —dijo Pestage—. Ahora respondo ante un superior.

—¿De quién está hablando?

—De alguien al que todavía no ha tenido el placer de conocer. Darth Vader.

Bail se quedó congelado, pero sólo por dentro. Consiguió no mirar a Antilles, y que su voz no mostrase el repentino temor que sentía al decir:

—¿Darth Vader? ¿Qué clase de nombre es ése?

Pestage volvió a sonreír.

—Bueno, en realidad es algo así como un título y un nombre. —La sonrisa desapareció—. Pero no se confunda, senador. Lord Vader habla en nombre del Emperador. Hará bien en no olvidar eso.

—¿Y ese Darth Vader va a venir aquí? —dijo Bail con voz firme.

—Nuestra lanzadera descenderá en cualquier momento, suponiendo, claro está, que tengamos su permiso para aterrizar.

Bail asintió a la holocámara.

—Me ocuparé de que les transmitan coordenadas de aproximación y aterrizaje.

Bail sacó el comunicador del cinto y pulsó un código en su teclado apenas se disolvió la holoimagen de Pestage.

—¿Dónde están Breha y Leia? —le dijo a la voz de mujer que contestó.

—Creo que ya han salido para reunirse con usted, señor —dijo la asistenta de la Reina.

—¿Sabe si lleva su comunicador consigo?

—No creo que lo lleve, señor.

—Gracias —Bail apagó el comunicador y se volvió hacia sus ayudantes—. Buscad a la Reina y decidle que, bajo ninguna circunstancia, salga de la residencia y que contacte conmigo lo antes posible, ¿entendido?

Retrac y Aldrete asintieron, giraron sobre sus talones y salieron corriendo.

Bail se volvió hacia Antilles, con los ojos hinchados por la preocupación.

—¿Los androides están en el *Tantive IV* o han bajado a tierra?

—Están aquí —dijo Antilles, exhalando aire—. En alguna parte del palacio o las cercanías.

Bail apretó los labios.

—Hay que localizarlos y ocultarlos a la vista.

CAPÍTULO 30

Nunca he sido muy amigo de multitudes —dijo Skeck, mientras intentaba pasar entre la muchedumbre de manifestantes de Aldera, acompañado de Archyr y Shryne.

—¿Fue eso lo que te hizo emigrar al Borde Exterior? —preguntó Shryne.

Skeck se burló de esa idea con un gesto.

—Sólo sigo allí por la comida.

Sus largos abrigos, sombreros y botas altas, además de protegerlos del frío, ocultaban muy bien las pistolas láser y demás herramientas propias de contrabandistas. Jula, Brudi y Eyl Dix se habían quedado en la nave de desembarco, atracada en una plataforma circular a un par de kilómetros al este de palacio.

Era la primera vez que Shryne visitaba Alderaan. Por lo poco que había visto, el planeta estaba a la altura de su reputación de mundo hermoso y germen de disensión política, al margen de su supuesto pacifismo. El ambiente que se respiraba en la enorme multitud, compuesta por refugiados de guerra y recién llegados de incontables mundos, parecía coincidir con eso. Pero Shryne ya se había fijado en varias docenas de seres que era evidente que buscaban provocar la violencia en los manifestantes, quizá con el fin de obtener una amplia cobertura en la HoloRed y así dejar clara su opinión a Palpatine.

O quizá, sólo quizá, Alderaan debía agradecerle al Emperador la presencia de agitadores.

A juzgar por la forma en que se habían desplegado las unidades policiales de Aldera, éstas no buscaban el enfrentamiento, y puede que hasta tuvieran órdenes de contenerse costase lo que costase. El mero hecho de que se permitiera a los manifestantes gritar sus protestas y desplegar sus holoeslóganes tan cerca del palacio real, y que el propio senador Bail Organa se mostrara ocasionalmente a la multitud, demostraba que esa contención era real.

A Alderaan le importaba de verdad el hombre de la calle.

Por otro lado, la presencia de una multitud tan grande indicaba a Shryne que el senador Fang Zar era algo más que un político astuto. Aunque sacarlo de Alderaan nunca habría sido un reto insuperable, la presencia de esa multitud, y la política deliberadamente permisiva de Alderaan respecto a las entradas y salidas orbitales harían que la misión se resolviera en un suspiro.

No estaba mal para ser la primera misión de Shryne.

Y puede que incluso conllevara hacer el bien, sobre todo si los rumores que había oído sobre Zar a lo largo de los años eran ciertos.

Ahora todo se reducía a asistir a la cita con él.

Shryne, Skeck y Archyr ya habían rodeado el palacio dos veces, sobre todo buscando problemas potenciales en la entrada de la puerta sur, donde debía tener lugar la cita prevista. Shryne encontraba interesante que el motivo de Zar para realizar una salida discreta fuera no querer implicar a Organa en sus problemas, pero Shryne no tenía claro cuáles eran esos problemas. Tanto Zar como Organa eran miembros del Comité Lealista; por tanto, ¿qué podía haber hecho Zar para tener problemas que no implicaran de entrada a Organa?

¿Serían problemas con Palpatine?

Shryne intentó convencerse de que los problemas de Zar no eran asunto suyo, que cuanto antes se acostumbrara a limitarse a ejecutar el trabajo, mejor sería para él, y para Jula. Era todo lo opuesto a pensar como un Jedi, lo cual implicaba recurrir a la Fuerza buscando posibles repercusiones y ramificaciones de sus actos.

En este sentido, la misión de Alderaan era el primer día del resto de su vida.

Olee Starstone era la única otra cosa que debía apartar de su mente. Sus sentimientos por ella no nacían de un apego de la clase que él mismo sería el primero en ridiculizar, pero estaba preocupado por ella hasta el punto de distraerlo.

Ella se había enfadado todo lo que podía enfadarse un Jedi por la decisión de Shryne de seguir su propio camino, si bien alguno de los otros Jedi le dijeron que lo comprendían.

Los siete cogieron el baqueteado transporte y salieron a buscar Jedi supervivientes. Shryne temía que sólo fuera cuestión de tiempo que se metieran en graves aprietos, pero no pensaba hacer de perro guardián. Y, lo que era más, ellos consideraban los riesgos a que se enfrentaban como nacidos de la voluntad de la Fuerza.

Bueno, ¿quién podía saberlo con seguridad?

Shryne no era omnisciente. Puede que cosecharan el éxito pese a tenerlo todo en contra. Puede que los Jedi, aliados a manifestantes políticos y a compasivos comandantes militares, consiguieran llevar a Palpatine ante la justicia por sus actos.

Era improbable. Pero, aun así, era una posibilidad.

Jula había sido lo bastante generosa como para prestar a Filli a los Jedi, aparentemente para ayudarlos a examinar las informaciones descargadas de la base de datos del radiofaro. No obstante, Shryne sospechaba que la verdadera intención de Jula era deshacer la imprudente determinación de Starstone. Cuanto más íntimos se hicieran Starstone y Filli, más se vería obligada la joven Jedi a examinar sus opciones. Con el tiempo, hasta era posible que Filli consiguiera sacarla de su apego a la desaparecida Orden Jedi, tal y como había hecho Jula con Shryne.

Pero, claro, Shryne ya estaba a medio camino de dejar la Orden cuando su madre entró en escena.

Su madre.

Aún se estaba acostumbrando a ese cambio, a ser el hijo de esa mujer. Puede que del mismo modo que algunos soldados debían hacerse a la idea de ser todos clones de un solo hombre.

Shryne oyó la voz de Jula a través del micrófono sin cable de su oído.

—Tengo noticias de nuestro paquete —dijo—. Está en marcha.

—Ahora mismo nos dirigíamos hacia allí —dijo Shryne al micrófono de audio sujeto al cuello de sintopiel de su abrigo.

—¿Seguro que podrás reconocerlo por las holoimágenes?

—Reconocerlo no será un problema. Lo será encontrarlo en medio de esta muchedumbre.

—Supongo que no esperaba que la manifestación fuera tan grande.

—Supongo que no se lo esperaba nadie.

—¿No indica eso que los días del Emperador están contados?

—Al menos los días de alguien —hizo una pausa—. Espera un momento.

Tenía a la vista la entrada a la puerta sur del palacio, pero en el tiempo que habían empleado en dar la tercera vuelta se había congregado una multitud. Tres oradores humanos subidos a plataformas que flotaban con repulsores animaban a todo el mundo a abrirse paso por las altas puertas y entrar en los terrenos del palacio. Anticipando problemas, ante la puerta se había desplegado un grupo de unos cuarenta soldados reales vestidos con armadura ceremonial y sombreros de fieltro, armados con varios sistemas no letales de control de masas, entre los que se contaban aparatos ultrasónicos, varas noqueadoras y redes aturdidoras.

—Roan, ¿qué pasa? —preguntó Jula.

—Las cosas se ponen difíciles. Están alejando a todo el mundo de la entrada de la puerta sur.

La multitud empujó y Shryne se sintió levantado y arrastrado hacia el palacio. El cordón de soldados gritó una última advertencia. Cuando la multitud volvió a empujar, dos guardias en primera línea, con mochilas, empezaron a cubrir la plaza empedrada de una capa gruesa de espuma repelente. La multitud retrocedió en respuesta, pero varias docenas de los manifestantes más cercanos a la puerta no consiguieron retroceder a tiempo y quedaron inmediatamente inmovilizados por la pasta que se propagaba rápidamente. Unos cuantos fueron capaces de retirarse renunciando a su calzado, pero los demás se quedaron atrapados. El trío de agitadores flotantes aprovechó la situación para acusar a la Reina y el visir de Alderaan de boicotear el derecho de los manifestantes a la libre reunión, y de arrodillarse ante el Emperador.

Los empellones se volvieron más fuertes, y los manifestantes atrapados en el centro de la multitud fueron objeto de todo tipo de empujones y zarandeos. Shryne empezó a moverse hacia el perímetro, con Skeck y Archyr a cada lado. En cuanto pudo, conectó el comunicador.

—Jula, no vamos a poder llegar a la puerta.

—Lo que significa que nuestro paquete no podrá salir de palacio por ese lado.

—¿Hay algún punto de reunión alternativo?

—Roan, he perdido contacto con él.

—Posiblemente sólo sea temporal. Cuando tengas noticias de él, dile que no se mueva, donde sea que esté.

—¿Y dónde estarás tú?

Shryne estudió la curvada muralla sur del palacio.

—No te preocupes, encontraremos el modo de entrar.

CAPÍTULO 31

Esos pobres seres, atrapados en esa horrible espuma —dijo C-3PO mientras se dirigía con R2-D2 a una estrecha puerta de acceso en la muralla sur de palacio.

La puerta estaba cerca de la instalación subterránea de mantenimiento para androides del palacio, donde los dos robots habían disfrutado de un baño de aceite, y era la misma que habían utilizado unas horas antes para salir de los terrenos de palacio, cuando los manifestantes empezaron su marcha.

—Creo que estaremos mucho mejor dentro de palacio.

R2-D2 gorjeó una respuesta.

C-3PO inclinó la cabeza desconcertado.

—¿Qué quieres decir con que de todos modos nos han ordenado que volviéramos?

El astromecánico gorjeó y pitó.

—¿Que nos han ordenado que nos ocultemos? ¿Quién lo ha ordenado? —Esperó una respuesta—. ¿El capitán Antilles? ¡Qué amable por su parte mostrarse preocupado por nuestro bienestar en medio de tanta confusión!

R2-D2 chirrió, y luego zumbó.

—¿Otra cosa? —C-3PO esperó a que R2-D2 acabara—. No me digas que no puedes decirlo. Dime que te niegas a decírmelo. Tengo todo el derecho a saberlo, maquinita con secretos.

C-3PO guardó silencio mientras la sombra de una nave voladora pasaba sobre ellos.

Su único fotorreceptor siguió el vuelo de una lanzadera imperial negra como la medianoche, y R2-D2 empezó a silbar y a aullar con evidente alarma.

—¿Qué pasa ahora?

El astromecánico profirió un coro de aullidos y pitidos agudos. C-3PO fijó incrédulo los fotorreceptores en él.

—¿Encontrar a la reina Breha? Pero ¿de qué hablas? ¡Hace un momento dijiste que el capitán Antilles nos ordenaba escondernos!

C-3PO, androide de protocolo con los brazos doblados, casi en jarras, no podía creer lo que estaba oyendo.

—Que tú has cambiado de idea. ¿Desde cuando decides tú qué es lo importante y qué no? Oh, quieres meternos en problemas. ¡Lo sé!

Para entonces ya habían llegado a la puerta de acceso de la muralla. R2-D2 extendió un fino brazo desde su rechoncho y cilíndrico torso y lo insertó en una terminal de ordenador de la puerta cuando se oyó la voz de un carne-y-hueso.

—¿Has perdido tu caza, androide?

C-3PO se volvió por completo para encontrarse ante un humano y dos humanoides de seis dedos vestidos con abrigos largos y botas altas. La mano izquierda del humano palmeaba el domo que era la cabeza de R2-D2.

—¡Oh! ¿Quién eres tú?

—No te preocupes por eso —dijo uno de los humanoides. Se abrió el abrigo para descubrir una pistola láser enfundada en el cinturón ancho que le sujetaba los pantalones—. ¿Sabes lo que es esto?

R2-D2 gimió alterado.

Los fotorreceptores de C-3PO se reenfocaron.

—Oh, sí, claro es una pistola de iones DL-13.

—Eres muy instruido —dijo el humanoide con una sonrisa desagradable.

—Señor, mi más profundo deseo es que mi dueño se dé cuenta de eso mismo. Trabajar con otros androides resulta de lo más cansino…

—¿Has visto alguna vez lo que puede hacerle un ionizador a plena potencia a un androide? —le interrumpió el humanoide.

—No, pero puedo imaginarlo.

—Bien —dijo el humano—. El plan es el siguiente: nos conducís hasta el palacio como si todos fuéramos grandes amigos.

Mientras C-3PO intentaba encontrarle sentido a eso, el hombre añadió:

—Por supuesto, si tienes algún problema con eso, aquí mi amigo —hizo un gesto hacia el otro humanoide—, que resulta saber mucho de androides, entrará en la memoria de éste y le sacará el código de entrada. Y entonces los dos disfrutaréis de primera mano de los efectos de un ionizador.

C-3PO estaba demasiado aturdido para responder, pero R2-D2 llenó el repentino silencio con pitidos y chillidos.

—Mi compañero dice que… —empezó C-3PO a traducir, antes de detenerse en seco—. ¡Ni se te ocurra hacer lo que él dice, cobarde! ¡Estos seres no son nuestros amos! ¡Deberías estar dispuesto a que te desguazaran antes que ofrecerles la menor ayuda!

Pero las recriminaciones de C-3PO cayeron en sensores auditivos sordos. R2-D2 ya estaba abriendo la puerta.

—Esto es de lo más inapropiado —dijo C-3PO con tristeza—. De lo más inapropiado.

—Buen androide. —El humano de largos cabellos volvió a dar una palmadita en el domo del astromecánico, antes de clavar una mirada de soslayo en C-3PO—. Cualquier intento de comunicaros con alguien y desearéis no haber sido construidos nunca.

—Señor, no sabe cuántas veces he deseado eso mismo —repuso C-3PO mientras seguía a R2-D2 y a los tres orgánicos armados a través de la puerta que daba a los terrenos del palacio.

* * *

Vader esperaba al final de la rampa de descenso de la lanzadera mirando las torres blancas del palacio real. El comandante Appo y seis de sus soldados se separaron para flanquearlo cuando Bail Organa y los miembros de su equipo salieron del adornado edificio. Por un momento ninguno de los dos grupos se movió; luego el contingente de Organa entró en la plataforma de aterrizaje y se acercó a la lanzadera.

—¿Es usted Lord Vader? —preguntó Organa.

—Senador —dijo Vader, inclinando ligeramente la cabeza.

—Exijo saber por qué ha venido a Alderaan.

—Senador, no está usted en posición de exigir nada.

El vocalizador de su máscara añadía un tono de amenaza al comentario. Pero la verdad era que Vader se sentía, quizá por primera vez, como si llevara un disfraz, un traje macabro, en vez de un traje con sistemas mantenedores de vida y blindaje de duracero.

Había conocido bien a Organa cuando era Anakin, incluso estuvo varias veces en su compañía, en el Templo Jedi, en los pasillos del Senado y en el antiguo despacho de Palpatine. Padmé hablaba bien, y a menudo, de él, y Vader sospechaba que fue Organa, junto a Mon Mothma, Fang Zar y unos cuantos más, quien

convenció a Padmé para retirar el apoyo a Palpatine justo antes del final de la guerra. Lo cual no preocupaba a Vader tanto como el hecho de que, según los soldados del 501, Organa fue el primero en llegar al Templo tras la masacre y tuvo la suerte de escapar con vida.

Se preguntó si no habría ayudado también a Yoda, y quizá a Obi-Wan, a recalibrar el radiofaro del Templo para cambiar el mensaje transmitido por Vader que llamaba a todos los Jedi de vuelta a Coruscant. El aristocrático Organa era tan alto como Anakin, moreno y apuesto, y siempre iba meticulosamente vestido al estilo clásico de la República, como los habitantes de Naboo, en vez de seguir la ostentosa moda de Coruscant. Pero si Padmé se había ganado su posición al ser elegida reina, Organa había nacido en medio de la riqueza y el privilegio de la perfecta Alderaan.

Vader se preguntó si, por muchas misiones humanitarias que realizara, Organa sabía de verdad lo que era vivir en los sistemas fronterizos, en mundos como Tatooine, castigado por la arena, asediado por guerreros Tusken y controlado por hutt.

Sintió un deseo repentino de poner a Organa en su sitio. De dejarlo sin respiración con sólo juntar índice y pulgar, de aplastarlo en su puño… pero la situación no requería eso, todavía. Además, Vader podía ver en los gestos nerviosos de Organa que sabía quién mandaba allí.

Poder.

Tenía poder sobre Organa y, sí, sobre todos los que eran como él.

Y había sido Skywalker, y no Vader, quien había vivido en Tatooine.

La vida de Vader acababa de empezar.

Organa le presentó a sus consejeros y ayudantes, además de al capitán Antilles, que pilotaba la nave consular alderaana fabricada en Corellia y que intentó sin éxito ocultar una expresión de profunda hostilidad hacia Vader.

Si Antilles supiera con quién estaba tratando…

Del otro lado de las murallas de palacio les llegó el sonido de voces furiosas y de cánticos. Vader dedujo que al menos una parte del escándalo se debería a la presencia de una lanzadera imperial en Alderaan. La idea le divertía.

Los manifestantes, al igual que los Jedi, no eran sino otro grupo de seres que se creían muy importantes y estaban convencidos de que sus míseras vidas tenían algún significado; que sus protestas, sus sueños, sus logros, servían para algo. Ignoraban el hecho de que los cambios en el universo no eran debidos a multitudes o a individuos, sino a lo que transpiraba en la Fuerza. Todo lo demás no importaba. Si no se estaba en comunicación con la Fuerza, la vida sólo existía en el mundo de la ilusión, y había nacido a consecuencia de la eterna lucha entre la luz y la oscuridad.

Vader escuchó un momento más los sonidos de la multitud y luego se volvió para mirar a Organa.

—¿Por qué permite eso? —preguntó.

Los ojos inquietos de Organa buscaron algo, quizá un atisbo del hombre detrás de la máscara.

—¿Es que estas manifestaciones ya no se permiten en Coruscant?

—El ideal del nuevo orden es la armonía, senador, no la disensión.

—Cuando la armonía sea para todos, cesarán las protestas. Y, lo que es más, al permitir Alderaan que aquí se oigan sus voces, Coruscant se ahorra cualquier posible molestia inmerecida.

—Quizá haya algo de verdad en eso. Pero, de una forma u otra, las protestas cesarán con el tiempo.

Vader se dio cuenta de que Organa estaba preocupado por algo. Era obvio que le molestaba ser desafiado en su propio mundo, pero su tono de voz era casi cordial.

—Confío en que el Emperador sepa que no conviene acallarlas con el miedo —estaba diciendo.

Vader no tenía paciencia para la esgrima verbal, y el hecho de tener que enfrentar su inteligencia con hombres juiciosos como Organa sólo reforzaba su creciente desagrado por ser el chico de los recados del Emperador. ¿Cuándo empezaría de verdad su entrenamiento Sith? Por mucho que intentara convencerse de lo contrario, su poder no era real, sólo era la simple ejecución del poder. No era tanto el espadachín como la espada, y las espadas son fácilmente reemplazables.

—Al Emperador no le complacerá su falta de fe, senador —dijo con cuidado—. Ni su disposición a permitir que otros manifiesten su desconfianza. Pero no he venido a hablar de su pequeña manifestación.

Organa se acarició la corta barba.

—¿Qué le trae por aquí?

—El antiguo senador Fang Zar.

Organa pareció sinceramente sorprendido.

—¿Qué pasa con él?

—Entonces ¿no niega que esté aquí?

—Pues, claro que no. Hace varias semanas que es invitado de palacio.

—¿Es consciente de que huyó de Coruscant?

Organa frunció el ceño, inseguro.

—De eso parece inferirse que no se le permitía irse por voluntad propia. ¿Acaso estaba arrestado?

—No lo estaba, senador. Seguridad Interna tenía preguntas que hacerle, algunas de las cuales han quedado sin respuesta. El DSI le solicitó su permanencia en el Centro Imperial hasta que se aclararan esas cuestiones.

Organa negó una vez con la cabeza.

—No sabía nada de eso.

—Nadie cuestiona su decisión de albergarlo, senador —dijo Vader, mirándolo fijamente—. Sólo quiero su garantía de que no interferirá cuando lo escolte de vuelta a Coruscant.

—De vuelta a… —Organa dejó la frase sin acabar y empezó otra—. No interferiré. Salvo en un supuesto.

Vader esperó.

—Si el senador Zar reclama inmunidad diplomática, Alderaan se la otorgará.

Vader cruzó los brazos sobre el pecho.

—No estoy seguro de que ese privilegio exista aún. Y en el supuesto de que sea así, quizá descubra usted que negarse a satisfacer la petición del Emperador es algo que no beneficia en mucho a sus intereses.

El conflicto de Organa volvió a ser evidente. *¿Qué es lo que oculta?*

—¿Es eso una amenaza, Lord Vader? —dijo por fin.

—Es un hecho. El Senado lleva demasiado tiempo provocando el caos político. Esos días se han acabado, y el Emperador no permitirá que reaparezcan.

Organa lo miró escéptico.

—Habla de él como si fuera todopoderoso, Lord Vader.

—Es más poderoso de lo que supone.

—¿Por eso ha aceptado servirlo?

Vader se tomó un momento para responder.

—Mis decisiones son cosa mía. El viejo sistema ha muerto, senador. Haría bien en seguir al nuevo.

Organa exhaló aire intencionadamente.

—Me arriesgaré a creer que la libertad aún existe. —Guardó silencio por un momento, deliberando—. No pretendo impugnar su autoridad, Lord Vader, pero preferiría consultar personalmente este asunto con el Emperador.

Vader apenas podía creerse lo que oía. ¿Acaso Organa intentaba obstaculizarlo intencionadamente, hacerle aparecer como un inepto a ojos de Sidious? La ira se acumuló en él. ¿Por qué perdía el tiempo dando caza a senadores fugitivos cuando eran los Jedi quienes suponían un peligro real para el nuevo orden?

Para el equilibrio de la Fuerza.

Un holoproyector cercano tintineó, y de él emergió la holoimagen de una mujer de pelo oscuro con un bebé en los brazos.

—Bail, perdona pero me han retrasado —dijo la mujer—. Sólo quería decirte que enseguida estaré ahí.

Organa paseó la mirada de Vader al holograma y de vuelta a Vader. En cuanto la imagen se desvaneció, dijo:

—Quizá lo mejor sea que hable con el senador Zar en persona. —Tragó saliva y recuperó la voz—. Haré que lo escolten a la sala de recepciones lo antes posible.

Vader se volvió e hizo una seña al comandante Appo, que asintió.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Vader a Organa.

—Mi esposa —dijo Organa nervioso—. La Reina.

Vader miró a Organa, intentando leer en él con más claridad.

—Informe al senador Zar de que le espero —dijo por fin—. Mientras tanto, será un placer conocer a la Reina.

CAPÍTULO 32

El palacio tenía más de siete siglos de antigüedad y era un lugar laberíntico de múltiples pisos lleno de murallas y torretas, dormitorios y salones, con tantas escaleras como turboascensores. Sin un mapa, resultaba casi imposible seguir sus kilómetros de retorcidos pasillos. Por tanto, algo que había parecido tan sencillo como desplazarse desde la sala de mantenimiento de androides hasta el pasillo que daba a la puerta sur en realidad era como recorrer un laberinto.

—El androide es más listo de lo que parece —dijo Archyr cuando por fin se dio cuenta de que las dos inteligencias mecánicas llevaban un cuarto de hora guiándolos en círculo—. Creo que nos están tomando el pelo.

—Oh, él nunca haría eso —dijo C-3PO—. ¿Verdad, Erredós? —Cuando el astromecánico no contestó, C-3PO golpeó el domo de R2-D2 con la mano—. ¡Ni se te ocurra retirarme la voz!

Skeck sacó el arma de iones del cinto y la exhibió.

—Igual se ha olvidado de esto.

—No hay necesidad de amenazarnos más —dijo C-3PO—. Estoy seguro de que Erredós no intenta engañarlos. No conocemos bien el palacio. Verá, sólo llevamos dos meses locales con nuestros actuales dueños, y no estamos familiarizados con la distribución del lugar.

—¿Dónde estabais hace dos meses? —preguntó Skeck.

C-3PO guardó silencio por un momento.

—Erredós, ¿dónde estábamos antes?

El astromecánico emitió bocinazos y pedorretas.

—¿Que no es asunto mío? Oh, ya estamos otra vez. Este pequeño androide puede ser a veces de lo más cabezota. En todo caso, respecto a dónde estábamos… Creo recordar que yo actuaba de interfaz con un grupo de cargadores binarios.

—¿Cargadores? —dijo Archyr—. Pero ¿no estás programado para el protocolo?

C-3PO pareció todo lo estresado que puede parecerlo un androide.

—¡Es verdad! ¡Pero no sé cómo podría equivocarme! Sé que he sido programado para…

—Tranquilízate, androide —dijo Skeck.

Shryne hizo que los cinco se detuvieran bruscamente.

—Por aquí no se va a la entrada sur. ¿Dónde estamos?

C-3PO miró a su alrededor.

—Creo que hemos acabado de algún modo en el ala de la residencia real.

Archyr se quedó boquiabierto.

—¿Qué rayos hacemos aquí? ¡Estamos a 180 grados de donde queríamos estar!

Skeck apuntó el ionizador al fotorreceptor del astromecánico.

—¿Puedes guiar un caza de guerra por el hiperespacio y no puedes llevarnos a la puerta sur? Un truco más y te dejo frito.

Shryne se apartó de todo el mundo y activó el comunicador.

—Jula, alguna noticia de…

—¿En qué parte de la galaxia os habéis metido? Llevo intentando localizaros desde…

—Nos han desviado —dijo Shryne—. Ya lo solventaremos. ¿Alguna noticia del paquete?

—Es lo que quería decirte. Se ha movido.

—¿Adónde?

—A la puerta este.

Shryne resopló.

—Muy bien, sabremos llegar. Pero asegúrate de que se queda donde está.

Se unió a los demás tras apagar el comunicador.

—¿La puerta este? —dijo Skeck cuando Shryne les comunicó la mala noticia. Se volvió en círculo y señaló en una dirección—. Creo que es por ahí.

El astromecánico empezó a piar. Shryne y los otros miraron a C-3PO para que les tradujera.

—Dice, señores, que la ruta más rápida a la puerta este requiere que subamos un piso más…

—¡Se supone que debemos bajar! —dijo Archyr exasperado.

—Cierto —continuó C-3PO—, pero mi compañero advierte de que, a menos que subamos primero, nos veremos obligados a desviarnos por los pisos superiores del atrio de la Gran Sala de Baile.

—Basta ya —dijo Shryne, cortando la discusión—. Acabemos de una vez con esto.

Siguieron al astromecánico, que se desplazaba sobre sus tres ruedas, y los cinco se metieron en un turboascensor que ascendió un piso. Apenas llegaron, R2-D2 torció de repente a la izquierda por un majestuoso pasillo y se alejó a toda velocidad.

—¿Qué pasa? ¿De pronto tiene prisa? —dijo Archyr.

—¡Erredós, más despacio! —dijo C-3PO, luchando por mantenerse a su altura.

El astromecánico desapareció por una curva. Skeck maldijo entre dientes y volvió a sacar el ionizador.

—¡Creo que intenta escapar!

Los tres empezaron a correr tras su presa, doblando la misma esquina, evitando por poco chocar con una mujer regiamente vestida que llevaba un bebé dormido en brazos.

El astromecánico se detuvo bruscamente, lanzó un chirrido ensordecedor y extendió media docena de sus brazos de interfaz, agitándolos como si fueran armas.

Ante esa imagen, la mujer abrazó aún más al bebé con una mano, usando la otra para presionar una alarma de seguridad de la pared. El bebé, despertado bruscamente por el chillido del astromecánico y el bramido de las alarmas, miró al pequeño androide y empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Shryne, Archyr y Skeck intercambiaron una breve mirada de pánico y echaron a correr.

* * *

La postura reposada de Bail en una de las elegantes sillas de la sala de recepción desmentía la desesperación que sentía.

Darth Vader estaba a unos metros de distancia, ante uno de los altos ventanales, mirando a las multitudes de manifestantes que se volvían más turbulentas a cada momento.

La cadencia de su profunda respiración llenaba la sala.

Éste es el padre de Leia, se dijo Bail, ya completamente seguro.

Anakin Skywalker. Rescatado de algún modo de Mustafar y devuelto a la vida, aunque confinado a un traje que dejaba claro en qué se había convertido Skywalker al final de la guerra: traidor, asesino de niños, aprendiz de Sidious, acólito del Lado Oscuro de la Fuerza. Y pronto Leia estaría en su presencia…

Cuando Breha le llamó inesperadamente, Bail estuvo a punto de decirle que huyera, preparándose para sufrir cualquier consecuencia que le ocasionara eso. Hasta estuvo a punto de sacrificar a Fang Zar para garantizar la seguridad de Leia.

¿Podría Vader reconocer a Leia como hija suya gracias a la Fuerza? ¿Qué pasaría si la reconocía? ¿Obligaría a Bail a revelarle dónde estaba Obi-Wan, o Luke?

No, antes moriría.

—¿Qué retrasa tanto al senador Zar? —preguntó Vader.

Bail abrió la boca para explicar que el ala de invitados de palacio estaba a bastante distancia cuando Sheltray Retrac entró en la sala de recepciones, y su expresión dejaba muy claro que pasaba algo. Se acercó a Bail y se inclinó cerca de él para hablar en voz baja.

—Fang Zar no está en la residencia. No sabemos dónde está.

Vader se enfrentó a los dos antes de que Bail pudiera replicar.

—¿Fue alertado Zar de mi llegada?

Bail se recuperó con rapidez.

—Nadie conocía de antemano el motivo de su visita.

Vader miró al comandante Appo.

—Encuéntrelo, comandante, y tráigalo ante mi presencia.

Apenas abandonaron esas palabras la rejilla negra que ocultaba la boca de Vader cuando se oyeron las alarmas de seguridad del palacio. El capitán Antilles se desplazó de inmediato al campo transmisor del holoproyector de la sala, donde ya se conformaba la imagen a medio tamaño de un oficial de seguridad.

—Señor, tres seres sin identificar han ganado acceso al palacio. Sus intenciones son desconocidas, pero van armados y la última vez que se les vio fue en el ala residencial, en compañía de dos androides.

¡Dos androides!, pensó Bail, cruzando la habitación a toda prisa para llegar al holoproyector antes que Vader.

—¿Tenemos imágenes de los intrusos? —preguntó Retrac antes de que Bail pudiera callarla.

El corazón de Bail tuvo un sobresalto. Si eran C-3PO y R2-D2…

—Sólo de los intrusos —dijo el oficial de seguridad.

—Muéstrelas —ordenó Antilles.

La imagen mostró a tres varones, un humano y dos humanoides corriendo por uno de los pasillos.

—¡Congele la imagen! —dijo Vader, ya junto al holoproyector—. Céntrese en el humano.

Bail estaba tan confuso como los demás. ¿Es que Vader conocía a los intrusos? ¿Eran agitadores enviados por Coruscant para caldear los ánimos de los manifestantes?

—Un Jedi —dijo Vader, más para sí mismo.

Bail no estaba seguro de haber oído bien a Vader.

—¿Un Jedi? Eso no puede ser…

Vader se volvió hacia él.

—Han venido a por Fang Zar. —Miró a Bail desde el interior de su máscara—. Zar intenta volver a Sern Prime. Parece ser que aspiraba a no implicarlo a usted en su huida.

La sala de recepciones se sumió en el silencio, pero sólo por un momento. En el holoproyector apareció una imagen de Breha sosteniendo en brazos a una alterada Leia.

—Bail, al final no me reuniré contigo —dijo ella, con voz lo bastante alta como para que la oyeran por encima de los lloros de la niña—. Hemos tenido un encuentro con tres intrusos y dos androides que le dieron un susto de muerte a la niña. No está en condiciones de ser presentada a nadie. Estoy intentando calmarla…

—Probablemente sea lo mejor —dijo enseguida Bail—. Te llamaré en un momento.

Desactivó el holoproyector y se volvió despacio hacia Vader, con una expresión que era una mezcla de decepción ante el mensaje de su esposa y profunda preocupación por todo lo ocurrido.

—Estoy seguro de que podrá conocerla en otra ocasión, Lord Vader.

—Lo espero impaciente —dijo Vader.

Tras decir esto, dio media vuelta y salió de la sala.

Bail estuvo a punto de desplomarse. Respiró hondo con alivio disimulado y se dejó caer en el asiento.

—¿Un Jedi? —dijo Antilles, con evidente desconcierto.

Bail negó con la cabeza.

—Yo tampoco lo entiendo. Pero ése sí es Skywalker. —Entonces se levantó bruscamente—. Hay que encontrar a Zar antes de que lo haga él.

CAPÍTULO 33

Como vuelva a encontrarme con ese astromecánico… —decía Skeck, mientras corría con Archyr y Shryne hacia la entrada este del palacio.

Archyr asintió mostrándose de acuerdo.

—Da muy mal rollo que te engañe un electrodoméstico.

Shryne había conectado su comunicador y hablaba con Jula.

—Ya casi hemos llegado. Pero no hay garantías de que podamos salir sin ser arrestados.

—Voy a reposicionar la nave, Roan. Cerca del punto de encuentro hay una plataforma de aterrizaje reservada para corresponsales de la HoloRed.

—¿Qué te hace pensar que te dejarán aparcar ahí?

—No le gustará a nadie. Pero lo bueno de Alderaan es que nadie nos derribará del cielo.

—Así que te pondrán una multa, ¿eh?

—Puede que ni eso.

—Entonces, nos vemos allí. Corto.

Cuando tuvieron a la vista la adornada entrada este, los tres redujeron la velocidad para examinar la situación. Un par de enormes puertas se abrían a una amplia escalera, cuyo último escalón daba a un camino pavimentado que llevaba a un puente arqueado que cruzaba un estanque en media luna. Al otro extremo del estanque, el camino llevaba a una puerta de la alta muralla. La plataforma de aterrizaje mencionada por Jula estaba a unos cien metros de la muralla.

Shryne examinó a los seres congregados en el estrecho puente y el verde césped que lo separaba de la muralla. Por fin su mirada encontró a un hombre bajo y de complexión oscura con una barba blanca y larga.

—Ése es Zar —dijo, indicando al senador a sus compañeros.

—Y ahí vienen los problemas —dijo Skeck, señalando a cuatro guardias reales que corrían hacia la puerta, con rifles colgados de los hombros.

—Tenemos que actuar ya —dijo Archyr—. Antes de que lleguen más.

Skeck se abrió el abrigo largo, buscó en su espalda a la altura de los riñones y sacó una pistola.

—Se ve que no podremos hacer esto sin incidentes.

Shryne posó la mano derecha en el arma mientras Skeck comprobaba los niveles de energía.

—Puede que no tengas que utilizarla. Esos rifles largos no son rivales para una pistola láser, y los guardias lo saben. Además, seguro que no los disparan desde el último funeral real.

—Vale, pero ¿puedo recordarte luego que has dicho eso? —dijo Skeck.

Shryne dio un paso hacia las puertas, se paralizó y retrocedió, pegándose a la pared.

Archyr lo miró desconcertado.

—¿Qué…?

—Vader —consiguió decir Shryne.

Archyr abrió mucho los ojos.

—¿El soldado de negro? Déjame ver…

Shryne lo detuvo.

—No es ningún soldado.

Skeck miraba a Shryne, boquiabierto.

—¿Qué hace aquí? ¿Ha venido a por ti?

Shryne meneó la cabeza para despejarse.

—No lo sé. Sólo responde ante el Emperador. —Miró a Skeck—. Podría estar aquí por Zar.

—La verdad es que eso no importa —dijo Archyr—. Lo que cuenta es que está aquí.

Shryne buscó su pistola láser bajo el abrigo.

—Si ha venido a por Zar, se olvidará de él en cuanto me vea.

Skeck posó las manos en los hombros de Shryne.

—¿No quieres pensártelo mejor?

—Acabo de hacerlo —repuso Shryne dignándose a sonreír débilmente.

* * *

Vader se movía por los pasillos de palacio con la pesada capa enganchada alrededor del mango del sable láser y los sensores de su traje amplificando cada sonido y olor, cada movimiento fugaz.

El Emperador anticipó que pasaría esto, se dijo. *Por eso me envió aquí. Pese a lo que dice, le preocupan los Jedi.*

Fuera del palacio, los manifestantes continuaban su marcha y sus clamores. Dentro, los guardias y demás personal corrían por todas partes, parándose sólo para quedarse mirando y apartarse de su camino. La mitad de ellos buscaba a Fang Zar, y todos iban desencaminados. Pero, claro, carecían de la empatía de Vader por todos los que podían manipular la Fuerza.

También pesaba el hecho de que Vader sabía cómo pensaba un Jedi.

Sintió una presencia sutil y se detuvo. Al mismo tiempo, alguien gritó detrás de él.

—¡Vader!

Vader encendió el sable láser y dio media vuelta.

Shryne estaba parado con las manos en los costados, en el cruce de dos pasillos, uno de los cuales llevaba a la puerta este de palacio, el otro al Salón de Baile. Era evidente que habían encontrado a Zar, que en ese momento hasta podían estar sacándolo del palacio, o Shryne no se habría mostrado así.

—Así que eres el cebo —dijo Vader al cabo de un momento—. Es un truco muy viejo, Shryne. Un truco que yo mismo he utilizado. Y esta vez no funcionará.

—Tengo un plan de reserva.

Shryne desenfundó la pistola láser.

Vader se fijó en el arma.

—Veo que has abandonado el sable láser.

—Pero no mi compromiso con la justicia. —Shryne se tomó un momento para mirar por el pasillo que conducía fuera del palacio—. Ya sabes cómo es eso, Vader. El que es de los buenos siempre es de los buenos. Aunque, claro, puede que no lo sepas.

Vader empezó a andar hacia él.

—No estés tan seguro de ti.

—Sólo queremos ayudar a Zar a volver a su casa —dijo Shryne, retrocediendo por el pasillo—. ¿Por qué no lo dejamos estar?

—El Emperador tiene motivos para llamar a Zar a Coruscant.

—¿Y tú haces todo lo que te dice el Emperador?

Vader ya estaba en el cruce de pasillos y pudo darse cuenta de que Shryne sólo esperaba una oportunidad para salir corriendo. Muy detrás de él, al otro lado de un puente que atravesaba un estanque, uno de los cómplices armados de Shryne mantenía a raya a cuatro guardias reales mientras el otro prácticamente arrastraba a Fang Zar hacia una puerta en la muralla defensiva del palacio, al otro lado de la cual seguramente tendrían una nave de fuga esperándolos.

Shryne disparó una rápida andanada, y echó a correr. Sus cómplices humanoides se pusieron en movimiento, dejando a los guardias inconscientes con un rayo aturdidor y corriendo hacia la puerta abierta.

Vader inclinó la hoja y desvió los disparos en dirección a Shryne, pero éste saltó y se movió consiguiendo evadir cada uno de ellos. Vader saltó a su vez, y sus poderosas piernas protésicas lo llevaron hasta lo alto de un corto pero ancho tramo de escalones a tiempo de ver cómo Shryne cruzaba el puente a velocidad Jedi, haciendo señas a sus cómplices para que Zar cruzara la puerta de la muralla. Vader volvió a saltar, esta vez hasta el puente, y aterrizó a escasos metros de Shryne, que se volvió, posó una rodilla en el suelo y disparó repetidamente. Esta vez, Vader decidió mostrar a Shryne con quién se enfrentaba. Apartó el sable láser y alzó la mano derecha para desviar los disparos.

Shryne, claramente sorprendido, mantuvo la rodilla clavada en tierra, pero por poco tiempo. No tardó en cruzar la puerta y abrirse paso entre la multitud que había al otro lado de la muralla.

El último salto de Vader lo depositó junto a la muralla. Por encima de las cabezas de la multitud, pudo ver en una plataforma de aterrizaje a una mujer de canoso cabello negro gesticulando frenéticamente en dirección a Shryne y sus cohortes, que ya subían a Fang Zar por los escalones de la plataforma.

Demasiado fácil, se dijo Vader.

Es hora de acabar con esto.

CAPÍTULO 34

Bail y sus dos asistentes seguían ante el holoproyector de la sala de recepciones esperando noticias del paradero de Fang Zar. Del ala residencial llegó Antilles con los androides.

—Adelante, Trespeó, cuéntaselo —dijo Antilles cuando los tres estuvieron ante Bail.

—Amo Organa, no sé por dónde empezar —dijo C-3PO—. Verá, señor, mi compañero y yo íbamos a entrar al palacio…

—Trespeó —dijo Antilles cortante—. Deja la versión larga para otro momento.

R2-D2 comunicó algo en tono quejoso.

C-3PO se volvió hacia el astromecánico.

—¿Prolijo? ¿Cansino? Tú ocúpate de tu altavoz, so…

—¡Trespeó! —repitió Antilles.

El androide de protocolo guardó silencio.

—Lo siento mucho, señores. No estoy acostumbrado a tantas emociones.

—No pasa nada, Trespeó —dijo Bail—. Tómate tu tiempo.

—Gracias, amo Organa. Sólo quería informar de que los tres intrusos que nos retuvieron cautivos parecían querer recoger algún tipo de «paquete», así era como lo llamaban, en la puerta este del palacio.

—¡Rápido! —le dijo Bail a sus ayudantes.

Aldrete se inclinó para ajustar los controles del holoproyector. Un instante después una cámara de seguridad de la puerta este captaba una holoimagen de Fang Zar en manos de dos humanoides que lo llevaban hacia una plataforma de aterrizaje destinada a personal de la HoloRed.

Una segunda cámara mostró a Vader, sable láser carmesí en mano, desviando disparos láser de un macho humano con el pelo largo que también corría hacia la puerta este.

—Señor —dijo de pronto Sheltray Retrac.

Bail siguió la mirada preocupada de ésta y vio que Sate Pestage entraba en la sala de recepciones.

—Senador, acabo de saber que el senador Zar está abandonando el palacio —dijo Pestage con lo que Bail juzgaba una irritación casi teatral—. ¿Es ésa su forma de proporcionar inmunidad a…?

—Acabamos de descubrir su paradero —lo interrumpió Bail, haciendo una seña a las holoimágenes—. De todos modos, parece que el «emisario» del Emperador tiene la situación controlada.

Pestage desechó la ira de Bail con un gesto superfluo de su mano.

—Supongo que sin ayuda por su parte, senador. ¡Le exijo que selle el palacio antes de que sea tarde!

Bail miró las holoimágenes de Vader, del hombre de pelo largo, de Fang Zar…

—¡Le digo que lo selle!

Bail miró por última vez las imágenes y acató la orden.

* * *

Shryne disparaba mientras corría hacia la puerta de la muralla. Si su retirada se antojaba una cobardía a Skeck, o a Archyr, o incluso a Fang Zar, que así fuera. Era evidente que a Vader no lo detendrían los disparos láser, y que él estaba muy lejos del sable láser más cercano.

No le sorprendió que Vader lo conociera por su nombre; eso sólo subrayaba el hecho de que Vader y el Emperador tenían acceso completo a las bases de datos del Templo Jedi. Para el caso, Vader hasta podía haber estado en el Templo cuando Filli Bitters se rebanó en el radiofaro.

Una vez al otro lado de la puerta, empezó a zigzaguear ente la densa multitud. Al ver su arma, muchos de los manifestantes se apresuraron a abrirle paso. Gracias a aberturas entre la multitud, Shryne pudo ver a Skeck, Archyr, Jula y Zar ya en la plataforma de aterrizaje, rodeados por lo que debían de ser iracundos corresponsales de HoloRed, gritando y gesticulando hacia la nave de desembarco que había aterrizado sin permiso.

A juzgar por sus gestos, Jula intentaba aplacar a todo el mundo, o al menos asegurarles que la nave despegaría enseguida, siempre y cuando Vader no frustrase sus planes.

Shryne se detuvo a medio camino de las escaleras que llevaban a la plataforma de aterrizaje para echar lo que esperaba sería un último vistazo a Vader, todavía en terrenos del palacio, a un par de metros de la puerta de la muralla. Más interesante le resultó ver que un telón de aleación metálica, grueso como una compuerta blindada, descendía rápidamente desde la jamba superior de la entrada.

El palacio se estaba sellando, ¡y Vader se arriesgaba a no poder cruzar la puerta a tiempo!

Al darse cuenta de ello, el ejecutor del Emperador empezó a moverse con más rapidez. Un salto lo llevó hasta la muralla, justo ante el descendente telón, y allí hizo algo tan inesperado que Shryne necesitó un momento para entender lo que pasaba.

Vader arrojó el sable láser encendido al aire.

Por una fracción de segundo, Shryne pensó que era un gesto motivado por la rabia. Pero entonces, sobrecogido, se dio cuenta de que Vader había apuntado.

La hoja carmesí giró por debajo del telón de seguridad, volando sobre la multitud en una trayectoria que la llevó al norte de la plataforma de aterrizaje. Y entonces, al llegar al extremo de su arco, siguió girando, pero volviendo como un bumerán.

Shryne corrió hacia lo alto de las escaleras, con la mirada clavada en la hoja giratoria y el corazón golpeándole en el pecho. Llamó a la Fuerza, intentando influir en el rumbo del sable láser, pero o la Fuerza no estaba con él o las habilidades de Vader en la Fuerza superaban a las suyas.

La hoja volvió hacia la plataforma de aterrizaje, se acercó tanto a Shryne que éste pudo oírla zumbar en el aire y giró con tanta rapidez que parecía un disco del color de la sangre.

Pasó a un metro de las alargadas manos de Shryne y golpeó primero a Fang Zar, abriéndole una profunda herida en el pecho y casi decapitándolo. Luego, sin pararse, golpeó a una desprevenida Jula en la espalda y completó su rápido y letal círculo chocando contra la parte superior de la puerta de la muralla ya blindada, donde se apagó y cayó al pavimento con un estruendo metálico.

En la plataforma de aterrizaje, Skeck se agachó hacia Fang Zar, Archyr hacia Jula.

Shryne, clavado en su sitio, podía sentir a Vader al otro lado de la puerta como un agujero negro de rabia.

Shryne inició un rígido descenso de la escalera, sordo a todo sonido, ciego a todo color, controlándose apenas.

Hasta que llegó al pie de las escaleras no recobró los sentidos, y entonces se volvió para correr a ayudar a subir a la nave de desembarco a su madre y a Zar.

CAPÍTULO 35

Los consejeros militares de Palpatine se presentaron uno a uno ante él, parándose ante la tarima de la sala del trono, con los ojos estrechados ante el brillo anaranjado del sol poniente de Coruscant, comunicando sus informes y alabanzas, sus opiniones expertas sobre el estado de su imperio.

Los Guardias Reales permanecían a ambos lados del sillón de respaldo alto, tras el cual se sentaban Mas Amedda, Sky Moore y otros miembros del círculo interno de Palpatine.

Escuchó a todo el mundo sin hacer comentarios.

En algunos sistemas fronterizos había arsenales de armas separatistas, en algunos casos flotas enteras de naves bélicas pilotadas por androides, requisadas por grupos paramilitares rebeldes antes de que las fuerzas imperiales llegaran hasta ellos.

En el Espacio Hutt, los contrabandistas, piratas y demás alimañas aprovechaban la necesidad del Emperador de consolidar su poder para abrir nuevas rutas por las que mover especias y otras mercancías prohibidas.

En muchos mundos que pertenecieron a la Confederación de Sistemas Independientes, los cazadores de recompensas buscaban antiguos cómplices de separatistas.

En el Borde Medio, las academias imperiales se llenaban de reclutas salidos de escuelas de vuelo de toda la galaxia.

En el Borde Exterior, ya crecían nuevas cepas de soldados clon.

Más cerca del Núcleo, astilleros como Sienar y Kuat Drive ya estaban entregando las primeras naves capitales.

Pero, aun así, se disponía de muy pocos grupos de combate o de soldados clon a los que enviar a potenciales puntos de conflicto.

En Alderaan, Corellia y Commenor habían tenido lugar manifestaciones masivas.

Algunos de los proyectos más queridos del Emperador apenas progresaban, debido a la carencia de trabajadores…

Una vez habló el último de sus consejeros, Palpatine hizo salir a todo el mundo, incluidos los miembros de su círculo interno, y se sentó a contemplar el paisaje de la ciudad a medida que el creciente crepúsculo hacía que se iluminara con brillantes luces.

La galaxia gobernada por los antiguos Sith estuvo en las capaces manos de muchos soberanos oscuros. Ahora, la responsabilidad de mantener el orden sólo dependía de Darth Sidious.

De momento, bastaba con que sus consejeros y esbirros lo respetaran —por restablecer la paz, por eliminar al grupo que más peligro representaba para la estabilidad continuada—, pero esos mismos consejeros tendrían que temerlo con el tiempo. Sólo así comprenderían el gran poder que poseía, tanto como Emperador que como Señor Oscuro de los Sith. Y, para eso, necesitaba a Vader.

Ya que si alguien tan poderoso como Vader respondía ante el Emperador, ¡cómo de poderoso sería éste!

Tras pasar varias horas meditando sobre el devenir de los posibles futuros, Palpatine llamó a Sate Pestage. Cuando el más fiable de sus consejeros entró en la sala del trono, hizo girar su sillón para apartarse de la visión de Coruscant y ordenó a Pestage que tomase asiento, pasando a aplaudir su labor.

—Los acontecimientos se desarrollaron tal y como usted había previsto —dijo Pestage cuando por fin Palpatine le hizo una seña para que hablase—. Organa fue muy predecible. Mi intervención fue mínima.

—¿Quieres decir que el senador Organa estaba dispuesto a permitir que Fang Zar escapara?

—Desde luego, eso parecía.

Palpatine reflexionó un momento en ello.

—Quizá valga la pena vigilarlo en el futuro. Pero en este momento no le daremos importancia. ¿Y el senador Zar?

Pestage suspiro significativamente.

—Malherido. Quizá muerto.

—Lástima. ¿Lo sabe Organa?

—Sí. Estaba muy alterado por el resultado.

—¿Y Lord Vader?

—Más alterado aún por el resultado.

Palpatine se permitió una sonrisa de satisfacción.

—Mejor aún.

* * *

Una vez en su santuario entre los astros, el *Bailarín Borracho* flotó en el espacio.

Un androide 2-1B flotó desde la escotilla hasta la enfermería para informar de que había podido salvar a Jula, pero que Fang Zar había muerto en la mesa de operaciones.

—El daño recibido por los conductos que alimentaban el corazón era demasiado grande para ser reparado, señor —le dijo el androide a Shryne—. Se hizo todo lo que podía hacerse.

Shryne miró a Jula, que estaba muy sedada.

—Volví a meterte en ello —dijo ella débilmente.

Él le apartó los cabellos de la frente.

—Puede que hubiera otras fuerzas actuando.

—No digas eso, Roan. Sólo necesitamos alejarnos más.

Él sonrió haciendo un esfuerzo.

—Le preguntaré a Archyr si puede equipar la nave con un impulsor intergaláctico.

Dejó que ella se sumiera en el sueño y se dirigió a su propio catre. Cada vez que cerraba los ojos, veía la trayectoria de la hoja de Vader, la veía atravesando a Zar, a Jula… No necesitaba cerrar los ojos para recordar lo abrumado que se sintió ante la habilidad de Vader para usar la Fuerza.

Para usar el poder del Lado Oscuro.

Un Sith.

Shryne estaba ahora seguro.

Un Sith al servicio del Emperador Palpatine.

Ésa era la revelación que no podía quitarse de la cabeza.

El Conde Dooku pudo ganar la guerra de no ser porque la galaxia respondía ante el mando exclusivo de Palpatine, en vez de ser un conjunto de sistemas independientes, comercio libre y demás.

Pero ¿cómo?, se preguntó Shryne. *¿Cómo había podido pasar?*

¿Acaso la alianza de Palpatine con Vader había tenido como resultado la muerte del Elegido? ¿Acaso Vader, Darth Vader, había matado a Anakin Skywalker? ¿Habría hecho un trato con Palpatine, al que habría prometido poderes ilimitados a cambio de que le autorizase a matar al Elegido y exterminar a los Jedi, inclinando así a la galaxia hacia el Lado Oscuro?

¿Era de extrañar, entonces, que ahora huyeran a los confines del espacio conocido?

¿Y era de extrañar que Shryne careciera de energías para alterar el rumbo del sable láser de Vader? Había creído que la disminución de sus habilidades era un fracaso personal por haber perdido la fe en la Orden Jedi, por permitir que sus dos padawan murieran, por ser un esclavo del pensamiento, cuando en realidad la derrotada había sido la Fuerza que el Jedi conocía.

Se había apagado la llama.

Por un lado, eso significaba que la transición de Shryne a una vida normal podría tener lugar de forma más fluida de lo que había supuesto; a cambio, esa vida normal significaba existir en un mundo en el que reinaba el triunfo del mal.

* * *

En la antecámara de su retiro privado, Sidious, vestido con una túnica azul con capucha, caminaba en círculo ante la pared con ventanales. Vader estaba en pie, muy rígido en el centro de la sala, con las manos enguantadas cruzadas ante sí.

—Parece ser que te ocupaste de nuestro problemita en Alderaan, Lord Vader —dijo Sidious.

—Sí, Maestro. Ya no tiene que preocuparse por Fang Zar.

—Sé que debería sentir cierto alivio. Pero la verdad es que no estoy satisfecho del todo con el resultado. La muerte de Zar podría despertar simpatías en el Senado.

Vader se revolvió.

—No me dejó otro recurso.

Sidious se detuvo y se volvió hacia Vader.

—¿Ningún otro recurso? ¿Por qué no te limitaste a apresarlo, como te pedí?

—Cometió el error de intentar huir.

—Pero, ¿tú contra alguien como Fang Zar? No parece un combate muy igualado, Lord Vader…

—Zar no estaba solo —dijo Vader con veneno en la voz—. Pero si no le gusta la forma en que…

Sidious se le acercó, intrigado de pronto.

—Ah, ¿qué es esto? Dejas la frase sin terminar… como si no pudiera ver adónde conduciría. —La ira asomó a sus ojos amarillos—. ¡Como si no pudiera ver el pensamiento que se esconde tras ellas!

Vader no dijo nada.

—Puede que no estés disfrutando con tu actual posición en la vida, ¿es eso? Puede que te hayas cansado de cumplir mis órdenes. —Sidious lo miró fijamente—. Igual te consideras más apto que yo para ocupar el trono. ¿Es eso, Lord Vader? ¡Si es así, admítelo!

Vader permaneció en silencio un momento más, respirando profundamente.

—Yo sólo soy un aprendiz. Tú eres el Maestro.

—Es interesante que te hayas contenido para no llamarme tu Maestro.

Vader inclinó la cabeza ante Sidious.

—No quise decir nada así, Maestro mío.

Sidious sonrió burlón.

—Igual deseas golpearme. ¿Es eso?

—No, Maestro.

—¿Qué te impide hacerlo? Obi-Wan fue una vez tu Maestro, y estuviste preparado para matarlo. Aunque fallases.

Vader apretó el puño derecho.

—Obi-Wan no entendía el poder del Lado Oscuro.

—¿Y tú sí?

—No, Maestro. Todavía no. No del todo.

—¿Por eso no intentas acabar conmigo? ¿Porque yo poseo poderes que tú no tienes? —Sidious alzó los brazos, mostrando manos contraídas como garras, como si fuera a invocar relámpagos Sith—. ¿Porque sabes que puedo cortocircuitar fácilmente los delicados sistemas eléctricos de tu traje?

Vader no se movió.

—No temo a la muerte, Maestro.

Sidious sonrió malicioso.

—Entonces ¿por qué sigues viviendo, mi joven aprendiz?

Vader miró hacia él.

—Para aprender a hacerme más poderoso.

Sidious bajó las manos.

—Entonces, te lo preguntaré una última vez, Lord Vader. ¿Por qué no intentas matarme?

—Porque es mi camino al poder, Maestro —dijo Vader—. Porque le necesito.

Sidious frunció los ojos y asintió.

—Como yo necesité a mi Maestro… por un tiempo.

—Sí, Maestro —dijo por fin Vader—. Por un tiempo.

—Bien. Muy bien —dijo Sidious sonriendo con satisfacción—. Y ahora estás listo para liberar tu ira.

Vader evidenció confusión.

—Tus fugitivos Jedi, aprendiz —dijo Sidious—. Se dirigen a Kashyyyk. —Inclinó la cabeza a un lado—. Quizá piensan tenderte allí una trampa, Lord Vader.

Vader cerró las manos.

—Ése sería mi más ferviente deseo, Maestro…

Sidious agarró a Vader por los antebrazos.

—Pues ve a por ellos, Lord Vader. ¡Haz que lamenten no haberse escondido cuando tuvieron ocasión!

CUARTA PARTE

Kashyyyk

CAPÍTULO 36

Olee Starstone y los seis Jedi que se habían unido a ella en su cruzada esperaban, dentro del castigado transporte que una vez perteneció a una guarnición imperial de Dellalt, a que les concedieran permiso para entrar en el espacio de Kashyyyk. Los comandantes de la media docena de corbetas que componían el punto de control no rendían cuentas ante el distante Coruscant, sino ante el gobernador regional acuartelado en Bimmisaari.

Los Jedi habían hecho todo lo posible para hacer que la nave pareciera parte de un transporte militar excedente del ejército. Para ello, y gracias sobre todo a la tripulación de Jula, habían modificado los impulsores para que produjeran una nueva signatura, se le había alterado el perfil y reparado tanto los escudos defensivos como el conjunto de contramedidas defensivas. También habían eliminado la mayor parte de los cañones láser, además de muchos de sus avanzados sensores y escáneres, asegurándose así de que lo que quedaba se atenía a los estándares imperiales. Los androides de mantenimiento del *Bailarín Borracho* habían dado a la nave una capa de pintura rápida y les ayudaron a eliminar algunos de los asientos del centro para crear una cabina que sirviera de espacio comunitario.

Starstone creía que el aspecto de la nave se correspondía ahora con la falsa identidad adoptada por los Jedi, así como con las ropas que ahora llevaban y que les hacían parecer un pintoresco grupo de mercaderes espaciales.

La carlinga del transporte era lo bastante espaciosa como para acomodar a Starstone y a Filli Bitters, junto con Jambe Lu y Nam Poorf, miembros de los Cuerpos Agrícolas del Templo, que ahora se ocupaban de pilotar la nave, y el todavía invidente Deran Nalual, que se sentaba encogido en el estrecho puesto de comunicaciones.

Nadie había dicho ni una palabra desde que Nalual transmitió el código de autorización de la nave al piquete de corbetas. Filli estaba convencido de que la signatura alterada de los impulsores del transporte pasaría sin problemas, pero no estaba tan seguro del código de autorización, ya que llevaba poco tiempo falsificando códigos imperiales.

Starstone posó la mano en el hombro de Jambe, como diciendo: *Procura estar preparado para salir corriendo*.

Jambe estaba centrándose en el manillar cuando una voz oficiosa brotó de los altavoces de la carlinga.

—*Mercader Vagabundo*, tiene permiso para acercarse a Kashyyyk. El Control de Comercio le proporcionará las coordenadas para la entrada en la atmósfera y el aterrizaje.

—Entendido —dijo Deran al micrófono de sus cascos.

Jambe y Nam conectaron el motor subluz del transporte y empezaron a dirigirlo a través del cordón.

Starstone oyó el suspiro de Filli y se volvió hacia él.

—¿Estás bien?

—Ahora sí —dijo—. Estaba volando a ciegas con ese código.

—Creo que los dos estamos en ese barco —dijo Deran detrás de él.

Starstone tocó a Deran en el brazo y sonrió a Filli.

Éste le devolvió la sonrisa.

—Encantado de ayudarte.

Starstone aún no se había acostumbrado a los frecuentes y torpes requiebros de Filli. Pero, claro, ella ni siquiera era una principiante en ese campo. Consideraba absurda la idea de que el rebanador de pelo blanco sólo fuera un préstamo temporal del *Bailarín Borracho*. Shryne sólo empleaba a Filli para tener controlados a los Jedi, pero se negaba a permitir que eso la molestara. Si las capacidades rebanadoras de Filli podían ayudarla a encontrar Jedi fugitivos, mejor, aunque para ello tuviera que simular que se sentía halagada por sus atenciones, en vez de avergonzada. Cada vez le caía mejor, pero tenía claras sus prioridades, y entre ellas no estaba una relación así.

Ella no era Shryne.

Al principio, se había enfurecido con él y con su persuasiva madre, pero acabó dándose cuenta de que su enfado se debía al apego que sentía por él. Shryne tenía que seguir su propio sendero en la Fuerza, pese a que ella creía en lo contrario, y pese a que lo echaba de menos.

Lo malo es que, así, ella había acabado asumiendo el papel de líder. Tanto Siadem Forte como Iwo Kulka le habían cedido el mando sin dudar pese a ser Caballeros Jedi, pese a tener un rango superior. Claro que hasta Jambe y Nam tenían más rango que ella. Pero, como la búsqueda había sido idea suya, todos le habían concedido su aprobación tácita para que fuera quien planeara la misión.

Prueba evidente de lo desposeídos que se sentían todos, pensó ella.

Era una misión que no era una misión Jedi, pero que tenía un estrecho vínculo con el hecho de ser un Jedi.

Y hasta el momento la cruzada no había arrojado ningún resultado.

En todos los mundos visitados entre Felucia y Saleucami habían encontrado lo mismo: los Jedi se habían revelado como traidores a la República y habían sido ejecutados por los soldados clon que estaban bajo sus órdenes. Ninguno había sobrevivido. Y ay de quien lo hubiera conseguido, pues el sentimiento antijedi era común en todas partes, sobre todo en el Borde Exterior, entre las poblaciones que se vieron forzadas a participar en la guerra y que ahora se consideraban meros peones en una partida que los Jedi habían jugado para alcanzar el control de la República.

Motivo de sobra para que Shryne le dijera «te lo dije» la próxima vez que se vieran.

Y aunque sólo hubieran pasado pocas semanas estándar desde el final de la guerra, habían notado un cambio dramático. El Núcleo irradiaba miedo con la rápida difusión de los símbolos del Imperio. En mundos donde la paz debía haber ocasionado alivio, prevalecían la desconfianza y la sospecha. La guerra había acabado, pero seguía habiendo brigadas de soldados clon acuarteladas en centenares de mundos, tanto de antiguos separatistas como republicanos. La guerra había terminado, pero los controles de inspección imperial salpicaban las principales hiperrutas y sectores de salto. La guerra había acabado, pero seguían solicitándose reclutas para servir en las fuerzas armadas imperiales.

La guerra había acabado, pero la HoloRed apenas hablaba de otra cosa.

Starstone creía comprender el porqué: porque el Emperador sabía, en las profundidades de su negro corazón, que la próxima guerra no se libraría de fuera hacia dentro, sino de dentro hacia fuera. Que no pasaría ni una generación, mucho menos los diez mil años que Palpatine predijo que duraría el Imperio, antes de que la enfermedad que había arraigado en Coruscant infectara todos los sistemas de la galaxia.

Aun así, y por desesperada que fuera su misión, seguía contando con que los wookiees proporcionasen a los Jedi la esperanza que necesitaban para poder continuar. La información obtenida en la base de datos del radiofaro del Templo decía que había tres Jedi destacados en Kashyyyk: Quinlan Vos, Luminara Unduli y el propio Maestro Yoda, que, según Forte y Kulka, gozaba desde hacía tiempo de una gran relación de amistad con los wookiees.

Si había un planeta donde los Jedi pudieran sobrevivir a la orden de ejecución de Palpatine, ése era Kashyyyk.

—El mundo wookiee —dijo Nam mientras hacía descender la proa del transporte.

El planeta asomó a la vista, rematado de nubes, cuando no verde y azul. Docenas de enormes naves flotaban en su órbita, incluyendo los cascarones perforados de varias naves bélicas separatistas. Los transbordadores y las naves de desembarco emergían y descendían entre las densas nubes de Kashyyyk.

Jambe señaló a una nave separatista, escorada hacia estribor, con el vientre fuertemente agujerado por rayos de turboláser. Un par de naves que más parecían cuernos que naves espaciales estaban conectadas a ella por conductos umbilicales.

—Naves wookiee —dijo Jambe—. Estarán canibalizándola en busca de algo útil.

Filli se inclinó hacia los miradores para ver mejor.

—Cogen la tecnología inmigrante y la vuelven propia. Si les pagásemos los créditos suficientes, podrían construirnos una nave estelar de madera.

Starstone había oído antes algo parecido. Su habilidad manual era el principal motivo por el que los wookiees solían ser presa frecuente de traficantes de esclavos, especialmente de trandoshanos, sus reptilescos vecinos planetarios. Pero no era su habilidad manual lo que llevó a Kashyyyk a los separatistas, o a la Federación de Comercio antes que ellos. Su sistema no sólo estaba cerca de varias hiperrutas importantes, sino que además era un punto de entrada para todo un cuadrante espacial. Se decía que un gremio de cartógrafos wookiees llamado Claatuvac tenía mapas de rutas estelares que no aparecían en las cartas de navegación republicanas o separatistas.

La consola de comunicaciones tintineó con una serie repetitiva de tonos.

—La ruta del Control de Comercio —dijo Deran.

—Asegúrate de que entienden que queremos aterrizar cerca de Kachirho —dijo Starstone.

Deran asintió.

—Transmito nuestra petición. Traslado las coordenadas del rumbo a la consola de navegación.

Nam lanzó una mirada excitada por encima del hombro.

—Hace diez años que quiero visitar Kashyyyk.

—Medio Núcleo querría visitar Kashyyyk —dijo Filli—. Pero los wookiees no sirven a turistas.

—¿Cómo? ¿No hay hoteles de lujo? —dijo Jambe.

Filli negó con la cabeza.

—Igual tienen un detalle y nos proporcionan una tienda de campaña.

—¿Cuántas veces has estado aquí? —le preguntó Starstone.

Él lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—Diez, doce veces. Solemos venir entre trabajo y trabajo a vender tecnología usada.

—¿Puedes hablar su idioma? —preguntó Nam.

Filli se rió.

—Una vez conocí a un humano que podía ladrar un par de frases útiles, pero lo más que he conseguido decir yo es «gracias», y eso sólo funciona una de cada diez veces.

Starstone frunció el ceño.

—¿Tenemos un androide traductor o alguna clase de emulador?

—No lo necesitamos —dijo Filli—. Los wookiees tienen un equipo de personal de varias especies para que sirvan de intermediarios y les ayuden con el comercio.

—¿Por quién preguntamos? —dijo Starstone.

Filli lo meditó un momento.

—La última vez que estuve aquí, había un tipo llamado Garrote…

* * *

El *Mercader Vagabundo* inició su descenso a la aromática atmósfera de Kashyyyk, y la luz ambiental fue apagándose a medida que la nave atravesaba la cúpula de árboles de trescientos metros de alto hasta llegar a una zona de majestuosos riscos coronados con vegetación. Jambe y Nam ajustaron el rumbo y guiaron el transporte hasta una plataforma de aterrizaje construida en madera a la orilla de un lago. Elevándose majestuosa sobre la plataforma y el lago color aguamarina estaba la ciudad de Kachirho, consistente en un grupo de wroshyrs gigantes con balconadas a diferentes niveles.

Nam estuvo a punto de fallar el aterrizaje en su impaciencia por hacer realidad un sueño de diez años, pero nadie salió herido, a pesar de verse arrojado de un lado u otro. En cuanto dejaron la nave, Filli desapareció para buscar a Garrote.

Starstone miró maravillada a los árboles y los escarpados riscos. Dejando a un lado sus esperanzas de encontrar a Yoda, no podía evitar fijarse en el mundo wookiee, que hacía que los otros planetas que había visitado resultaran prosaicos en comparación.

Tan sólo el paisaje desde la exótica plataforma de aterrizaje resultaba impresionante, con naves yendo y viniendo y grupos de wookiees con sus intermediarios regateando con seres pertenecientes a docenas de especies. Se formaban montones de gigantescos troncos y tableros de madera de grano fino, y el aire estaba lleno con el profundo olor de la savia de los árboles, cargado con el zumbido de las serrerías cercanas. Androides obreros y de protocolo supervisaban la carga y descarga de mercancías movidas por reatas de banthas sin cuernos o por trineos flotantes exquisitamente construidos. Toda esta actividad quedaba oscurecida y empequeñecida por unos árboles que parecían llegar hasta el mismo espacio…

Starstone se había quedado sin aliento. El tamaño gargantuesco de todo hacía que se sintiera como un insecto. Seguía boquiabierta como una turista cuando volvió Filli, acompañado por un humano varón fornido, vestido con pantalones cortos y una camisa sin mangas. Si no era tan peludo como un wookiee, no era porque no lo intentara.

—Garrote —dijo Filli, a modo de presentación.

Garrote sonrió a todo el mundo por turnos, con gesto alegre pero claramente dubitativo, y Starstone no tardó en darse cuenta del porqué. Por mucho que ella y su banda de Jedi fugitivos se disfrazaran de mercaderes, e incluso hablaran como ellos, no conseguían soportar ser considerados como tales.

Literalmente.

—¿Es la primera vez que venís a Kashyyyk? —dijo Garrote.

—Sí —respondió Starstone por todos—. Y esperamos que no por última.

—Bienvenidos, entonces. —Miró el transporte, forzando una sonrisa—. Eso es un L-200, ¿verdad?

—Excedentes militares —dijo Filli rápidamente.

Garrote alzó una ceja.

—¡Ya! Tenía la impresión de que no había excedentes. —Filli iba a responderle, pero continuó hablando antes de que pudiera hacerlo—. No puede cargar muchas mercancías. ¿Tenéis arriba algún carguero?

—No hemos venido exactamente a comerciar —dijo Filli—. Más bien venimos en busca de información.

—Buscamos un catamarán Oevvaor —explicó Starstone.

Garrote pestañeó sorprendido.

—Entonces, más vale que tengáis la nave llena de créditos de aurodio.

—Nuestro cliente está dispuesto a pagar un buen precio.

Garrote se frotó la barba, que le llegaba al pecho.

—No es cuestión de precio, sino de disponibilidad.

—¿Fueron muy mal las cosas aquí? —preguntó Forte de pronto—. Me refiero a la guerra.

Garrote siguió la mirada del Jedi hasta la ciudad-árbol.

—Bastante mal. Los wookiees aún están de limpieza.

—¿Murieron muchos? —preguntó Nam.

—Uno solo ya es demasiado.

—¿Hubo Jedi implicados?

La pregunta de Jambe pareció detener en seco a Garrote.

—¿Por qué lo preguntas?

—Venimos de Saleucami —dijo Starstone, esperando tranquilizar así a Garrote—. Nos dijeron que los soldados clon mataron a varios Jedi durante la batalla.

Garrote la examinó.

—Yo no sé nada de eso. Yo estuve en Rwookrrorro durante casi todos los combates. —Señaló en una dirección—. Más allá de esa escarpadura.

El silencio recayó sobre los presentes.

—Bueno, veamos si puedo encontrar a alguien que sepa de catamaranes —dijo Garrote al fin.

Starstone se mantuvo en silencio hasta que se alejó el hirsuto intermediario.

—Creo que no ha ido muy bien —le dijo a Forte y a los demás.

—Eso no importa —dijo Iwo Kulka—. Kashyyyk no es Saleucami o Felucia. Estamos en territorio amigo de los Jedi.

—Es lo mismo que dijiste en Boz Pity… —empezó a decir Starstone cuando Filli la interrumpió.

—Garrote ha vuelto.

Starstone vio que venía acompañado de cuatro wookiees larguiruchos.

—Éstas son las personas de las que os hablé —le decía Garrote a los wookiees, en básico.

Antes de que Starstone pudiera abrir la boca para decir nada, los wookiees enseñaron los colmillos y enarbolaron las pistolas láser más raras que había visto en su vida.

CAPÍTULO 37

El destructor estelar *Exactor* y su hermano el *Executor* viajaban el uno al lado del otro, de eslora a eslora, formando un paralelogramo de blindaje y armamento.

La lanzadera negra de Vader recorría la corta distancia que había entre ellos.

Iba sentado en la fila delantera de asientos de la cabina de pasajeros, con su escuadrón de soldados de asalto detrás de él y los pensamientos más centrados en lo que le esperaba en Kashyyyk que en el encuentro al que se dirigía y que, sospechaba, era algo más que una formalidad.

Su última conversación con Sidious, que pese a haber tenido lugar semanas antes parecía haber sucedido ayer, le había dejado claro que su Maestro lo estaba manipulando ahora como lo había hecho antes de su conversión. Sidious quiso ganarlo para la causa Sith antes de la guerra y durante ella; desde entonces su objetivo era transformarlo en un Sith. Lo manipulaba para enseñarle que el poder del Lado Oscuro no nace de la comprensión, sino del apetito, de la rivalidad, de la avaricia y de la malicia.

Las mismas cualidades que los Jedi consideraban viles y corruptas. Para tener a sus pupilos a raya y que no exploraran las profundidades de su verdadera naturaleza; para contenerlos, no fueran a descubrir por su cuenta el auténtico poder de la Fuerza.

La ira conduce al miedo, el miedo al odio, el odio al Lado Oscuro.

Justamente, pensó Vader.

Ante la insistencia de Sidious, había pasado las últimas semanas aguzando su habilidad para invocar y utilizar la ira, y se sentía al borde de un aumento significativo de sus habilidades.

El espacio era apropiado para semejantes sentimientos, se dijo mientras clavaba los ojos en el mirador de la cabina. El espacio era más apropiado para los Sith que para los Jedi. Era la esclavitud invisible de la gravedad, el poder contenido en las estrellas, la completa insignificancia de la vida… En cambio, el hiperespacio era más apropiado para los Jedi: nebuloso, impreciso, incoherente.

Cuando la lanzadera atracó en la bodega del *Executor*, Vader guió a su contingente de soldados al exterior de la nave para descubrir que su anfitrión no había tenido la cortesía de estar presente para recibirlo. En su lugar había un contingente de tripulantes ataviados de gris, dirigido por un oficial humano llamado Darcc.

Que empiecen los juegos, pensó Vader, mientras permitía que el capitán Darcc lo escoltara hasta las entrañas de la nave.

El camarote al que acabó siendo conducido estaba en la parte superior de la torre cónica del destructor. Al entrar, Vader se encontró con su anfitrión sentado tras un brillante escritorio, claramente dudando si debía permanecer sentado o levantarse, si debía ponerse a la altura de Vader o continuar sugiriendo una apariencia de superioridad.

Su anfitrión sabría que, en cualquier caso, Vader preferiría permanecer en pie, por lo que no era probable que le ofreciera asiento. Que también supiera que era capaz de estrangularlo desde el otro lado del camarote debió de pesar de algún modo en su decisión.

¿Qué hacer? ,debía de pensar su anfitrión.

Y entonces se levantó, revelando a un hombre delgado de rasgos afilados, que dio la vuelta a su mesa con las manos agarradas a la espalda.

—Gracias por desviarse de su camino —dijo Wilhuff Tarkin.

La muestra de gratitud era inesperada. Pero si Tarkin pretendía prolongar el juego, Vader le seguiría la corriente, dado que al final todo se reducía a establecer el estatus de cada cual.

Así es como sería el Imperio, pensó. Una lucha entre hombres que aspiraban a llegar a la cumbre para sentarse a los pies de Sidious.

—El Emperador me lo solicitó así —dijo por fin Vader.

Tarkin frunció los delgados labios.

—Supongo que podemos atribuir al Emperador la habilidad de hacer que se conozcan seres con formas de pensar semejantes.

—O de enfrentarlos unos a otros.

Tarkin asumió una actitud más tranquila.

—Eso también, Lord Vader.

Tarkin tenía una mente tan afilada como sus pómulos, y había ascendido rápidamente en las filas del personal político y militar de élite que Palpatine acababa de reunir y en las que se cotizaba cara la ambición. Tanto que se había creado un nuevo título honorífico para Tarkin y los hombres ambiciosos como él: moff.

Vader lo había conocido una vez, a bordo de un destructor estelar clase Venator, en el lugar remoto donde se construía el arma secreta planetoide del Emperador. El traje de Vader era por aquel entonces muy reciente, y se sentía torpe, inseguro, entre mundos.

Tarkin se sentó en el borde de su mesa y sonrió.

—Puede que entre los dos consigamos determinar el motivo por el que el Emperador organizó este encuentro.

Vader cruzó los enguantados brazos ante sí.

—Sospecho que usted conoce más sobre el propósito de este encuentro que yo, moff Tarkin.

La sonrisa de Tarkin fue reemplazada por una mirada inquisitiva.

—Posiblemente podrá conjeturarlo, amigo mío.

—Kashyyyk.

—Bravo.

Tarkin activó una holoplaca situada sobre su escritorio. En el cono de luz azul que brotó de él apareció un baqueteado transporte de diseño militar moviéndose a través de un cordón de corbetas imperiales.

—Esto se grabó hace unas diez horas, en el punto de control del sistema de Kashyyyk. Como ya habrá adivinado, el transporte pertenece a los Jedi. Parece un modelo civil, pero no lo es. Hace unas semanas fue secuestrado en Dellalt, y fue objeto de una persecución que acabó con varios cazas imperiales destruidos. No obstante, hemos conseguido localizar sus movimientos desde entonces.

—Los ha estado siguiendo —dijo Vader con auténtica sorpresa—. ¿Está el Emperador al tanto de esto?

Tarkin volvió a sonreír.

—Lord Vader, el Emperador está al tanto de todo.

Pero no su aprendiz, pensó Vader.

—Ordené al personal del punto de control que ignorase el hecho evidente de que se había alterado la signatura del transporte, y que ignorase también que los códigos proporcionados por el transporte muy probablemente fueran falsos.

—¿Por qué no se limitaron a capturar a los Jedi?

—Teníamos nuestros motivos, Lord Vader. O quizá debería decir que los tiene el Emperador.

—¿Ahora están en Kashyyyk?

Tarkin paró la holoimagen y asintió.

—Pensamos que les negarían la entrada. Pero parece ser que alguien de a bordo está familiarizado con los protocolos comerciales de Kashyyyk.

Vader lo meditó un momento.

—Ha dicho que tenía sus motivos para dejar pasar al transporte por el punto de control.

—Sí, ahora voy a eso —dijo Tarkin, poniéndose en pie y empezando a pasear ante el escritorio—. Me doy cuenta de que usted, menos que nadie, no requiere ayuda para… llevar a los Jedi fugitivos ante la justicia. Pero quiero exponerle un plan mucho más amplio para que lo considere. Si acepta la propuesta, estoy en situación de conseguirle todas las naves, personal o material que considere necesarios.

—¿Cuál es esa propuesta, moff Tarkin?

Tarkin se detuvo y se volvió para mirar a Vader.

—Muy simple. Los Jedi son su prioridad, como debe ser. Y la verdad es que el Imperio no puede permitirse que unos rebeldes potenciales vaguen sin control. Pero… —alzó un índice huesudo— …mi plan permitirá que el Imperio obtenga un beneficio mucho más sustancial de sus esfuerzos.

Tarkin reactivó el holoproyector y dirigió su atención a una imagen del proyecto secreto del Emperador, anclado en la órbita de su escondrijo en el espacio. Vader sabía que el Emperador había encomendado a Tarkin la supervisión de ciertos aspectos de su construcción.

Pero era evidente que Tarkin buscaba algo más.

—¿Cómo puede influir mi cacería de unos pocos Jedi fugados en sus planes para el arma del Emperador? —preguntó Vader.

—Mis «planes» —dijo Tarkin, con una breve risotada—. Muy bien. Le diré la verdad. El proyecto anda muy atrasado. Ha sufrido problemas de ingeniería, retrasos en los envíos, contratistas poco fiables y, sobre todo, escasez de buenos trabajadores especializados. —Miró a Vader—. Debe entender, Lord Vader, que lo único que deseo es complacer al Emperador.

Éste es el verdadero poder de Sidious, pensó Vader. *La habilidad de conseguir que los demás sólo deseen complacerlo*.

—Daré eso por válido —dijo por fin.

Tarkin lo estudió.

—¿Estaría dispuesto a ayudarme a conseguir ese objetivo?

—Hay una posibilidad de ello.

Tarkin frunció los ojos y asintió de una forma que estuvo cerca de ser una inclinación respetuosa.

—Entonces, amigo mío, nuestra sociedad sólo acaba de empezar.

CAPÍTULO 38

Quieren entender por qué estáis tan interesados en saber si hubo aquí algún Jedi durante la guerra —explicó Garrote a Starstone y los demás, ante la mirada del cuarteto de wookiees armados.

—Simple curiosidad —dijo Filli, consiguiendo sólo provocar un gruñido a los cuatro.

—No se lo tragan —dijo Garrote innecesariamente.

Starstone miró los anchos cañones de broncio de las armas que, sospechaba, ella sólo podría levantar con la Fuerza, por no decir dispararlas. También se daba cuenta de que el enfrentamiento empezaba a llamar la atención de otros grupos. Humanos y alienígenas por igual interrumpían sus transacciones con intermediarios y wookiees y se volvían para mirar al transporte.

Decidió arriesgarlo todo limitándose a decir la verdad.

—Somos Jedi —dijo en voz lo bastante alta como para que la oyeran.

Por la forma en que los wookiees inclinaron sus enormes y peludas cabezas, se dio cuenta al instante de que la habían entendido. Mantuvieron preparadas y levantadas sus exóticas armas, pero, al mismo tiempo, su expresión suspicaz se suavizó un tanto.

Uno de ellos bramó un comentario a Garrote.

Éste se acarició la larga barba.

—Eso es más difícil de tragar que la explicación de que era simple curiosidad, ¿no crees? Sobre todo teniendo en cuenta que los Jedi han sido exterminados.

El mismo wookiee volvió a agachar la cabeza y a decir algo y, otra vez Garrote asintió, y centró la mirada en Starstone.

—Quizá de haber dicho que fuiste un Jedi, nos habrías convencido a los que estamos en el lado bueno de estas pistolas láser. Pero… —contó las cabezas— … no puedes decirme que los ocho sois Jedi. O los siete, porque sé que Filli no puede estar más lejos de ser un Jedi.

—Me refería a mí —dijo Starstone—. Soy un Jedi.

—Entonces ¿sólo eres tú?

—Está mintiendo —dijo Siadem Forte antes de que ella pudiera responder.

Dos de los wookiees ladraron con evidente desagrado.

Garrote miró a Forte y a Starstone.

—¿Mintiendo? Nos estáis confundiendo a todos, porque pensábamos que los Jedi siempre hablaban con la verdad.

Los wookiees hablaron entre sí y uno de ellos ladró un discurso a Garrote.

—Aquí, Guania, dice que habéis llegado en un transporte militar. Parecéis saber arreglároslas solos. Y como hacéis preguntas sobre los Jedi… cree que podéis ser cazadores de recompensas.

Starstone negó con la cabeza.

—Registrad el transporte. Bajo la consola de navegación encontraréis seis sables láser…

—Eso no significa nada —la interrumpió Garrote—. Podríais habérselos quitado a vuestras presas, tal y como hacía el general Grievous.

—Entonces ¿cómo podremos probarlo? —dijo Starstone—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Trucos con la Fuerza?

Los wookiees emitieron un cántico de aviso.

—En el improbable caso de que fuerais Jedi —dijo Garrote bajando la voz—, no sería buena idea hacer eso aquí, al descubierto.

Starstone se forzó a respirar hondo y miró a los wookiees.

—Sabemos que los Maestros Yoda, Luminara Unduli y Quinlan Vos vinieron aquí con brigadas de soldados. —Al ver en los profundos ojos pardos de los wookiees que tenía su atención, siguió hablando—. Nos hemos arriesgado mucho para venir aquí. Pero sabemos que el Maestro Yoda mantenía buenas relaciones con vosotros, y esperábamos que eso contase para algo.

Los wookiees no bajaron las armas, pero sí desconectaron su energía. Uno de ellos se inclinó hacia Garrote, el cual dijo:

—Lachichuk sugiere que continuemos esta conversación en Kachirho.

* * *

Starstone le pidió a Filli y Deran que se quedaran en la nave, y luego ella, Forte, Kulka y los demás siguieron a Garrote y los wookiees hasta el gargantuesco wroshyr situado en el centro de la ciudad-árbol de Kachirho. La actitud de Garrote cambió en cuanto dejaron la plataforma de aterrizaje.

—Creía que ninguno de vosotros había sobrevivido —le dijo a Starstone mientras caminaban.

—Estoy empezando a creer que somos los únicos —dijo ella con tristeza. Se llevó el canto de la mano a la frente y alzó la mirada hacia las enormes balconadas que dividían el árbol en niveles, algunas de las cuales evidenciaban señales de daños recientes.

—¿Sabes si algún Jedi murió aquí?

Garrote negó con la cabeza.

—Los wookiees no me han contado nada. Por un tiempo pareció que Kashyyyk tendría una guarnición de soldados clon propia, pero se fueron al apagarse las máquinas bélicas y los androides separatistas. Desde entonces, los wookiees han estado haciendo buen uso de todo lo que se quedó atrás.

—¿Buscando armas?

—Ya puedes apostar a que sí. Siguen teniendo enemigos, separatistas o no… Especies que buscan explotarlos.

Garrote condujo a todo el mundo a la base ahuecada del árbol, y una vez allí hasta un turboascensor que llevaba a los niveles superiores de Kachirho.

El turboascensor era semejante a todo lo que había visto desde que abandonaron la plataforma de aterrizaje: una fusión ingeniosa de madera y metal, con la tecnología que lo movía hábilmente oculta. Y su asombro no paraba de aumentar a cada nivel que dejaban atrás. Además de las plataformas exteriores que crecían del tronco como si fueran nudos, el árbol contenía amplias salas interiores, con resplandecientes suelos de parqué y paredes curvas adornadas con mosaicos de metal y madera. No parecía haber una línea recta en ninguna parte, y mirase donde mirase veía wookiees construyendo, tallando, lijando… tan dedicados a su trabajo como los Jedi a las tareas del Templo. Salvo que los wookiees no se habían esclavizado a la simetría o el orden, sino que dejaban que sus creaciones brotaran de forma natural de la madera. De hecho, parecían propiciar cierta clase de imperfección, detalles que atraían la vista y de los que brotaban toda una pared o una extensión de suelo.

Pasarelas y puentes cubiertos se entrecruzaban por el interior del árbol y aberturas irregulares llevaban al verde Kashyyyk al interior. En cada curva, cada escalera en espiral o parada de turboascensor, había una vista al lago, el bosque o los riscos verticales enmarcada por aberturas y grietas artísticamente labradas. La

carencia de color de Kachirho era compensado con lustre y una profunda pátina.
A unos cincuenta metros por encima del lago, los Jedi fueron conducidos a una especie de sala de control central que se asomaba a las resplandecientes aguas y que quizá fuera el ejemplo más puro de la habilidad wookiee para combinar elementos orgánicos y tecnológicos. Monitores de consola y holoproyectores mostraban la plataforma de aterrizaje desde diversos ángulos, además de las operaciones de carga en órbita.
Una vez llegaron allí, sus escoltas intercambiaron gruñidos y bufidos, rugidos y gañidos con otros dos wookiees, uno de los cuales era el más alto que había visto Starstone.
—Ése es Chewbacca —dijo Garrote, presentando al más bajo de los dos—. Y éste es Tarfful, uno de los jefes de guerra de Kachirho.
Starstone se presento a sí misma y a los demás Jedi y luego se sentó en un taburete hermosamente tallado y pensado para seres de tamaño humano. Se llevaron a la sala más taburetes similares, junto con blandos asientos acolchados y platos de comida.
Mientras todo esto tenía lugar, Tarfful y Chewbacca fueron informados de la situación por Lachichuk. Broches de broncio sujetaban el largo pelo del jefe en coletas gruesas como cuerdas que le llegaban hasta la cintura. Las correas que le rodeaban el pecho se unían en un peto muy adornado. Chewbacca, cuyo pelo negro tenía las puntas color canela y para nada era tan largo como el de Tarfful, llevaba un peto más sencillo y que la joven Jedi pensó que podía hacer las veces de bandolera de munición.
Cuando todo el mundo estuvo sentado y los wookiees terminaron de conversar entre sí, Garrote dijo:
—El jefe Tarfful comprende y aplaude el valor que habéis mostrado viniendo a Kashyyyk, pero le duele tener que informaros de que sólo dispone de malas noticias para vosotros.
—¿Están… muertos? —preguntó Starstone.
—Se cree que el Maestro Vos murió por la andanada de un tanque. El Maestro Unduli por disparos láser.
—¿Y el Maestro Yoda? —preguntó en voz baja.
Tarfful y Chewbacca se enzarzaron en una larga conversación, casi un debate, antes de dirigirse a Garrote, cuyas cejas se alzaron por la sorpresa.
—Parece ser que Yoda escapó de Kashyyyk en una cápsula de evacuación. Aquí, Chewbacca, dice que lo llevó en hombros hasta la cápsula.
Starstone se puso en pie, casi tirando una bandeja de comida.
—¿Está vivo?
—Podría estarlo —dijo Garrote al cabo de un momento—. Cuando se fue el último de los soldados clon, los wookiees registraron el espacio local buscando la cápsula, pero no captaron su radiofaro de salvamento.
—¿La cápsula tenía capacidad hiperespacial?
Garrote negó con la cabeza.
—Pero pudo recogerla alguna nave.
Los wookiees conversaron entre sí.
Garrote escuchó atentamente.
—Hay una posibilidad.
Starstone miró a Tarfful.
—¿Qué te hace pensar eso?
Garrote se pasó la mano por la boca.
—El senador wookiee Yarua informó de que en Coruscant había rumores de que Yoda lideró un ataque contra el Emperador Palpatine en la mismísima Rotonda del Senado.
—¿Y?
—El mismo rumor decía que lo mataron.
—El Maestro Yoda no pierde —dijo Siadem Forte desde su taburete.
Garrote le devolvió un asentimiento compasivo.
—Muchos de nosotros solíamos decir eso mismo sobre los Jedi.
Starstone rompió el silencio que cayó sobre la sala de control.
—Si el Maestro Yoda está vivo, hay esperanza para todos. Nos encontrará antes de que nosotros lo encontremos a él.
Se sentía renovada, nuevamente esperanzada.
—Tarfful pregunta qué planeáis hacer ahora.
—Supongo que seguir buscando —dijo Starstone—. El Maestro Kenobi estaba en Utapau, y aún no tenemos noticias suyas.
Tarfful emitió lo que parecía un gruñido mantenido.
—Se sentirá muy honrado ofreciéndoos un refugio seguro en Kashyyyk, si así lo deseáis. Los wookiees pueden haceros pasar por unos clientes muy importantes.
—¿Harían eso por nosotros? —preguntó Starstone a Tarfful.
Su respuesta fue lastimera.
—Los wookiees tienen una gran deuda con los Jedi —tradujo Garrote—. Y nosotros siempre honramos nuestras deudas.
Una de las consolas emitió una señal, y Garrote y los wookiees se reunieron alrededor de una pantalla empotrada. La expresión del humano era muy seria cuando se volvió hacia los Jedi.
—Un transporte de tropas imperial desciende a la plataforma de Kachirho.
El rostro de Starstone perdió el color.
—No debimos venir aquí —dijo de pronto—. ¡Os hemos puesto en peligro a todos!

CAPÍTULO 39

Cuando Garrote volvió a la plataforma de aterrizaje, la situación ya empezaba a estar fuera de control. Rifles láser alzados y enfrentados a más de un centenar de wookiees muy indignados, dos escuadrones de soldados desplegados alrededor del transporte en el que habían llegado a Kachirho, aparcado a quizá medio kilómetro de donde estaba aparcado el transporte de los Jedi.

—¿O van a decirnos que sus armas son todo el permiso que necesitan? —le decía un oficial intermediario humano al comandante de las tropas cuando llegó Garrote.

La armadura del oficial estaba manchada de verde y llevaba una falda corta de campaña. El arma de su cadera seguía enfundada, pero su voz aumentada por el altavoz interno estaba preñada de amenaza.

—Tenemos autorización del Mando y Control del Sector Tres. Si tenéis alguna queja, presentadla al gobernador regional.

—Comandante —dijo Garrote en tono deferente—, ¿en qué puedo ayudarle?

El oficial hizo un gesto general en dirección a los wookiees allí congregados.

—Sólo si puede hacer que una de esas bestias responda a mis preguntas.

Ladridos de altos decibelios y rugidos de furia se alzaron en la multitud.

—Igual prefiere buscar una forma más educada de referirse a los indígenas de Kashyyyk, comandante.

—No estoy aquí para ser diplomático —respondió el oficial desde detrás de su casco con visor en forma de T—. Que aúllen todo lo que quieran. —Miró a Garrote—. Identifícate tú.

—Me conocen como Garrote.

—¿Cuáles son tus tareas aquí?

—Ayudo en el comercio. Probablemente podría prepararle una buena selección de productos, si le interesa.

—¿Qué podría hacer yo con esa leña?

—¿Cómo? ¿No hacen hogueras?

La multitud ladró con carcajadas.

El comandante se llevó a la pistola la mano enguantada.

—Muy pronto habrá suficientes hogueras, *Garrote*. Y podrás verlas sin problemas.

—No sé si entiendo lo que quiere decir, comandante.

El oficial ajustó su postura, preparándose para la acción.

—Kashyyyk da refugio a enemigos del Imperio.

Garrote negó con la cabeza.

—Si aquí hay enemigos del Imperio, los wookiees lo desconocen.

—Aquí hay Jedi.

—¿Quiere decir que se les escaparon algunos?

El comandante alzó la mano izquierda y golpeó en el pecho a Garrote con el índice.

—O se rinden de inmediato ante nosotros o destrozamos este lugar, empezando por ti. —Los soldados comenzaron a desplegarse ante una señal suya—. ¡Registrad la zona de aterrizaje y la ciudad-árbol! ¡Todos los que no sean indígenas deberán ser arrestados y traídos aquí!

Los wookiees emitieron un coro de ensordecedores aullidos.

Garrote retrocedió fuera del alcance del puño blindado del comandante.

—No les gusta que la gente ensucie la ciudad.

—He acabado contigo —dijo el comandante sacando la pistola.

Pero apenas esas palabras escaparon por el vocalizador del casco cuando un wookiee saltó hacia delante, le quitó el arma de la mano y lo arrojó contra el transporte de tropas con tanta fuerza que se quedó en la mano con la armadura del antebrazo y el codo.

Al mismo tiempo, varios clarines wookiees resonaron en la distancia.

Los soldados se volvieron, cubriéndose unos a otros cuando la multitud allí reunida empezó a avanzar hacia ellos.

Un ruido chirriante llenó el cielo occidental. Dos fragatas descendieron de la copa de los árboles para reforzar a los escuadrones de vanguardia y los soldados se precipitaron desde sus bodegas haciendo rapel.

Los recién llegados corrieron hasta la plataforma de aterrizaje parándose en seco al oír el siseo familiar de sables láser encendiéndose.

En el centro de media docena de Jedi enarbolando sables láser había una joven de cabellos negros con el arma colocada a la altura de su hombro derecho.

—Creemos que nos buscáis —dijo.

* * *

Vader estaba en el puente del *Exactor*, contemplando al distante Kashyyyk por los miradores de proa. El comandante Appo se acercó a él desde uno de los monitores de control.

—Lord Vader, ha empezado el conflicto. Los comandantes al mando esperan sus órdenes.

—Llámelos a todos, comandante, y únase a mí en la sala de mando.

Vader dejó el puente y entró en una cabina adyacente cuando las holoimágenes empezaban a definirse sobre un anillo de varios holoproyectores. Appo cruzó la escotilla tras él y se detuvo fuera del perímetro del anillo.

Los miembros del nuevo almirantazgo del Emperador eran humanos, e iban ataviados con pantalones y chaquetas ajustadas. Todos habían sido informados de que debían tratar a Vader con el mismo respeto que mostraban al Emperador, pero Vader podía ver en sus rostros fantasmales que aún no se habían formado una opinión sobre él. ¿Era hombre o máquina, o algo a medio camino? ¿Era clon, apóstata Jedi o Sith?

Kashyyyk les dirá todo lo que necesitan saber, pensó Vader.

Soy algo a lo que se debe tener miedo.

—Comandantes, quiero que posicionen sus fuerzas para cubrir los principales centros de población. —Un holomapa brotó de un holoproyector situado fuera del anillo, mostrando la totalidad de Kashyyyk y detallando las ciudades-árbol de Kachirho, Rwookrroro, Kepitenochan, Okikuti, Chenachochan y otras—.

Además, quiero cruceros Interdictor destacados para impedir que alguna nave pueda saltar al hiperespacio.
—Almirante Vader —dijo uno de los hombres—. Los wookiees no tienen armas ni escudos defensivos planetarios. Un bombardeo orbital simplificaría mucho las cosas.
Vader decidió no comentar el equivocado título honorífico.
—Quizá sería así, comandante, de ser esto un ejercicio de exterminación. Pero, dado que no lo es, seguiremos mi plan.
—He tenido experiencias con los wookiees —dijo otro—. No aceptarán el cautiverio sin luchar.
—Espero que haya lucha, comandante —dijo Vader—. Pero quiero que se coja con vida a todos los que sea posible. Machos, hembras, crías. Ordenen a sus tropas que los empujen fuera de las ciudades-árbol hasta espacios abiertos. Y luego empleen cualquier medio a su alcance para desarmarlos y someterlos.
—Kashyyyk alberga a muchos mercaderes —dijo un tercero.
—Bajas de guerra, comandante.
—¿Pretende ocupar el planeta? —preguntó el mismo.
—Ésa no es mi intención.
—Discúlpeme, señor, pero, entonces, ¿qué se supone que vamos a hacer con decenas de miles de wookiees cautivos?
Vader se enfrentó al que lo había desafiado.
—Conducirlos a los calabazos y mantenerlos encerrados hasta que acepten su derrota. Entonces recibirán nuevas órdenes.
—¿De quién?
—Mías, comandante.
El oficial cruzó los brazos en gesto de desafío.
—¿Suyas?
—Parece tener algún problema con eso. ¿Desea hablarlo con el Emperador?
El oficial adoptó rápidamente una pose más militar.
—No, claro que no… Lord Vader.
Mucho mejor, pensó Vader.
—¿Dónde estará usted, Lord Vader? —preguntó el primero.
Vader los miró a todos antes de contestar.
—Mi tarea no les concierne. Ya tienen sus órdenes. Ahora, cúmplanlas.

* * *

Por mucho que intentara convencerse de que sus actos estaban justificados, que el ejército clon se había convertido no sólo en enemigo de los Jedi, sino en enemigo de la democracia y la libertad, Starstone seguía sin poder entregarse completamente al combate. Los soldados habían sido criados para servir a la República y habían sido tan víctimas de la traición de Palpatine como los Jedi. Y ahora morían a manos de quienes habían ayudado a crearlos.
Esto está mal, está mal, se decía.
Pero era evidente que el concepto de ironía trágica no estaba incluido en la programación de los clones. Los soldados querían matarla. Sólo la resplandeciente hoja azul de su sable láser se interponía entre ella y una muerte segura.
Los primeros soldados que habían tocado tierra ya estaban muertos, por pistolas láser, dardos de ballesta, mandobles de sable láser, golpes de porras de guerra y algún puño peludo y gigante. Pero del cielo descendían más y más naves imperiales: fragatas, transportes de tropas, decenas de plataformas biplaza. Y lo peor era que se decía que el ataque no estaba limitado a Kachirho, sino que tenía lugar en todas las ciudades-árbol del planeta.
Si los rumores eran ciertos, los Jedi no eran lo que se buscaba con el ataque. Estaban utilizando su presencia para justificar una invasión a gran escala. Y el hecho de que las fuerzas imperiales no hubieran iniciado bombardeos orbitales le decía que el objetivo final no era cometer un especiecidio.
Los soldados tenían órdenes de no hacer muchas bajas, sino de volver con prisioneros.
Starstone se consideraba responsable de ello. Por inevitable que pudiera ser la invasión, había proporcionado al Imperio una excusa para invadirlos. Forte y Kulka se equivocaron al cederle el liderazgo. No era una Maestra. Debió escuchar a Shryne.
El entorno de riscos y árboles dificultaba que las naves grandes flotaran o aterrizaran fuera del perímetro de la plataforma de aterrizaje. El lago situado ante Kachirho era lo bastante amplio como para acomodar un destructor estelar clase Victoria, pero la subsiguiente ofensiva implicaría que los soldados llegaran a la costa, tal y como intentaron hacer los separatistas, y Kachirho, con sus casi cuatrocientos metros de altura, era una fortaleza formidable.
Los árboles wroshyr eran fortalezas naturales que no sólo se mostraban inmunes a los disparos de los láser corrientes, sino que proporcionaban cientos de plataformas defensivas. Y, lo que era más importante, los árboles con miles de años de vida no eran fáciles de quemar, por no decir de desarraigar o derribar. A las fuerzas imperiales les esperaba una cruenta batalla al no poder emplear los turboláseres y deberían resignarse a sufrir unas bajas masivas.
A juzgar por el modo en que habían desplegado las fragatas y los transportes de tropas, los comandantes al cargo contaban con el hecho de que los wookiees carecían de armas de largo alcance y poca cosa en el terreno de la defensa antiaérea. No habían tenido en cuenta las miles de máquinas bélicas abandonadas por fuerzas separatistas y republicanas por igual a raíz de la feroz batalla en el archipiélago Wawaatt: tanques androides, plataformas de misiles y androides araña y cangrejo, andadores todo terreno y destructores. Y ahora los wookiees estaban utilizando lo rescatado.
Las fragatas imperiales no podían descender por debajo de la copa de los árboles sin arriesgarse a ser derribadas del cielo por la artillería subida a las plataformas más elevadas de Kachirho, o por revoloteadores con cañones láser incorporados. Más cerca del suelo, las fragatas que consiguieran esquivar el fuego antiaéreo se encontraban asediadas por enjambres de catamaranes con lanzacohetes y láseres de repetición.
Los soldados que intentaban bajar de las naves haciendo rapel eran alcanzados por andanadas de dardos de ballesta, disparos láser de rifles más altos que Starstone y ocasionales bandas de wookiees que saltaban de las plataformas de la ciudad-árbol columpiándose en lianas trenzadas. Los pocos soldados que sobrevivían a los ataques aéreos y tocaban el suelo se enfrentaban al fuego concentrado procedente de los árboles, a granadas y a lluvias de restos al rojo vivo que caían sibilantes de las copas de los árboles.
Starstone y los otros Jedi seguían luchando al lado de Tarfful, Chewbacca y cientos de guerreros wookiees, en la caótica refriega de la plataforma de aterrizaje. Las hembras wookiees usaban escudos tallados y extrañas pistolas y luchaban con tanta ferocidad como los machos, y muchos de los mercaderes de fuera del planeta empezaron a participar también en la contienda al darse cuenta de que el Imperio no tenía ninguna intención de perdonarles la vida. Armas hábilmente ocultas en transportes y naves de desembarco disparaban contra todo lo que escapaba a los wookiees, y empezaban a llegar transbordadores que trataban de poner a salvo a familias enteras de wookiees.
En las zonas donde la lucha disminuía, muchas hembras y niños wookiees se retiraban hacia la ciudad-árbol, o abandonaban los niveles inferiores de Kachirho buscando refugiarse en el bosque.
Starstone se preguntó cuánto estaba dispuesto a arriesgar el Imperio. ¿Habían pensado los esbirros de Palpatine que los wookiees, ante la idea de caer prisioneros, podrían abandonar sus ciudades arborícolas y convertirse en una fuerza rebelde que no se parecía en nada a lo que se hubiera enfrentado antes el Gran Ejército?

El pensamiento le proporcionó un momento de solaz.

Entonces vio algo que le aceleró el corazón.

Al sentir su distracción, Forte y Kulka siguieron su mirada hasta los niveles medios de Kachirho, donde una lanzadera imperial negra se disponía a aterrizar en una de las enormes balconadas de la ciudad-árbol.

—Es Vader —dijo Starstone cuando le preguntaron los dos Jedi.

—¿Estás segura? —dijo Forte.

Ante el asentimiento de ella, Kulka señaló con un gesto la lucha circundante.

—Esto es más por nosotros de lo que llegaran a imaginar nunca los wookiees.

Starstone cerró un momento los ojos y se obligó a respirar hondo.

—Entonces nos corresponde hacer que esto sea por Vader.

CAPÍTULO 40

Chewbacca guiaba un éxodo de mujeres y niños fuera de los niveles inferiores de Kachirho, mientras pensaba en su familia en la distante Rwookrrorro, que también parecía estar asediada. Rwookrrorro estaba a varios días de distancia a pie, pero sólo a minutos viajando en nave. Llegaría allí de un modo u otro.

Vio que, de pronto, los seis Jedi que habían luchado a su lado buena parte de una hora local pasaban corriendo por su izquierda en dirección al wroshyr central de Kachirho. Chewbacca alzó la mirada y no vio ninguna amenaza importante, salvo una lanzadera clase Theta víctima de un fuerte fuego cerrado mientras intentaba plegar las alas y aterrizar en una de las balconadas de la ciudad-árbol.

Más arriba, el cielo estaba entrecruzado por disparos láser y estelas de humo, todavía lleno de lanzaderas, siniestro reflejo de lo sucedido semanas antes, cuando los separatistas iniciaron su invasión. Los revoloteadores wookiees y toda clase de naves mercantes se enfrentaban a las naves imperiales, pero el resultado era evidente.

El gran número de fragatas en descenso revelaba que en órbita debía de haber una flota importante de naves capitales. Pese al éxito de los wookiees en repeler la primera oleada, sólo era cuestión de tiempo que algún destructor estelar abriera fuego. Y que Kashyyyk acabara cayendo.

Todo el que considerara a los Jedi responsables de haber provocado la invasión del Imperio no comprendía la naturaleza del poder. En cuanto los soldados de la brigada del comandante Gree se volvieron contra Yoda, Unduli y Vos, tanto Chewbacca como Tarfful y los ancianos de Kachirho se dieron cuenta de la verdad: pese a su retórica sobre impuestos, comercio libre y descentralización, no había ninguna diferencia entre la Confederación y la República. La guerra no era más que una lucha entre dos males, con los Jedi atrapados en medio por su equivocada lealtad a un gobierno al que debían haber abandonado y a un compromiso que se imponía a su juramento de servir a la Fuerza por encima de todo.

Si había alguna diferencia entre los separatistas y los recién nacidos imperialistas, era que los segundos necesitaban legitimizar su invasión y ocupación, no fuera a ser que otras especies amenazadas se rebelaran mientras aún tenían oportunidad.

Pero un planeta podía caer sin que su especie fuera derrotada; un planeta podía ser ocupado sin que se encerrara a su especie.

Eso era lo que diferenciaba a Kashyyyk de los demás mundos.

Los wookiees bajaban por las escaleras de la ciudad y cruzaban los puentes, con bolsas a la espalda y la cadera llenas de comida y raciones de supervivencia, para desaparecer en la espesa vegetación que rodeaba el lago. Los ataques por sorpresa de los esclavistas trandoshanos les habían obligado a crear y mantener centenares de rutas de evacuación llenas de suministros que nacían en Kachirho para abrirse paso entre saledizos de piedra hasta los bosques que había más allá.

Además, hasta los wookiees de doce años, recién salidos de sus ceremonias hrrtayyk de paso a la edad adulta, sabían cómo construir refugios con ramitas, fabricarse ropa con tallos de hojas gigantes y hacer cuerdas. Sabían qué plantas e insectos eran comestibles, dónde había manantiales de agua fresca y en qué zonas acechaban reptiles peligrosos o felinos depredadores.

Pese a todos los elementos tecnológicos incorporados a su vida, los wookiees nunca se apartaron del gran bosque de Kashyyyk, que por sí solo podía proveerles de todo lo que necesitaran para sobrevivir, durante todo el tiempo que hiciera falta.

* * *

La lanzadera de Vader, blanco de un inesperado fuego antiaéreo, buscó la más grande de las balconadas arborícolas, alzando sus potentes escudos defensivos, con los láseres cuádruples escupiendo incesantes disparos contra una pareja de baterías androides instaladas por los wookiees en su enorme fortaleza árbol. Los disparos de las armas delanteras de la lanzadera redujeron a escoria fundida la plataforma de misiles, mordiendo además las columnas y vigas de madera de la balconada y llenando el aire de astillas duras como clavos. Las explosiones dispersaron a gran distancia los cuerpos de los peludos defensores de Kachirho. Algunos de ellos arrojados fuera de la plataforma para caer al suelo cien metros más abajo.

En la carlinga de la baqueteada lanzadera, Vader recibía la holoimagen de uno de sus comandantes.

—Nuestros ataques a discreción están siendo rechazados por todo el planeta, Lord Vader. Como creía haber dejado claro, los wookiees no se toman a la ligera la posibilidad de convertirse en esclavos. Ya están abandonando las ciudades-árbol y refugiándose en el bosque. Si se internan lo suficiente en él, necesitaremos meses, quizá años, para encontrarlos y arrancarlos de allí. Y, en ese caso, el coste será enorme en material y vidas.

Vader apagó el audio del holoproyector y miró al asiento contiguo donde estaba el comandante Appo.

—¿Está usted de acuerdo, comandante?

—Ya estamos perdiendo demasiados soldados —contestó sin titubear—. Conceda permiso a los comandantes navales para que inicien un bombardeo quirúrgico desde órbita.

Vader lo meditó un momento. No le gustaba equivocarse, y mucho menos admitir que estaba equivocado, pero no veía otra salida.

—Puede iniciar el bombardeo, comandante, pero asegúrese de dejar Kachirho para el final. Tengo aquí asuntos pendientes.

Cuando la holoimagen se desvaneció, Vader se volvió para mirar por la pequeña tronera de la carlinga, meditando en el paradero de sus presas Jedi y en la clase de trampa que podían haberle tendido. La idea de enfrentarse a ellos azuzaba su impaciencia y su rabia.

La lanzadera se posó con las alas plegadas en la plataforma, con dureza y los disparos de las armas wookiees rebotando en su fuselaje. Una vez extendida la rampa de descenso, Appo y sus soldados salieron fuera, seguidos por Vader que desviaba con la hoja los disparos procedentes de todas partes.

Tres soldados cayeron antes de que pudieran recorrer dos metros fuera de la rampa.

Los wookiees disparaban desde barricadas improvisadas y apostados en vigas en lo alto de la balconada. El piloto clon elevó la lanzadera con los repulsores y la hizo girar en un ángulo de 180 grados, barriendo la zona con fuego láser. Al mismo tiempo, dos wookiees con cargas de metralla al hombro salieron de su refugio para arrojar los explosivos a la escotilla abierta de la lanzadera. Una explosión ensordecedora reventó una de sus alas e hizo que la nave resbalara y se deslizara hasta el mismo borde de la balconada.

Vader contraatacó, caminando entre crecientes llamaradas para llevar la lucha a los wookiees. Su hoja carmesí se movía a derecha e izquierda, desviando disparos láser y amputando extremidades y cabezas. Los wookiees saltaban y aullaban, enseñaban los colmillos y agitaban los largos brazos, intentando mantener sus posiciones, pero nunca se habían enfrentado a algo como él, ni siquiera en las más oscuras profundidades del bosque primigenio de Kashyyyk.

Vader era tan alto como algunos de ellos y avanzó, traspasando escudos de guerra intrincadamente tallados, haciendo volar pistolas y ballestas, prendiendo fuego a abrigos peludos y dejando más de una veintena de cuerpos a su paso.

Hizo una seña a Appo y los otros soldados para que avanzaran cuando un fogonazo de refulgente luz azul atrajo su atención y se volvió hacia su origen.

Seis Jedi emergieron de un puente cubierto anclado al centro del tronco del árbol gigante, desviando los disparos láser de los soldados a medida que atacaban, haciendo con los hombres de Appo lo que Vader acababa de hacerle a los wookiees.

En medio de la ofensiva, tres Jedi corrieron para enfrentarse a Vader.
Él reconoció a la mujer pequeña y de cabellos negros que iba entre ellos e inclinó la hoja en señal de saludo.
—Me has ahorrado el esfuerzo de buscarte, padawan Starstone. Estos otros deben de ser los que llamaste al acceder al radiofaro del Templo.
Los ojos oscuros de Starstone se clavaron en él.
—Has profanado el Templo con sólo entrar en él.
—Más de lo que crees.
—Entonces, también pagarás por eso.
Vader inclinó el sable láser ante él, apuntándolo ligeramente hacia abajo.
—Estás muy equivocada, padawan. Serás tú quien pague.

CAPÍTULO 41

Antes de que Starstone pudiera moverse, Siadem Forte e Iwo Kulka se adelantaron a ella y atacaron.

Al igual que otros muchos Caballeros Jedi, los dos estaban familiarizados con las historias de lo sucedido en Geonosis, cuando Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker se enfrentaron al Conde Dooku. Por ello, Forte y Kulka atacaron en equipo, empleando cada uno un estilo de lucha con sable láser completamente diferente, decididos a desequilibrar a Vader.

Éste se limitó a quedarse parado como una estatua, con la hoja inclinada hacia el suelo hasta el mismo instante en que los dos Jedi desataron su ataque.

Y entonces, cuando las tres hojas chocaron en un fogonazo de deslumbrante luz y chirriantes sonidos de estática, se movió.

Forte y Kulka era duelistas experimentados, pero Vader no sólo era más rápido de lo que Starstone recordaba de cuando luchó en Murkhana con la Maestra Chatak, sino también más ágil. Empleó su impresionante poder para acabar rápidamente con el elegante floreo de sus contrincantes, que retrocedieron ante los aturdidores mandobles de la hoja brillante como la sangre.

Los dos Jedi intentaron una y otra vez alterar su estilo, pero Vader tenía un contraataque para cada embate, parada y réplica. Su estilo empleaba elementos de todas las formas de esgrima, incluso de las más difíciles y peligrosas, y sus movimientos era repentinos e impredecibles. Además, su notable presciencia le permitía anticiparse a los planes y maniobras de Forte y Kulka, por lo que su hoja siempre iba un paso por delante de las de ellos, a pesar de empuñarla a dos manos.

Jugó con los Jedi y arañó a Forte en el hombro izquierdo y luego en el muslo derecho; a Kulka le pinchó ligeramente en el abdomen, para luego arrancarle la carne del lado derecho del rostro.

Al ver a los dos Caballeros Jedi caer de rodillas, con muecas de dolor, la padawan Klossi Anno echó a correr de su posición, donde ayudaba a Jambe y Nam contra los soldados, y llegó hasta Vader un momento antes que Starstone.

Vader saltó a un lado y la golpeó en la espalda con el sable, haciéndola atravesar toda la balconada; entonces se volvió hacia Forte y Kulka cuando éstos se ponían en pie trabajosamente y los decapitó. Jambe y Nam atacaron a Vader por la espalda, pero ninguno de ellos era un combatiente experimentado y fueron prontamente eliminados de la lucha; Vader le amputó el brazo derecho a Jambe y la pierna izquierda a Nam.

Starstone se dio cuenta, para su horror, de que se había quedado a solas con Vader, el cual hizo una seña a sus soldados para que se la dejaran para él solo y se concentraran en matar a los pocos wookiees que quedaban en el nivel.

—Ahora tú, padawan —dijo, mientras empezaba a moverse a su alrededor.

Starstone llamó a la Fuerza y cayó sobre él como una furia, golpeando salvaje y repetidamente, y con ira. Al cabo de unos momentos comprendió que Vader se limitaba a dejar que se desahogara, tal y como solía hacer el maestro de esgrima del Templo con los estudiantes, haciéndoles creer que lo obligaban a retroceder cuando en realidad sólo los animaba a cansarse antes de desarmarlos con un rápido movimiento.

Así que retrocedió, cambiando de estrategia y calmándose.

Vader es muy alto, impone… Pero igual puedo sortear su guardia como hizo la Maestra Chatak…

—Tus pensamientos te delatan, padawan —dijo él de repente—. No debes tomarte tu tiempo para pensar. Debes actuar movida por el impulso. No reprimas tu ira, ¡entrégate a ella! Utilízala para derrotarme.

Starstone fingió un ataque, dio un paso a un lado y le golpeó.

Él empuñó el sable láser con una sola mano parando el mandoble y contraatacando. Ella se apartó justo a tiempo, pero él no se detuvo y siguió atacando, respondiendo a los mandobles progresivamente frenéticos de su contrincante con otros más potentes, empujándola inexorablemente hacia el borde de la balconada.

Él movía la hoja con precisión, con economía, obligándola a retroceder más y más…

Ella se sentía como si combatiera con un androide, pero un androide programado para contrarrestar todas sus estratagemas. Se agachó para evitar un mandoble lateral de la hoja escarlata y saltó a un lugar seguro.

Pero sólo por un momento.

—Pareces nerviosa, padawan.

El sudor le escocía en los ojos. Starstone intentó concentrarse en la Fuerza. Al mismo tiempo fue vagamente consciente de que había un nuevo sonido en el aire que destacaba sobre el caos de la batalla que se desarrollaba abajo. Y, entonces, una nave familiar descendió de golpe para pararse al lado de la tullida balconada y de su escotilla saltaron dos figuras igualmente familiares aunque la nave siguiera sin aterrizar.

Al mismo tiempo, y como si se moviese con voluntad propia, el mango manchado de sangre del sable láser del Maestro Forte saltó del suelo de la balconada, pasó silbando junto al rostro enmascarado de Vader y fue a parar con un golpe seco a la mano de una de las figuras y se encendió. Un sonido de gorgoteo brotó de alguna parte cercana a la nave recién llegada y algo metálico tocó el suelo y empezó a rodar hacia delante.

Vader se volvió, la capa negra ondeando, para descubrir que la cabeza con casco del comandante Appo rodaba por el suelo hasta sus pies.

Roan Shryne estaba a unos metros de distancia, parado con las piernas separadas, la hoja azul de Forte inclinada hacia un lado. Junto a él, con pistolas láser en cada mano de seis dedos, estaba Archyr, derribando a todos los soldados que se acercaban.

—¡Apártate de él! —le gritó Shryne a Starstone.

Ella se le quedó mirando boquiabierta.

—¿Cómo has podido…?

—Filli nos mantenía informados. Y ahora, apártate de ahí… ¡Deprisa!

Vader no hizo ningún esfuerzo para impedir que se alejase de su lado.

—Muy conmovedor, Shryne —dijo al cabo de un momento—. La tratas como si fuera tu aprendiz personal.

Shryne hizo un gesto amplio.

—¡Olee, mete a los heridos en la nave de desembarco! —Caminó hasta Vader—. Soy el que buscas, Vader. Es tu oportunidad. Yo a cambio de ellos.

—Shryne, no… —empezó a decir Starstone.

—¡Llévate a los heridos! —le interrumpió él—. Jula espera.

—¡No pienso dejarte!

—Me reuniré contigo en cuanto acabe con él.

Vader paseó la mirada de Shryne a Starstone.

—Escucha a tu Maestro, padawan. Ya ha perdido dos aprendices. Seguro que no quiere perder un tercero.

Starstone se rehízo al cabo de un momento y corrió para ayudar a Lambe, Klossi, Nam y alguno de los wookiees a subir a la nave de desembarco. Decidida a acallar sus miedos por Shryne, se obligó a no mirarlo, pero pudo notar cómo él la tocaba con la Fuerza.

Vuelve a ser un Jedi.

CAPÍTULO 42

Al haber fragatas volando en círculo alrededor de Kachirho como insectos derramados de un nido destruido, Skeck guió la nave de desembarco hasta el borde de la balconada y se zambulló hacia la asediada plataforma de aterrizaje. Las salvas de la artillería imperial hicieron temblar la nave y la chamuscaron. Dentro de ella, Starstone se sentaba sobre sus rodillas rodeando con el brazo a Klossi Anno, que recobraba y perdía la consciencia a intervalos por culpa de la herida de su espalda, que era como una trinchera ennegrecida. Al otro lado de la atestada cabina de pasajeros se encontraban Lambe y Nam, pálidos por el miedo, aferrados a sus extremidades amputadas y llamando a la Fuerza para no sumirse en el shock.

Los wookiees se amontonaban, bramando de ira o gimiendo de dolor. Dos de los que Starstone y Archyr ayudaron a subir a bordo habían muerto.

¿Quién era Vader? ,se preguntaba ella. *¿Qué era?*

Volvió a mirar la herida de Klossi, y luego la que ella misma tenía en el hombro y que no había notado al recibirla. Era la forma en que Vader los había marcado con el sello Sith.

¿Podría derrotarlo Shryne?

—¡Agarraos bien! —Gritó Archyr desde el asiento del copiloto de la nave—. ¡Esto va a ser digno de recordarse!

Skeck estaba haciendo que la nave bajara rápido. Aunque los repulsores se las arreglaban para mantener la nave en el aire, volaba fuertemente escorada. Por ello, el ala de ese lado fue lo primero que hizo contacto con la plataforma, abriendo una trinchera en la superficie de madera y sumiendo a la nave en un giro que la arrojó contra un transbordador aparcado y todavía en peor estado.

Starstone se golpeó la cabeza contra el mamparo con tanta fuerza que vio las estrellas. Depositó con cuidado a Klossi en el suelo y fue a ver cómo estaban Lambe y Nam. Luego se tambaleó hacia la escotilla, seguida por Archyr, mientras Skeck se quedaba en los controles.

La luz del día iba desapareciendo y el aire estaba lleno del humo y la peste del combate.

El cielo aullaba con naves y latía con explosiones estroboscópicas. Wookies y otros seres corrían en todas direcciones por la plataforma de aterrizaje. En otra parte, bandas de wookiees, entre los que había algunos conocidos por los Jedi, ponían a salvo a los heridos. Muchas de las naves comerciales habían despegado ya, pero aún quedaba una cantidad semejante de naves destrozadas por el fuego de artillería o enterradas bajo los restos caídos de las ramas y troncos superiores de Kachirho.

El grueso del combate se había desplazado al este de la plataforma, más cerca del lago. Allí había varias fragatas estrelladas pasto de las llamas, y en el suelo se amontonaban los cadáveres de wookiees y soldados clon. Las fuerzas imperiales entraban en la ciudad-árbol desde todas partes, hasta de la costa más alejada del lago, llegando en deslizadores de los pantanos y otras naves acuáticas. Renglones cortantes brotaban de las posiciones fortificadas en lo alto de los troncos, pero las fragatas y la artillería móvil obligaban a los wookiees a descender al nivel del suelo.

Como la cabeza le daba vueltas, Starstone se apoyó contra el ala doblada de la nave de desembarco.

Filli apareció entre el humo, corriendo agachado y llevando a Deran Nalual cogida de la mano. Garrote y una docena de wookiees llegaron desde otra dirección, con Chewbacca entre ellos, algunos cojeando y otros con el pelo salpicado de sangre.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Filli, subiendo la voz para ser oído por encima del torbellino de fuego y humo.

Ella hizo una seña hacia la nave de desembarco.

—Skeck, Lambe, Nam y Klossi están dentro.

—¿Forte? —dijo Filli—. ¿Kulka…?

—Muertos.

Deran Nalual tenía la cabeza gacha y se aferraba al brazo de Filli.

—¿Shryne?

—Arriba —contestó, alzando la mirada a la balconada, como si acabara de recordarlo.

—El *Bailarín Borracho* nos espera. ¿Lista para irte? —dijo Filli, con los ojos fijos en ella.

—¿Irme? —repuso ella, mirándolo fijamente.

—Al menos, a intentarlo —dijo él, asintiendo.

Ella miró a su alrededor con temor.

—¡No podemos dejarlos en medio de esto! ¡Nosotros somos los causantes!

Filli apretó los labios.

—¿Qué ha sido de tu idea de perpetuar la Orden Jedi? —Intentó cogerle las manos, pero ella retrocedió—. Si quieres morir aquí haciéndote el héroe, me quedaré y moriré contigo. Pero sólo si me convences de que sabes que nuestras muertes no afectarán en nada al resultado final.

—Filli tiene razón —dijo Archyr tras ella, gritando para ser oído—. Castígate más tarde, Olee. Si queremos sobrevivir a esto, cuanto antes despeguemos, mucho mejor.

Starstone paseó la mirada por la destrozada plataforma de aterrizaje.

—Nos llevaremos con nosotros a todos los que podamos.

Garrote, al oírla, empezó a gesticular a los wookiees con los que había llegado.

—¡Chewbacca, llena la nave de desembarco y el transporte! Mete dentro a todos los que puedas.

También la habían oído otros, y no pasó mucho tiempo sin que se acercaran docenas de wookiees. La zona no tardó en llenarse con más wookiees y comerciantes de los que cabían en ambas naves. Pero en medio de esa enloquecida carrera por ganar un sitio a bordo de las naves, las fragatas imperiales empezaron a interrumpir su ataque a Kachirho.

El motivo de tan repentina retirada quedó claro cuando colosales rayos de turboláser descendieron desde el cielo quemando zonas de los bosques circundantes a los que habían huido miles de wookiees. Ramas gigantescas se desprendieron de los wroshyrs con atronador sonido, y el viento abrasador y las llamas barrieron la plataforma de aterrizaje, prendiendo fuego a casi todo lo inflamable.

Con el retumbar de las explosiones, los wookiees salían gritando del bosque, con el pelo quemado, ennegrecido o en llamas.

Starstone necesitó un momento para darse cuenta de que estaba tirada de espaldas en la plataforma de aterrizaje. Se incorporó, con el pelo agitado por un viento caliente y maloliente, y se puso trabajosamente en pie a tiempo de oír a Garrote:

—Artillería orbital…

El resto de sus palabras se vieron ahogadas por un ruido atronador que empezó en las alturas de Kachirho, cuando docenas de enormes troncos se rompieron y cayeron, precipitándose al lago y allanando hectáreas de vegetación costera.

De pronto sintió que Archyr le daba golpecitos en el hombro.

—Olee, estamos todo lo llenos que podemos permitirnos sin perder la capacidad de despegar.

Ella asintió.

Filli se volvió y echó a correr hacia el transporte, para detenerse en seco y mirarla con alarma.

—¡Espera! ¿Quién va a pilotar esa cosa?

Ella le miró boquiabierta.

—Creía que…

—¡Yo no soy piloto! ¿Qué hay de Lambe o Nam?

Ella negó con la cabeza.

—No están en condiciones. —Miró a todo el mundo hasta que sus ojos se posaron en Garrote—. ¿Puedes pilotar el transporte?

Él se señaló a sí mismo con incredulidad.

—Claro. Siempre que no te importe que nos derriben nada más despegar.

Su temor iba en aumento, la sangre le latía en las sienes. *¡No puedo dejar aquí a toda esta gente!* Un momento después, Garrote la llamaba y hacía señas a Chewbacca para que avanzara.

—¡Chewbacca puede pilotar el transporte!

Ella miró dubitativa al wookiee, y luego a Garrote para mayor seguridad.

—¿Y cabrá?

Chewbacca ladró y bramó a Garrote.

—Pilotará a cambio de que luego le dejes bajar con el transporte hasta Rwookrrorro —explicó Garrote—. Es su ciudad natal. Su familia está allí.

Starstone estaba asintiendo ya.

—Claro que sí.

—Todo el mundo a bordo —gritó Archyr—. ¡Cerramos las puertas! —Se volvió hacia Starstone—. ¿En cuál vas a ir?

Ella negó con la cabeza.

—No voy. Me quedo esperando a Shryne.

—Oh, no, de eso nada —dijo él.

—¡Ya viste a Vader!

—Y Roan también.

—Pero…

—Intentaremos cogerlo al subir —hizo un gesto en dirección al transporte—. Y ahora sube a bordo, y dile a Chewbacca que se pegue al árbol. Skeck y yo os cubriremos.

CAPÍTULO 43

Le había cogido afecto al comandante Appo —dijo Vader, apartando de su camino la cabeza amputada del oficial clon a medida que se acercaba a Shryne.

Éste aferró con más fuerza aún el mango del sable láser de Forte y se movió cuidadosamente a la izquierda, obligando a Vader a cambiar de dirección.

—Yo sentía lo mismo por Bol Chatak.

—Dime, Shryne, ¿eres tú la trampa que esperaban ponerme los otros?

Shryne siguió moviéndose alrededor de Vader.

—Yo ni siquiera era parte de su plan. De hecho, intenté convencerlos para que no hicieran algo como esto.

—Pero, al final, no pudiste quedarte al margen. Aunque eso significara abandonar lo que podría acabar siendo una lucrativa carrera como contrabandista.

—Perder al senador Fang Zar fue un golpe para nuestra reputación. Pensé que lo mejor sería eliminar la competencia.

—Sí —dijo Vader, alzando un poco su hoja—. Soy tu peor rival.

Cogiendo el sable láser con ambas manos, Vader dio un solo paso hacia delante y ejecutó un ataque desde abajo tan relampagueantemente rápido que casi le arranca el sable láser a Shryne. Éste giró sobre sí mismo, recuperó el equilibrio y se lanzó hacia delante, fintando en diagonal desde la izquierda para desviar luego el golpe a la derecha y atacar recto. La hoja podría haber atravesado la guardia de Vader, pero en vez de eso arañó el dorso de su alzada mano izquierda, arrancando humo del guante negro. Shryne respondió rápidamente con un golpe al cuello, pero Vader se movió a la derecha, manteniendo la hoja ante sí y completando un círculo que casi corta a su contrincante por la mitad.

Shryne se encogió escondiendo la cintura y trastabilleó hacia atrás, bloqueando una serie de golpes secos pero poderosos. Dio una voltereta hacia atrás para salir de su alcance y retorció el cuerpo hacia la derecha para aterrizar con la hoja a la altura del hombro derecho y lanzarse al ataque propinando varios golpes. Vader desvió los embates sin alterar su posición ni ceder terreno, pero dejando sin protección parte de su tronco y de las piernas.

Shryne se agazapó en una fracción de segundo y giró sobre la punta de los pies, pivotando.

Por un instante pareció que su hoja cortaría a Vader a la altura de las rodillas, pero éste saltó, retorciéndose en el aire y aterrizando detrás de Shryne, que rodó hacia delante de modo que la hoja carmesí se hundió en el suelo en el lugar que acababa de dejar. Shryne se puso en pie y se lanzo hacia delante, cortando a Vader en el antebrazo derecho.

Éste profirió un ladrido y apartó la mano izquierda del mango del sable láser para apagar las chispas que brotaban donde debía haber una herida.

El asombro eclipsó el siguiente ataque de Shryne.

—Sabía que no tenías corazón —dijo, dando unos pasos precavidos—, pero no supuse que fueras todo androide.

Vader podría haber replicado algo, pero entonces paquetes de luz cegadora alancearon la balconada abriendo agujeros de diez metros de ancho. El gran wroshyr tembló como golpeado por la fuerza de una tormenta eléctrica, y ramas y hojas llovieron sobre lo que quedaba de balcón. Una enorme parte del borde se desgajó del resto con gran estrépito, llevándose de paso la lanzadera de Vader.

—Ahí va tu billete de vuelta a casa —dijo Shryne cuando pudo—. Parece que estás atrapado aquí conmigo.

Vader estaba a buena distancia de él, con una rodilla y una mano posados en el suelo y la hoja apuntando lejos de él. Se levantó despacio en toda su altura, con hojas cayendo a su alrededor, la capa negra ondeando por las corrientes descendentes de aire, y avanzó hacia Shryne con pasos decididos agitando la hoja a un lado y a otro.

—No lo querría de otro modo.

Shryne echó un vistazo rápido a su alrededor.

Al estar la mayor parte de la balconada desaparecida tras él, y haber agujeros en todas partes, empezó a retroceder hacia el interior del tronco ahuecado del árbol.

—Casi parece que tu propia gente quiere matarte, Vader —dijo—. Igual no les gusta la idea de que un Sith tenga influencia sobre el Emperador.

Vader continuó con paso decidido.

—Créeme, Shryne, el Emperador no podría estar más complacido.

Shryne miró rápidamente por encima del hombro. Estaban entrando en un enorme espacio interior con rampas, pasarelas, puentes y vigas de madera a diversas alturas.

—Eso es porque no ha tenido muchas experiencias con los de tu clase.

—¿Y tú sí?

—Las suficientes para saber que acabarás volviéndote contra él.

Vader soltó lo que podría haber sido una risa.

—¿Qué te hace pensar que el Emperador no se volverá antes contra mí?

—Como se volvió contra los Jedi —dijo Shryne—. Aunque sospecho que sobre todo fue culpa tuya.

Vader se detuvo en seco, a cinco metros de él.

—¿Mía?

—Lo convenciste de que, teniéndote a su lado, podría conseguir casi cualquier cosa.

Una vez más, la respiración de Vader pareció una risa.

—Fue pensar así lo que cegó a los Jedi a su destino. —Alzó la espada—. Ha llegado el momento de que te unas a ellos.

Vader cubrió en un instante la distancia que los separaba, cortando con potentes mandobles verticales por la izquierda y por la derecha, fallando por poco los golpes dirigidos a Shryne una y otra vez pero destruyendo todo lo que tocaba la hoja. Esta vez no giraba, ni rotaba, ni buscaba estocadas ingeniosas. Se limitó a usar su tamaño y su masa para permanecer anclado al suelo. Era un estilo antiguo, todo lo contrario de lo que se decía que fue el estilo de Dooku, y Shryne no tenía defensa contra él.

Si pudiera ver su rostro, sus ojos, tuvo Shryne tiempo de pensar.

Si pudiera arrancarle ese enorme casco de la cabeza.

Si pudiera hundir el sable láser en el panel de control del pecho…

¡Ésa era la clave! Eso era lo que se ocultaba tras el anticuado estilo de Vader, proteger su centro, tal y como Grievous se había visto obligado a hacer.

Si tan sólo pudiera acertar al panel de control…

CAPÍTULO 44

Las dos naves se elevaron en el humo y la abrasadora noche y ascendieron entre el reanudado fuego enemigo contra los niveles medios de Kachirho. En la atestada carlinga que compartía con Garrote, Filli y Chewbacca —empotrado en su asiento, con la cabeza arañando el techo—, Starstone se aferraba con nudillos blancos a los temblorosos pasamanos de la silla antiaceleración.

No conseguía animarse a alzar la vista hacia los miradores por miedo a lo que pudiera ver.

—No puedes salvar un planeta entero, niña. Y tampoco es que no lo hayas intentado —dijo Garrote como si le leyera la mente.

Chewbacca recalcó el comentario con un gañido gutural, golpeando repetidamente el manillar de control del transporte para mayor énfasis.

—Los wookiees sabían que sus días de libertad estaban contados —tradujo Garrote—. Kashyyyk sólo es el primer mundo no humano que es esclavizado.

Chewbacca metió el castigado transporte en una curva evasiva, con lo que casi consiguió arrancar a todo el mundo de sus asientos. Starstone pudo captar por el mirador un atisbo de la lanzadera de Vader cayendo al suelo. Chewbacca aceleró y buscó más altitud, escapando por poco a las llamas de la bola de fuego en que se convirtió la lanzadera al estrellarse.

—¡Por muy poco! —dijo la voz de Archyr brotando de los altavoces de la carlinga en el momento en que la nave de desembarco aparecía en el mirador de estribor.

Chewbacca repasó los sistemas con un gruñido de irritación.

—Nos han tocado la cola —le dijo Garrote a Archyr por el comunicador—. Pero todo lo demás está entero.

La nave de desembarco siguió a la vista en el mirador.

—Medio balcón cayó con la lanzadera —continuó diciendo Archyr—. No hay mucho sitio para aterrizar, en el supuesto que se sea lo bastante idiota como para intentarlo. Sea lo que sea lo que quiere hacer Olee, más le vale hacerlo pronto.

—¿Has oído eso? —dijo Garrote volviéndose hacia ella.

Ella asintió cuando la destrozada balconada apareció ante ellos, en peor estado de lo que se había temido. La mayor parte de la baranda había desaparecido y las pocas zonas que seguían unidas al tronco del wroshyr estaban agujereadas y quemadas por los disparos de turboláser. Los cuerpos de wookiees y soldados eran pasto de las llamas.

—No veo señales de Shryne ni de Vader —dijo Archyr por el comunicador.

—Los turbos pueden haberlos alcanzado —empezó a decir Garrote cuando Starstone le cortó.

—No. Yo lo sabría.

Chewbacca le dirigió un grito armónico.

—Él te cree —tradujo Garrote.

Starstone se inclinó hacia Chewbacca.

—¿Crees que podrías posarnos allí?

Chewbacca agachó la cabeza dubitativo y luego asintió. Acarició la palanca de los repulsores y empezó a acercar el transporte al wroshyr. La nave estaba a metros de aterrizar cuando, sin previo aviso, lo que quedaba de la plataforma de madera se separó del enorme tronco y arrastró consigo varias plataformas inferiores a medida que caía y se desintegraba.

Starstone aspiró aire entre dientes mientras Chewbacca apartaba a la nave del agujero y medio se levantó del asiento, clavando la mirada en la cavernosa abertura que daba al escasamente iluminado interior del árbol. Buscó con la Fuerza.

—¡Están dentro! Puedo sentirlos.

Filli tiró de ella para que volviera al asiento.

—No hay nada que podamos hacer.

La voz de Archyr ladró por el altavoz.

—Se acercan fragatas.

Garrote la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Qué habría querido Shryne que hicieras?

Ella no tuvo que pensarlo. Respiró hondo y dijo:

—Sácanos de aquí, Chewbacca.

Suspiros de alivio brotaron de Filli y de Garrote, y un ronroneo melancólico del wookiee, el cual elevó el morro del transporte y aceleró.

—Manténte lejos del lago —le avisó Archyr. La nave de desembarco volvía a estar a su lado, esquivando disparos de las fragatas imperiales—. Sólo nos queda un vector de escape muy estrecho, al nornoroeste.

Las dos naves se dirigieron hacia un atardecer anaranjado, esquivando los disparos, ascendiendo a las estrellas y mezclándose con docenas de transbordadores y cargueros que seguían el mismo rumbo. Los disparos de turboláser llovían desde naves en órbita, y el brillo de los fuegos iluminaba toda la curva del planeta que empezaba a entrar en la noche.

Chewbacca mugió de angustia y golpeó el panel de instrumentos con el puño gigante, antes de señalar un incendio concreto en la copa de los árboles.

—Rwookrrorro —dijo Garrote—. La ciudad-árbol de Chewbacca.

Las estrellas estaban perdiendo su brillo cuando pitó la consola de comunicaciones. Filli desvió la transmisión a los altavoces de la carlinga.

—Nos alegra ver que habéis recobrado el sentido —dijo Jula—. ¿Está Roan con alguno de vosotros?

—Negativo, Jula —dijo Filli con tristeza.

El altavoz permaneció silencioso por un largo momento interrumpido sólo por descargas de estática. Luego volvió a oírse la voz de Jula.

—Después de lo de Alderaan, no había nada que yo pudiera decirle… —Su voz se apagó, pero aún no había terminado—. De todos modos, aún no hemos salido de ésta. Vader o quien sea que esté al mando tiene cruceros Interdictor estacionados en órbita. Ninguna nave podrá saltar al hiperespacio.

—¿No tiene el *Bailarín Borracho* la suficiente potencia de fuego para derribar el crucero? —preguntó Garrote.

—Filli —dijo Jula—, informa a quien haga esa pregunta que no pienso liarme a tiros con un Custodio CC-20-200.

Cuando el transporte salió de la atmósfera de Kashyyyk, las imágenes aumentadas del espacio local les mostraron a cientos de naves atrapadas en el pozo de gravedad artificial generado por los potentes proyectores del Interdictor. Entremezclados con las naves atrapadas vagaban los cascarones ennegrecidos de las naves bélicas separatistas que llevaban allí desde el final de la guerra.

—Lástima que no podamos encender uno de esos destructores separatistas —lamentó Garrote—. Tienen cañones suficientes para acabar con ese crucero.

Starstone y Filli se miraron.

—Igual conocemos un modo —dijo él.

CAPÍTULO 45

En Kashyyyk, voraces fuegos mantenían a raya la noche. En el suelo se cruzaban las sombras de las figuras que huían. La sangre derramada brillaba negra, tan negra como la corteza quemada de los árboles wroshyr.

Una fuerza de ocupación, a salvo dentro de sus corazas plastoides, descendió a los bosques en llamas haciendo rapel y empujó a los wookiees que huían hacia el terreno despejado, hacia la plataforma de aterrizaje cubierta de escombros, hacia la playa del lago y los espacios públicos entre los grupos de árboles que conformaban Kachirho.

Las máquinas bélicas imperiales llegaban de todas direcciones; deslizadores y lanchas rápidas se acercaban a los bancos de arena, las fragatas descendían en espiral entre los árboles, destructores clase Victoria arribaban de las estrellas, con sus cascos blindados en forma de cuña delineados por las brillantes luces de posición.

Expulsados del bosque y de la ciudad-árbol, los wookiees se encontraron rodeados por compañías enteras de soldados. Los más grandes fueron noqueados y sometidos o asesinados, sin distinción de sexos. Aun así, los wookiees siguieron luchando, incluso los más jóvenes, y muy a menudo sólo con dientes y garras, desgarrando a docenas de soldados miembro a miembro antes de sucumbir bajo los disparos láser.

No se consiguió encontrar a todas las decenas de miles de habitantes de Kachirho, pero sí los suficientes para satisfacer las necesidades del Imperio. De necesitarse más, los soldados sabrían dónde buscarlos.

Cuando Tarfful fue conducido al centro de la plataforma de aterrizaje, junto a incontables miembros de su especie, alzó los largos brazos sobre la cabeza y lanzó a los cielos un rugido estentóreo y apesadumbrado.

Kashyyyk había caído.

CAPÍTULO 46

El golpe de Shryne a la parte inferior de la pierna de Vader, debido más a la suerte que a la pericia, liberó otro chorro de chispas.

La furiosa respuesta de Vader fue la única garantía que obtuvo Shryne de que luchaba con un ser vivo. Fuera lo que fuera lo que le había pasado a Vader, por accidente o por voluntad propia, debía seguir siendo más de carne y hueso que ciborg o no se habría enfurecido así ni habría podido invocar a la Fuerza con tal intensidad.

Se enfrentaban en la sala de rampas llena de humo, en un puente colgante que unía dos pasarelas cubiertas, envueltos en una oscuridad interrumpida por haces de luz explosiva procedente del ataque continuado a Kachirho.

Shryne estaba decidido a hundir el sable láser en la caja de control que Vader llevaba en el pecho y a forzar al Sith a adoptar un estilo más defensivo que dejaba sus extremidades vulnerables. En el transcurso de la lucha que los había hecho recorrer sucesivas rampas hasta llegar a ese elevado puente colgante descubierto, Vader había mantenido ante sí el sable láser, que manipulaba diestramente sólo con las muñecas, pegando los codos al costado. Sólo empleaba el juego de pies o saltaba cuando Shryne no le dejaba otra salida.

—Las extremidades artificiales y la armadura corporal son una extraña elección para un Sith —dijo Shryne, preparándose para la reacción de Vader a su golpe de suerte—. Menosprecia al Lado Oscuro.

Vader ajustó su asidero en el sable y avanzó.

—Tanto como alternar con contrabandistas denigra a la Fuerza.

—Ah, pero es que yo vi la luz. Igual es hora de que tú también la veas.

—Lo has entendido al revés.

Shryne se preparaba para una embestida cuando, de pronto, Vader se detuvo y retrajo la hoja de su sable láser, apagándolo.

Antes de que el Caballero Jedi pudiera encontrar algún sentido a ese gesto, oyó un sonido de rotura procedente de abajo y algo salió volando a su encuentro desde una de las rampas. Sólo un golpe con la espada en el último instante impidió que el objeto le golpeara en la cabeza.

Era un tablón, arrancado de una de las rampas que habían cruzado para llegar hasta el puente elevado.

Miró sobrecogido al inescrutable Vader y empezó a correr hacia él, levantando el sable sobre el hombro derecho.

Apenas recorrió la mitad de la distancia cuando una tormenta de tablones similares y trozos de barandilla se precipitó girando contra él. ¡Vader empleaba su habilidad en el Lado Oscuro para desmantelar las rampas!

Shryne se entregó a la guía de la Fuerza y movió el sable láser en un borrón de maniobras de desvío —de lado a lado, por encima de la cabeza, abajo, detrás de su espalda—, pero los tablones siguieron cayendo en todas direcciones, en tamaños cada vez mayores, y más deprisa de lo que él podía maniobrar para bloquearlos.

El extremo de un tablón lo golpeó en el muslo izquierdo.

Un tablero lo azotó de lleno en ambos hombros.

Pequeñas estacas de madera volaron contra su cara; otras se clavaron en sus brazos.

Entonces, una varilla corta le acertó de lleno en la frente, aturdiéndolo y haciéndolo caer de rodillas.

La sangre le llegó a los ojos, luchó para seguir consciente, manteniendo el sable láser apuntando al frente con una mano temblorosa mientras se aferraba a la barandilla del puente con la otra. Vader estaba parado a cinco metros de distancia, con las manos cruzadas y el sable láser colgado del cinto.

Shryne intentó mantener la vista enfocada en él.

Otro tablón, girando de un borde al otro, salió de ninguna parte para golpearlo en los riñones.

La mano con la que se agarraba a la barandilla acudió por reflejo a su espalda, y perdió el equilibrio. Intentó recuperarlo y agarrarse, pero falló y cayó en el espacio.

El suelo de madera de ese nivel le salvó la vida, pero a costa de todos los huesos del brazo y el hombro izquierdos.

Por encima de él, Vader saltó desde el puente, tocando el suelo a escasos metros de distancia con una gracia que no había mostrado antes.

Shryne ignoró el dolor de su destrozada extremidad y empezó a arrastrarse hacia atrás, hacia la apertura por la que entraron en el tronco del wroshyr, y un viento cálido aulló en su dirección, agitando sus largos cabellos.

La balconada había desaparecido. Caído.

No había nada entre Shryne y el suelo del planeta salvo el sucio aire lleno de hojas ardiendo. Muy abajo, los wookiees eran conducidos a la plataforma de aterrizaje. Los bosques estaban en llamas…

Vader se acercó a él, cogiendo y encendiendo la hoja Sith.

Shryne pestañeó para apartar la sangre de los ojos y alzó la mano del sable láser para descubrir que lo había perdido en la caída. Se dejó caer hacia atrás, y liberó un resoplido roto y resignado.

—Tengo una deuda contigo —le dijo a Vader—. Necesitaba que tú me devolvieras al seno de la Fuerza.

—Y yo que tú reafirmaras mi fe en el poder del Lado Oscuro, Maestro Shryne.

Shryne tragó saliva con un esfuerzo.

—Entonces, dime: ¿Fuiste entrenado por Dooku? ¿Por Sidious?

Vader se detuvo.

—Por Dooku, no. Y todavía no por Sidious.

—Todavía no —repitió Shryne, como para sus adentros—. ¿Entonces eres su aprendiz? —Sus ojos miraban a izquierda y derecha, buscando alguna forma de escapar—. ¿También está Sidious aliado al Emperador Palpatine?

Vader guardó silencio por un momento, decidiendo alguna cosa.

—Lord Sidious es el Emperador.

Shryne se quedó boquiabierto, intentando comprender el sentido de lo que oía.

—La orden de matar a los Jedi…

—La Orden Sesenta y Seis.

—La dio Sidious. —Las piezas del rompecabezas que había ido consiguiendo en las últimas semanas se unieron por sí solas—. La militarización, la guerra en sí… Todo era parte de un plan para eliminar a la Orden Jedi.

Vader asintió.

—Todo para esto. —Hizo un gesto hacia Shryne—. Podría decirse que para que tú y yo llegáramos a esto.

A Shryne le dio un vuelco el estómago y tosió sangre. La caída no sólo le había roto los huesos, sino destrozado algún órgano vital. Se moría. Se arrastró un

poco más hacia la abertura y miró al cielo nocturno, y luego a Vader.

—¿Te convirtió Sidious en la monstruosidad que eres ahora?

—No, Shryne —respondió él, con voz átona—. Esto me lo hice yo solo, con alguna ayuda de Obi-Wan Kenobi.

—¿Conociste a Obi-Wan?

—¿Es que aún no lo has adivinado? Yo fui Jedi por un tiempo.

Shryne dejó que se notara su desconcierto.

—Eres uno de los Veinte Perdidos. Como Dooku.

—Soy el veintiuno, Maestro Shryne. Seguro que has oído hablar de Anakin Skywalker. El Elegido.

CAPÍTULO 47

La nave del Gremio de Comercio elegida por Starstone y los demás se hacía más grande en los miradores de la carlinga del transporte. El destructor clase Disidente tenía algo más de 1000 metros de largo, estaba erizado de antenas sensoras electromagnéticas y de cañones láser defensivos y mostraba señales de haber sido alcanzado por un turboláser en la Batalla de Kashyyyk, pero parecía mantener intactos tanto los cañones principales como el trío de toberas.

El espacio local de los alrededores estaba moteado por barcazas imperiales y transportes de tropas, junto con cientos de cargueros huidos de la superficie del atormentado planeta. En el centro de estos últimos vehículos, y a buena distancia del destructor en que estaban Starstone y los demás, flotaba el crucero Interdictor, que impedía a las naves comerciales saltar al hiperespacio.

Esas naves atrapadas son el motivo por el que me he salvado, pensó Starstone.

El motivo por el que fue rescatada por Shryne…

—¿Alguna respuesta del cerebro androide? —preguntó por encima del hombro de Filli.

—Bueno, estamos hablando —dijo el rebanador desde la consola de comunicaciones de la carlinga del transporte—. Ha reconocido el código que empleamos para reactivar la instalación de Jaguada, pero se niega a aceptar órdenes a distancia. Supongo que debieron de apagarlo bruscamente durante la batalla y ahora quiere hacer un chequeo de todos los sistemas antes de encender por completo el destructor.

—Sería preferible no llamar la atención —dijo Garrote desde la silla del copiloto—. ¿Crees que podrías impedir que el cerebro conecte la nave entera?

Chewbacca ladró mostrando su acuerdo.

—Al principio, no —dijo Filli—. El cerebro le devolverá poco a poco la energía a todo, como parte de su análisis de diagnóstico. Una vez acabe, puedo pedirle que apague todas las luces, exceptuando las de la bodega de atraque delantera.

Un ruido repentino de Chewbacca atrajo la atención de Starstone a los miradores delanteros.

La nave bélica en forma de vaina cobraba vida de proa a popa.

Garrote musitó una maldición.

—Los escáneres del Interdictor acabarán captando eso.

—Sólo unos momentos más —dijo Filli.

Todo el mundo esperó.

—¡Listo! —anunció Filli.

Las luces de posición del destructor empezaron a apagarse en orden inverso, exceptuando las que definían la entrada rectangular a la bodega de atraque.

Filli dirigió una sonrisa a Starstone.

—El cerebro está siendo muy colaborador —dijo Filli, dirigiendo una sonrisa a Starstone—. Ya podemos atracar.

Chewbacca bramó un interrogante.

—¿Tiene atmósfera? —tradujo Garrote.

Filli tecleó rápidamente unas preguntas.

—La nave transportaba inicialmente escuadrones de buitres y tricazas… Es de esperar que haya atmósfera y gravedad artificial en algunas zonas, a no ser que los gossamos la convirtieran en una nave sólo para androides… —Sus ojos volaron al monitor—. Parece que ambas cosas: tripulación gossama y androide.

—¿Androides de combate? —dijo Starstone.

—Eso me temo.

—¿No puedes desconectarlos?

—No sin apagar el puente de mando.

Starstone frunció el ceño y se volvió hacia Garrote.

—Reúne todas las pistolas láser que haya a bordo. Y ya puestos, coge los respiradores que encuentres en la cabina principal, por si acaso no hay atmósfera.

—¿Tú quieres una pistola o seguirás con el sable láser? —preguntó al levantarse.

—Ésta es una ocasión que requiere ambas cosas —respondió ella.

—Archyr, Skeck, ¿estáis oyendo todo esto? —dijo Filli al micrófono.

—Afirmativo —respondió Archyr desde la nave de desembarco—. Pero te precederemos en la bodega de atraque. Estamos mejor armados y nuestros escudos son mejores. Una vez dentro, sólo habrá que abrirse paso luchando hasta el puente de mando.

Filli tecleó un plano del destructor en uno de los monitores.

—La mayor parte de las zonas habitables están en el medio, pero el puente de mando se halla en la superestructura que sobresale a proa.

—Es un golpe de suerte —dijo Archyr—. Está cerca de la bodega.

Starstone estudiaba los planos del destructor cuando la nave de desembarco se puso a la altura del transporte. Chewbacca redujo la velocidad sin que se lo dijeran y se situó detrás de la nave más pequeña.

Starstone se sentó en la vacía silla del copiloto para ver cómo la nave de desembarco entraba en la bodega. Para cuando el transporte entró por la abertura, los androides de combate ya caían como blancos en una galería de tiro y la cubierta estaba salpicada de delgadas partes corporales.

Starstone, Garrote y Filli ya esperaban ante la escotilla de la rampa de descenso, con los respiradores en la cara y linternas en la frente, cuando Chewbacca posó el transporte. El wookiee no tardó en reunirse con ellos, con la ballesta que solía llevar al hombro armada y lista.

Cuando la escotilla exterior se abrió, el siseo cortante de los disparos láser entró en la nave. Starstone y los demás se internaron en el grueso del combate, con las linternas de sus cabezas proyectando largas sombras por toda la bodega. Archyr y varios wookiees bien armados estaban en un lateral, abriendo entre los androides de combate un camino hacia una escotilla en el mamparo delantero de la bodega.

Starstone, Filli, Garrote y Chewbacca iniciaron una carrera desesperada hacia allí, disparando mientras corrían y apartando piezas de androides desintegrados. El pasillo que había al otro lado estaba atestado de androides de combate que iban a reforzar a los que estaban en la bodega de atraque.

Los dardos explosivos de la ballesta de Chewbacca combinados con los disparos láser y el fuego que Starstone desviaba con el sable láser dieron cuenta de una docena de androides. Pero, por cada docena destruida, aparecía otra docena. Archyr y algunos de los wookiees se pusieron en retaguardia, dejando que el contingente de Starstone se abriera paso hasta un turboascensor que los llevaría a su destino.

Los cuatro entraron en el puente de mando preparados para lo peor, pero sólo se encontraron con un grupo de desconcertados androides técnicos humaniformes, con interruptores de energía en las nucas que permitían su desconexión rápida y metódica.

Al darse cuenta de que en el puente había oxígeno, todo el mundo se quitó el respirador. Chewbacca se puso a vigilar la escotilla que daba al pasillo, mientras Filli se concentraba en la consola de control de la nave y activaba las luces de emergencia del puente.

—Los gossamos tienen los dedos más largos que yo —dijo ante el brillo escarlata de las luces—. Esto podría llevar cierto tiempo.

—Pues se nos está acabando. —Dijo Garrote—. Conecta ya los cañones principales.
Al otro lado de la escotilla cerrada empezaban a amontonarse los androides de combate que querían abrirse paso hasta el puente.
Filli volvió al trabajo, pero un momento después dijo:
—Uh-oh.
Chewbacca le dirigió un rugido atronador.
—Uh-oh, ¿qué? —preguntó Starstone.
El destructor giró bruscamente y empezó a dirigirse hacia el lado luminoso de Kashyyyk.
—El cerebro quiere terminar la tarea que estaba realizando en el momento de la desconexión —dijo Filli.
Starstone se volvió hacia él.
—¿Cuál era esa tarea?
—Creo que los separatistas estaban perdiendo Kachirho. ¡Está convirtiéndose en una bomba gigante!
—¿Puedes cambiarle la tarea?
—¡Lo intento, pero no me hace caso!
Garrote musitó para sí, y Chewbacca emitió un sonido a medias entre un gruñido y un gemido.
—¡Filli! —dijo Starstone cortante—. Deja que el cerebro crea lo que quiera. Pero asígnale un nuevo objetivo.
La mirada de desconcierto de él dio paso poco a poco a una sonrisa de comprensión.
—Eso puedo hacerlo.
Starstone le devolvió la sonrisa, y luego miró a Garrote.
—Llama al *Bailarín Borracho* y dile que se prepare para recibir invitados.

CAPÍTULO 48

En cuanto Jula recibió la noticia de que la nave de desembarco y el transporte salían de la nave bélica del Gremio de Comercio, dejó el *Bailarín Borracho* en las capaces manos de Brudi Gayn y Eyl Dix y se dirigió a la bodega de atraque. Su impaciencia se veía saboteada por el corte de sable láser recibido en Alderaan, así que se movió despacio y con cuidado y llegó justo cuando las dos naves cruzaban la escotilla. Prevenida de que los dos llegaban heridos, había ordenado a los androides médicos de la nave que se reunieran allí con ella.

Prevenida.

Pero no lo bastante para la cantidad de evacuados heridos que salieron cojeando de las naves; wookiees que salían como artistas circenses de un vehículo absurdamente abarrotado, y muchos de ellos en estado grave.

En cuanto a los Jedi, sólo habían sobrevivido cinco de los que bajaron, y a duras penas, a juzgar por su aspecto. Jambe Lu, Nam Poorf y sobre todo Klossi Anno estaban en peor estado que la primera vez que subieron al *Bailarín Borracho* semanas antes.

Hasta los androides médicos estaban superados.

—Esto puede ser excesivo, capitana —dijo uno de ellos detrás de Jula.

—Haced lo que podáis —le dijo al androide.

Pero seguía siendo una visión enervante y sintió algo de pánico. Pero, aun así, las lágrimas que llevaba conteniendo desde que supo del sacrificio de Roan no brotaron hasta ver a Filli y Starstone. Ésta, al verla allí, alterada, llorando sobre las palmas de sus manos, corrió a su lado para envolverla en un abrazo consolador.

Jula se dejó abrazar por un largo momento. Y, cuando por fin se apartó del abrazo, vio que las mejillas de Starstone estaban brillantes por las lágrimas, lo cual la hizo volver a llorar. Acarició suavemente el rostro de la joven.

—¿Qué ha sido de evitar el apego? —dijo Jula, sorbiendo.

Starstone se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—He perdido esa habilidad. De todos modos, no parece encajar muy bien en el nuevo orden del Emperador. —Sostuvo la mirada escrutadora de Jula—. Tu hijo nos salvó la vida. Intentamos volver a por él, pero…

Jula apartó la mirada.

—Alguien debía intentar detener a Vader.

—No sé si se le puede detener.

Jula asintió.

—Puede que de haber criado yo a Roan, no hubiera salido tan cabezota. —Frunció el ceño alterada—. Hay gente a la que no se le puede convencer para que deje de ser un héroe.

—O un Jedi.

Jula asintió.

—Es lo que quería decir.

Starstone sonrió con tristeza, y luego se volvió para mirar al wookiee y al humano barbudo, que estaban parados al pie de la rampa de descenso del transporte, y hablaban con Filli, Archyr y Skeck. Cogió a Jula de la mano y la llevó hasta la extraña pareja para presentársela.

El wookiee estaba claramente alterado y se apoyaba en la nave, posando la cabeza en sus brazos cruzados, mientras golpeaba el casco con las zarpas.

—Vimos la ciudad-árbol de Chewbacca en llamas —explicó Garrote—. No hay forma de saber si su familia pudo escapar a tiempo.

—Prometí entregarle el transporte —le dijo Starstone a Jula.

Jula miró a Garrote.

—Lo reaprovisionaremos lo antes…

—No es necesario —la cortó Garrote—. Chewie sabe que es demasiado tarde. Cree que podrá hacer más por su pueblo como fugitivo que como prisionero.

El wookiee lo reafirmó con un rugido melancólico.

—Hablas por todos nosotros, Chewbacca.

—Bueno, pues, nos preguntábamos, Chewie y yo, si podríamos quedarnos con vosotros.

El comunicador de Jula sonó mientras ella asentía.

—Capitana, estamos a T-10 del salto al hiperespacio —dijo Brudi desde el puente, casi de forma casual—. Siempre y cuando todo vaya según el plan.

—¿Has podido notificarlo a las otras naves?

—Lo mejor que he podido. Y confío en que el Interdictor no esté escuchando por todas las frecuencias.

—Mira a ver qué opciones de salto ofrece el navegador. Enseguida me reúno contigo.

Jula se alejó de Starstone y los demás para mirar el creciente del lado luminoso de Kashyyyk. Las lágrimas surcaron su rostro cuando dijo en voz baja:

—Te quiero, Roan. Doy gracias a la Fuerza por haberte conocido durante un tiempo. Pero ahora te echaré más de menos que nunca.

* * *

El capitán Ugan, al mando del Custodio estacionado sobre Kachirho, solía negarse a ser molestado cuando estaba en el puente. Pero el oficial Nullip insistía tanto en verlo que por fin dio permiso para que el joven técnico fuera escoltado al puente de mando.

Ugan era un hombre moreno de rasgos afilados. Permaneció sentado, paseando su oscura mirada entre las holoimágenes de la invasión de Kashyyyk y el panorama del planeta que ofrecían los miradores.

—Que sea rápido —avisó a Nullip.

—Sí, señor —prometió el técnico—. Es que estamos recibiendo lecturas inusuales de una de las naves separatistas aparcadas en órbita tras la batalla que se libró aquí. Concretamente de un destructor clase Disidente del Gremio de Comercio. He intentado repetidas veces que alguien del departamento táctico llame su atención al respecto, señor, pero…

—¿En qué sentido son «inusuales» esas lecturas, oficial? —le interrumpió Ugan.

—Son lecturas de inicio, señor. —Ante la mirada dubitativa del capitán, Nullip siguió hablando—. Lo sé, señor. A mí también me desconcertó. Por eso me molesté en comprobar personalmente las lecturas. Para mi sorpresa, señor, descubrí que el ordenador central del destructor fue iniciado a distancia para que realizase un examen de diagnóstico, y luego conectó varios sistemas de la nave.

Cuando la expresión de perplejidad de Ugan se profundizó, Nullip activó una pequeña holoplaca que llevaba en la palma de la mano derecha. Una grabación granulada brotó del aparato.

—Ahí puede ver dos naves entrando en el destructor por aquí, por las bodegas de atraque delanteras. —El dedo índice de Nullip aceleró la grabación—. Aquí puede ver cómo las naves lo abandonan. Aún no hemos determinado su destino.

Ugan alzó la mirada de la grabación a Nullip.

—¿Saqueadores?

—Ése fue mi primer pensamiento, señor. Pero, el destructor se puso en movimiento en cuanto salieron las naves.

Ugan se le quedó mirando.

—¿En movimiento? ¿Hacia dónde se dirige?

—Es precisamente eso, señor. Viene hacia nosotros. —Se volvió hacia los miradores delanteros y señaló a una forma oscura que se movía en la oscuridad aún mayor—. Allí mismo, ¿lo ve?

Ugan giró sobre su silla y se dirigió a un oficial de la consola táctica.

—Una nave separatista se nos acerca por babor. ¡Escanéela de inmediato!

Se levantó de la silla y caminó hasta el mirador, con Nullip a un paso detrás de él.

—Capitán —dijo el oficial táctico—, la nave es un destructor de la Confederación pilotado por androides…

—¡Eso ya lo sé! —dijo Ugan, girando sobre sus talones—. ¿Supone algún riesgo para nosotros?

—Estoy comprobándolo, señor.

El oficial dedicó un momento a estudiar los monitores de su consola y luego se volvió hacia Ugan con el rostro ceniciento.

—Capitán, el reactor principal del destructor está entrando en masa crítica. ¡La nave se ha convertido en una enorme bomba!

CAPÍTULO 49

Shryne estaba tumbado en la cavernosa abertura del wroshyr; el viento tiraba de sus ropajes, la sangre goteaba por las comisuras de su boca y aún luchaba con la revelación que acababan de hacerle.

Vader estaba parado a su lado, con la mano derecha posada en el mango del sable láser, pese a no tener intención de volver a sacarlo del cinto. Un viento fuerte bastaría para arrojar a Shryne a su lugar final de reposo.

Basta con dejar que muera sabiendo que la Orden fue traicionada por uno de los suyos.

Y, lo que era más importante, la sed de sangre de Vader estaba saciada, reemplazada por una seguridad en sí mismo que no había experimentado nunca. Fue como si hubiera cruzado algún umbral invisible para llegar a un nuevo mundo. Podía sentir el poder del Lado Oscuro pasando a través de él como un torrente helado. Se sentía invulnerable de una forma que no tenía nada que ver con sus prótesis de duracero, su armadura y sus aparatos, que ahora le parecían poco más que un traje. Y había necesitado a un Jedi, a otro Jedi más, para cruzar ese umbral.

Miró a Shryne, el ejemplo de la derrota de la Orden Jedi que debió ser Obi-Wan. Recordó la forma en que Dooku lo había mirado en Geonosis, y la forma en que Anakin había mirado a Dooku en los camarotes del general a bordo del *Mano Invisible*.

Algún día miraría a Sidious del mismo modo.

Tal vez cuando tomara un aprendiz. Alguien con el mismo espíritu rebelde demostrado por Shryne.

Shryne tosió débilmente.

—¿A qué esperas, Skywalker? Mátame. Sólo estás matando a un Jedi.

Vader plantó los puños en las caderas.

—Entonces, acepta la verdad.

—Acepto que Palpatine y tú sois la pareja perfecta… —empezó a decir Shryne, cuando, sin previo aviso, una inmensa explosión hizo que una pequeña región en el cielo oeste se volviera luminosa como el día. Sobre Kashyyyk floreció una bola de fuego que eclipsó las estrellas, expandiéndose y expandiéndose hasta quedar apagada por el vacío del espacio.

Cuando Vader volvió a mirar al Jedi, éste parecía sonreír.

—¿No será una de tus naves? ¿Tu crucero Interdictor, tal vez? —Tosió sangre y una risotada—. Han vuelto a escaparse de ti, ¿verdad?

—Si es así, los encontraremos, y los mataremos.

La expresión de Shryne cambió de pronto, de simple sonrisa a alegría casi exultante.

—Yo he visto esto —dijo, casi para sí mismo—. Yo tuve una visión de esto…

Vader se acercó más para oírle mejor.

—Te refieres a tu muerte.

—Una explosión brillante como una estrella. Un mundo de bosques, defensores intrépidos, naves escapando y… a ti, creo, en el centro de todo. —Sus labios manchados de sangre conformaron una sonrisa sublime, y una lágrima brotó de su ojo derecho—. Skywalker, no importa si los encuentras o no. No importa si encuentras y matas a todos los Jedi que sobrevivieron a la Orden Sesenta y Seis. Por fin lo entiendo… la Fuerza no morirá nunca.

* * *

Vader seguía mirando el cuerpo inerte de Shryne cuando varios soldados salieron de uno de los ingeniosos turboascensores wookiees y corrieron hasta él.

—Lord Vader —dijo el oficial que había entre ellos—, el Interdictor estacionado sobre Kachirho ha sido destruido. Cientos de las naves de evacuación han conseguido saltar al hiperespacio.

Vader asintió.

—Informe a los comandantes de grupo de que continúen con el bombardeo orbital —dijo furioso—. Quiero sacar hasta el último wookiee de su escondite, ¡aunque eso signifique reducir estos bosques a cenizas!

EPÍLOGO

Dos deberá haber; ni más ni menos.
Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo.

DARTH BANE

CAPÍTULO 50

Una holoimagen de Wilhuff Tarkin a la mitad del tamaño real brilló en uno de los holoproyectores con forma de cono que sobresalían del reluciente suelo de la sala del trono.

—El planeta sufrió más daños de los que anticipé —decía el moff—, sobre todo teniendo en cuenta los recursos militares que puse a disposición de Lord Vader. Aunque supongo que no debería sorprenderme por la obstinación de los wookiees.

El Emperador hizo un gesto para quitarle importancia.

—¿Qué es un mundo más o menos cuando se está ordenando la galaxia?

Tarkin se tomó un momento para replicar.

—Tendré eso en cuenta, mi señor.

—¿Qué hay de los wookiees en sí?

—Conseguimos reunir unos doscientos mil y llevarlos a campos de concentración en el archipiélago Wawaatt.

—¿Pudo acomodar tantos?

—Podemos acomodar al doble.

—Ya veo. Entonces, tiene mi permiso para transportar a los esclavos hasta el arma.

—Gracias, mi señor.

—Asegúrese de informar al gobernador regional de sus actividades, pero sin mencionar el destino final de los wookiees. Ah, y procure cubrir bien su rastro, moff Tarkin. Ya se están haciendo preguntas. —El Emperador hizo una pausa, y luego se inclinó hacia delante para añadir—: No quiero problemas.

Tarkin inclinó la cabeza en reverencia.

—Comprendo la necesidad de la máxima discreción, mi señor.

—Bien. —El Emperador se echó hacia atrás—. Y dígame, ¿qué opina de la forma en que Lord Vader llevó la ocupación de Kashyyyk?

—Probó ser muy capaz, mi señor. Ninguno de los que participaron en la operación olvidará pronto su… ¿podríamos llamarlo dedicación?

—¿Están los comandantes de la tropa de acuerdo con su valoración?

Tarkin se frotó el rostro de afilados pómulos.

—¿Puedo ser sincero?

—Sugiero que convierta eso en práctica habitual, moff Tarkin.

—Los comandantes no están contentos. No saben quién es Lord Vader bajo esa máscara y esa armadura. No tienen ni idea del alcance de su poder, ni de cómo llegó a ser el enlace del Emperador con los gobernadores regionales y con la nueva Armada Imperial. Los rumores corren, mi señor.

—Continúe hablando con libertad.

—Algunos creen que Lord Vader es un antiguo Jedi que le ayudó en el contraataque contra la Orden. Otros creen que fue aprendiz del difunto Conde Dooku.

—¿Quién propaga esos rumores?

—Por lo que he podido colegir, los rumores empezaron en las legiones especiales que atacaron y tomaron el Templo Jedi. Si lo desea, mi señor, puedo ahondar más en este asunto.

—No, Tarkin —dijo el Emperador—. Que continúen los rumores. Que los gobernadores regionales y los oficiales navales piensen lo que quieran de Lord Vader. Su identidad no les concierne. Sólo me interesa que obedezcan sus órdenes como si fueran mías.

—Al menos eso sí lo entienden, mi señor. Los rumores sobre lo sucedido en Kashyyyk se propagan con rapidez en las filas.

—Como supe que pasaría.

Tarkin asintió.

—Mi señor, me preguntaba si podría recurrir al… talento de Lord Vader de vez en cuando, aunque sólo fuera para aumentar así su reputación entre los comandantes de la flota.

—Puede hacerlo. Tanto Lord Vader como usted se beneficiarán de una asociación así. Una vez completada la estación de combate, sus responsabilidades serán muchas. Lord Vader le liberará de la necesidad de supervisar personalmente todos los asuntos.

—Espero ese día con impaciencia, mi señor.

Tarkin volvió a inclinar la cabeza en reverencia y la holoimagen desapareció.

Sidious estaba complacido; Vader se había portado bien. Había sentido el cambio en él, incluso durante la breve conversación que mantuvieron a raíz de los acontecimientos de Kashyyyk. Ahora que por fin empezaba a sintonizar con el poder del Lado Oscuro, era momento de que iniciase su verdadero aprendizaje. Los Jedi eran algo marginal para él. Ansiaba el poder que poseía Sidious, y creía que algún día sería su igual.

Debes empezar obteniendo poder sobre ti mismo, luego sobre otro, después sobre un grupo, una orden, un mundo, una especie, un grupo de especies… y finalmente sobre la galaxia toda.

Sidious todavía podía oír a Darth Plagueis hablándole.

Envidia, odio, traición… Eran esenciales para dominar al Lado Oscuro, pero sólo como forma de distanciarse uno mismo del concepto de moralidad y alcanzar así un objetivo más elevado. Sólo cuando Sidious comprendió esto en su totalidad pudo actuar al respecto, y matar a su Maestro mientras dormía.

A diferencia de Plagueis, Sidious sabía que no debía dormirse.

Y, lo que era más importante, para cuando Vader fuera capaz de ser un riesgo para su Maestro, éste ya dominaría los secretos que Plagueis había buscado durante toda una vida: el poder de la vida sobre la muerte. Entonces no tendría necesidad de temer a Vader. Y ya no habría motivo para tener un aprendiz, salvo para honrar la tradición que Darth Bane había resucitado un milenio antes.

Los antiguos Sith habían sido unos completos idiotas creyendo que el poder podía ser compartido por miles de seres.

El poder del Lado Oscuro sólo podía ser compartido por dos seres: uno para encarnarlo, y otro para ansiarlo.

La actual transformación de Vader significaba que Sidious podía volver a concentrarse en los asuntos importantes: dedicarse a aumentar su autoridad sobre el Senado y los sistemas estelares satélites y desarraigar y acabar con cualquiera que pudiera suponer una amenaza para el Imperio.

Había llevado la paz a la galaxia, y ahora pensaba gobernarla como mejor le pareciera, con mano tan férrea y duradera como una de las prótesis de Vader. Aplastando a cualquier enemigo que pudiera surgir. Infundiendo temor en todos lo que pensaran en obstaculizarlo o llevarle la contraria.

Vader sería un aprendiz muy poderoso, al menos hasta que encontrase uno más adecuado.

También sería un arma muy poderosa, al menos hasta que dispusiera de otra más poderosa aún…

Sidious permaneció un tiempo allí sentado, meditando en el futuro. Luego llamó a Sate Pestage para que se uniera a él en la sala del trono.

Había llegado el momento de que el resto de la galaxia conociera a Darth Vader.

CAPÍTULO 51

Oh, Bail, Breha, qué niña más preciosa —dijo Mon Mothma mientras acunaba a Leia en sus brazos—. ¡Y qué energía tiene! —añadió un momento después, cuando Leia sacó un brazo y luego otro de entre los pañales, cerró las manos en puñitos y lanzó un grito que tuvo eco en la gran sala del palacio—. Ah, quieres a papá y mamá, ¿verdad, princesa Leia?

La reina Breha ya corría a liberar a Mon Mothma de una Leia que ahora gesticulaba y daba patadas.

—Es su grito de «dame de comer» —dijo Breha—. Si me disculpa, senadora…

—Oh, claro, Su Majestad —dijo Mon Mothma, poniéndose en pie. Contempló cómo Breha salía de la sala y se volvió hacia Bail, sentado junto a la chimenea de la sala—. Estoy muy feliz por vosotros dos.

—Nosotros no podríamos ser más felices —dijo Bail.

Deseaba poder decirle a Mon Mothma la verdad sobre la niña que acababa de sostener en brazos, pero no podía correr ese riesgo; todavía no, quizá nunca. Y menos con «Darth Vader» en el mundo.

Dándose cuenta del momento de introspección de Bail, Mon Mothma volvió a su asiento y asumió una expresión más seria.

—Espero que comprendas por qué no podía tener esta conversación contigo de la forma habitual, Bail —dijo ella—. ¿Esta sala es segura?

—Claro que lo entiendo. Y, sí, aquí podemos hablar con libertad.

Mon Mothma cerró brevemente los ojos y negó con la cabeza.

—La mayoría del Senado está deseando aceptar que Fang Zar era sospechoso de cometer actos de sedición en Coruscant, y que vino a Alderaan para propagar sentimientos antiimperiales.

Bail asintió.

—He oído los informes. No hay ninguna verdad en ellos. Vino para salvar la vida.

—¿Ha comentado Palpatine el hecho de que le dieras asilo?

—La verdad es que yo no sabía que estuviera siendo interrogado por Seguridad Interna, y que se le había ordenado quedarse en Coruscant. Cuando los… agentes de Palpatine me lo dijeron, respondí que le concedería la inmunidad diplomática si él me la pedía, aunque dudo que lo hubiera hecho, sabiendo que Alderaan sufriría las consecuencias.

—Aun así, el silencio de Palpatine es extraño. Igual confía en que no revelarás la verdad de lo sucedido aquí.

—Algo así —respondió, asintiendo, de acuerdo con ella—. Aunque podría sernos beneficioso a largo plazo hacerle creer que estoy dispuesto a apoyar hasta sus mentiras.

Mon Mothma apretó los labios dubitativa.

—Probablemente tengas razón. Pero me preocupa la idea que transmitirá tu silencio a nuestros aliados en el Senado. Sern Prime está montando un escándalo por este incidente. El presidente electo ha amenazado con retirar de Coruscant a toda la delegación. Eso podría proporcionarnos el ímpetu que necesitamos.

Bail se levantó y empezó a pasear.

—Palpatine quiso dar un ejemplo con Fang Zar. No dudará en dar otro ejemplo con el propio Sern Prime, si el presidente electo no se anda con cuidado.

—¿Cómo murió Zar?

—Vader.

Mon Mothma negó la cabeza en señal de ignorancia.

—¿Quién es Vader? ¿Uno de los agentes de Armand Isard?

Bail volvió a sentarse, posando los codos en las rodillas.

—Algo peor, mucho peor. Es la mano derecha de Palpatine.

La expresión de desconcierto de Mon Mothma se intensificó.

—¿Más cercano que Pestage?

Bail asintió.

—Más cercano a Palpatine que cualquiera.

—¿Así de pronto? ¿Y cómo es que ninguno de nosotros ha visto antes a ese Vader?

Bail buscó palabras que revelaran bastante sin revelar demasiado.

—Él… destacó durante la guerra. Usa un sable láser.

Los ojos de la senadora se desorbitaron por la sorpresa.

—No, no es un Jedi —dijo Bail, antes de que ella preguntara—. Su hoja es carmesí.

—¿Qué tiene que ver el color con nada?

—Es un Sith. Un miembro de la antigua orden a la que Dooku juró lealtad.

Mon Mothma respiró cansinamente.

—Nunca he entendido nada de eso, lo de la implicación de los Sith en la guerra.

—Sólo necesitas saber que Vader es el ejecutor de Palpatine. Es poderoso hasta niveles increíbles. —Bail se estudió las manos—. Fang Zar no fue la primera persona en sentir el calor de la hoja de Vader.

—Entonces Vader es otro motivo para que actuemos mientras aún podamos —dijo Mon Mothma con voz enérgica—. El plan de Palpatine de matar a unos pocos para infundir temor en los demás está funcionando ya. La mitad de los firmantes de la Petición de los Dos Mil están desdiciéndose de nuestras demandas. Comprendo que quieras honrar el consejo que te dio Padmé Amidala de esperar al momento adecuado. Pero, en el fondo, ¿qué sabía ella? Apoyó a Palpatine casi hasta el final.

»Está reuniendo una gran armada, Bail. La mitad del presupuesto se dedica a la fabricación de esos enormes destructores estelares nuevos. Ha encargado más soldados clon. Y eso no es lo peor. El Comité de Finanzas no puede dar cuentas de algunos de los gastos. Se rumorea que Palpatine tiene algún proyecto secreto entre manos.

Se calló por un momento, y siguió hablando en voz más baja.

—Piensa en lo que pasó hace tres años. De no ser por el arma secreta que tenían preparada los Jedi, la República no habría podido defenderse contra la Confederación de Dooku. Cierto, Palpatine aprovechó la situación para coronarse Emperador, pero piensa en lo que está pasando ahora. No tenemos un ejército de insurgentes escondido a la espera de atacar, y nunca lo tendremos si no empezamos a buscar apoyos. La voluntad militar de Palpatine gobernará por la espada. Hará lo que desee, todo lo que desee, y argumentará que lo hace para mantener intacto el Imperio. ¿No te das cuenta?

La pregunta pendió en el aire, pero sólo por un momento.

Raymus Antilles apareció en el umbral para decir:

—Senadores, hay algo que necesitan ver.

Antilles se acercó al receptor de la HoloRed y lo conectó.

—… en este momento, los detalles son escasos —decía un comentarista muy popular—, pero fuentes de confianza nos han comunicado que los wookiees estaban permitiendo a una banda de Jedi rebeldes que usaran Kashyyyk como base para lanzar ataques rebeldes contra el Imperio. Se cree que la acción policial dio comienzo al exigir la rendición a los Jedi. Los wookiees se resistieron a entregarlos, y el resultado fue una batalla con decenas de miles de muertos, incluidos los insurgentes Jedi, y quizá cientos de miles de prisioneros.

Bail y Mon Mothma intercambiaron miradas de asombro.

—En Coruscant —continuó el comentarista—, el senador Yarua de Kashyyyk y los miembros de su delegación fueron puestos en arresto domiciliario antes de que pudieran hacer alguna declaración. Pero en lo que ahora piensa todo el mundo es en la identidad de esta persona, captada por una holocámara en una plataforma de aterrizaje normalmente reservada para el Emperador.

—Vader —dijo Bail, al ver la figura negra que entraba con un escuadrón de soldados en el edificio del Emperador.

—Noticias HoloRed ha sabido que es conocido en altas instancias como Lord Vader —dijo el comentarista—. Casi nada se sabe de él, aparte de esto y del hecho de que estuvo al mando de la batalla de Kashyyyk. ¿Es humano? ¿Es un clon? ¿Un general Grievous del Emperador? Nadie parece saberlo, pero todo el mundo quiere…

—Apágalo —le dijo Bail a Antilles.

—Kashyyyk —repitió Mon Mothma con incredulidad. Se pasó las manos por la cara y miró a Bail—. Ya es tarde. Ha dado inicio una época oscura.

Bail no respondió de inmediato. En ese silencio llegó Breha, llevando a Leia apoyada en el hombro, y a la preocupada mente de Bail acudieron pensamientos de Yoda, Obi-Wan y Luke, hermano de Leia.

—Más motivo aún para mantener la esperanza escondida —dijo en voz queda.

CAPÍTULO 52

El *Bailarín Borracho* estaba en casa, estacionado en la fría oscuridad, a años luz de cualquier sistema habitado. Al estar tan lejos del Núcleo Galáctico, las transmisiones de la HoloRed llegaban con un retraso de días estándar, a veces de semanas, y siempre degradadas, pero lo bastante claras como para que Starstone, Jula y todos los demás, tanto Jedi como tripulantes, pudieran identificar en ellas los cuerpos de Iwo Kulka y Siadem Forte.

—… todos los Jedi que participaron en la batalla murieron —decía un corresponsal cuando Starstone le pidió a Filli que apagara la transmisión. Todo el mundo había visto los reportajes iniciales, que desde entonces habían sido embellecidos con exageraciones y flagrantes mentiras.

Starstone miró a su alrededor, paseando la vista por Jambe, Nam, Deran Nalual y Klossi Anno, y no pudo evitar pensar que entre los cinco conformaban lo que podría considerarse el último Consejo Jedi. Ella misma había solicitado esa reunión, y era la maestra de ceremonias, sin haber superado las pruebas, y mucho menos haber sido nombrada Maestra.

Pero recordaba a Shryne en Murkhana diciéndole que la guerra era prueba suficiente para cualquiera.

—Lo que voy a decir lo dijo antes el Maestro Shryne —empezó por fin—. Nos avisó de que al reunirnos nos convertiríamos en un blanco más fácil para el Imperio, y que acabaríamos metiendo a otros en nuestros problemas. No podemos arriesgarnos a fomentar otro Kashyyyk. El Imperio tendrá que buscarse otras justificaciones no relacionadas con la presencia de los Jedi.

»Porque ya no hay más Jedi.

»Ahora tengo claro eso, y nunca me perdonaré el no haber tenido antes la cordura suficiente de darme cuenta. Puede que así no tendría que considerar lo de Kashyyyk como otra forma en que se ha depreciado el legado de los Jedi entre quienes nunca dudaron que nos traicionó Palpatine. Pero si no podemos ser Jedi, sí podemos seguir honrando ese legado a nuestra manera.

Starstone miró a Chewbacca.

—Justo antes de dejar Kashyyyk, Chewbacca dijo que creía que sería de mayor ayuda para su pueblo fuera de su planeta. Yo pienso igual, y sé que algunos de vosotros también pensáis así.

Respiró hondo antes de continuar.

—He decidido quedarme en el *Bailarín Borracho* con Jula, Filli, Archyr y el resto de esta tripulación de locos. —Sonrió débilmente—. Chewbacca y Garrote también se quedarán por un tiempo. Nuestra prioridad será descubrir adónde se llevaron a tantos conciudadanos de Chewbacca y, si es posible, intentar liberarlos. Espero que cuando los encontremos averigüemos también por qué tenía el Imperio tanto interés en invadir Kashyyyk.

Se encogió de hombros y siguió hablando.

—Y de paso… de paso mantendremos los ojos abiertos por si sale a la luz algún otro superviviente Jedi, por su cuenta u obligado por espías imperiales. No para repetir los errores cometidos en Kashyyyk, sino para ponerlos a salvo. Poco a poco, los demás contrabandistas correrán la voz de lo que hacemos, y de las rutas seguras que estableceremos, por lo que puede que hasta algún Jedi venga en nuestra busca.

»Aparte de eso, lucharemos contra el Imperio a cada oportunidad que encontremos, de la forma en que podamos.

—Vamos a mantener viva la memoria de mi hijo —dijo Jula.

La cabina se sumió por un momento en el silencio.

—Sé que esto puede parecer que me paso al enemigo —dijo Jambe Lu—, pero pienso ingresar en una escuela de vuelo e intentar entrar en una de las academias imperiales. Y, una vez dentro, causar toda la disensión que pueda.

—Nosotros tenemos algo similar en mente —dijo Nam, hablando por Klossi Anno, Dreran Nalual y él mismo—. Entraremos en los proyectos agrícolas o de construcción del Imperio y sabotearemos todo lo posible sus planes.

A Starstone le brillaron los ojos.

—Confío en que entendáis que no puede haber contacto entre nosotros, nunca más. Eso es lo que me resultará más difícil. —Lanzó un profundo suspiro—. Creo que os he cogido apego a todos vosotros. Pero de una cosa estoy segura: el Imperio de Palpatine se pudrirá desde dentro, y acabará apareciendo alguien que lo derrocará del trono. Sólo espero que todos vivamos para ver ese día.

Sacó el sable láser del cinto.

—También debemos despedirnos de esto.

Encendió la hoja por un momento, luego la retrajo hasta el pomo y la depositó a sus pies, en la cubierta.

—Que la Fuerza nos acompañe a todos —dijo, mirándolos.

CAPÍTULO 53

Lord Vader —dijo el oficial artillero, asintiendo a modo de saludo cuando Vader pasó ante su puesto.

—Lord Vader —dijo el oficial de comunicaciones, saludando del mismo modo.

—Lord Vader —dijo el capitán del *Exactor*, en seco reconocimiento.

Vader siguió andando hasta el final de la pasarela del puente, pensando: *Así es como me saludarán a partir de ahora, vaya donde vaya*.

Se detuvo ante los miradores de proa y escaneó las estrellas con sus ojos reconstruidos.

Tenía responsabilidad sobre todo esto, o al menos custodia conjunta. Los Jedi ya no importaban; no se diferenciaba de los otros que interferirían con su reino y el de Sidious. Su misión era mantener el orden para que el Lado Oscuro siguiera reinando supremo.

Anakin ya no existía; era un recuerdo tan profundamente enterrado que bien podía haberlo soñado en vez de vivido. La Fuerza, tal y como la entendía Anakin, estaba enterrada con él, y era inseparable de él.

Tal y como Sidious le prometió, ahora estaba casado con la Orden de los Sith, y no necesitaba más compañero que el reverso tenebroso de la Fuerza. Aceptaba todo lo que había hecho para llevar el equilibrio a la Fuerza, al desmantelar la corrupta República y al derribar a los Jedi, y disfrutaba con su poder. Podía tener todo lo que deseara. Sólo necesitaba la determinación necesaria para tomarlo, fuera cual fuera el coste para quien se interpusiera en su camino.

Pero…

También estaba casado con Sidious, que le entregaba preciosas migajas de técnica Sith como si se limitara a prestárselas, suficientes para aumentar su poder pero no lo bastante para hacerlo supremamente poderoso.

Pero llegaría un día en que serían iguales.

Escaneó las estrellas, mirando a un tiempo futuro en el que encontraría un aprendiz propio con él que derribar a Darth Sidious del trono.

Eso le daba una razón para vivir.

CAPÍTULO 54

Otro vaso, extranjero? —le preguntó el cantinero a Obi-Wan Kenobi.

—¿Cuánto me costará?

—Diez créditos y te lo relleno.

—Es lo mismo que vale un trago de uno de tus licores importados.

—Es el precio de permanecer hidratado en Tatooine, amigo. ¿Sí o no?

Obi-Wan asintió.

—Llénalo.

El agua recogida por el único vaporizador de humedad de la cantina era algo turbia y tenía sabor metálico, pero era de mayor calidad que la recogida por Obi-Wan con su propio vaporizador. Si quería sobrevivir en la casucha que había encontrado, tendría que reparar el suyo o conseguir uno nuevo de los traficantes jawas que pasaban con regularidad por la zona que ahora llamaba su casa.

De no ser por la amabilidad de esas criaturas vestidas de marrón que le habían recogido, aún estaría camino de Anchorhead, en vez de estar ya en la ciudad, sentado a la escasa sombra de la terraza de la cantina bebiendo agua. Anchorhead era un pueblo azotado por el viento, situado junto al mar de dunas occidental de Tatooine y conformado por poco más que un grupo de tiendas frecuentadas por los granjeros de humedad que componían la comunidad salina del Gran Chott, o por los mercaderes que viajaban entre Mos Eisley y Wayfar, en el sur. Anchorhead tenía una pequeña población residente, una docena de tiendas y dos pequeñas cantinas. Pero era conocida sobre todo por el generador de energía situado en el borde del pueblo.

La estación *Tosche*, llamada así por su dueño, proporcionaba energía a las granjas de humedad y hacía las veces de recargador de deslizadores y demás vehículos a repulsión de los granjeros. También tenía un repetidor de hiperonda que, cuando funcionaba, recibía transmisiones de la HoloRed redireccionadas de Naboo, Rodia y, a veces, Nal Hutta, dentro del Espacio Hutt.

Hoy trabajaba Tosche, y el puñado de clientes vespertinos que había en El Viajero Cansado estaba poniéndose al día en las noticias y los resultados deportivos de varias semanas estándar antes. Obi-Wan, conocido en la zona como Ben, acababa de tomar posesión de una casa abandonada en un acantilado de los Eriales Jundland. De vez en cuando miraba la transmisión de la HoloRed, pero su principal interés estaba en una tienda de provisiones situada enfrente de la cantina.

En los meses desde su llegada a Tatooine, le había crecido el pelo y la barba, y tenía morenas la cara y las manos. Nadie le habría tomado por un antiguo Jedi, vestido como iba con botas blandas, túnica larga y la capucha echada, mucho menos por un Maestro que una vez se sentó en el Sumo Consejo. De todos modos, Tatooine no era un mundo donde se hicieran muchas preguntas. Los residentes se hacían preguntas entre sí, y cotilleaban y teorizaban, pero rara vez preguntaban por el motivo que llevaba a los extranjeros al remoto Tatooine. Esta etiqueta de frontera, unida al hecho de que ese mundo estaba sobre todo bajo la férula hutt, seguía convirtiendo a Tatooine en un refugio para criminales, contrabandistas y forajidos de los sistemas estelares de toda la galaxia.

Muchos de los ciudadanos locales estaban descubriendo ahora que la antigua república era ahora un imperio, y a la mayoría no le importaba que fuera una cosa u otra. Tatooine estaba en la frontera, y los mundos fronterizos eran casi invisibles para la distante Coruscant.

Meses antes, cuando Anakin y él buscaban pistas que los llevaran hasta Darth Sidious, Obi-Wan le dijo a Anakin que se le ocurrían lugares peores que Tatooine para vivir, y seguía pensando así. Había aceptado sin problemas la ubicua arena que tanto molestaba a Anakin. Y el doble anochecer de los cielos de Tatooine nunca dejaba de ser un gran espectáculo para la vista.

Y le gustaba el aislamiento.

Sobre todo porque al final Anakin había sido subvertido por Palpatine y había llegado incluso a servir al nuevo Emperador por un breve espacio de tiempo.

Dado todo lo sucedido desde entonces, la única imagen que sabía que nunca abandonaría su mente era la de Anakin —o Darth Vader, según lo había bautizado Sidious— arrodillado, mostrando su lealtad al Señor Oscuro, tras realizar la matanza del Templo Jedi. Y de haber una segunda imagen, ésa sería la de Anakin ardiendo en la orilla de uno de los ríos de lava de Mustafar, maldiciéndolo.

¿Hizo mal dejando a Anakin para que muriera allí? ¿Podría haberse redimido, como Padmé creyó hasta el final? Eran preguntas que lo atormentaban y le dolían más profundamente de lo que había creído posible.

Y ahora, varios meses después, estaba en Tatooine, mundo natal de Anakin, cuidando de Luke, hijo de Anakin.

La razón para vivir de Obi-Wan.

Cuidándolo desde lejos, claro. Hoy estaba más cerca del niño de lo que lo había estado en semanas. Luke estaba al otro lado de la calle, en el peto que Beru llevaba delante mientras compraba azúcar y leche azul. Ni ella ni su marido Owen eran conscientes de la presencia de Obi-Wan en la terraza de la cantina, de su mirada vigilante.

Cuando Obi-Wan se llevó el vaso de agua a la boca, y le dio un sorbo, un informe de la HoloRed atrajo su atención y se volvió hacia la pantalla de la cantina, al tiempo que un torrente de estática interrumpía la conexión.

—¿Qué estaban diciendo? —le preguntó Obi-Wan a un humano sentado a dos mesas de distancia.

—Han matado a una banda de Jedi en Kashyyyk —dijo el hombre, vestido con un mono de los que llevaban los estibadores del espaciopuerto de Mos Eisley.

El reportero de la HoloRed debía referirse a los Jedi que estuvieron con Yoda en Kashyyyk…

No, se dio cuenta Obi-Wan cuando se reanudó la conexión. ¡El reportero hablaba de acontecimientos más recientes! ¡De Jedi que debieron de sobrevivir a la Orden Sesenta y Seis y habían sido descubiertos en Kashyyyk!

Siguió escuchando, mientras sentía un frío gélido en el alma.

El Imperio los había acusado de rebelión… Miles de wookiees habían muerto; cientos de miles habían sido encarcelados…

Obi-Wan cerró los ojos desfallecido. Yoda y él habían recalibrado el radiofaro del Templo para que los Jedi supervivientes se alejaran de Coruscant. ¿En qué estaban pensando los que habían sido descubiertos en Kashyyyk para reunirse así y llamar tanto la atención en vez de desaparecer como se les había ordenado? ¿Es que creyeron poder reunir fuerzas suficientes para atacar a Palpatine?

Pues claro, se dio cuenta Obi-Wan.

No sabían que Palpatine había manipulado la guerra, que había un Sith en el trono, que, al igual que todo el mundo, los Jedi no habían sabido ver una verdad que debió serles evidente muchos años antes: que nunca valió la pena luchar por la República.

Los ideales de la democracia habían sido pisoteados por Palpatine. Los Jedi habían realizado misiones de dudoso mérito para muchos cancilleres supremos, pero siempre para salvaguardar la paz y la justicia. No habían sabido ver que el Senado, Coruscant y los ciudadanos de incontables mundos y sistemas estelares se habían hartado del viejo sistema y habían dejado morir a la democracia. Y los Jedi no tenían sitio en una galaxia donde el objetivo era el control absoluto desde la cumbre y donde el fin justificaba los medios.

Ésa había sido la venganza final de los Sith.

Cuando Obi-Wan alzó la mirada, la intermitente emisión de la HoloRed mostró una imagen de alguien vestido con lo que parecía un traje negro de pies a cabeza.

El enmascarado soldado imperial era humano o humanoide, ya que no mencionaron la especie, y parecía haber tenido un papel importante en la búsqueda y la ejecución de los Jedi «insurrectos», y en la captura de los wookiees confederados.

El estallido de estática que acompañó a la mención de la identidad de la figura podría ser cosa de la mente de Obi-Wan. Si aún estaba helado por el anterior anuncio sobre los Jedi, esta vez se encontró paralizado por un temor repentino.

¡No podía haber oído lo que creía haber oído!

Se volvió hacia el trabajador del espaciopuerto.

—¿Qué ha dicho? ¿Quién es ése?

—Lord Vader —dijo el hombre, sin apartar la mirada del vaso de brandy.

Obi-Wan negó con la cabeza.

—¡No, eso no es posible!

—No preguntaste si lo creía posible, hombre de las arenas. Me preguntaste qué había dicho.

Obi-Wan se levantó aturdido, derribando la mesa.

—Oye, tómatelo con calma, amigo —dijo el hombre, levantándose también.

—Vader —musitó Obi-Wan—. Vader está vivo.

Los demás clientes de la cantina se volvieron para mirarlo.

—Contrólate un poco —le dijo ente dientes el hombre a Obi-Wan. Llamó al cantinero—. Ponle un trago… uno de verdad.

El hombre puso la mesa en pie y empujó a Obi-Wan de vuelta a su silla, sentándose a su vez en el asiento contiguo.

El cantinero trajo la bebida y la puso delante de Obi-Wan.

—¿Ya está bien?

—Está bien —dijo el hombre de Mos Eisley—. ¿Verdad que sí, amigo?

—Será una insolación —dijo Obi-Wan, asintiendo.

El cantinero pareció satisfecho.

—Te traeré más agua.

El nuevo amigo de Obi-Wan esperó a que estuvieran solos para decir:

—¿De verdad estás bien?

Obi-Wan volvió a asentir.

—De verdad.

El hombre adoptó un tono conspirador.

—Si quieres seguir estando bien, más te vale hablar en voz baja de ese Vader, ¿entendido? Y procura no hacer preguntas sobre él. Ni siquiera en este lugar olvidado por la Fuerza.

Obi-Wan lo estudió por un momento.

—¿Qué sabes de él?

—Sólo que tengo un amigo, un mercader de maderas finas, que estaba en Kashyyyk cuando los imperiales lanzaron un ataque contra una ciudad llamada Kachirho. Supongo que tuvo suerte de salir de allí con su nave. Pero dice que vio a ese tal Vader matando a wookiees como si fueran juguetes de peluche, y luchando con sables láser con esos Jedi que estaban en el planeta. —Miró furtivamente por toda la cantina—. Ese Vader pasó a fuego todo Kashyyyk, amigo. Y según mi amigo, pasarán años para que un wroshyr vuelva a tener su tamaño de siempre.

—¿Y los wookiees? —dijo Obi-Wan.

El forastero se encogió de hombros con tristeza.

—¿Quién sabe? —repuso, poniendo unos créditos en la mesa y levantándose—. Cuídate. Estas llanuras desérticas no son tan remotas como crees.

Cuando llegó el agua, Obi-Wan se la bebió de un trago, se echó al hombro la bolsa y cambió la fresca sombra de la terraza por la dura luz de la calle principal de Anchorhead. Se movía en un estupor que tenía poco que ver con la luz o el calor.

Por imposible que pareciera, Anakin había sobrevivido a Mustafar y seguía conservando el título Sith de Darth Vader. ¿Cómo podía haber sido tan imprudente de traer a Luke precisamente aquí? Al mundo natal de Anakin, donde estaba la tumba de su madre, el hogar de sus únicos parientes…

Obi-Wan aferró el sable láser que llevaba bajo la túnica.

¿Habría empujado a Anakin más aún hacia el Lado Oscuro al abandonarlo en Mustafar?

¿Podría volver a enfrentarse con Anakin?

¿Podría matarlo esta vez?

Siguió a Owen y Beru desde el otro lado de la calle, mientras se aprovisionaban de tienda en tienda. ¿Debería prevenirlos contra Vader? ¿Debería llevarse a Luke de su lado y ocultarlo en un lugar aún más remoto del Borde Exterior?

Su miedo empezó a aumentar. Sus esperanzas, y las de Yoda, para el futuro se desintegraban, tal y como el Elegido había desintegrado las esperanzas Jedi de llevar el equilibrio a la Fuerza…

Obi-Wan.

Se paró en seco. Era una voz que hacía años que no oía, hablándole no a través de sus oídos, sino directamente en sus pensamientos.

—¡Qui-Gon! —dijo—. ¡Maestro!

Al darse cuenta de que la gente de la calle acabaría considerándolo un loco si lo veían hablando solo, se metió en un callejón estrecho entre dos tiendas.

—Maestro, ¿es Darth Vader Anakin? —preguntó al cabo de un momento.

Sí, aunque el Anakin que tú y yo conocemos está aprisionado por el Lado Oscuro.

—Me equivoqué al dejarlo en Mustafar. Debí asegurarme de que estaba muerto.

La Fuerza decidirá cuál es el futuro de Anakin. Obi-Wan, Luke no debe saber que Vader es su padre antes de que llegue el momento adecuado.

—¿Debo tomar medidas para esconder a Luke?

La esencia de Anakin que reside en Vader considera a Tatooine la fuente de casi todo lo que le causa dolor. Vader nunca volverá a Tatooine, aunque sólo sea por temor a despertar a Anakin.

Obi-Wan respiró aliviado.

—Entonces mis obligaciones no han cambiado. Pero, por lo que me dijo Yoda, sé que aún me queda mucho por aprender, Maestro.

Siempre fuiste así, Obi-Wan.

La voz de Qui-Gon se apagó, y los miedos de Obi-Wan empezaron a desvanecerse, sustituidos por renovadas esperanzas.

Al volver a la deslumbrante luz de los soles gemelos de Tatooine, alcanzó a Owen, Beru y Luke, y los vigiló en silencio durante lo que quedaba de día.